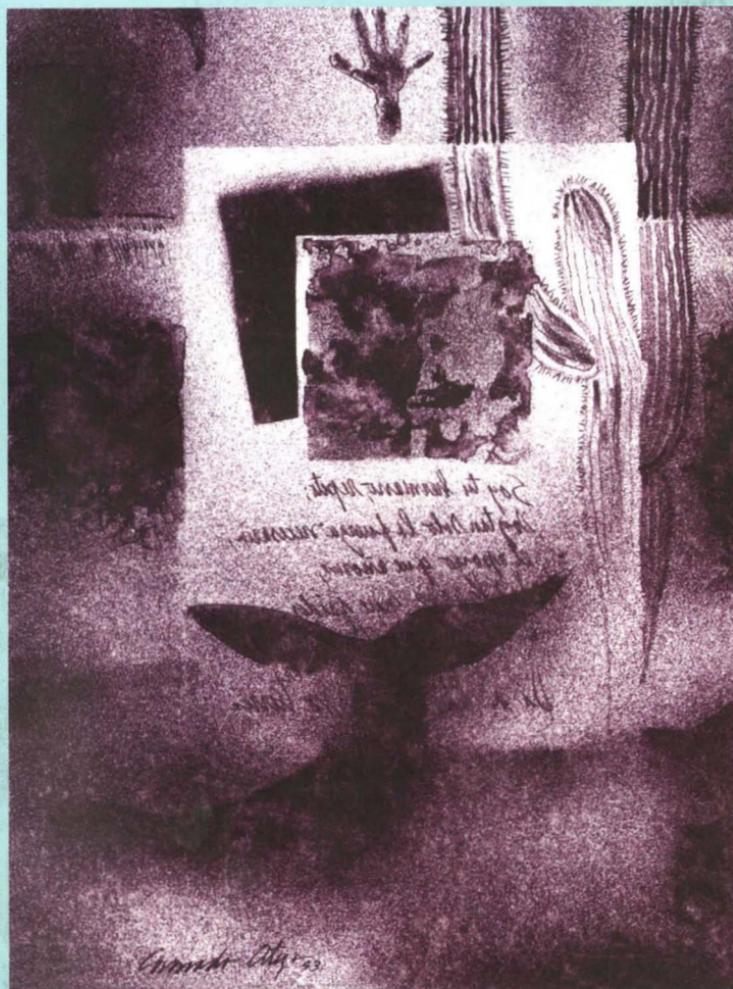


Fernando Jordán

El otro México

Biografía de Baja California



ARCHIVO HISTÓRICO PABLO L. MARTÍNEZ

El otro México

Biografía de Baja California

El otro México

Biografía de Baja California

Alf Grijalva

El otro México, biografía de Baja California, Alf Grijalva, 1971, 120 p., \$12.00

El otro México, biografía de Baja California, Alf Grijalva, 1971, 120 p., \$12.00

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR

Lic. Marcos Alberto Covarrubias Villaseñor
Gobernador del Estado de Baja California Sur

Lic. Rafael Tovar y de Teresa
Presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Lic. Andrés Córdova Urrutia
Secretario General de Gobierno del Estado de Baja California Sur

Lic. Christopher Alexter Amador Cervantes
Director General del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

José Guadalupe Ojeda Aguilar
Subdirector del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

M.C. Elizabeth Acosta Mendía
Directora del Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Sandino Gámez Vázquez
*Coordinador de Vinculación y Fomento Editorial
del Instituto Sudcaliforniano de Cultura*

Jordán Juárez, Fernando (1920-1956)

El otro México. Biografía de Baja California Fernando
Jordán Juárez ; pról. Felipe Gálvez ; notas Aidé Grijalva
— 398 p. ; 21 cm. — (Colección Baja California: Nuestra Historia;
3)

ISBN 978-607-9314-51-4

1. Baja California - Descripción y viajes. I. t.

F 1246 J 67

UABC

ACR/eva

Fernando Jordán

El otro México

Biografía de Baja California

Prólogo, investigación,
bibliografía y hemerografía

Felipe Gálvez

Notas a la edición

Aidé Grijalva

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR
CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA
ARCHIVO HISTÓRICO PABLO L. MARTÍNEZ

Agradecemos a la revista *Impacto* que nos haya permitido hurgar en sus archivos en busca de las fotos de Fernando Jordán que incluimos en esta edición. Además de la foto de su padre, Ingrid Jordán nos proporcionó copias del poema *Calafia*, así como del himno y corrido a Fernando Jordán.

Primera edición: 1993

Primera reimpresión: 1997

Segunda reimpresión: 2001

Tercera reimpresión: 2005

Cuarta reimpresión: 11 de noviembre de 2014

D.R. © 1993 Universidad Autónoma de Baja California

D.R. © 2005 Universidad Autónoma de Baja California

Todos los derechos reservados por cesión de Barbro Dahlgren vda. Jordán

D.R. © 2014 Instituto Sudcaliforniano de Cultura

Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Altamirano e/Navarro y Legaspy, Zona Centro,

C.P. 23000, La Paz, Baja California Sur

ISBN 978-607-9314-51-4

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en ninguna forma electrónica, mecánica, fotocopiada, magnetofónica, u otra, sin permiso escrito del Archivo Histórico Pablo L. Martínez y el o los beneficiarios de los derechos del autor.

Impreso y hecho en México

Prólogo

Incursión a Jordán

Vivir es soñar: correr tras el viento.
Benjamín Subercaseaux

I. EN DONDE SE NARRA CÓMO FUE CONCEBIDO

Fernando Jordán rompió la equis que formara con los tobillos, encima del escritorio, con la mano derecha aplastó el Chesterfield contra el cenizal —las pavesas alcanzaban ya el esmalte de las uñas de sus dedos medio y pulgar— y con la mano izquierda tomó el pliego en rollo que yacía sobre la cubierta del mueble.

Enseguida con los zuecos arrancó quejidos al enduelado, en medio del teclear intermitente de un par de redactores solitarios que aquella noche de escasa actividad deambulaban aún por la redacción de la revista *Impacto*, en Paseo de la Reforma número 20.

La enérgica y breve figura de Fernando Jordán —1.68 metros de estatura— pasó como exhalación entre los presentes y cruzó el umbral de un despacho mejor iluminado, sobre cuyo enorme escritorio desplegó un multicolor mapa aéreo de la Baja California, impreso en los Estados Unidos.

—¡Mire don Regino, esta ruta es la de las misiones! —exclamó Jordán tras recorrer con el afilado dedo parte del trazo del largo y accidentado camino transpeninsular que de norte a sur desciende por el manco brazo bajacaliforniano.

Esa noche de septiembre de 1949 Jordán y don Regino Hernández Llergo tomaron muy en serio su papel de expedicionarios de oficina. En largo, ameno coloquio, viajaron por diversas rutas impresas en el mapa. Cruzaron la montaña; atravesaron el desierto y, sobre la estrecha cubierta

de un velero imaginario, surcaron ligeros las aguas de todas las bahías de la península y exploraron en detalle las curvas de nivel de sus costas.

Jordán habló hasta enronquecer de entusiasmo:

—Observe usted, *boss*: Puedo venir de este punto a éste... En el camino voy a encontrar tal cosa... En esta bahía casi perdida en el mapa hay aquello... En este desierto, lo otro.

A su lado Hernández Llergo escuchaba fascinado. Y mientras Jordán hacía desfilar maravillas por su mente, él parecía emular a los yogis. Sobre la silla y una después de la otra, cada una de sus extremidades inferiores pasaba por debajo del muslo de la contraria, cuyo pie reposaba entretanto en el filo del escritorio, en singular acto de contorsionismo que únicamente su primo José Pagés Llergo era capaz de imitar con éxito en el mundillo periodístico de la época.

Aquello era lógico. En la mente del redactor viajero giraba desde once meses atrás el recuerdo de la corta pregunta que el propio Hernández Llergo le soltara en su despacho de la revista *Mañana*, a su retorno de la Alta Tarahumara, tras la quinta gran correría periodística de su vida:

—¿Y el próximo viaje a dónde?

—¡A Baja California!—había replicado Jordán.

El director de *Mañana* no lo pensó mucho o ni siquiera meditó su asentimiento. Aprobación que no bastó, pues el viaje se pospuso una y otra vez por motivos diversos: elevado presupuesto; recaída de Jordán en una afección pulmonar fruto de seis semanas de viaje por la Alta Tarahumara, en medio de temperaturas fluctuantes entre los 3 y los 18 grados centígrados bajo cero; conferencia de Jordán en el recinto de sesiones de la Academia Nacional de Ciencias (Antigua Sociedad Antonio Alzate) sobre sus vivencias en la sierra de Chihuahua, en la noche de un día particularmente doloroso para él, pues a las cuatro de la tarde de aquel 16 de febrero de 1949, Jordán había acompañado el cuerpo de su padre hasta una fosa del Panteón Español; salida de ambos —Hernández Llergo y Jordán— de la revista *Mañana*, para fundar el semanario *Impacto*; compromisos repentinos; escasez de tiempo...

II. EN DONDE SE DICE DÓNDE FUE REDACTADO

Ahora todo eso era parte de la rica historia de la sexta expedición periodística emprendida por Jordán. El reportero hacía recuento de lo

vivido en los meses recientes y los números compendiaban un intenso quehacer.

El balance era elocuente: un recorrido de siete mil kilómetros por el desierto, los mares y la cordillera bajacalifornianos, decenas de nuevos amigos cosechados en el trayecto y, en poco más de treinta mil palabras, los 21 capítulos de un reportaje memorable: “Tierra Incógnita”.

La simiente de *El otro México* no era ya un sueño y Jordán bien lo sabía. El libro, cuya idea concibió en una biblioteca y germinó en aguas del rojo mar de Cortés o golfo de California, crecía con el paso de las horas, bajo el cielo de Ensenada.

El reportero había encontrado el sitio ideal para que el escritor se manifestara y ahora, a partir de su texto periodístico, redactaba y reescribía cuartilla tras cuartilla para dar forma a su primer libro.

La modesta pero acogedora vivienda en que Jordán laboraba se erguía en un punto casi mágico, desde el cual se dominaban con la vista varias porciones de tierra que sobresalían de entre las aguas y que ya en 1880 habían inspirado una novela memorable al británico Robert Luis Stevenson: *La isla del tesoro*.

La ventana de su casa se abría en dirección a esas islas. Eran visibles desde ahí sin auxilio alguno y esto no únicamente agradaba al aguerrido reportero; en cierto modo le envanecía. Sentía que su cercanía ejercía en su ánimo de escritor novel una influencia bienhechora, ya que le hacían soñar en logros futuros o evocar su trato juvenil con la obra de Stevenson.

Más aún: tomado de la mano de la curiosidad, una alborada Jordán había ido ya hasta el solitario y luminoso punto de la bahía en donde todavía estaban los restos de la choza en la que por varios meses el escritor británico se había recluso en busca de salud y paz para dar forma a su afamada novela.

Demasiado bajas y pequeñas, incapaces de servir eficazmente de cortina en la bahía de Ensenada, las islas de Todos Santos en esta ocasión parecían no tener por única misión la de prestar apoyo al faro que señalaba el paso de la bocana. También eran norte y guía para el joven etnólogo deseoso de llegar a escritor.

Sabedor de ello, y empeñado en hacerse de obra y nombre, Fernando Jordán eligió ese sitio para redactar su libro clásico: *El otro México*. Título que, por cierto, no provino, como muchos insisten aún en señalar, de su

hábito de leer a diario la columna periodística “Otros Méxicos” que por esos años animara su colega Alberto Ramírez de Aguilar, en el vespertino *Prensa Gráfica* de la capital de la república.

Ese título se lo había dado su propia y desconcertante respuesta a la pregunta que un acompañante anónimo le formulara un día de tantos en el lugar más altivo del litoral bajacaliforniano, en la acantilada costa de punta Banda:

— ¿Qué piensa usted de nuestra tierra?— le había preguntado aquel hombre.

Y Jordán, abrumado por el peso de la misma, sin reflexionar, automáticamente le respondió: “Pienso... pienso que es un otro México.”

El gran amigo y condiscípulo de Jordán desde la más temprana juventud, el antropólogo chilenomexicano Jaled Mujaes, afirma y prueba puntualmente que el amoroso texto del mexicano, con todos sus aciertos y sus fallas, está inspirado en *Chile o una loca geografía*, fino y tierno libro del también antropólogo chileno Benjamín Subercaseaux.

Pinta este autor con elegante prestancia —como Jordán a su vez lo hace respecto de la península bajacaliforniana— la configuración orográfica del país cuyos perfiles describe; sus paisajes y sus antecedentes históricos; sus ciudades; las raíces de su pueblo y sus tradiciones. Y ambos autores hacen recorridos similares por los países que estudian: viajan de norte a sur hasta el *finis terrae*. Y, curiosamente, en cada caso por momentos describen la configuración del territorio que les ocupa como el de una larga y misteriosa isla.

Chile, “donde se acaba la tierra” que decían los aymarás, se hermana así con ese apéndice o brazo manco que México tiene en la Baja California, pues en los días que ambas obras fueron escritas —en 1940 la del chileno de La Serena y en 1950 la del mexicano del D.F.— tanto Chile como Baja California parecían islas.

En Chile vivimos —escribe Subercaseaux— en [...] aislamiento, y no porque lo hayamos buscado con el *spleen* de una *lady* romántica.

Sabemos que en el extremo norte, Chile está separado del mundo por una ancha franja desértica. Por el sur, mira hacia los hielos del polo. Por el oeste, tiene el océano hasta la mitad del mundo, y por el este la cordillera inmensa.

Un país así se llama isla, aun cuando sus límites no encuadren dentro de la definición geográfica de las islas.

Y Jordán a su vez escribe:

California durante siglo y medio fue considerada isla y no lo que realmente era: península. Esto débese también a la leyenda. Sus descubridores, que no habían leído aún a Montalvo, no sembraron la duda. Para ellos, California era una larga faja de tierra que se desprendía del continente para abrazar un seno del Pacífico. Pero los posteriores exploradores y viajeros de los siglos xvi y xvii trataron a toda costa de arrancarla de las “tierras de La Florida” y hacerla isla. Para ellos el golfo era un amplio canal del Pacífico por el cual quizá se llegaba al soñado paso del noroeste.

Otro momento en el que los libros de Subercaseaux y Jordán se hermanan es cuando hacen referencia a sendos paraísos. El chileno habla de la axila del valle del Elqui, de cuya tierra “manan leche y miel.”

Jordán lo hace sobre Comondú, un risueño poblado de la península “en el que se comprueba la existencia de Shangri-La”, y donde, como en el paraíso de Alá, un arroyo de aceite y otro de vino cruzan metafóricamente toda la tierra fértil de la hondonada donde se esconde el pueblo al que solamente le falta el río de leche del Edén de los musulmanes.

Por cierto que éste es, sin la menor duda, el capítulo mejor logrado por Jordán; como quizá también lo es, en el caso de Subercaseaux, el intitulado “Donde los serenenses fruncirán el ceño”. En ambos, los autores hacen gala de ingenio, gracia y donosura. Así, el fruncir de ceños de Subercaseaux encuentra equivalencias en el título “En el que algunos tijuanenses se van a molestar”, del libro de Fernando Jordán.

Y otro rasgo que hermana a estas obras es el que ambas son hoy textos clásicos en su género. El editado en 1940 por Subercaseaux inmediatamente se hizo acreedor del reconocimiento unánime de sus connacionales. El municipio de Santiago de Chile, la capital de su país le otorgó el premio de literatura y la Universidad de Concepción le confirió su presea de ciencias.

Al libro del defeño Jordán lo galardonaron a su vez, primero los lectores, agotando su edición príncipe (1951), y en seguida la crítica. Entre lectores y críticos hubo consenso: estaban ante un libro non.

Entre los juicios más certeros acerca del mismo figura el del periodista y catedrático universitario Arturo Sotomayor, quien saludó así su aparición: “*El otro México* es el libro mexicano más trascendente y valioso del último cuarto de siglo”.

Al llegar a este punto resulta oportuno subrayar lo que Jordán asienta en la introducción a su volumen:

Hay libros desconcertados y desconcertantes. Este no es lo uno ni pretende ser lo otro. Pero puedo asegurar, sin pudor alguno, que *El otro México* se originó en el desconcierto.

En el desconcierto y... en el amor. Ni más ni menos.

Y casi para concluir afirma: en *El otro México* “he manejado la historia como novela y la geografía como aventura. Por eso ha resultado una biografía.”

Cabe subrayar, empero, que pese a lo asentado por Jordán, hay testimonios dignos de todo crédito que llevan a suponer que ese libro no le enorgullecía. Así lo aseguraba con asombro el teniente coronel piloto aviador paraguayomexicano César Abente Benítez (el *Che*), el firme y leal amigo bajacaliforniano del autor de la *Crónica de un país bárbaro*: “¡Que extraño era Jordán! ¡Este libro suyo que ya es un clásico, no le simpatizaba, no quiso ni hojearlo cuando se publicó!”

El otro México, contra lo que ocurría en 1951 con la mayoría de los libros en circulación, se agotó de golpe. En ese sentido fue todo un éxito editorial. En lo económico, no obstante, escasos dividendos reportó a su autor. Jordán terminó, como muchos otros de sus contemporáneos autores, vendiendo de mano en mano parte significativa del tiraje de su obra. Al menos a eso fue a lo que se vio empujado a hacer con los volúmenes que por ley le correspondían del total de la edición. Y el dinero que obtuvo por su venta se le fue como agua por entre un cedazo, pues con dichos recursos financió ese mismo año parte de los gastos de su séptima y penúltima campaña de prensa: un viaje por el Mar Roxo de Cortés, cuya crónica en 22 entregas, la revista *Impacto* recogió bajo el título de *Un reto al mar*.

III. EN DONDE APENAS SE ROZA LA LEYENDA DE FERNANDO JORDÁN

El año de 1920 trajo para México grandes trepidaciones políticas. En sólo doce meses la nación mexicana vio desfilar por los pasillos del poder a tres jefes del ejecutivo: a don Venustiano Carranza; a un barítono metido a político, Adolfo de la Huerta, y al general mutilado Álvaro Obregón.

Los dos últimos, aliados con Plutarco Elías Calles, derrocaron y asesinaron ese año al primero. Luego, ya en el poder, Obregón y Calles empujaron a De la Huerta a una revuelta e iniciaron entre sí una sorda disputa por el mando, en medio de un sangriento desfile de hechos donde menudearon las conspiraciones.

El asesinato de Álvaro Obregón a manos de un fanático religioso puso fin, ocho años más tarde, a ese violento proceso pero no dio pie a un país de instituciones, como se insinuó, sino al poder de un solo hombre: Plutarco Elías Calles, que se expresó en el Maximato.

Así eran los días de México en 1920, cuando la familia Jordán Juárez vivía en el corazón de la urbe adolescente. Y el 26 de abril de ese año —25 jornadas antes del asesinato de don Venustiano Carranza—, el ruidoso llanto de un nuevo niño en casa sacó de la cama, de un solo salto, a Isabel, la primogénita de la joven pareja, hecho que por varios días festejaron ruidosamente Amado Jordán Sánchez de la Barquera y Elena Juárez Villegas, sus padres.

El inquieto militar y maestro de esgrima besó la frente de doña Elena y bajo el brillante sol de mayo que iluminaba la alcoba, dio la bienvenida, con él entre los brazos, a Fernando, su nuevo vástago, recordándole a voz en cuello sus raíces teotihuacanas.

Orgullosa y paseándose a grandes zancadas, don Amado le decía a su heredero:

—Nosotros provenimos del cogollo mismo del Valle de los Nahuales, tierra de brujos. De Molino de Flores, hacienda próxima a Teotihuacan, donde el abuelo y tocayo Amado Jordán dejó singulares muestras de su talento artístico. Los murales que decoran varias de las paredes de aquella finca son una prueba multicolor de lo que te digo.

La pareja recordó enseguida a sus ancestros. Habló doña Elena de sus padres, Marcos Juárez de la Garza y doña Francisca Dolores Villegas de Torices, médicos de profesión:

—Duro oficio el suyo—dijo ella—. Don Marcos, quien por largo tiempo fue jefe de la Cruz Roja, falleció en activo. Una epidemia de fiebre amarilla que asoló tierra tamaulipeca lo metió en la nómina de las víctimas provocadas por tan implacable mal. Y Francisca, mi madre, ejerció a su vez su especialidad de pediatra por largo tiempo, pues el pulso se le apagó ya grande.

Amado completó las evocaciones, e hizo cálida memoria de Fernando y Soledad Isabel, sus padres:

— Espigada y hermosa era ella, que gastaba negras faldas y costosas gemas. Y él—agregó—un recio varón campirano, propietario de la hacienda de San Pablo, próxima a Teotihuacán.

El recién nacido tuvo a su vez una niñez muy suya. Porque muy suyo era su temperamento. De trato difícil, retraído él, celoso siempre de su intimidad, hosco y nervioso por momentos, vivía y soñaba extrañamente. Eufórico ahora, apasionado siempre; invariablemente pleno de voluntad y coraje.

Siete años cumplidos tenía Fernando Jordán, el 3 de octubre de 1927, cuando la ciudad se despertó con la noticia del asesinato del general Francisco R. Serrano y un grupo de amigos, en el kilómetro 47.5 de la vieja carretera México-Cuernavaca.

El pequeño había iniciado su instrucción primaria ese año, en un plantel de religiosos franceses, el Saint Antoine, de Tacuba. La noticia del asesinato de aquel general a quien su padre admiraba tanto dejó gruesa cicatriz en su memoria. Sobre todo porque la saña de los poderosos alcanzó a su padre: no le perdonaban su leal y firme amistad hacia el militar muerto. Así, las estrecheces se colaron por su puerta adueñándose de la despensa y de la mesa.

Una anécdota mil y una veces relatada retrata a Jordán bravo y voluntarioso. Seguro de sí. Inteligente y honesto:

El adolescente había terminado los estudios primarios en el Saint Antoine o Colegio Morelos, de Tacuba. Cursaba ahora la educación media en la Secundaria número 4, en San Cosme, y laboraba en la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio (Concanaco), pues le agradaba contar con recursos para atender sus necesidades y ayudar en casa con algunos pesos para aliviar los gastos que gravitaban sobre el bolsillo poco abundante del padre.

Un día de tantos, el padre, quien durante las charlas de sobremesa había introducido a los siete hijos —Isabel, Fernando, Helena, Amado, Dolores, Raúl y Guillermo— en los ricos mundos de las literaturas griega y francesa, le llamó y le dijo:

—Fernando, es tiempo ya de que te adueñes de otra lengua y he pensado que el francés te será de enorme utilidad. Tú debes dominarlo y el mejor sitio para aprenderlo es la Alianza Francesa. ¿Qué te parece la idea?

—Buena, muy buena idea. Sólo que yo no pienso pisar nunca ese plantel. Otros son mis planes. Estudiaré francés pero a mi modo.

Y se puso en obra. Lo más curioso de ese episodio fue que Fernando reunió varios libros *de* y *en* francés y presa de una disciplina agobiante, durante cuatro meses se recluyó en su alcoba, misma que abandonó al entender y dominar las claves principales de aquel idioma.

Cuando lo hizo, otras pruebas le aguardaban, pero en el escenario urbano. La calle ensanchó las aficiones e intereses de cada uno de los Jordán. Y es que cada quien por su lado sumó amigos y afectos en las aceras al comprobar que el amor que se profesaban sus padres les hacía prescindibles para la pareja. Así que a partir de entonces “mis hermanos y yo vivimos y crecimos en la calle” afirma Helena Jordán.

Esta suerte de aula sin muros de lo cotidiano llevó a Fernando Jordán a estudiar en la escuela vocacional de la Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura (ESIA) del Instituto Politécnico Nacional (IPN) de donde se había propuesto graduarse como arquitecto funcionalista.

Fue por esos años cuando Jordán inició varias de las amistades más firmes de su vida. En la vocacional de la ESIA conoció a un joven inmigrante de hablar pausado y trato afable con quien rápidamente anudó una amistad sólida, fincada en inquietudes y aficiones compartidas.

Jaled Mujaes era ese joven, y Fernando no tardó en descubrir en él numerosos rasgos que le hacían singular entre sus condiscípulos.

Mujaes, quien era chileno, venía de una residencia de seis años en Líbano y había vivido largos periodos en Europa y los Estados Unidos. Así que en cierta forma Jaled fue para Jordán una de esas personas cuyas pláticas y vivencias abren mundos y horizontes nuevos.

Jaled tenía tras de sí el prestigio que otorgan los pasaportes y las prolongadas travesías en barco, pues para Jordán, hombre de largos y constantes periplos interiores, el sueño mayor era conocer el mundo. El chileno, por tanto, no era un amigo cualquiera. Mujaes tenía el encanto de las puertas y las ventanas que dan acceso a horizontes nuevos; a hombres de rasgos y costumbres ignotos.

De ese modo, las afinidades entre ambos jóvenes tuvieron un primer cauce en las lecturas comunes. Jaled recuerda con simpatía que Jordán era un lector infatigable de autores de la talla de Claude Farrère, André Maurois, Joseph Conrad, Pierre Loti, Giacomo Casanova, Yoshua Slocum, Pierre Loys y Alain Gerbault, entre muchos otros.

El periodismo fue otro de los senderos compartidos por los nuevos amigos. Un alegre periodiquito estudiantil dirigido por Aníbal Gallegos —*Inter Nos*— publicó el texto de una entrevista con Pedro Vargas calzado con la firma de Fernando Jordán e ilustrado con fotografías de Jaled Mujaes. Esta inclinación literaria llevó al inquieto defenío a convertirse primero en editor de estudios antropológicos y, más tarde, a ejercer el periodismo de viajes teñidos por la aventura.

Ambos amigos estaban en los veinte años y, uno de tantos días, Jordán se internó por los pasillos y las aulas de un plantel de reciente creación en el IPN: la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) de Santo Tomás.

Inaugurada por el general Lázaro Cárdenas en 1938, la ENAH tenía el imán y la seducción de lo novedoso. La presencia en sus aulas y talleres de profesores y alumnos extranjeros fue una suerte de revelación para el joven deseoso de vivir nuevas experiencias. Luego de varios recorridos y visitas a la misma, y cuando en la vocacional de la ESIA “las matemáticas perdieron la poesía de lo abstracto,” Jordán decidió cambiar de aires al iniciar su educación superior, e invitó a Jaled a secundarle en la aventura.

Mujaes aceptó porque respecto de la ESIA compartía puntos de vista con Jordán, así que aún sin saber bien a dónde se encaminaban, dieron a su timón un brusco viraje e ingresaron a la ENAH. En aquellas aulas el par de novicios dieron repentinamente de cara con lo que buscaban: un centro de estudios fascinante.

En la ENAH conocieron y trataron a su fundador, el destacado antropólogo físico Daniel Rubín de la Borbolla, que había obtenido sus patentes de grado en centros de estudios superiores de los Estados Unidos. Con Pablo Martínez del Río, y literalmente prendidos del hilo de la imaginación, visitaron plenos de curiosidad los escenarios de la prehistoria. En los cursos de Eduardo Noriega abrieron múltiples y sorprendentes puertas de la arqueología de México. Con Paul Kirchhoff, y mediante el estudio de las religiones, penetraron en la formación de los caracteres

culturales de las diversas ramas de la humana estirpe. La cátedra de Fernando Gamboa les enseñó que el museo era una herramienta para la *Paideia*. La grandeza de Monte Albán les fue descubierta y analizada en sólidos y documentados cursos impartidos por don Alfonso Caso. Jorge A. Vivó les enseñó cómo viajar por los mapas y Miguel Covarrubias les ayudó a descubrir que “el mundo era una máquina para viajar”. Por último, Eduardo Marquina les develó secretos y claves singulares de la arquitectura prehispánica; Enrique Juan Palacios las milenarias maravillas de la arqueología maya y Wigberto Jiménez Moreno las crónicas de la historia prehispánica de México.

Fernando y Jaled no tardaron en convertirse en los ejes de buen número de sus condiscípulos, pues idearon animar una revista científica especializada en la edición de textos destinados a educandos y profesores de la comunidad escolar en la que daban los primeros pasos.

Jordán, Mujaes y otros compañeros igualmente empeñosos eran hombres de hechos y en breve dieron cima al ambicioso proyecto editorial. Nació así la revista *Acta Antropológica*, que en tan sólo 24 meses y 16 entregas difundió en tres idiomas los frutos académicos más jugosos de su comunidad educativa. Entre ellos la primera edición de *Juan Pérez Jolote*, de Ricardo Pozas Arciniega.

En todas esas actividades Jordán era el motor principal. A sus gestiones directas se debieron siempre los indispensables recursos para armar las ediciones.

Desinhibido y sin excesos verbales, sólo y su alma se lanzó Fernando Jordán a la conquista de patrocinadores, acción que de inmediato se notó, pues sobre las páginas de la revista se abatió un diluvio de inserciones publicitarias. Gracias a ello, cada nueva edición pudo ensanchar su mercado en beneficio de su muy calificado equipo de colaboradores.

Cabe aclarar también que Jordán no únicamente descolló en esos terrenos. Otra de sus facetas fue la de recio gestor de nuevas instalaciones deportivas para quienes estudiaban en Santo Tomás. Merced a sus empeños, vastas extensiones de la ex hacienda contaron en breve con varias canchas de tenis donde cientos de jóvenes disfrutaron de recreo sano.

Al igual que sus amigos, Jordán tenía ricos y variados intereses y aficiones, por lo que el novicio de antropólogo repartía su tiempo entre las aulas y los libros; las canchas y los trastos deportivos.

La caminata de grandes distancias, la esgrima, el ping pong, la natación, el billar, el tenis y el buceo le atraían con igual fuerza. Un billar muy concurrido de Bucareli, las canchas del IPN y las piscinas de los deportivos Aragón y Plan Sexenal, fueron los núcleos de diversión que Jordán visitó por aquellos días con mayor frecuencia. En la segunda de estas albercas, y en compañía cordial de su amigo José Héctor Salgado, hijo del entonces administrador de la misma, Jordán se adiestró en el buceo: “Fernando y yo jugábamos entonces gatos bajo el agua”, recuerda Salgado. Y agrega: “Contábamos ya con equipos similares a los que ahora están en uso, aunque ligeramente más pesados”.

Varios viajes resultaron a la postre significativos en la vida de Jordán. Como estudiante de antropología visitó algunos estados de la república e inició así su trato con hombres y culturas diferentes. Estuvo en Chiapas, Guerrero, Veracruz, Michoacán y Morelos, entidades donde tuvo ocasión de pulsar la cultura, los problemas y el sentir de la gente de diversas regiones del país.

La primera vez que Fernando Jordán visitó Tepoztlán (Morelos), fue en 1938. Se había sumado a un grupo de condiscípulos de su amigo José Héctor Salgado que, encabezados por el poeta Carlos Pellicer, visitaron aquella población en la que años más tarde Fernando Jordán viviría, luego de contraer nupcias con una bella rubia oriunda de Suecia, la antropóloga Barbro Dahlgren, con quien procrearía dos hijos: Ingrid y Eric.

En los años 40, muy al margen de sus viajes académicos, Jordán permaneció un buen tiempo en el puerto de Acapulco (Guerrero). Su acompañante en esa oportunidad fue su amigo Jaled Mujaes y uno era el objetivo de aquella visita al entonces agreste y bellissimo puerto del Pacífico: reunir variados ejemplares de caracoles marinos para obsequiar con ellos a Pablo Neruda, cónsul general de la misión diplomática extranjera más visitada por aquellos días: la de la república de Chile, que se encontraba en una finca de la calle Río Elba, exactamente a espaldas del cine Chapultepec, en la Colonia Cuauhtémoc.

Mujaes y Jordán regresaron de aquel viaje con tres costales repletos de ejemplares de las piezas prometidas. “Aunque bien pudieron ser más, recuerda Jaled; pero con su proceder Fernando lo impidió porque tenía una marcada preferencia por otra clase de piezas, lo que nos restó efectividad. Y es que durante ese viaje cada mañana al salir nos prometíamos reunir

el mayor número de caracoles posible, pero al caer la tarde comprobábamos que en vez de caracoles traíamos del brazo a un par de turistas rubiecitas. Todo lo cual no estaba mal, pero...”

IV. EN DONDE SE HABLA DE SU CAMBIO DE PIEL

Todo aquel que a finales de 1945 platicó seria y detenidamente con Fernando Jordán sabe que el joven editor opinaba que a la antropología mexicana le faltaban cauces de expresión.

Jordán sentía que urgía contrarrestar esa situación. Que era necesario abrir brechas expeditas para dar fluidez a la joven disciplina. Por ello buscó y encontró en el ejercicio periodístico una senda alterna.

Finalizaba el año de 1945 cuando Jordán atravesó el umbral de la entrada del diario *La Prensa*. Iba del brazo de la escritora cubana Loló de la Torriente, colaboradora de esa publicación y esposa de su admirado maestro Jorge A. Vivó. La pareja se encaminó a la oficina del director, el señor Fernando Mora. Loló presentó con gracia a su acompañante y se convirtió en atento testigo del diálogo que enseguida se desencadenó.

Jordán habló del *Acta Antropológica* e hizo alusión a su vocación literaria. “Lo que me falta es práctica diaria, pero puedo serle útil”, le dijo a Mora. Y éste, en respuesta, le explicó la rutina de un periódico y le hizo notar que la carrera de un diarista se inicia desde la plaza más modesta. “No le vendrá mal empezar desde el sótano. Será usted, por el momento, el *hueso* u *office boy* de nuestra redacción. Si lo desea puede empezar hoy mismo.”

Fernando Jordán no vaciló. Agradecido aceptó la plaza y se desempeñó en ella con el mismo entusiasmo que mostró el día en que, a los doce años de edad, se convirtió en asistente de oficina en la Concanaco.

Disciplinado y serio cumplió sus tareas con la misma energía y presencia de ánimo demostradas en la administración de la panadería de barrio en la que alguna vez se empleó. Y no tardó en hacerse notar.

Así fue como pasó a formar parte de la plantilla de reporteros de una fuente totalmente divorciada de su sensibilidad: la policiaca, en donde, pese a todo, destacó con brillo propio pues Fernando Jordán tenía sed de fama y nombre. Nombre y fama que se labró, paso a paso, en un medio que por momentos le irritaba por prosaico.

Su estilo, no obstante, pronto se impuso. El 24 de mayo de 1946, después de su vigésimosexto cumpleaños, su firma ganó por vez primera un espacio en el diario. Era su texto un escueto informe de la parálisis urbana que ya entonces dificultaba el vivir de los capitalinos.

Enseguida, el 14 de junio, subrayó que el director de la penitenciaría se inconformaba al ver que los periódicos divulgaban hechos diversos ocurridos en el penal a su cargo. Su imagen ganó la carátula del tabloide donde laboraba, el 16 de julio del mismo año. La víspera posó para el reportero gráfico a fin de ilustrar la trayectoria seguida por los hombres que penetraron aquel día en la casa número 36 de la calle de Campos Elíseos, en Polanco, de la que sustrajeron 500 mil pesos en joyas propiedad de Elisa Ávila Richardi, una de las hijas del entonces recién finado general Maximino Ávila Camacho.

El 26 de noviembre de 1946 atendió con todo entusiasmo su orden de trabajo y, de paso, recibió una lección gratuita de pundonor periodístico. Esa noche fue testigo de la ceremonia en la que los restos de Hernán Cortés fueron finalmente ubicados en una cripta abierta en un muro de la capilla del Hospital de Jesús. Su reportaje de esos hechos, editado en tres entregas, vio la luz los días 27, 28 y 29 de ese mismo mes.

Y la lección de pundonor periodístico no sólo él la recibió, sino todo el conjunto de sus colegas ahí presentes.

En esa velada, a la vista de la oscuridad de donde era extraída la osamenta del conquistador, un curtido y experimentado reportero lloró.

La historia era simple, pero no por ello menos impactante. Veinticinco años atrás Félix Fulgencio Palavicini, el entonces director de *El Universal*, había llamado a su reportero Fernando Ramírez de Aguilar (Jacobo Dalevuelta) y le había extendido una orden corta y terminante: "Localizar los restos de Hernán Cortés que, se asegura, reposan en México".

Por eso aquel día la impotencia arrancó lágrimas a los ojos del entonces decano de la prensa mexicana, cuando el oaxaqueño cobró conciencia de que el hallazgo le sacaba para siempre de la posibilidad de cumplir, por fin, con la única orden de trabajo pendiente en su ya larga vida de reportero.

Ramírez de Aguilar lloraba de rabia. Una rabia que no podía esconder porque él —como lo repetía una y otra vez mientras el llanto bañaba su

rostro— también un día había buscado sin suerte en ese muro; pues hasta ahí le habían llevado sus indagaciones.

Sólo que entonces la fortuna no había estado de su lado pues, como ahora constataba, él había obturado la misma pared pero había errado por 40 o 50 centímetros, ya que a esa distancia se localizaba la cripta donde reposaban los huesos del extremeño.

Asimilada la enseñanza de Ramírez de Aguilar, Fernando Jordán siguió a los restos de Cortés hasta su retorno a la cripta e informó y probó a sus lectores que, de acuerdo con un dictamen de su colega Javier Romero, “los huesos del conquistador habían sido mixtificados”.

La rutina del reportero prosiguió su ritmo y lo mismo cubrió los estudios sobre el hombre de Tepexpan que escribió, “a la manera del secretario de Anatole France”, una estampa literaria de Agustín Lara en pantuflas o dio seguimiento a diversos casos criminales.

Uno de ellos, por cierto, tuvo un fuerte impacto en su sensibilidad. El asesinato de Henriete Bobouver Duhamil, ciudadana francesa de 47 años de edad, asesinada por su joven amante de 28 años, el salvadoreño Raúl Ortiz Wilson, en su tranquila finca ubicada en la plazuela de Chimalistac. Este caso rondó muchos días por la cabeza de Jordán, quien durante sus charlas de café con los amigos traía una y más veces a cuento la lúgubre e ingrata historia.

Pero donde encontró una puerta de expresión para registrar sus preocupaciones sociales fue en el par de planas que, en buena medida, quedó a su cargo a partir de agosto de 1947. En ese espacio del tabloide Jordán dejó a los estudiosos de su trayectoria una suerte de bitácora de su quehacer ilustrada por los más señalados fotorreporteros de *La Prensa*.

Fue así como en compañía de Francisco Mayo se ocupó del centenario del Hospital Juárez; de los payasos Cartucho, Pirrín y compañía; de la lucha contra la viruela y de la invasión de terrenos de la periferia urbana. Con el *Indio Velázquez* presenció las festividades de un miércoles de ceniza; el nacimiento de un volcán y el hiriente contraste del ayuno popular frente al hartazgo de los poderosos. Ruiz le acompañó a visitar La Lagunilla y la Escuela Nacional de Ciegos, así como también recogió las imágenes de un recorrido que ambos hicieron por las ruinas de Tenayuca.

Por otro lado, Jordán hizo mancuerna con el *Chino* Pérez en los reportajes gráficos sobre el Museo Nacional de Arqueología en el edificio

de La Moneda; la Escuela Normal Superior; los pobres de la colonia Buenos Aires; la regeneración de las prostitutas y los miserables de la urbe. Ramírez le dio imágenes para sus reportajes sobre la Escuela Normal de Maestros; la Navidad del niño pobre; una fantasmal escuela sin aulas ni techo; la oncocercosis; la vida en el hilo de los equilibristas de un circo o de las mil y una escuelas mal dotadas y peor atendidas con las que operaba el sistema capitalino de instrucción pública. *Periquín* le acompañó a conocer el negocio sucio de la basura y el trafique de vivos con el botín producto del saqueo a las fosas de los camposantos. Enseguida visitaron Tolpetlac, el pueblo de Juan Diego, lugar al que Jordán llegó de estreno, calzando relucientes zuecos; y estuvieron en Iztapalapa, donde presenciaron una ceremonia de Semana Santa en la que la pasión y la muerte del redentor desembocaron en burda farsa.

Un asunto le obsesionaba entonces: la educación de los niños mexicanos. A ésta y a los planteles y profesores que la impartían dedicó Jordán varias de sus entregas más documentadas y relevantes para *La Prensa*.

Pero fue en la vida de los miserables y los olvidados donde Fernando Jordán puso énfasis. En ello radica la fuerza de los brevísimos textos que redactaba, adelantándose por casi medio siglo a los trabajos reporteriles de Cristina Pacheco para el Canal Once de televisión. Jordán, en corto, explicaba al lector aquello que las fotos, por sí mismas, no decían.

Jordán trabajó para *La Prensa* desde finales de 1945 hasta abril de 1948, aunque ya para marzo de ese año había publicado su primer texto en la revista *Mañana*, a cuyo frente estaba el experimentado periodista Regino Hernández Llergo.

V. DE CÓMO ENTENDIÓ QUE HABÍA NACIDO PARA VIAJAR

Aquel día de febrero de 1948 Fernando Jordán hizo gala de nervios y furia y se encaminó hacia la redacción de *Mañana*. Harto se sentía de laborar en *La Prensa*, pues le “parecía criminal olvidar totalmente lo que había aprendido en materia de etnología y sociología de los pueblos primitivos y sentirse impedido para aplicar las enseñanzas del excelente Jorge A. Vivó”.

Así que se armó de valor y cruzó la puerta de la revista. Su mirada era agresiva, desafiante... pero también risueña y atrayente. Y fue su morena, breve y nerviosa persona la que se impuso cuando, a modo de presentación, sobre el eternamente revuelto escritor de Hernández Llergo extendió una serie de magníficas fotos de diversos sitios arqueológicos.

—Me llamo Fernando Jordán y soy antropólogo. Mi profesión me impone efectuar constantes expediciones, lo que me permite captar numerosas imágenes como éstas, así como enterarme de incontables asuntos de carácter noticioso. ¿Le interesaría que escribiera yo sobre estas cuestiones para su revista?

—Me interesa. ¡Escribalas! —fue la cortante respuesta de Regino Hernández Llergo.

Un par de jornadas de por medio Jordán reapareció por esa redacción y de entrada tendió a su ocupante un manojito de cuartillas.

Eran, a decir de don Regino, dos magníficos reportajes que le hicieron exclamar: “¡Deje de perder el tiempo en otras cosas; su lugar está en el periodismo! ¡Le contrato: usted viajará y escribirá para mi el resto de sus días!”

Al escuchar lo anterior Jordán supo que estaba ante el hombre de su vida, pues en la mente del experimentado editor y director estaba muy bien hincado un sabio principio aprendido en el periodismo estadounidense, según el cual para no incurrir en errores es necesario ante todo “poner al hombre correcto en el lugar correcto”. Y a Jordán lo habilitó de inmediato como redactor viajero porque adivinó que el nervioso reportero no le podía servir para más cosa que para viajar.

El humor de la aventura penetró sus pulmones, aceleró su pulso y le metió súbitamente en acción pues, a bordo del *Querétaro*, se unió a una expedición de la marina mexicana a la caza de piratas por el desconocido archipiélago de las Revillagigedo.

La experiencia le resultó sumamente grata ya que a su regreso, el martes 16 de marzo pronunció en la Academia Nacional de Ciencias (Antigua Sociedad Antonio Alzate) una conferencia sobre su viaje y al día siguiente, en las páginas de *La Prensa* publicó un minirreportaje gráfico sobre el mismo asunto. Finalmente, el viernes siguiente, *Mañana* divulgó su primer gran reporte periodístico.



Fernando Jordán en la Alta Tarahumara.
(Foto: doctor Adrián Quirós)



Fernando Jordán con un indio chamula.
(Foto: *Impacto*/Guillermo Angulo)

Cuando en junio la revista publicó el primero de los cuatro capítulos del reporte de su expedición de cinco mil millas por las islas mexicanas del Pacífico, Jordán comprendió que Regino Hernández Llergo, su editor y director, tenía la rara cualidad de medir y conocer inmediatamente a los hombres que trataba por primera vez, pues en él había descubierto al periodista nacido para viajar.

El redactor trashumante de *Mañana* publicó las impresiones de su tercera gran expedición periodística entre el 21 de agosto y el 16 de octubre de 1948. Siete fueron las partes de ese reportaje memorable por territorios de un distante y ya entonces olvidado estado del sureste mexicano, Chiapas:

1) Cachimbo, la isla del Diablo en México; 2) Las rutas de Chiapas; 3) Un paraíso en la sierra: La Esperanza; 4) La ruta de las orquídeas; 5) Soconusco; 6) Cincuenta mil personas agusanadas de por vida en amplia faja de la frontera con Guatemala: la oncocercosis y 7) El drama chamula.

Sus pasos siguieron atendiendo el llamado del imán de los caminos. De Chiapas, Fernando Jordán viajó al norte y en el torbellino de la línea fronteriza no logró ocultar su disgusto al describir la que denominó "cara de patriota: verde de cólera, blanca de DDT y roja de humillación". Particularmente al narrar los malos tratos de que son objeto nuestros compatriotas braceros a causa del hambre y la desesperación.

En contraste con lo anterior, su entusiasmo mana con la misma fuerza que el petróleo cuya abundancia festeja a su paso por la fronteriza Reynosa, 20 mil habitantes saben de la existencia de una mujer pública por cada dos niños sin escuela; 600 frente a 1 200. Urbe donde los prostíbulos legales y clandestinos suman 200, y seis las escuelas. Seis los cines y treinta las cantinas...

Sin una pausa siquiera, arrojando peligros y sorpresas, Jordán baja hasta el pie de la sierra de Santa Rosa de Melchor Múzquiz, en suelo de Coahuila, y visita a los pieles rojas de México, que desde 1852 moran en el noreste de esa entidad: los indios kikapú. Enseguida descende diez kilómetros por el río Sabina y convive con los últimos descendientes de los negros mascogos y los seminoles que huyeron de la esclavitud en los Estados Unidos.

El impulso con que viaja es de vértigo. De Coahuila parte hasta Ciudad Cuauhtémoc, Chihuahua, y en ameno informe pone a sus lectores

en contacto con la historia y los modos de vida de “los elegidos de Dios para cultivar la tierra: los menonitas”.

La capital de esa entidad le sirve de oasis y en un rato de calma, el 25 de octubre de 1948, se sienta a la máquina y le escribe a Regino Hernández Llergo para anunciarle que está próximo a iniciar otra gran expedición de prensa, ahora por la Alta Tarahumara, lo que, asegura, le convertirá en “el primer periodista que llegue hasta aquellos lejanos sitios en busca de motivos para reportajes”. Lo que lógicamente “me envanece, me alienta y me hace sentir como caballo de sangre antes de una carrera”.

Jordán le explica al director de *Mañana* que va bien pertrechado y que pese a no contar con las botas apropiadas para el recorrido no cree que pueda pasarle algo de cuidado, “porque no acostumbro morirme en las sierras”. Por último le hace una serie de confidencias en torno a su viaje por iniciar y le ruega atienda a su esposa en caso de ser necesario. Esto es lo que textualmente le dice:

Tengo tanta ilusión y esperanza sobre lo que periodísticamente me puede dar este viajecito, que no tengo vergüenza en confesársela. Me siento como un muchacho de quince años con su primera novia.

Antes de cortarle quiero suplicarle algo. Mi padre está grave en México (un serio problema cardiaco). Le he pedido ayuda al doctor Gamboa para que le dé facilidades de internarse en Cardiología y ser atendido por especialistas, y lo ha hecho. No quiero imaginar que la cosa pueda ir peor; pero si desgraciadamente sucede así y mi esposa se lo comunica a usted ¿quiere ver que no falte nada: dinero y otras cosas? yo le pagaré con trabajo. Esto se lo pido porque soy el único hijo que, en todos aspectos, puede ayudar a la familia. Desde luego no quisiera que eso afectara por lo pronto a mi esposa, económicamente. Y a propósito ¿Ya están pagándome mi aumento de sueldo? Gracias por lo que haga por los míos en México, y hasta la vista.

Jordán.

VI. DE UN INVIERNO EN LA TARAHUMARA

El reportaje de la octava gran expedición periodística de Fernando Jordán fue publicado igualmente por la revista *Mañana* en siete largas entregas, y el autor lo precedió por estas palabras dirigidas a su esposa: “Para Barbro Dahlgren Jordán, que deseaba venir conmigo a la Tarahumara”.

Narra Jordán en estos textos su recorrido de dos mil kilómetros en *jeep*, camiones de carga, a lomo de bestia o a pie por los caminos de la Alta Tarahumara, internándose por los parajes más solitarios, escabrosos y salvajes de la sierra de Chihuahua.

El relato de Jordán es objetivo en todo momento, pues lo que destaca en su texto es la vida de los hombres y el medio mismo de esas latitudes. “Invierno en la Tarahumara” no es el relato de las aventuras de Jordán por esos parajes, sino el testimonio fiel de lo que ve y escucha.

Lo que el autor intenta por medio sus escritos es que el resto de los nacionales conozcan por fin una vasta región de la república que al terminar 1948 parece vivir en otro tiempo, porque otra muy diversa era su cultura.

Inicia el reportero su escrito con una descripción del medio físico que le rodea y lleva a los lectores de la mano por los mayores abismos del mundo, encarándole con los valles de la montaña y con la imponente fuerza de la cascada de Basaséachi (“lugar de coyotes”, en voz tarahumara), la novena del orbe y caudal que “se suicida” desde los 311 metros de altura.

A continuación se ocupa de los 40 mil tarahumara y ve en ellos a ejemplares vivos de los hombres de la prehistoria. En ese capítulo estudia su resistencia física; su Corte de Justicia y la influencia que el tescüino ejerce en su vida.

El tercero de sus textos es un viaje por el mundo a un tiempo mágico y onírico de los tarahumara. Fernando Jordán lo escribió con una intención: “la de hacer sentir al lector cuán complicada y oscura es la mente indígena, e iniciarlo, en forma sencilla, en su magia, sus creencias tenebrosas y confusas, y su religión primitiva”.

La parte cuarta del texto es un capítulo ignorado del heroísmo humano y relata una estancia con los misioneros que han fundido su vida con la de los tarahumara. Es un relato legendario e increíble de serenas aventuras de valor y abnegación sobrehumana en la que los protagonistas —clérigos y médicos singulares— ocupan un discreto e invaluable sitio entre los aborígenes.

En el quinto de los capítulos de su reportaje Jordán reúne historias de suerte y codicia, agio y miseria, en las que la fortuna adopta todos los ropajes o es raíz de todas las desgracias y no pocas fortunas fabulosas y malhabidas.

La ceremonia del 12 de diciembre, con su impresionante baile de los matachines, da pie al dramático sexto capítulo del relato de Jordán, en el que habla de una “fiesta híbrida, extraña en su confusión de ideas, que no tiene la solemnidad de las católicas ni la angustia singular de las primitivas aborígenes; que le falta color y alegría; que trae nuevamente a colación la desorientación del indígena abofeteado por un impacto cultural que no ha sido encauzado, y que ahora se materializa y manifiesta en una concepción de la vida que no entienden ni el indio ni el blanco”.

Cierra su informe el periodista con un capítulo doloroso, pues habla en él de los aserraderos de Chihuahua, donde a la explotación del hombre por el hombre se debe sumar el proceso devastador y degradador del hábitat.

El de Jordán es, en este caso, un trabajo de pionero, ya que es un claro diagnóstico de lo que sucedía en 1948 en tierras que veinte años más tarde serían el escenario de una lucha desesperada entre las desiguales fuerzas de un loco grupo de jóvenes generosos que el 23 de septiembre de 1966, en suicida maniobra, atacaron al cuartel del Ejército Mexicano en Ciudad Madero, Chihuahua.

A su regreso de la Alta Tarahumara, Jordán tiene en mente una nueva expedición, esta vez con rumbo a la Baja California; pero los imponderables parecen cerrarle el paso. Para empezar, su padre sigue enfermo y su propia salud no es la óptima. Convaleciente de una pulmonía contraída en Chihuahua, aguarda el momento propicio para retomar las veredas; pero Hernández Llergo le pide calma y le hace una confidencia: en breve fundará su propia revista, y lo necesita a su lado. Él será pieza clave en la nueva empresa periodística.

El aguerrido Jordán entiende la situación y si acaso se aleja de la ciudad por unos días. Se escapa hasta San Rafael Jicaltepec, un risueño pueblecillo francomexicano que anida en la ribera del Nautla. El relato de Jordán, publicado por *Mañana* tres días después de la muerte de su padre, inmortaliza la historia de un pueblo fundado por un rubio loco: Stephan Guenot.

En zaga de los rubios, siempre en pos de ellos —y más de ellas—, en abril el redactor viajero viró en su marcha y a continuación dio con sus pasos en Chipilo, un raro islote itálico hincado en suelo del estado de Puebla a partir de 1881.

En el reportaje que motivó ese viaje Jordán pudo pulsar las aportaciones concretas que estos grupos de inmigrantes habían hecho a la sociedad mexicana y el balance resultó nada estimulante. Comprobó que al igual que los pieles rojas o los negros de Coahuila y los casi albinos menonitas de Chihuahua, los franceses de Nautla y los italianos de Chipilo vivían aislados del resto de los nacionales, al margen de la cultura dominante, en reservaciones poco dinámicas y carentes de pujanza.

Un mes más tarde, sin proponérselo, Jordán se convierte de golpe en el Bernal Díaz de la expedición que cuatro audaces arqueólogos mexicanos, encabezados por Alberto Ruz, habían emprendido por la selva lacandona con tres toneladas de equipo y comestible para limpiar y reconstruir las majestuosas ruinas de Palenque.

Jordán concluye tres semanas más tarde su recorrido por el sureste mexicano con un reportaje-denuncia en el que habla de los grandes desastres en la zona arqueológica de Yucatán, donde con piedras centenarias de los monumentos mayas los constructores de caminos cimentaban una carretera sobre las blancas planicies yucatecas.

Al concluir esta serie de reportajes Jordán está listo para sumarse a los trabajos fundadores de *Impacto*, la nueva revista del fogoso y audaz Regino Hernández Llargo.

VII. DE SUS IMPACTOS EN *IMPACTO*

Desde el primer número de *Impacto*, Fernando Jordán estremece a los lectores. Reaparece su nombre en las páginas de esa revista el 6 de agosto de 1949, luego de siete semanas de publicado el último texto que redactó para *Mañana*. Su trabajo, un ensayo de futurólogo, anuncia, sustentado en datos de irrefutable peso, que en el México del futuro el hambre será inevitable.

Los acalorados comentarios que suscita las tres entregas de su reporte todavía no se extinguen cuando Jordán ya tiene en vilo a los lectores con la nueva serie de reportajes que, perfectamente documentados, entrega a la redacción.

Los textos sobre el subsuelo de México resultan no sólo reveladores de incontables trafiques con los recursos del país, sino verdaderamente

comprometedores para más de un funcionario. En ellos explica Jordán cómo se desangra al cuerpo de la Patria y denuncia, señala, prueba trafiques, componendas y delitos contra la nación. El reportero se hace del principal sitio en la redacción y charla en largas sesiones con su director, algunas de cuyas hazañas de reportero él sueña, desea emular. En un momento dado, en abierta imitación de Regino Hernández Llergo, en alguna de sus andanzas de reportero en pos de una exclusiva, trepa por la fachada de un edificio, viola una ventana y, cámara en mano, penetra en el despacho de un notario donde imprime las placas de las actas con las que prueba lo que dice y el escándalo y las renunciaciones entre la burocracia se desgranaban una detrás de la otra.

Lo publicado es de gran clase y los riesgos han valido la pena. Jordán se siente bien con sus logros, pero no satisfecho. Y quiere más. Se esfuerza para concretarlos.

La noche menos esperada, sin embargo, sobreviene la tormenta. Regino Hernández Llergo llama al reportero y en vez del reconocimiento merecido lo increpa. ¡Basta de heroísmos!, le dice. Sus textos, aunque intachables, han ido muy lejos y afectan a Quien Nadie Debe Afectar. Así que mejor chitón.

Jordán no deja de ser Jordán y estalla. Está fuera de sí. De nervioso ha pasado a ser el reportero furioso. Grita. Insulta. Habla de traición. Y llama corrupto, sucio y desleal a quien lo ha proyectado como nadie.

Hernández Llergo soporta a pie firme la andanada y cuando la borrasca amaina, busca la comprensión del alumno y amigo. Finalmente le dice que entre ellos todo sigue igual y tiene aún la generosidad de ponerle en el bolsillo, “a la usanza antigua, un puñado de doblones para que se (vaya) a tentar fortuna a donde (quiera).”

Jordán quiso que la Baja California fuese ese “donde” y a su suelo se encaminó. Y en Ensenada nació, como ya se apuntó, este libro con el que Fernando Jordán consiguió lo que muchos otros autores no han logrado en toda una vida y con una obra más vasta: captar la atención del país respecto del virtual abandono en que la península vivía entonces, al redescubrirle sus riquezas y mostrarle sus bellos perfiles y subrayarle el riesgo de perderla que su desinterés abría en el horizonte futuro de la región.

Ahora Jordán estaba en la cresta de la ola. Era el gran reportero. Su fama crecía con el número y la calidad de las órdenes de trabajo que recibía.

“La piratería en nuestros mares”, “Álvaro Obregón en la intimidad”, “Al sureste con Alemán”, “El azufre”, “Con Alemán por el norte”, “Nuevamente el azufre”, “Alemán en Monterrey”, “Alemán en La Laguna”, “Otra vez el azufre”, “En el país del oro blanco: Matamoros”, “Un drama en la isla” y un “Diálogo con Alfonso García González, gobernador interino del Territorio Norte de la Baja California”, son los titulares que conforman la lista-bitácora de sus trabajos subsecuentes, antes de darse una tregua entre noviembre de 1950 y abril de 1951.

Enseguida se lanza al golfo de California, prometiéndose recorrer en cinco meses siete mil kilómetros de mar bajo la vela de un bote.

“Suicidio con publicidad”, llamó Arturo Sotomayor a ese viaje, y su dicho estuvo en un tris de trocarse en profecía, pues el *Urano*, el velero en que Fernando Jordán y José Héctor Salgado hicieron su recorrido marino, tuvo que ser jubilado porque llegó el momento en que literalmente estaba por desarmarse con grave riesgo para sus tripulantes.

Concluida la aventura en julio de 1951, parecería que tras otro semestre sin acción nada tenía ya por descubrir. Pero quien así lo ve se equivoca. Jordán no tenía reposo. Volvió los inquietos ojos al sureste donde, sobre el breve asiento de un kajak —*La Vagabunda*— recorrió el río Grijalva en brioso y breve viaje para estudiar las causas y las fuentes de la fiebre amarilla.

Un mes duró su nueva expedición. Mientras tenía salud, porque le alcanzó la severidad de un mal intestinal de los que diezman, desde hace siglos, a los chiapenses, y cuyas fiebres le llevaron a evocar las imágenes inquietantes de un sueño necrofilico tenido durante su viaje anterior, en 1948, a ese estado de la república.

Muy aguda debió haber sido la afección que contrajo, porque a su regreso a la capital se encaminó en busca del auxilio de Donato Pérez García, el médico militar que tenía su consultorio a unos pasos del monumento a la Revolución. Jordán confiaba ciegamente en él, pues tenía pruebas claras de su calificación profesional. Sabía que formaban legión los políticos y actores, intelectuales y hombres comunes que acudían a él en procura de salud, ya que eran “muy acertados sus diagnósticos y tratamientos”.

Testimonio vivo de esto era su querido *boss*. Don Regino gozaba de cabal salud pese a sus incontables aventuras amatorias. ¿Qué mejor prueba

de que Pérez García era acertado, si el *boss* podía con todo y con todas? Especialmente con aquella paisana suya, de cuerpo escultural, con quien don Regino llevaba una relación tormentosa.

Aunque Jordán tardó en recuperarse, su mal sólo le permitió un respiro en su acelerada carrera profesional, pues pronto, muy pronto, retornó a la selva lacandona, desde donde el 26 de julio de 1952, en compañía de Alberto Ruz y su equipo, anunció al mundo el hallazgo de una cámara secreta en el misterioso templo de Palenque.

Pero ¿a qué se dedicó entre julio y diciembre? Para nuestra fortuna sus huellas se pueden rastrear en las hemerotecas. Vemos así que *Impacto* publicó el 2 de agosto una carta en la que Fernando Jordán fijó su postura de periodista ante la irrupción de publicaciones extranjeras en el mercado nacional.

Jordán, en contraste con los editores de la época, daba la bienvenida a las publicaciones exógenas y afirmaba que no temía a su presencia en el mercado. Y argumentaba en carta dirigida a Regino Hernández Llergo:

Veo en este temor de los directores una oportunidad para nosotros. Dejaremos de ser —los redactores de revistas— la casta más (económica y profesionalmente) débil del periodismo; nivel a que nos ha arrojado esa “precaria” situación de las publicaciones no diarias. Creo que, para soportar la competencia, tendrán que dejarse de pagar reportajes a 50 y 100 pesos, como pagan a sus redactores la mayor parte de las revistas; tendrán que dársenos instrumentos y libertad para escribir los grandes reportajes; tendrán que sacrificar —los editores— algo de su interés personal para entregarlo a nosotros a manera de estímulo y aliciente. No hablo por mí mismo y quiero que conste aquí: tal vez por su amistad hacia mí; quizá inmerecidamente por mi esfuerzo y entusiasmo, he sido, en mi opinión, casi un privilegiado en *Impacto* y no podría dejar de mencionar que semana a semana, durante largos meses, he llegado a cobrar hasta 1 200 pesos por reportaje, lo cual es verdaderamente algo inusitado. Pero en este aspecto, el económico, por trabajar en *Impacto* he sido la excepción, y como no guardo amargura alguna por ello, tengo el derecho y la razón de hablar por los que no han tenido la compensación que merecen. He visto a [Vicente] Vila; a [Ricardo López] Toraya, a [Arturo] Sotomayor, a [Antonio] Rodríguez, a Rosa Castro y a muchos otros honrados y talentosos [colegas] cobrar 50 o 100 pesos por reportaje; por un reportaje —usted lo sabe, don Regino— que lleva muchos días de búsqueda y trabajo; por un reportaje en el cual uno juega muchas veces el honor o la vida, y el cual se escribe más con pedazos de carne

que una vez perdida la dignidad e honor de cada uno. No sólo se pierden
cielos (y uno se abla siempre más triste) corrompense y vanidosa, porque en el
que todos en la existencia humana, a pesar de su fealdad y su miseria, son
capaces de los hechos que los hacen vivir.

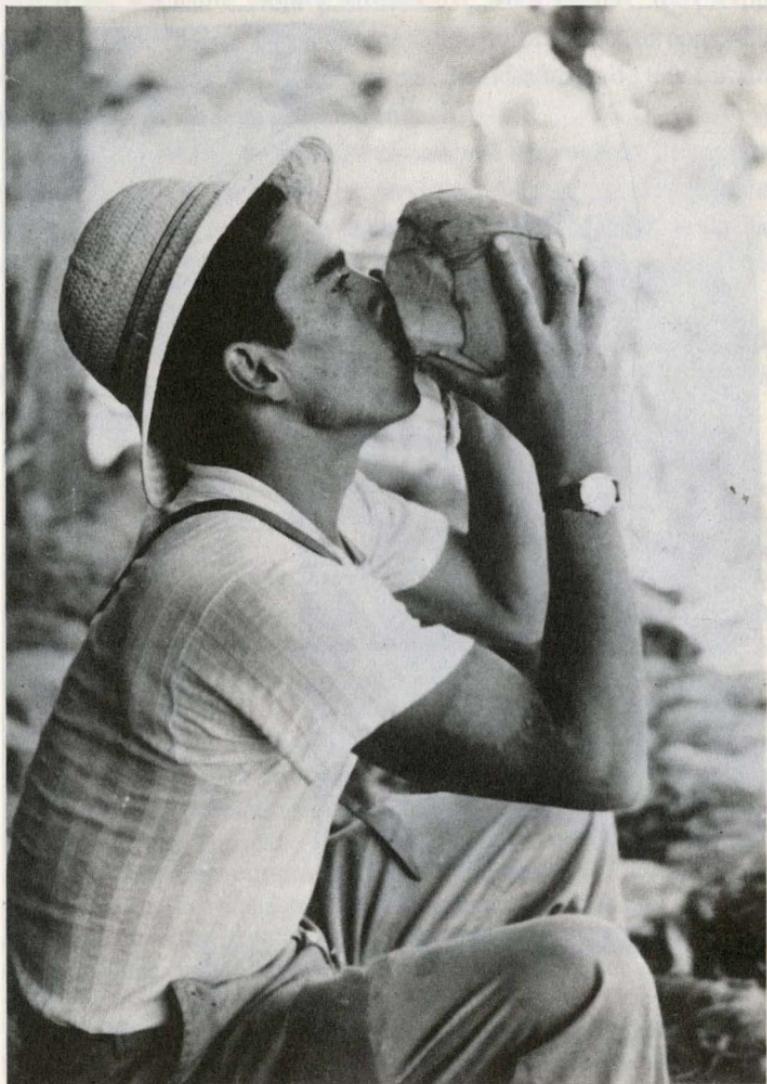
Creo que así lo comprenderá cuando una vez más se abra el portillo



Fernando Jordán en Chiapas. Febrero de 1952.
(Foto: *Impacto*/Guillermo Angulo)

En sus días de trabajo, el hombre palteaba y con el dedo
apuntaba con aguda precisión sobre el suelo, señalando con el
dedo índice hacia una línea horizontal.

— ¿Por qué se llama así? — preguntó, en voz alta de manera que
los demás también oyeran, pero él no se dio cuenta.



Fernando Jordán, el reportero antropólogo.

Palenque, Chiapas. Julio de 1952.

(Foto: *Impacto*)

que con una pretendida inspiración o deseo de exhibirse. He visto a muchos otros (y esto ha sido mucho más triste) corromperse y venderse, porque en el periodismo no encontraban siquiera, a pesar de su talento y su entusiasmo, una compensación mínima que les permita vivir.

Creo que con la competencia vendrá una revalorización del periodismo mexicano. Desaparecerán las revistas hechas exclusivamente para medrar; los falsos periodistas; los *racketeros* del periodismo —a quienes debían de haber combatido los propios editores— tendrán que emigrar en busca de otros medios; y los periodistas que realmente lo son y que hasta ahora han vivido oprimidos por la viciosa y precaria (entre comillas) situación de las revistas, ocuparán el puesto que merecen desde hace muchos años.

Por ello, le repito, los redactores no tememos a la competencia; no tenemos miedo. Por el contrario, tenemos la seguridad de que podemos triunfar ante esa anunciada penetración periodística que ha puesto a temblar de pánico a los directores de diarios y revistas.

Lo saluda, afectuosamente, Fernando Jordán, redactor de *Impacto*.

Por esos días, en compañía de Vicente Fe Álvarez, Fernando Jordán recorrió Tepoztlán con el propósito de satisfacer un viejo sueño: localizar y explorar la cueva del jefe de los *plateados* morelenses: Agustín Lorenzo.

En septiembre retomó el tema del azufre y en octubre redactó una nota crítica en torno a *La nube estéril*, el ya inmortal libro de Antonio Rodríguez.

El resto del tiempo lo dedicó a publicar, como sobretiro del diario *Novedades*, una obra voluminosa concebida en tres tomos y redactada con el auxilio de su esposa y varios colegas: *Historia gráfica de México*.

Al concluir ese año, retornó a Palenque y puso a sus lectores ante el sarcófago que atesoraba la cámara secreta descubierta por Ruz y su grupo menos de un semestre antes.

En enero de 1953 viajó fuera del país para cubrir su primera y única orden de trabajo en el extranjero, una entrevista con Fulgencio Batista, el entonces hombre fuerte de Cuba; antes de partir hacia la isla antillana, Jordán cubrió la toma del poder del nuevo gobernador del estado de Tabasco, don Manuel Bartlett.

Acto seguido, en dos capítulos, publicó en torno a la lepra un detallado reportaje que horripila. Y en marzo volvió los ojos al mar y en cinco entregas compendió la historia de la Marina de México, seguida de un amplio informe periodístico sobre la marcha al mar.

Prácticamente con estos textos se empezó a olvidar de su oficio de reportero, pues en adelante prescindiría del periodismo y se dedicaría a otros menesteres. Y aunque todavía entre enero y diciembre de 1954 publicó artículos sobre “El Boleo”; “El México de hace 25 mil años”; “El uranio mexicano”; “La primera batalla de la Revolución Mexicana”; “Bavícora” el rancho nacionalizado a William Randolph Hearst; “El desierto y la sierra de Chihuahua” y tres cartas rotuladas a los directores de *Impacto* (una) y *Siempre!* (dos), su nombre no volvería a figurar en las redacciones sino hasta noviembre de 1955, cuando *Impacto* recogió su última gran carta a Regino Hernández Llergo, escrita exactamente seis meses antes de su deceso.

VIII. EN DONDE SE DICE POR QUÉ ¡SIEMPRE EL NORTE!

Como la enorme ciudad lo sofoca al declinar el invierno con 1953, desde hace varios días Fernando Jordán ha sincronizado el latir de su corazón con el ritmo de los pistones de su *jeep*.

Lleno el vehículo con todo el equipaje requerido para efectuar sus expediciones—desde el rifle hasta el espejo de señales; desde la cantimplora hasta la brújula; desde el saco de dormir hasta los libros; desde el estuche de emergencia hasta los mapas— Fernando Jordán está una vez más listo para partir.

Y es ése el momento en que Ingrid, una pequeña rubia de ojos claros con mucho de sus facciones en el rostro, se le encara al regreso del colegio y provoca el diálogo:

— ¿A dónde vas ahora?

— A Chihuahua.

— ¿Dónde está Chihuahua?

— En el norte.

— ¡Siempre el norte!...

Sí, siempre el norte. La magnética aguja de la brújula ejerce en él una fascinación incontrolable. Y su predilección se explica fácilmente.

“Por la geografía, la antropología y el gusto personal”. En el norte Jordán ha podido “ver cada mañana la curva amplia del horizonte: en el mar, en el desierto o desde la cumbre de alguna montaña, la inmensa geografía de las regiones septentrionales a la medida de exigente claustrofobia. La bóveda húmeda de la

selva deprimía; la desnuda soledad de la llanura o la infinita superficie del mar la seguridad. [Ahí], ni el paisaje, ni la conformidad humana [admitían] límite; lo primero por cuestión de distancias, lo segundo por razones de voluntad. No es idea [suya] sino de la antropogeografía, el que la montaña, el desierto o el mar, forjan voluntades independientes. Es esa la afinidad que [Jordán] puede confesar sin modestia: la amplitud de movimientos [le] gusta hasta en el uso de la ropa holgada. Esa libertad de espacio y de ambiente tiene consecuencias en la propia personalidad. El clima septentrional imprime al hombre un sello: el de la fuerza y una característica igualmente precisa: su voluntad. Son exigencias de la tierra y el medio. Y si ellas son indispensables para el agricultor, el ganadero o el minero de aventura, en una región donde la lucha tiene que ser firme y constante [...] cualidades tales pueden hacer también la mejor dote de un escritor.

De un periodista que aspira a ser escritor. Y él, a medio camino de lo uno y de lo otro, empieza a inclinar su interés por lo segundo. Pero su recorrido de más de 20 mil kilómetros por el país bárbaro le empuja a retornar a la prensa. Aunque no tarda en comprobar que ese medio coarta su accionar. Porque lo que ocurre con los candelilleros le hace “pensar en la ceguera de los gobernantes, en la ignorancia de nuestras realidades, en el sadismo de los pequeños funcionarios voraces, inmorales y torpes”. Y su “desahogo se convierte en un artículo que la conveniencia o la discreción juzgaron —en México— impublicable”.

Pero no únicamente ese texto suyo corre tal suerte. Por carta Jordán relata al director de *Siempre!* que Regino Hernández Llergo, “cuya benevolencia es grande hacia mis escritos, pese a que no le interesa publicarlos, me los pide y compra tan sólo para darse el gusto de leerlos y atesorarlos en un cajón de su escritorio”.

No fue ésta la última vez que la relación de Fernando Jordán con el director de *Impacto* pasó de lo álgido a lo candente y viceversa.

Al tono de “no me importa” de su “misiva —queja— denuncia” de la primera decena de mayo de 1954, dirigida a José Pagés Llergo, el director de *Siempre!*, le sucede el matiz dramático, de hijo olvidado, defraudado e injustamente tratado, de su carta del 6 de agosto de 1954, dirigida al propio Hernández Llergo, a raíz de la lectura que hiciera, en medio de un simún, del bello texto *Mistres hijos* que el querido *boss* publicara en la edición de su revista fechada el 18 de julio del mismo año.

Y como su carta lo retrata mejor que nadie, la reproducimos aquí para deleite y satisfacción de los lectores. Es ésta:

Chihuahua, Chihuahua, 6 de agosto, 1954.

Querido *boss*:

Volví ayer de Tucson, a cuya universidad me llevó la necesidad de una investigación bibliográfica. Llegué a Juárez a la hora del calor, manejando una troquita que se está desbaratando de puro vieja, y como venía solo, y solo había estado casi dos meses, lo primero que hice al entrar a territorio nacional fue buscar su revista para encontrar la compañía de usted. Puse a mi lado uno de los últimos números de *Impacto* y dejé para más tarde su lectura, con la esperanza ilusa de engañar a la temperatura abanicándome con la supuesta velocidad de la camioneta. Antes del ocaso crucé Samalayuca, y todavía en los médanos se me apareció en el camino uno de los espectáculos naturales más impresionantes que recuerde. De lejos parecían nubes bajas, muy bajas. De cerca, minutos después, pude apreciar que en realidad se trataba de una pavorosa tolvanera que venía enterrando en arena todo el paisaje, y ocultando totalmente el horizonte. La nube avanzaba hacia mí, con una velocidad impresionante, alta en tres o cuatro kilómetros y ancha cuando menos en 25. Era como un simún de película o el hongo expandente de una explosión atómica. Dióme un poco de miedo el espectáculo y detuve la camioneta a un lado del camino. Tomé una media docena de fotografías, y como la nube venía precedida de un viento fuerte, opté por encerrarme en el vehículo y quedarme quietecito hasta que todo pasara. Llegó la nube, se hizo una oscuridad repentina y puesto que nada había que mirar afuera, encendí la luz del tablero y tomé su revista. Mientras rondaba en ráfagas la arena, leía un bello artículo suyo: "Mis tres hijos".

Debe haber entrado mucho polvo a la camioneta, porque los ojos me empezaron a lagrimear: aunque no creo que ello influyera mucho en mi creciente tristeza y en la estopa que se me había enredado en la garganta. Porque fue la lectura y no el simún lo que me puso triste: sus palabras y no el colosal espectáculo de un berrinche de la naturaleza lo que me hizo sentirme empequeñecido; y fue la confesión de sus sentimientos la que me pareció un pequeño (¡y qué grande a la vez!) fraude contra mí mismo.

Me mencionaba usted entre sus *hijos*, *boss*; honor que acepto y que agradezco. Aparece mi nombre entre los de una docena de jóvenes periodistas que en su mayoría son amigos míos; pero entre esos que usted llama predilectos, y que vemos ahora que son tres, no estoy incluido. Fue por esta selección sincera de usted que me sentí defraudado; porque, hasta ayer, guardaba la pretensión de haber sido, o de ser uno de sus hijos *predilectos*.

Al quererme codear o estar en el mismo nivel que Pagés, que Blanco Moheno y que Valadés, no lo hacía con base en la calidad o cualidades

periodísticas. No tengo ni el espíritu audaz ni el dinamismo de Pagés: ni la condición de mujerigo y rebelde con que usted caracteriza a Roberto: como tampoco la facultad investigadora o la precisión de Valadés. Si he de hablarle con sencillez y sinceridad, sé que estuve muy lejos del nivel en que están situados o se situaron en el periodismo nacional, estos sus tres hijos predilectos.

Mi pretensión, *boss*, se basaba en algo más simple; en una cuestión de sentimientos, podríamos decir. En el hecho de que usted ha sido y es mi padre predilecto. Mejor dicho, mi único padre. Lo ha sido desde que el otro, el verdadero por legal, por consanguinidad y por cariño, murió casi justamente cuando empecé a trabajar a su lado.

Era ya entonces un hombre o pretendía serlo, más pese a ello, el silencio de la voz paterna, el hondo cariño respetuoso, la única amistad que no admite engaños, el respaldo y la comprensión de los problemas, hacíanme falta. No por mucho tiempo, *boss*. Sin una palabra, sin siquiera la expresión de un pésame, o el abrazo muchas veces falso de conmiseración, y usted ocupó muy rápidamente el sitio, y llenó perfectamente el vacío. Fue desde entonces, a partir de la muerte del hombre cuyo nombre llevo, y a quien debo el sentido de responsabilidad, el concepto del honor y la terquedad de la honradez; que usted fue mi padre. Lo fue como tenía que ser. Fue usted mi amigo y en muchas ocasiones el confidente de innumerables proyectos y esperanzas. Jamás, a su lado, me faltó la oportunidad de discutir un problema, de solicitarle solución a una duda, de pedirle consejo o, simplemente, de desahogarme. Usted actuó siempre conforme a usted y conforme a mi propio carácter. Nunca un consejo, una sugestión suya, o una indicación, tuvieron la intención de torcer mis propios conceptos sobre la honestidad, sobre la moral y sobre la decencia. Respetó usted mi personalidad, haciéndome sentir, en toda ocasión, la comprensión y su benevolencia hacia mis ideas. La confianza que durante ocho años que he trabajado a su lado me otorgó, fue tanta y tan absoluta, que no en vano la comparo totalmente a la que tuviera para mí, mi verdadero padre.

Lo dejé a usted una vez. Dejé ese hogar que para mí fue *Impacto*, del mismo modo que los muchachos inquietos abandonan el hogar paterno, y aún entonces, haciéndole falta, tuvo usted la generosidad de ponerme, a la usanza antigua, un puñado de doblones en el bolsillo para que me fuera a tentar fortuna a California.

Junto con el cariño, diome usted la oportunidad y la fuerza para hacerme un hombre en la profesión. Eso fue siempre para mí la prueba de que usted me quería, porque jamás pretendí tener ese talento periodístico que usted respaldó con su firma como introducción a muchos de mis artículos y reportajes.

Dióme usted también, *boss*, la oportunidad de ser como yo quería ser. Vio usted en mí al viajero, al hombre un poco solitario y un mucho vagabundo, y me lanzó al camino, por una ruta que me dio placer, mucha escuela sobre la realidad de mi patria, y un lustre un tanto sensacionalista a mi nombre.

Por todo esto, *boss*, y más: por su generosidad inagotable, por su comprensión y ayuda en muchas otras cosas que aquí no cabe mencionar, por su confianza en mí, por las inyecciones de entusiasmo y de fe en el periodismo y en México; por todo ello, es que usted ha sido mi padre o, con el mismo sentido tierno de sus palabras, mi padre predilecto.

Esta carta no está escrita para reprocharle el que no me haya llamado también su hijo predilecto. Aunque exprese ese sentimiento, la he escrito pensando en hacerle llegar un abrazo y la expresión de mi cariño. Si usted habla tan bien y tan tiernamente de sus hijos; justo y merecido me parece que uno de ellos, aunque sea el más pequeño, le haga sentir igualmente una caricia de expresión filial. Es tiempo hoy, porque habla usted de “la inminencia de su retiro de este ingrato oficio nuestro”. Me supongo que como alguna vez me confiaba, piensa retirarse y a vivir en paz y tranquilamente, rodeado de su esposa y de sus hijos. No sé cuando será eso, pero para bien del periodismo y a pesar de su comodidad, deseo que no sea pronto.

En cierta forma, yo también vivo ahora retirado del periodismo, con las mejores intenciones de nunca volver a él. Por esto y lo que usted dice, esta mi carta es un adiós entre el maestro periodista y el pequeño periodista. Entre amigos y de hijo a padre, mi carta es sólo un saludo y un hasta luego.

Con todo el sentimiento y la profundidad que encierra la frase, cuando la dice alguien que cree en un Dios en todas las almas y de todas las religiones, también yo le deseo, Regino, que Dios lo bendiga.

Jordán

Agotado el tiempo previsto para efectuar el recorrido que se propuso, Jordán decide ponerse a la máquina para escribir. Y como requiere y busca tranquilidad se recluye en una casa de San Juanito, “el pueblo más frío de la república”.

Hasta ahí le alcanzan, aunque no los requiera, el afecto y la picante curiosidad de los amigos. Uno de ellos —Vicente Vila—, le escribe incluso para hablarle de “las lindas manos de Georgina y de la docilidad amable de Judy, la monumentalidad de una Sara y de las especialidades de otra del mismo nombre”.

Por ello, en respuesta epistolar Jordán le reclama—22 de enero de 1955— que haya pensado que es “capaz de amar por ociosidad” y le aclara que aunque le envíe a esas amigas para que le hagan compañía, él no piensa salir de su refugio para ir a recibirlas. A ninguna.

Y al recordarle que está ahí precisamente para escribir un libro, le subraya:

Estoy pensando seriamente en lo que hago. Tengo un poco de talento, pero sucede que quiero hacer obras geniales, y no teniendo genio, ya imaginarás que el problema es complicado. También—no sé qué me da escribirte tan en serio; mis disculpas por ello— tengo empeñada una carrera contra el tiempo. No el tiempo de mi beca, Vila, el tiempo de mi vida. Cada día soy más ambicioso y me parece que con 35 años (casi) a cuestas era ya tiempo de que hubiera andado más el camino elegido. A ratos, la sensación del tiempo perdido me abrumba y me hace perder más el tiempo; pero lucho, lucho contra eso, contra los días y contra el complejo del pasado estéril.

Líneas adelante Jordán describe su refugio al amigo y le narra cómo vive. Le cuenta que a partir de las cinco de la tarde de ese día se sentó a planear un próximo capítulo de su obra, y a las 10 de la noche,

antes de cenar (hoy cené tarde porque la esclava estaba planchando, y no habiendo luz sino cuatro horas al día es necesario aprovechar la energía), me levanté del escritorio, busqué un sillón cómodo, y me puse a leer *Juárez y su México* con el fondo musical de *El Moldau* de Smetana, que forma parte de una obra que se llama *Mi patria*. Para mi gusto es de lo mejor que existe en música.

Seguía leyendo, pero mis pensamientos iban entreverándose a las líneas y mezclándose con la dulce melodía del río cantado por Smetana. Entonces pensé en ti y me dio la gana escribirte. Comprendí en ese minuto cuál era mi verdadero pensamiento hacia tus cartas y sentí necesidad de explicártelo. Por eso te escribo ahora, que es medianoche. No sé si me comprenderás o si se te ocurrirá llevar mi carta a un psiquiatra. Trato de decirte que mi presencia aquí tiene una sola y única función, y quisiera en verdad, que nunca volviera a tener más. Escribir, leer y pensar.

Para que esto fuera posible antes fue preciso recorrer, ver caminar, observar, remirar la inmensidad chihuahuense.

La historia de la *Crónica de un país bárbaro* merece ser rescatada y recordada. Jordán lo comprendía así, pues escribe:

Seis meses de viaje, seis meses de encierro en el borde de la Tarahumara, una biblioteca para uso personal, un hogar, la preciosa ayuda de aclaraciones y explicaciones, un aliento en la soledad... todo ello no es posible para un escritor mexicano sin la presencia de la amistad.

El viejo y acariciado anhelo de hacer [*Crónica de un país bárbaro*] se hubiera quedado en idea a no ser por el patrocinio de Tomás Valles, el

ganadero y político chihuahuense. Una beca personal tan espontánea como amplia es lo que ha permitido dedicar a esta obra todo el esfuerzo y tiempo que se hizo necesario. Además de ello, debo agradecer al señor Valles su confianza, su discreción ante mi criterio y mi voluntad de escribir esta crónica conforme a mi gusto. Éste es un punto que merece todo el reconocimiento del escritor, y la aclaración precisa de que el señor Valles quizás no comparte muchas de las ideas que aquí se expresan. El respeto a mis puntos de vista, la mano franca de su amistad y su desinteresado cariño por mi obra, en la lucha por forjar esta crónica de Chihuahua, son tan valiosos como la propia beca.

IX. DE CÓMO JORDÁN TROCÓ MÁQUINA DE ESCRIBIR POR ARADO

En marzo de 1955. Jordán da por terminada su estancia en San Juanito, Chihuahua. Nuevamente hombre y *jeep* vibran con idéntica intensidad ante la inminente partida. Y cuando la máquina cruza el vasto territorio del país bárbaro, los recuerdos vuelven a su mente en desatentado tropel.

En un alto en la ruta su vista se posa accidentalmente sobre un punto en el mapa de la península del noroeste, lugar a donde se encamina.

Su rostro es de satisfacción y una y otra vez dispara su vista en dirección a la mochila en cuyo fondo reposa, atado y en perfecto orden, el manuscrito del libro recientemente concluido.

Tres veces ha abierto la mochila y otras tantas ha revisado su contenido: hasta el fondo, un grueso hule para evitar el paso de la humedad; enseguida el manuscrito y encima de éste la billetera, el pasaporte, una brújula, la cámara fotográfica, los *Chesterfield*, algunos analgésicos y, encima de todo, al alcance de la mano, la enorme calibre 44, el pistolón que le obsequiaron o adquirió en San Juanito a precio de ocasión...

El retorno a la Baja California, breve, inaugura el ciclo final de su vida.

En suelo de La Paz todo el mundo lo conoce y saluda. Y él dirige sus pasos hacia los rumbos de las casas de sus grandes amigos desde 1948, los siempre cordiales José Geoffroy y Pozo y César Abente Benítez, que viven en fincas contiguas.

Abente lo recibe con lo estimulante noticia de que por fin logró arreglarle los papeles de su propiedad en San Juan de la Costa y Fernando, con el rostro iluminado por el gusto, decide en ese momento, como a menudo le ocurre, cambiar bruscamente de rumbo.

Ahora el arado tomará el lugar de la máquina de escribir y él, incendiado de entusiasmo, se lanzará a construir un rancho en un sitio desolado localizado a 55 kilómetros de La Paz y 545 de “Mulegé de los Jordán, uno de cuyos últimos descendientes escribe ahora crónicas de viaje”.

San Juan de la Costa —se lo dice y repite a sí propio— será en ese punto del Territorio Sur un vergel que hará recordar la gesta de aquellos dulces misioneros que, mediante el amor y la fe, conquistaron a los pacíficos e irreductibles hombres de la península.

Lo que sigue ahora no será fácil ni sencillo, porque Fernando Jordán sueña en grande y sabe de lo que es capaz. Pero dejemos que sea él y no otro quien diga, a grandes pinceladas, qué ocurrió en aquellos meses de cerrado duelo con la naturaleza, las circunstancias y la adversidad:

San Juan de la Costa, TSBC octubre de 1955

Señor don Regino Hernández Llergo

Director de *Impacto*

Reforma 12, Despacho 604.

Mi muy querido Regino:

Perdone usted que ahora ya no le llame *boss* y me tome la libertad de llamarle por su nombre. Es un pequeño abuso de confianza al que me impulsa el profundo cariño que le tengo, y, por lo demás, ya no es usted mi jefe... desgraciadamente para mí.

No están mis manos como para escribir. Son ambas una torta de callosidades ganadas en la pala, el tractor, el azadón y las piolas de pescar. Un rancho en formación, a la orilla del mar, pidepeón, no intelectual. Desde hace meses, por tanto, soy un trabajador de la costa y lejos veo los tiempos en que todo mi esfuerzo lo ponía sobre la máquina de escribir. Pero, aunque ni las manos ni el cerebro tengan ya ligereza alguna quiero hacer el esfuerzo para hacerle llegar un abrazo, un cariñoso saludo y una profunda felicitación por esa revista cada día más rejuvenecida y vibrante, ese *Impacto* que, a pesar de mi retiro, sigue siendo *mío*.

Ya que le escribo, y que le escribo por primera vez desde que vivo en esta costa que “descubriera” a bordo del *Urano*, en aquel memorable viaje por el golfo de California, le agregaré, por si le interesa, algunos datos sobre mi obra, esta obra mía que es San Juan de la Costa. Algún día escribiré calmadamente la historia de cómo se hace un rancho en un sitio lejano y solitario; es una bella historia, llena de locuras, de fuerza y de fe en no sé

realmente qué, a no ser que sea en la propia fuerza. Compré este rancho al que sólo se llega por mar: un sitio desierto, desértico y aislado, a 55 kilómetros de La Paz. Cuando lo adquirí (no con miras de negocio sino por romanticismo, puesto que siempre fue de los Jordán), no había sino jejenes, zancudos, víboras, burros broncos, berrendos y monte barrido por los vientos. Ahora, poco a poco, el lugar va haciendo hueco a mis esfuerzos y mis pretensiones. He hecho cosas tan locas como meter ahí un tractor embarcándolo en una panga apenas un poco más grande, de tablas viejas pegadas con clavos (porque los tornillos son muy caros). Aquello fue glorioso, porque nadie pensó antes que fuera posible hacer semejante aventura sobre un mar que es peligroso, ¡Imagínese llevar 40 000 pesos (fiados) sobre una panguita! Tuve ganas de tomar fotografías, pensando en el momento como periodista. He sufrido mucho, pero voy ganando la lucha. El monte cae, tengo una pequeña siembra experimental, abrí un pozo que afortunadamente me da agua, estoy formando un plantío de dátiles y pronto lo tendré de cocoteros. Mi casa estará lista en dos semanas más y dejaré de dormir en la playa. Lo que es más bonito, es que el rancho famoso tiende a convertirse en el centro de la bahía de La Paz, de esta enorme bahía. Estoy construyendo una escuelita para que los niños de mis trabajadores tengan instrucción y pronto, gracias a este gran gobernador que es el general Olachea, tendremos una brecha que quizá (quizá porque el terreno es muy difícil) llegue a San Juan de la Costa. Aspiro y creo que lo haré, a convertir San Juan de la Costa en el rancho más hermoso y útil de toda la costa, entre La Paz y Mulegé (600 kilómetros de costa, nada menos). Será punto de recalada, tendré un muellecito, casas para mis amigos, siembra de todo lo que se pueda, y dentro de mi propia casa un estudio donde se escribirán unos libros que tengo pendientes. Entonces, para entonces, usted, Regino, me hará una visita, y vendrá a descansar de su batallar incesante a este paraíso solitario que será. Claro que falta tiempo. No tengo un níquel y todo lo estoy haciendo a pulso y a crédito. Pero ganaré la batalla, seguramente. Me conoce usted y sabe que nada me arredra. Estoy en pleno duelo y lo voy a ganar ¡no faltaba más! ¿soy o no soy discípulo suyo?

¿Sabe lo que es bonito de todo esto? Que hago obra. Desde que se descubriera la península, allá, a mediados del siglo XVI, esta costa estaba abandonada porque se consideraba incolonizable. Vivían en ella sólo algunos pescadores, en campamentos provisionales. Ahora está mi rancho, y pronto (un pronto que significará algunos años), habrá un pueblo. Entonces me sentiré orgulloso, y esto es lo que más me anima.

Bueno, todo esto anterior no venía al caso. Sólo quería hacerle llegar un abrazo y una felicitación, a los que, desde hace algunos días que estuve en La Paz se agrega nuestro buen amigo de siempre el *Che* Abente. Él también lo saluda y felicita por mi conducto, y juntos hemos comentado su valor, su

fuerza y su hombría. Esas dotes que le hacen a usted, con las otras ya mencionadas, un gran periodista, un maestro del periodismo mexicano.

Hasta luego *boss*, Regino, estoy viendo un azadón desde este banco, que está pidiendo que lo tomen por el mango. Vuelvo a mis labores de rancharo. Nos vemos pronto.

Su amigo
Jordán

X. EN DONDE SE HABLA DEL OSCURO SIGNIFICADO DE UN BESO EN SUEÑOS

Listo estaba para la brega diaria, pero al arrancar la hoja del calendario una mueca se adueñó de sus labios.

La semana terminaba mal. En 13. Sí, era domingo 13 de mayo de 1956 y una larga, pesada jornada le aguardaba. Así que se puso en marcha.

Muchas cosas se había propuesto concluir ese día. Le preocupaban los pormenores de varios asuntos pendientes y camino al astillero de don José Abaroa hizo recuento de su reciente visita a la capital.

El balance de la misma era aceptable. No todo había salido a pedir de boca, pero había alcanzado varios logros. Consigo había traído los aperos prometidos a los amigos de la cooperativa de pesca; había avanzado en sus gestiones para publicar su libro sobre Chihuahua; había saludado y visitado a viejos redactores amigos y durante varios días había estado cerca de los suyos.

Vivos y gratos eran los recuerdos de sus encuentros con Vicente Vila, Elvira Vargas y Fernando Mora, ocurridos la mañana del martes 8 de mayo, víspera de su retorno a la península.

Vicente le había confirmado su simpatía y amistad invariables en breve, cordial diálogo en Bucareli y avenida Juárez, frente al bello Caballito de Tolsá:

—Cuidate y desecha ideas fatales. Recuerda que somos muchos los que te estimamos y admiramos. Así que regresa pronto, aunque sólo sea para saludarnos. Y lo principal: no olvides que tu nuevo libro está por entrar al taller y que en tu próxima vista podremos celebrar su edición, —le había recomendado el filoso crítico de cine, luego de oírle relatar que la tarde de uno de tantos días atrás, en la imponente soledad de San Juan de la Costa y bajo los efectos de una infusión elaborada a base de damiana, se había sentido tentado a pegarse un tiro.

Elvira Vargas, efusiva, lo había abrazado con alegría a las puertas de *Novedades*.

— ¿Qué haces, ya te vienes otra vez? ¡Te estamos esperando como al Hijo Pródigo!,— había exclamado la autora de *Multicosas*, su muy leída y comentada columna diaria en *Novedades*.

— Pues ya estoy de vuelta. Salgo precisamente de la oficina de Fernando Mora, quien acaba de encomendarme reportajes y la corresponsalía de *Novedades* en Baja California. ¿Cómo crees que voy a alejarme del periodismo?— había sido su rápida respuesta.

Luego ella le había proporcionado una referencia bibliográfica: *El azufre en México*, de Antonio Acevedo y Escobedo, libro en cuyas páginas se citaban documentados reportajes suyos sobre esa materia.

Al dejar el astillero de Abaroa, Jordán enfiló rumbo a la oficina de correos y retornó con la mente a la capital.

Un logro más en el D.F., aunque a medias, era que su libro sobre Chihuahua había sido aceptado por un editor, aunque con una clara salvedad: no llevaría su pie de imprenta.

El sólo recordarlo le disgustaba. Era ésa una humillación que no esperaba ni merecía, como tampoco era justo ni decente el trato distante y falto de tacto de aquel funcionario amigo a cuya oficina acudiera en busca de ayuda económica para editar su *Crónica de un país bárbaro*.

Las antenas habían sido interminables. Y todo para que aquel hombre finalmente le prometiera estudiar las posibilidades de financiar la edición, aunque con un estúpido pero: “siempre y cuando en el libro no se hagan ataques al gobierno”.

Por lo demás, la vuelta a su realidad cotidiana lo tenía inquieto. Porque en cuanto pisó el suelo de La Paz sus errores de agricultor novel desencadenaron vuelcos en su estómago. Le preocupaba sobremanera el préstamo por cien mil pesos que recientemente anudara en Chihuahua. Aunque confiaba en salir airoso del trance, pagando en breve.

Pronto, sí; en cuanto aquel juez del estado de California de la nación vecina fallara favorablemente la demanda por 10 mil dólares (125 mil del águila) que hacía pocos meses interpusiera en contra de un par de gringos plagiarios que habían saqueado capítulos enteros de *El otro México* para dar forma a un libro mediocre sobre la península que, en su segunda edición, ya estaba en anaqueles y vitrinas de numerosas librerías del suroeste del país vecino.

En camino a la cooperativa pesquera para entregar los aperos de pesca que Raúl su hermano le ayudó a llevar hasta el aeropuerto capitalino, Fernando volvió a sus cavilaciones.

Le mortificaba, además, que el 9 de mayo de 1956, al dejar tras de sí la ciudad de México, había sellado numerosos propósitos y proyectos. El principal de todos con su esposa, de quien desde hacía rato vivía en distante relación. Ahora se habían reconciliado y él la había convencido de seguirlo hasta la península. En reunión familiar en casa de la propia cónyuge y en presencia de su madre y hermanos, había hecho ya el anuncio: tenía decidido que Barbro, su esposa, e Ingrid y Eric, sus hijos, vivieran con él en su finca de la Congregación de Las Garzas, próxima a La Paz.

Quería tenerles cerca cuando entrara ciento por ciento en operación su rancho de San Juan de la Costa, listo ya en un 95 por ciento en materia de instalaciones.

Le enojaba también recordar su precipitación al invertir parte significativa del préstamo con que contaba para lograr la bonanza en su rancho.

Se había equivocado, ahora lo reconocía, durante su más reciente viaje a Indio, California. Había adquirido con demasiado antelación aquellas mil cajas de madera para embalar y distribuir los dátiles que hasta dentro de siete largos años podría cosechar y vender, pues hasta entonces las palmas datileras que había sembrado estarían en condiciones de dar frutos. Antes no. Y ahora estaba en bancarrota.

¿Y qué decir de sus líos y enfrentamientos con aquellos a quienes calificaba de los monopolistas de la pesca en San José del Cabo?

Todo lo anterior lo deprimía; y gritaba y se disgustaba. Porque sabía y sentía que como agricultor había fracasado en toda la línea. Y eso era algo que él, con su profundo sentido de la dignidad, no podía soportar sin estallar en cólera.

En tales circunstancias la tranquilidad, para él, era fruto prohibido. Y no únicamente eso le tenía enfadado. Aún le robaban sueño viejos líos amorosos. Vivía, para empezar, lejos de los suyos y por si eso no bastara aquella a quien sus allegados llamaban “la mujer de Ensenada” finalmente no quiso dar señales de estar realmente dispuesta a romper los lazos que le ataban a esa población del Pacífico, ni mucho menos parecía estar decidida a seguirlo, así nomás, hasta su agreste finca en San Juan de la Costa, próxima al *Mar Roxo* de Cortés.



Fernando Jordán en la cueva de San Borjita. Abril de 1956.
(Foto: Barbro Dahlgren)



Rancho San Juan de la Costa, a 60 km de La Paz, B.C.S.
(Foto: *Impacto*)

En medio de esos tráfgos, Fernando Jordán se rehacía y forjaba quimeras. Su mirar recuperaba entonces brillo, y él reía y se volcaba en lo único que realmente le importaba: poder dedicarse de lleno a leer, pensar y escribir.

Deplorablemente aquello no duraba, pues de nuevo los temores lo asaltaban, deprimiéndolo tanto que con frecuencia amenazaba con pegarse un tiro. Idea recurrente no de hoy sino de siempre, pues de tanto en tanto iba y volvía a su cabeza, envenenándole cuerpo y alma. Tiempos tuvo en que, entre veras y bromas, varios de sus allegados le oyeron expresar el deseo de salir del mundo. Curiosamente lo de hoy a nadie inquietaba ya. Y aunque ahora todo lo que afirmaba era cierto, también era verdad que estaba harto de que las cosas le salieran mal.

Mal le iba en los negocios y mal también se sentía en la infinita soledad de San Juan de la Costa, porque ahí, al dejarse arrastrar por la fuerza de la melancolía, la tristeza se le empozaba.

Varias fueron las ocasiones en que, como le confesara a Vicente Vila, uno de sus mejores amigos, su deseo de morir era superior a él.

Y cuando ese malestar se agudizaba era porque solo y su alma se aventuraba por entre los cerros cubiertos de cardones, choyas y pitahayas o cuando sin hablar se lanzaba a recorrer las planicies recubiertas de orégano y damiana con sus mil puertas.

La muerte era una vieja idea que lo mismo entraba que salía de su cabeza. Así, en 1952 o 1954, en carta fechada fuera de la capital y dirigida a su muy querido amigo José Héctor Salgado Stapachin, y a manera de protesta por lo ingrato que ya le resultaba moverse en medio de tanta imoralidad e injusticia, se quejaba y se dolía de todo lo que veía y asentaba: “todo a mi alrededor es tan burdo e ingrato que hay momentos en que siento deseos de morder una escopeta”.

A la muerte, pues, nunca la rechazó. Y ella le seguía desde lejanos tiempos, en los que varios de sus amigos le habían precedido llegada la hora de abrir sin vacilaciones la puerta sin picaporte para el retorno.

Intensa había sido la jornada como intenso había sido recapitular vivencias y meditaciones de las últimas semanas. A su paso por el Coromuel había saludado a viejos conocidos y ahora sus pies le llevaban en dirección a casa de los Abente, a quienes invitó al cine *California* a ver una película de una rubia como las que él tanto le agradan: Marilyn Monroe; pero el piloto y su esposa declinaron cordialmente la invitación.

— El día ha sido pesado y preferimos reposar en casa, pues nosotros ya vimos esa cinta; pero a tu regreso aún estaremos de pie, para cenar juntos,— le dicen.

Jordán parte pues solo y al llegar al cine se detiene un instante a contemplar el risueño y armonioso rostro de la rubia que encabeza el reparto del filme en exhibición, y entre dientes, como jugando, una y otra vez repite el título de la cinta que verá: *La comezón del séptimo año*.

El resto de la jornada transcurrió rutinario en compañía de los Abente y hacia la media noche Fernando Jordán se despidió de sus amigos y se encaminó a su alcoba — cuarto de trabajo, en donde hacía apenas unos meses redactara su bello poema *Calafia*, con el que el 3 de mayo de 1955 obtuvo el primer premio de los Juegos Florales de Primavera en conmemoración del 420 aniversario de la fundación de la ciudad de La Paz.

En las manos llevaba un par de hojas y otro de sobres que le pidió al amigo, así como un ejemplar de la edición más reciente de la revista cubana *Bohemia*, que Abente también le facilitó.

Antes de irse a la cama Jordán abrió la caja en donde por años atesoró cientos de cartas y papeles cuyo contenido únicamente a él le importaba e hizo con ellos una enorme pira con la que atizó la memoria de viejos episodios vividos a plenitud y frases carentes ahora de todo sentido.

Nunca se sabrá qué le decían en esos papeles, ni quién o quiénes eran los remitentes, ni si entre esos textos estaba el original de *Los locos de la costa*, libro de crónicas noveladas que, a decir de varios que leyeron el manuscrito, casi había terminado de redactar. Porque todo aquello ardió hasta cubrir con un sudario de cenizas gran parte del terreno próximo a su alcoba.

Con la cálida sensación que sobre la piel de manos y rostro deja una hoguera de recuerdos, Fernando Jordán cruzó minutos después la entrada de su cuarto y abrió las páginas de *Bohemia*, plagadas de historias e imágenes violentas de la Cuba batistiana. Y al igual que en la mañana de la víspera, una mueca, ahora de asco, se hizo de su rostro.

Eran cerca de las tres de la madrugada del lunes 14 de mayo de 1956 cuando Fernando Jordán se metió entre las cobijas de su lecho.

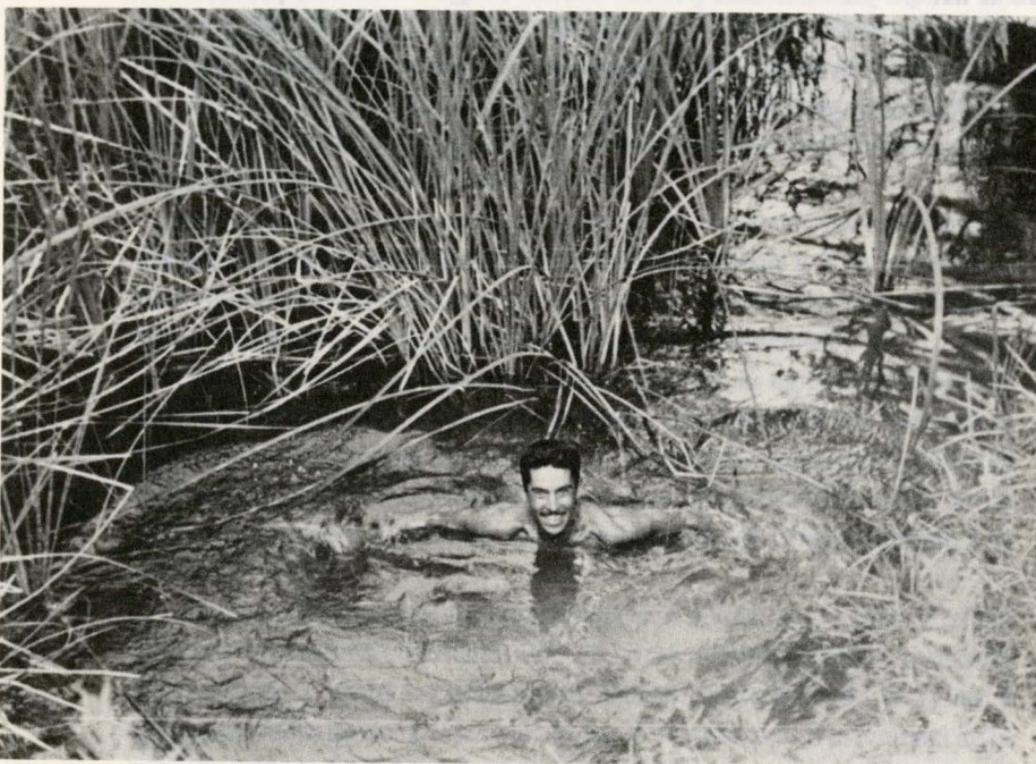
Al apagar la luz, en su mano izquierda todavía tenía la revista que Abente le prestara. Su diestra, entretanto, tomó el pistolón calibre 44

que anónima persona le vendiera o le obsequiara, meses atrás, en San Juanito, Chihuahua.

Jordán sabía lo que hacía y buscaba. Por eso introdujo su índice derecho en el gatillo del arma y colocó su negra bocaza sobre su corazón. Luego accionó aquel revólver y el estruendo que produjo le recordó la terrible tormenta de arena que el 6 de agosto de 1954 soportara sobre suelo de Chihuahua, a su regreso de un viaje por Arizona, cuando equiparara un simún “de película” con el hongo expandente de un estallido atómico que se le venía encima.

Y como todo aquello era de vértigo, en una fracción de instante viajó en el tiempo para entender por fin el oscuro significado de aquel raro e inesperado sueño chiapense de agosto de 1948 que hoy era realidad pura al abandonarse en los cálidos y firmes brazos de Lupe Vélez, con quien ahora se fundía en un beso interminable

Felipe Gálvez
Xochimilco, D.F.,
octubre de 1993.



Una de las últimas fotos de Fernando Jordán. Mayo de 1956.
(Foto: *Impacto*)

OBRAS DE FERNANDO JORDÁN

Inter Nos se llamó el periodiquito estudiantil de Aníbal Gallegos que publicó el primer texto periodístico de Fernando Jordán: Una entrevista con el cantante Pedro Vargas que circuló ilustradas con fotografías de Jaled Mujaes. El investigador no ha podido consultar esa publicación pues Mujaes no conserva copia del mismo.

Antropus fue otra revista con la que Jordán colaboró. Su director fue Jaled Mujaes y en su edición número 2, de fecha octubre de 1947, Fernando Jordán publicó su bello ensayo *Motivos. Movimiento en la danza de Katherine Dunham*.

LIBROS

Catálogo de la biblioteca (1940-1944), Instituto Panamericano de Geografía e Historia, núm. 79, 2 vols. Tacubaya. 1945.

El otro México. Biografía de Baja California. México, Biografías Ganesa, 1951, 268 pp.

Historia Gráfica de México. Dirección: Fernando Mora. Recopilación y textos: Fernando Jordán. Material gráfico: Archivo Casasola. México/ *Novedades* 1952, 4 tomos en 2 vols. Ilus., facs., mapas (pte. pleg.), planos, retrs.

Crónica de un país bárbaro, Asociación Mexicana de Periodistas, México, 1956, 494 pp.

REVISTAS ESPECIALIZADAS

“El grupo de estudios afroamericanos”, *Boletín Bibliográfico de Geografía e Historia*. Inst. Panamericano de Geografía e Historia, vol. VI, núms. 1-3, enero-diciembre 1942, México, pp. 16-17.

“El folklore de Santiago del Estero, por Orestes di Lullo”, en *América Indígena*, Instituto Indigenista Interamericano, vol. IV, núm. 1, enero 1944, México, pp. 86-88.

“*El imperio socialista de los incas*, por Louis Baudin”, *América Indígena*, Instituto Indigenista Interamericano, vol. IV, núm. 3, julio 1944, pp. 245-248.

“*La rama dorada* por Sir James C. Frazer”, *América Indígena*, Instituto Indigenista Interamericano, vol. IV, núm. 4, octubre 1944, México, pp. 335-337.

“Biblioteca”. *Boletín indigenista, América Indígena*, vol. IV, núm. 1, marzo 1944, México, pp. 10-13.

“*Nuestros contemporáneos primitivos*, por George Peter Murdock”. *América Indígena*, Instituto Indigenista Interamericano, vol. IV, núm. 4, octubre 1944, México, pp. 337-339.

LA PRENSA (1946-1948)*

- “Parálisis en la capital”, 29 de mayo de 1946, pp. 2 y 25.
- “Al director de la peni le molesta toda publicidad de lo que ahí ocurre”, 15 de junio de 1946, pp. 2 y 15.
- “Cómo fue el robo de medio millón en joyas”, 16 de julio de 1946, pp. 7 y 13.
- “Misterioso crimen en una tlapalería”, 10 de septiembre de 1946, pp. 2, 8 y 11.
- “Los huesos de Cortés”, 27, 28 y 29 de noviembre de 1946, pp. 3 y 22, 3 y 36 y 2 y 29.
- “Fueron mixtificados los restos de Hernán Cortés”, 25 y 26 de enero de 1947, pp. 3 y 34 y 3 y 37.
- “Estudio del hombre de Tepexpan”, 9 de abril de 1947, pp. 2 y 13.
- “Los restos de Cortés vueltos a su cripta”, 10 de julio de 1947, pp. 3, 13 y 15.
- “El hombre y la técnica”, 23 de agosto de 1947, pp. 18 y 19. (Fotos de Ramírez.)
- “Cien años memorables, (*El Hospital Juárez*)”, 24 de agosto de 1947, pp. 20 y 21. (Fotos de Francisco Mayo.)
- “Arquitectura o arqueología”, 26 de agosto de 1947, pp. 18 y 19. (Fotos de Francisco Mayo.)
- “Cartucho, Pirrín y Compañía”, 27 de agosto de 1947, pp. 16 y 17. (Fotos de Francisco Mayo.)
- “La lucha contra la viruela”, 27 de agosto de 1947, pp. 17 y 18. (Fotos de Francisco Mayo.)
- “Alto a la invasión”, 29 de agosto de 1947, pp. 19 y 20. (Fotos de Francisco Mayo.)
- “Signo et signo crucis”, 31 de agosto de 1947, pp. 16 y 17. (Fotos: Indio Velázquez.)
- “Sucio negocio” (La basura), 21 de septiembre de 1947, pp. 22 y 23. (Fotos: Periquín.)
- “Onchocercosis: problema nacional”, 24 de septiembre de 1947, pp. 18 y 19.
- “Día de tianguis en La Lagunilla”, 26 de septiembre de 1947, pp. 16 y 17. (Fotos: Ruiz.)
- “Mientras el pueblo ayuna”, 25 de octubre de 1947, pp. 18 y 19. (Fotos de Velázquez.)
- “Agustín Lara en pantuflas (A la manera del secretario confidente de Anatole France)”, 26 de octubre de 1947, pp. 2, 17 y 30.
- “Un orgullo más en la ciudad (La Escuela Normal Superior)”, 10 de noviembre de 1947, pp. 20 y 21.
- “Un museo digno de México (Museo Nacional de Arqueología)”, 12 de noviembre de 1947, pp. 16 y 17. (Fotos: Chino Pérez.)

* Esta lista recoge los títulos de los textos de Jordán que llevan su firma. Muchos otros debe haber redactado pero no aparecieron en el diario calzados con su nombre.

- “Regeneración de las nuevas santas”, 15 de noviembre de 1947, pp. 22 y 23.
- “¿Nace un volcán?”, 27 de noviembre de 1947, pp. 20 y 21. (Fotos: Indio Velázquez.)
- “2000 años de silencio. (Tenayuca)”, 2 de diciembre de 1947, pp. 18 y 19. (Fotos Ruiz.)
- “Adiós a la UNESCO”, 4 de diciembre de 1947, pp. 18 y 19. (Fotos: Mayo.)
- “Navidad del niño pobre”, 20 de diciembre de 1947, pp. 20 y 21. (Fotos: Ramírez.)
- “Donde México sufre”, 23 de diciembre de 1947, pp. 20 y 21 (Fotos: Chino Pérez.)
- “La vida en la ciudad perdida”, 26 de diciembre de 1947, pp. 18 y 19 (Fotos de Periquín.)
- “Escuela bajo el sol”, 4 de febrero de 1948, pp. 18 y 19. (Fotos de Ramírez.)
- “Con los que no llegarán. (Los niños de la ciudad perdida)”, 5 de febrero de 1948, pp. 24 y 25.
- “(Tolpetlac) El pueblo de Juan Diego”, 13 de febrero de 1948, pp. 18 y 19.
- “La vida en un hilo”, 6 de marzo de 1948, pp. 20 y 21.
- “¿Y el remedio? (Los miserables de la urbe)”, 14 de marzo de 1948, pp. 18 y 19 (Fotos: Chino Pérez.)
- “Trágico asomo de la próxima generación”, 16 de marzo de 1948, pp. 16 y 17.
- “Nuestras islas”, 17 de marzo de 1948, pp. 18 y 19. (Textos y fotos de Jordán.)
- “Conferencia de Fernando Jordán”, 17 de marzo de 1948, p. 21.
- “Setenta y siete años de apostolado (Escuela Nacional de Ciegos)”, 24 de marzo de 1948, pp. 16 y 17.
- “Farsa, pasión y muerte de Iztapalapa”, 27 de marzo de 1948, pp. 18 y 19. (Fotos: Periquín.)
- “Así está nuestra escuela” (Escuela Domingo F. Sarmiento, de Balbuena, plantel decorado con murales de Diego Rivera en 1939) 1º de abril de 1948, pp. 20 y 21. (Fotos: Ramírez.)
- “Contra esto, nada”, 2 de abril de 1948, pp. 20 y 21.
- “¡Escuelas! ¡Escuelas!”, 3 de abril de 1948, pp. 16 y 17.

MAÑANA (1948-1949)

- “A la caza de piratas en el archipiélago desconocido”, 20 de marzo de 1948, pp. 45 a 50.
- “Cinco mil millas de viaje por las islas mexicanas del mar Pacífico”. “I. Clarion, la isla del tesoro”, 26 de junio de 1948, pp. 36 a 43. “II. La isla de Guadalupe”, 3 de julio de 1948; pp. 35 a 42. “III. De Santa Margarita a Coronados”, 10 de julio de 1948, pp. 32 a 43. “IV. El mar olvidado”, 24 de julio de 1948, pp. 35 a 39.
- “Cachimbo, Chiapas, La isla del Diablo en México”, 21 de agosto de 1948, pp. 28 a 35.
- “Las rutas de Chiapas”, 28 de agosto de 1948, pp. 27 a 29.
- “Un paraíso en la sierra”, 4 de septiembre de 1948, pp. 58 a 65.
- “La ruta de las orquídeas”, 18 de septiembre de 1948, pp. 27 a 36.
- “Soconusco”, 2 de octubre de 1948, pp. 27 a 31.
- “50 mil personas agusanadas de por vida”, 9 de octubre de 1948, pp. 26 a 31.
- “El drama chamula”, 16 de octubre de 1948, pp. 26 a 37.
- “El inicuo y humillante tráfico de braceros en el norte”, 23 de octubre de 1948, pp. 29 a 39.
- “Más petróleo para México”, 30 de octubre de 1948, pp. 18 a 22.
- “Los pieles rojas de México”, 6 de noviembre de 1948, pp. 37 a 46.
- “Una gran aventura”. Carta de Fernando Jordán a Regino Hernández Llergo, 13 de noviembre de 1948, p. 18.”
- “Menonitas: un mundo extraño dentro de México”, 20 de noviembre de 1948, pp. 29 a 37.
- Anuncio a dos planas de “Invierno en la Tarahumara”, 27 de noviembre de 1948, pp. 20 y 21. Con foto de Jordán hecha por el doctor Adrián Quirós.
- “Invierno en la Tarahumara”. “I. Ante los mayores abismos del mundo”, 18 de diciembre de 1948, pp. 35 a 44. “II. Ejemplares vivos de los hombres de la prehistoria”, 25 de diciembre de 1948, pp. 30 a 42. “III. En el mundo irreal de la Tarahumara”, 1º de enero de 1949, pp. 35 a 45. “IV. Una estancia con los misioneros”, 8 de enero de 1949, pp. 33 a 43. “V. La guadalupana en la Tarahumara”, 15 de enero de 1949, pp. 28 a 39. “VI. Cómo trabajan los gambusinos en la sierra de Chihuahua”, 22 de enero de 1949, pp. 31 a 39. “VII. Leñadores y aserraderos en la sierra de Chihuahua”, 29 de enero de 1949, pp. 29 y 30.
- “San Rafael Jicaltepec, pueblo fundado por un loco”, 19 de febrero de 1949, pp. 30 a 33.
- “Chipilo: extraño islote dentro de México”, 23 de abril de 1949, pp. 28 a 31.
- “Resurrección de Palenque”, 21 de mayo de 1949, pp. 27 a 36.
- “Desastre en la gran zona arqueológica de Yucatán”, 18 de junio de 1949, pp. 31 a 37.

IMPACTO (1949-1956)

- “El futuro de México”. “I. El hambre, realidad nacional”, 6 de agosto de 1949, pp. 35 a 38. “II. Nos traga el mar”, 13 de agosto de 1949, pp. 35 a 43. “III. ¿Cuánta es nuestra riqueza?”, 20 de agosto de 1949, pp. 35 a 39.
- “El reino de los elefantes marinos”, 27 de agosto de 1949, pp. 26 a 33.
- “I. El subsuelo de México es propiedad extranjera”, 27 de agosto de 1949, pp. 44 a 49. II. “Espionaje en México”, 3 de septiembre de 1949, pp. 64 a 66. III. “El subsuelo de México es propiedad extranjera”, 10 de septiembre de 1949, pp. 44, 78 y 79. IV. “México entrega su azufre a Estados Unidos”, 17 de septiembre de 1949; pp. 19 a 27.
- “Fraude de millones”, 1º de octubre de 1949, pp. 22 a 25. I. “El petróleo es nuestro”, 22 de octubre de 1949, pp. 18 a 22. II. “El petróleo es nuestro”, 29 de octubre de 1949, pp. 22 a 26. III. “Los gangsters del petróleo”, 5 de noviembre de 1949, pp. 19 a 25. IV. “La expropiación”, 12 de noviembre de 1949, pp. 20 a 23. V. “Presente petrolero de México”, 19 de noviembre de 1949, pp. 26 a 31.
- “La tierra incógnita”. 26 de noviembre de 1949, pp. 42 a 51; 3 de diciembre de 1949, pp. 40 a 51; 10 de diciembre de 1949, pp. 44 a 51; 17 de diciembre de 1949, pp. 40 a 51; 24 de diciembre de 1949, pp. 34 a 47; 7 de enero de 1950, pp. 28 a 37; 14 de enero de 1950, pp. 32 a 41; 21 de enero de 1950, pp. 32 a 37; 28 de enero de 1950, pp. 50 a 67; 4 de febrero de 1950, pp. 36 a 46; 11 de febrero de 1950, pp. 24 a 35; 18 de febrero de 1950, pp. 28 a 35; 25 de febrero de 1950, pp. 38 a 45; 4 de marzo de 1950, pp. 34 a 43; 11 de marzo de 1950, pp. 58 a 70; 18 de marzo de 1950, pp. 50 a 61; 25 de marzo de 1950, pp. 51 a 57; 1º de abril de 1950, pp. 58 a 68; 8 de abril de 1950, pp. 35 a 41; 15 de abril de 1950, pp. 34 a 43; 22 de abril de 1950, pp. 30 a 35; 29 de abril de 1950, pp. 78 a 83.
- “La piratería en nuestros mares”, 6 de mayo de 1950, pp. 22 a 25.
- “Obregón en la intimidad”, 13 de mayo de 1950, pp. 55 a 61.
- “Al sureste con Alemán”, 3 de junio de 1950, pp. 18 a 25; 10 de junio de 1950, pp. 18 a 27; 17 de junio de 1950, pp. 38 a 43; 24 de junio de 1950, pp. 50 a 59; 1º de julio de 1950, pp. 45 a 57; 8 de julio de 1950, pp. 51 a 61; 15 de julio de 1950, pp. 51 a 61.
- “I. Con Alemán en el norte”, 22 de julio de 1950, pp. 14 a 21; “II. En Monterrey”, 29 de julio de 1950, pp. 1 a 27 y 134; “III. En La Laguna”, 5 de agosto de 1950, pp. 27 a 42; “IV. En el país del oro blanco”, 9 de agosto de 1950, pp. 84 a 93; “Matamoros I y II”, 16 de septiembre de 1950, pp. 51 a 57.
- “Azufre: México pierde gran riqueza”, 17 y 24 de junio; 1, 8, 15, 22 y 29 de julio, así como 5, 12 y 19 de agosto de 1950, s.n.p.

- “Drama en la isla”, 28 de octubre de 1950. La revista de ese día salió con fecha 4 de noviembre de 1950; pp. 52 a 59 y 98.
- “Un reto al mar o Mar Roxo de Cortés”, 21 de abril de 1951, pp. 34 y 35; 28 de abril de 1951, pp. 28 a 35; 5 de mayo de 1951, pp. 26 a 31; 12 de mayo de 1951, p. 12; 19 de mayo de 1951, pp. 22 a 27; 26 de mayo de 1951, pp. 6 y 7; 2 de junio de 1951, pp. 24 a 35; 9 de junio de 1951, pp. 20 a 35; 16 de junio de 1951, pp. 24 a 35; 23 de junio de 1951, pp. 26 a 35; 30 de junio de 1951, pp. 26 a 36; 7 de julio de 1951, pp. 22 a 27; 14 de julio de 1951, pp. 22 a 27; 21 de julio de 1951, pp. 38 a 45; 28 de julio de 1951, s.n.p.; 4 de agosto de 1951, s.n.p.; 11 de agosto de 1951, pp. 18 a 25; 18 de agosto de 1951, pp. 38 a 45 25 de agosto de 1951, pp. 22 a 35; 1 de septiembre de 1951, pp. 24 a 35; 8 de septiembre de 1951, pp. 67 a 83; 15 de septiembre de 1951, pp. 26 a 35; 22 de septiembre de 1951, pp. 44 a 50 y 66; 29 de septiembre de 1951, s.n.p.; 6 de octubre de 1951, pp. 22 a 35 y 66; 13 de octubre de 1951, pp. 26 a 35.
- “Entrevista con Alfonso García González, gobernador del Territorio Norte de la Baja California”, 11 de noviembre de 1950, pp. 54 a 57.
- “La danza moderna se afirma en México”, 29 de diciembre de 1951, pp. 28 y 29.
- “Expedición a la selva (de Chiapas) o Misión en la selva de Chiapas”, 23 de febrero de 1952, pp. 18 y 19; 1º de marzo de 1952, p. 7; 8 de marzo de 1952, p. 25; 15 de marzo de 1952, p. 5; 22 de marzo de 1952, pp. 38 a 41; 29 de marzo de 1952, pp. 63 a 66 y 98; 5 de abril de 1952, pp. 68 a 73; 26 de abril de 1952, pp. 18 a 21 y 66; 3 de mayo de 1952, pp. 38 a 43 y 66.
- “Nosotros no tenemos miedo a Life en español” (Carta de Fernando Jordán a Regino Hernández Llergo), 2 de agosto de 1952, pp. 26 a 29.
- “En la gruta maldita de Tepoztlán”. Reportaje de Vicente Fe Álvarez en el que narra un viaje con Fernando Jordán a esa población, 9 de agosto de 1952, pp. 84 a 99.
- “Las cuevas de los vampiros”, 23 de agosto de 1952, pp. 30 a 35.
- “México juega con el futuro de su azufre”, 27 de septiembre de 1952, pp. 26 a 29.
- “La nube estéril”, 18 de octubre de 1952, pp. 24 a 35.
- “Impacto ante el sarcófago de Palenque”, 20 de diciembre de 1952, pp. 8 a 15.
- “Bartlett toma posesión del gobierno de Tabasco”, 10 de enero de 1953, pp. 16 a 21.
- “Batista. Crónica de un viaje a La Habana”, 14 de febrero de 1953, pp. 36 a 41.
- “Lepra. I”, 21 de febrero de 1953, pp. 38 a 45; II, 28 de febrero de 1953, pp. 40 a 45.
- “La marina en México. I”, 7 de marzo de 1953, pp. 28 a 34; II, 14 de marzo de 1953, pp. 22 a 27; III, 21 de marzo de 1953, pp. 18 a 23; IV, 28 de marzo de 1953, pp. 19 a 21 y 66; V, 4 de abril de 1953, pp. 18 a 23.
- “Una cátedra de política y civismo en el estado 29”, 11 de abril de 1953, pp. 18 a 23.
- “La marcha al mar I”, 11 de julio de 1953, pp. 15 a 27; II, 18 de julio de 1953, pp. 20 a 33; III, 25 de julio de 1953, pp. 30 a 35.
- “Notas. Reportero de la SIP”, 17 de octubre de 1953, pp. 10 a 15 y 66.

- “Homenaje a un médico” (Donato Pérez García. Jordán, orador), 7 de noviembre de 1953.
- “Vamos al mar”, 5 de diciembre de 1953, pp. 31 a 34 y 66.
- “Nuestro uranio”, 15 de mayo de 1954, pp. 49 a 53.
- “Revelación: La Revolución Mexicana no empezó el 20 de noviembre en Puebla, sino el día 14 en Cuchillo Parado, Chihuahua”, 29 de mayo de 1954, pp. 49 a 53.
- “En el desierto. Recorriendo las áridas zonas de Chihuahua”, pp. 43 a 48.
- “Carta a Jordán”, de Regino Hernández Llergo. Reproduce también misiva de Jordán a RHL., 11 de septiembre de 1954, pp. 65 a 70.
- “Señor don Regino Hernández Llergo. El periodismo es una filosofía”, 5 de noviembre de 1955, pp. 18 y 19.
- “Calafia” (poema), mayo de 1960, s.n.p.
- “La tumba de la isla”, *Crónica ilustrada*, mayo de 1954. (El único relato conocido de su libro *Los locos de la costa*, integrado, según Armando Rodríguez Suárez, con sus “deliciosos cuentos.”)

SIEMPRE! (1953-1954)

- “Zapata y el Ballet Mexicano”, núm. 23, 28 de octubre de 1953, pp. 16-17, 74.
- “La herencia de un fraude: El Boleo, pueblo fantasma”, núm. 25, 12 de diciembre de 1953, pp. 32-34, 74 (debe decir 73).
- “El México de hace veinticinco mil años, I”, núm. 28, 2 de enero de 1954, pp. 32-34, 74.
- “Un vistazo al México de hace 25 mil años, II”, núm. 29, 9 de enero de 1954, pp. 28-31.
- “Es confidencial: *Siempre!* visita Bavicora,” núm. 47, 15 de mayo de 1954, pp. 33-34.
- “Tormenta en la Sierra”, núm. 48, 22 de mayo de 1954, pp. 28-29 (sección: “Cartas desde Chihuahua al director de *Siempre!*”).
- “¿Y los indios son los culpables?”, núm. 57, 24 de julio de 1954, pp. 28-29, 70 (sección: “Cartas desde Chihuahua al director de *Siempre!*”).
- S/A, “Bavicora”, núm. 61, 25 de agosto de 1954, pp. 8-9 (sección: “Escaparate de México”).



Fernando Jordán en 1955.
(Foto proporcionada por Ingrid Jordán)

El otro México

Biografía de Baja
California

Introducción

Hay libros de geografía y libros de historia. Este es el libro de geografía de la historia. Pero puede ser, sin perder nada, un libro de historia de la geografía.

Hay dos mundos: uno y... otro mundo. El mundo de siempre.

El mundo de siempre es el mundo de siempre, pero el mundo de siempre es el mundo de siempre. El mundo de siempre es el mundo de siempre. El mundo de siempre es el mundo de siempre. El mundo de siempre es el mundo de siempre.

El mundo de siempre.

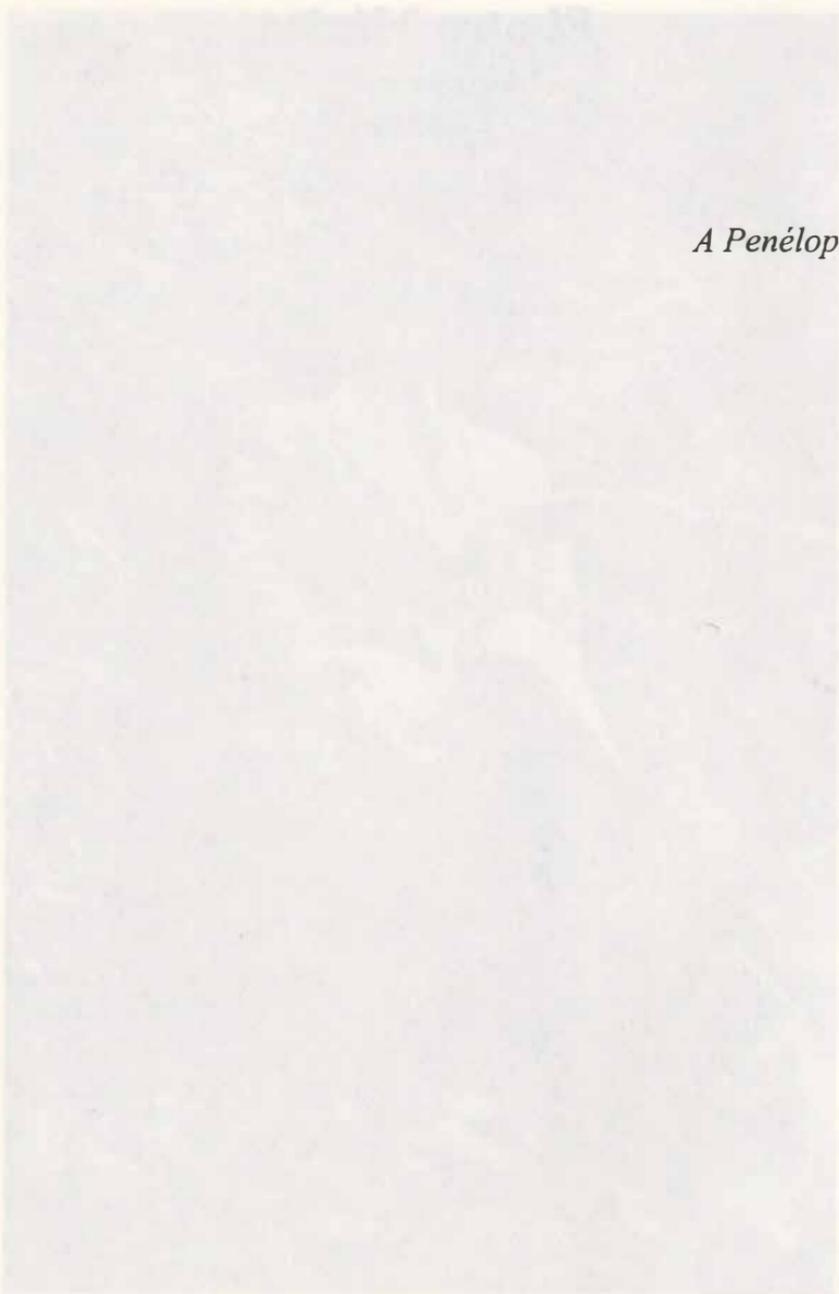
El mundo de siempre es el mundo de siempre. El mundo de siempre es el mundo de siempre. El mundo de siempre es el mundo de siempre. El mundo de siempre es el mundo de siempre. El mundo de siempre es el mundo de siempre.

El mundo de siempre es el mundo de siempre.

El mundo de siempre es el mundo de siempre. El mundo de siempre es el mundo de siempre. El mundo de siempre es el mundo de siempre. El mundo de siempre es el mundo de siempre. El mundo de siempre es el mundo de siempre.

El mundo de siempre es el mundo de siempre. El mundo de siempre es el mundo de siempre. El mundo de siempre es el mundo de siempre. El mundo de siempre es el mundo de siempre. El mundo de siempre es el mundo de siempre.

El mundo de siempre es el mundo de siempre. El mundo de siempre es el mundo de siempre. El mundo de siempre es el mundo de siempre. El mundo de siempre es el mundo de siempre. El mundo de siempre es el mundo de siempre.



A Penélope

Illustration by [illegible] Penélope, London, 1837
(From the original manuscript for the first edition)

Introducción

Hay libros desconcertados y libros desconcertantes. Éste no es lo uno ni pretende ser lo otro. Pero puedo asegurar, sin pudor alguno, que se originó en el desconcierto.

En el desconcierto y... en el amor. Ni más, ni menos.

Lo segundo me llegó poco a poco, en un lento descubrimiento que se afirmó después de haber recorrido 7 000 kilómetros por los desiertos, la cordillera y los mares bajacalifornianos. Lo primero (el desconcierto) me asaltó de repente, cuando había escrito 30 000 palabras sobre la vida peninsular.

Recuerdo el momento.

Fue en la acantilada costa de Punta Banda (el lugar más altivo del litoral bajacaliforniano) donde mi acompañante me asaltó con una pregunta: “¿Qué piensa usted de nuestra tierra?”. Y sin reflexionar, automáticamente, le respondí: “Pienso..., pienso que es un otro México.”

Y yo fui quien se quedó estupefacto.

“¿Por qué —me preguntaba después— he llamado a esta tierra un otro México? ¿Por qué, siendo un otro, es México?”

Se me derrumbaron las 30 000 palabras de los reportajes enviados, publicados y acogidos con benevolencia por la crítica. Me sentí defraudado y me sentí un embaucador. De la realidad bajacaliforniana, hasta entonces, había escrito precisamente lo obvio, lo superficial, lo sensacional y lo que creí oportuno. Se me había escapado lo más importante: lo que tenía sentido, lo que llevaba implícito un mensaje y un signo.

Hubo que volver atrás. Regresar nuevamente a los caminos, al desierto, a los hombres. ¡Más atrás aún! A la historia, a los hechos que fueron... la clave de los hechos que son.

Así empezó a gestarse este libro: en una revisión regresiva..., tratando de aclarar el significado de una intempestiva y sincera respuesta.

Si he tenido o no razón de llamar a este libro *El otro México* no es asunto que yo deba dilucidar.

Sin embargo, quisiera afirmar que el nombre de esta biografía de Baja California no me llevó al libro, sino que el libro me confirmó el nombre que lleva. Mi preocupación personal fue la de mantenerme objetivo en el tratamiento histórico y en el dibujo geográfico. No creo haber violado ninguno de los preceptos del historiador, del geógrafo o del biógrafo.

Solamente me he permitido una libertad: romper los tabús científicos de la rigidez expositiva (que casi siempre resulta solemnemente aburrida), de las precisiones cronológicas (cuando las creí innecesarias) y de la pasividad crítica. He manejado la historia como novela y la geografía como aventura. Por eso ha resultado una biografía.

Me han dicho que es éste un libro apasionado. ¡Enhorabuena! No importa que sea ése el menor de sus defectos. Si eso es verdad, para mí representa un motivo de orgullo.

Sentiría vergüenza de haber escrito acerca de un trozo lejano de mi patria sin calor, sin emoción, sin amor...

Fernando Jordán

Agradecimientos

El autor se complace en hacer patente su agradecimiento a todas las personas que en una u otra forma intervinieron para hacer posible este libro. A mis amigos en Mexicali: Carlos Guzmán, Francisco Villavicencio y José T. Zataráin. En Ensenada: Adelina y Rogelio González Corral, Jacques Bitterlin y familia Geffroy. En San Quintín: Roy y Margot Parodi. En San Ignacio: Liu-Mindó. En Mulegé: familia Villavicencio. En La Paz: generales Agustín Olachea Avilés, gobernador del Territorio Sur, y Francisco Carrillo, mayor P.A. César Abente Benítez y señorita Josefina Aragón. En Los Planes, al "Chito" Geffroy. En México, D.F., al oceanógrafo doctor Bibiano F. Osorio Tafall. En todos los mares y bases navales bajacalifornianas: a los marinos de la Armada Nacional. A todos ellos por haberme brindado sus hogares, su amistad y su ayuda, gracias a lo cual me fue posible conocer y comprender la tierra peninsular. A Arturo Sotomayor, por su cuidadosa lectura y revisión del original. Muy particularmente, a don Regino Hernández Llergo, director de la revista *Impacto*, por su ilimitado apoyo a mis viajes a la Baja California; al licenciado Alfonso García González, gobernador del Territorio Norte, por su invitación para vivir en Ensenada la mayor parte del tiempo que requirió la redacción de esta obra; al doctor Rafael P. Gamboa, secretario de Salubridad y Asistencia, por su interés en ver publicado el libro, y a mi esposa, la profesora Barbro Dahlgren-Jordán, por su consejo, ayuda e información sobre antropología bajacaliforniana.

F.J.

*Hor est mis nies ki tant soleit cunquere
Encuente mei revelerunt li Saisne
Et Hungre et Bugre et tante gent averse,
Romain, Puillain et tuit cil de Palerne
E cil d'Affrique e cil de Californe.*

Muerto está mi sobrino que conquistó tantas tierras,
y ahora los sajones se rebelaron contra mí,
y los húngaros y los búlgaros y tantos otros,
los romanos, los de Pulla y los de Palermo
y los de Africa y los de *Californe*.

Canción de Rolando, siglo XI.

I

El país imaginario

El hombre sufre cierta aversión hacia la realidad, cualquiera que ella sea. Frente a su propia obra, grande o minúscula, siente su pequeñez y exagera su impotencia. Todos los horizontes alcanzados son, ante su juicio, demasiado estrechos para contener sus ambiciones, y cuando máspreciado es el fruto obtenido, más exigentes se vuelven sus deseos. En lenguaje matemático podría afirmarse que la magnitud de la obra de un hombre siempre está en razón inversa de su satisfacción. Y si de esto hay excepción, culpa la tienen los mediocres. Por su parte, los psicoanalistas, indiscretos arqueólogos de la conciencia, cuentan con razones suficientes para asegurar que la inconformidad se origina en complejos, de superioridad o de inferioridad; aunque quizá fuera más simple explicar la eterna insatisfacción del hombre tomando en cuenta la fuerza y calidad de su imaginación.

Esto viene a cuento por Cristóbal Colón, que al descubrir el continente que completaba y daba forma al planeta no se sintió del todo satisfecho. No le importaba mucho, al parecer, que el encuentro de América fuese infinitamente superior a su idea original de hallar otra ruta hacia las Indias. Frente a su descubrimiento, y a pesar de su entusiasmo, Colón se sintió un poco descorazonado. No es que ignorase la importancia de su obra, ni que menospreciase la fabulosa fortuna de las nuevas tierras. Lo que pasó en el ánimo del Gran Almirante fue algo más complejo. Ante el inmenso continente que ponía a los pies de los Reyes Católicos, se dijo: “Esto no es sino el principio”, y dióse a soñar..., a soñar con mejores descubrimientos, con nuevas tierras de mayores riquezas. A su ambición, a la potencia de su imaginación, no bastaba el descubrimiento de América.

Y por eso inventó California.

Cuando la menciona en la relación de su primer viaje no tiene nombre aún, ni señala ruta para encontrarla. Habla solamente de una isla fantástica habitada por mujeres; mujeres, armadas de arcos y flechas, a las que en determinadas ocasiones visitaban los hombres. A ella refirióse únicamente una vez; sin embargo, cinco años más tarde habría de mencionar que navegaba cerca del mismísimo paraíso terrenal. Si la isla de las amazonas y el paraíso cercano eran lo mismo, nadie podría decirlo, porque el Señor de los Océanos no indicó entre ellos conexión alguna. Tampoco nadie alcanzó sus playas y sus delicias, porque tales tierras fueron fruto de su imaginación.

Quien, a manera de burla despiadada, dioles nombre y sitio en el mapa mundial de aquella época fue un florido escritor de la villa española de Medina del Campo: el virtuoso caballero Garci Ordóñez de Montalvo. Al recoger con su fantasiosa pluma la antigua y popular leyenda del *Amadís de Gaula*, Montalvo quiso agregarle algo de su propia cosecha, y escribió, a manera de epílogo, *Las sergas de Esplandián*. En *Las sergas*, la tierra imaginada por Colón sírvele a las mil maravillas; le da forma, le encuentra lugar, y finalmente la bautiza. Desde entonces, esa desconocida e inabordable isla de las amazonas habría de llamarse California. El nombre, por lo demás, no era nada nuevo; Montalvo lo encontró al leer la *Canción de Rolando*.

Sabed —dice el poeta— que a la diestra mano de las Indias hubo una isla llamada California, muy llegada a la parte del Paraíso Terrenal, la cual fue poblada de mujeres negras, sin que algún hombre entre ellas hubiese, que casi como las Amazonas era su manera de vivir... la insula en sí la más fuerte de rocas y bravas peñas que en el mundo se hallaba; las sus armas eran todas de oro, y también las guarniciones de las bestias fieras, en que, después de las haber amansado, cabalgaban; que en toda la isla no había otro metal alguno... En esta isla California llamada había muchos grifos...*

Así fue como el sueño de Colón se convirtió en leyenda.

Luego saltaron otras lucubraciones paralelas. Algún soldado de Cortés y hasta el propio Nuño de Guzmán supieron de la isla sin recurrir a

* Garci Ordóñez de Montalvo, *Las Sergas del virtuoso caballero Esplandián, hijo de Amadís de Gaula*. (Sevilla, 1510). Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1857, p. 539. (N.E.)

la lectura de *Las sergas*, y de ello dieron cuenta al rey. Acaso ni ellos mismos creyeron en su existencia, puesto que la historia no relata expediciones para buscarla; pero por un cuarto de siglo permaneció California entre el ensueño y la leyenda, flotando en alguna parte de los mares de las Indias y en todos los océanos de la duda. Nadie la vio jamás, y cuando Fortún Jiménez puso pie en ella, en la tierra que más tarde se llamaría California, no supo identificarla. La real California ni era isla, ni estaba habitada por amazonas, ni tampoco en ella las mujeres amansaban grifos. En cuanto a sus riquezas, por mucho tiempo permanecieron ignoradas.

Cortés mismo la conoció una vez que terminó la conquista de México, pero tampoco la relacionó con la isla imaginada, y por eso no fue él quien llamóla California. Fue un burlón enemigo suyo, a quien un escritor identifica con Alarcón,¹ quien bautizó a esa tierra con el nombre encontrado en la lectura de *Las sergas*. Hizo tal para ridiculizar a Cortés, para justificar su escasa habilidad de no haberla encontrado durante un viaje dirigido por él, a pesar de que de la nueva tierra habían dado fe y señas los hombres de Fortún y el propio conquistador.

Así nació y fue California:

Se engendró en un sueño de Colón.

Creció en la leyenda de Esplandián.

Montalvo dióle el nombre de una tierra enemiga de Rolando.

Supieron de ella Cortés y Nuño de Guzmán.

Descubrióla Fortún Jiménez.

Alarcón bautizóla con el nombre de la legendaria California para ridiculizar a Cortés.

Después habrían de extenuarse con mil suposiciones todos los filólogos antiguos y modernos buscando la etimología de California. Todas las investigaciones resultaron falsas.² California, como tierra, saltó de la imaginación de Colón a la leyenda, y de ésta a la realidad descubierta

¹ Álvaro del Portillo y Diez de Sollano. [Véase "El nombre de California", en *Descubrimientos y exploraciones en las costas de California*. Madrid. 1947, pp. 109 a 137. (N.E.)]

² La solución al enigma de la voz "California" fue encontrada en 1862 por el literato norteamericano Edward Everest Hale. [Según Diez de Sollano, Hale leyó el tomo publicado en 1857 por la Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneira, correspondiente a los libros de caballería, en donde se describen las hazañas de Amadis y las sergas de su

por Fortún Jiménez. En cuanto a su nombre, Montalvo lo encontró en la *Canción de Rolando*. Y no hay más.

Mejor dicho, sí hay algo más. Sobre California³ pesó durante largo tiempo —y quién sabe si pese todavía!— la influencia de la leyenda escrita por Montalvo. Los exploradores de sus costas, los fracasados conquistadores de sus tierras, los primeros buscadores de perlas, todos los que a ella se acercaron durante los primeros 150 años de su existencia comprobada, nunca supieron a ciencia cierta cuál era la verdadera realidad de ese lejano país. Por siglo y medio, California quedó entre la leyenda y la verdad geográfica, oscilando hacia la una o la otra según la objetividad o la imaginación de sus cronistas. Quienes de ella vieron sólo sus áridas montañas y las peligrosas costas, la pintaron inaccesible y miserable; quienes supieron de sus perlas y vieron los filones de oro tierra adentro, la descubrieron inmensamente rica. Unos la creyeron densamente poblada, otros espantosamente sola y desierta. California fue, y es hasta la fecha, rica o pobre, bella o fea, inaccesible o acogedora, según el color del cristal con que se la mire. Fray Íñigo de Abad, por ejemplo, usó para verla los anteojos de más rosado color que se hayan conocido, y en su magín

parece una ciudad tan populosa como Manca, un Reyno como el de Áxa, Gran Quivira y Teguayo, con sus Casas de siete altos, sus naves con Proas de Plata, guarnecidas con Altracanes de Oro, cargadas de ricas telas de China, y porque la vida del hombre es breve para gozar de tanta riqueza, se hace correr un Río Jordán con el Floridao la Fuente de Viminé en las Islas de su nombre, para remozar con el baño de sus aguas.*

hijo Esplandián, de donde hizo sus deducciones, Bancroft recogió las observaciones de Hale y las difundió en el primer tomo de sus *North American States*. Véase Diez de Sollano, *op. cit.*, pp. 123 y 124. (N.E.).

³ En la primera parte de este libro se usa la palabra California con el sentido de Baja California. Esto por dos razones. Primera: durante toda la época a que se refiere esta primera parte, la única California conocida era la actual Baja California. Segunda: por quitar a la palabra, yuxtaponiéndole la voz Baja, el encanto legendario que evoca.

* Véase Fray Íñigo Abad de la Sierra, *Descripción histórica geográfica de la California, sus costas e islas hasta el estrecho de Anián, formada sobre los viajes de mar y tierra más exactos de españoles, ingleses y rusos*. M5.1.480 de la biblioteca de Palacio, fol. 2 y 2 V, año 1783. (N.E.)

Fray Íñigo, por supuesto, nunca estuvo en California, y si Calafia —reina de California, según el decir de Montalvo— hubiera leído esta descripción, hubiese suspirado de tristeza y envidia.

California, durante siglo y medio, fue considerada isla y no lo que realmente era: península. Esto débese también a la leyenda. Sus descubridores, que no habían leído aún a Montalvo, no sembraron la duda. Para ellos, California era una larga faja de tierra que se desprendía del continente para abrazar un seno del Pacífico. Pero los posteriores exploradores y viajeros de los siglos XVI y XVII trataron a toda costa de arrancarla de las “tierras de la Florida” y hacerla isla. Para ellos, el golfo era un amplio canal del Pacífico por el cual quizá se llegaba al soñado paso del nordeste. ¿Y quién podría objetar que tal afirmación no fuera rescoldo de la leyenda de la isla de las amazonas? Yo lo creo así porque sé que nadie puede contradecirme, y para mí todo eso se debió a la influencia del cuento inventado por Colón. Así debieron haberlo comprendido, quizá inconscientemente, Vizcaíno, Ulloa, Cabrillo, Porter y tantos otros que navegaron inútilmente buscando salida al golfo californiano. Debió de pasar mucho tiempo antes de que dos hombres, predicadores de la única leyenda justificable, unieran las tierras de California al continente. Fueron ellos los padres jesuitas Kino y Salvatierra.

Por lo demás, de la California que fuera magia y realidad sobrevive una marcada característica. Hasta hoy, la California peninsular sigue siendo un desconocido país. Es verdad que ha sido totalmente explorado (que lo que de California no se ha visto es porque no vale la pena de un reconocimiento) y que en el borde fronterizo existen cuatro formidables ciudades; pero todos los viajeros, inclusive los modernos, parecen ignorarlo. California parece siempre *terra incognita*, y todos los que a ella llegan se lanzan a descubrirla. “Es ésta —me decía una gentil y sabia amiga— una vieja característica californiana. En California, todos los redescubrimientos parecen originales.” Y acaso esta frase, en mis labios, sea la mejor disculpa por dedicarme a escribir este libro.

II El reino inconquistable

Durante los últimos años de su vida, Hernán Cortés supo de infortunios. Su buena estrella de los años de lucha por la conquista de México parecía haberlo abandonado a raíz del viaje a Las Hibueras. Al volver a la Nueva España, encontró su reino en desorden, socavado por la mala administración, la codicia y las intrigas cortesanas. Perdió, a causa de ellas, su título de gobernador, y aunque después Carlos V habría de resarcirlo con un marquesado, miles de vasallos y el título de capitán general, su gloria y su poder habían disminuido sensiblemente. Pone entonces sus esperanzas en otro horizonte, y con anuencia y respaldo del rey envía dos expediciones al Pacífico; expediciones que se pierden después de una inútil búsqueda de nuevas tierras. Alentada por el fracaso de Cortés, la Audiencia se le rebela y le prohíbe emprender nuevas aventuras. Cortés va entonces a España y obtiene de la reina el permiso para descubrir y poblar las islas de la Mar del Sur.

Cuando regresa a México, mil circunstancias—esperanzas únicas en un solo destino— señalaban a Cortés la ruta de California.

Supo de ella mucho después, cuando había acumulado suficientes fracasos como para desalentar a cualquiera menos altivo. Peleó nuevamente contra la Audiencia a causa de un barco que le había robado Nuño de Guzmán, y aprovechando, no sin cierta conciencia de desprecio, los datos suministrados por los supervivientes de la expedición de Fortún, fue al encuentro de su último fracaso como explorador y conquistador: la legendaria California.

Fortún Jiménez, para descubrir California, tuvo que asesinar antes a B Herrera. Su descubrimiento, por otra parte, le costó la vida a manos de los

indios californios. Lo segundo parece consecuencia de lo primero: una venganza del destino, y analizando la continuidad de los hechos no puede considerarse de otra manera. Quizá por este crimen, amén de otras causas de rencor, Cortés llegó a La Paz desconociendo los nombres impuestos por el asesino Fortún. El conquistador de México se sentía el primero en esas tierras y parecía olvidar que ya otros le habían precedido. De cualquier modo, su presencia en el "Puerto y baya de Santa Cruz", como llamó a La Paz, fue el primer paso con visos de conquista y proyectos de colonización.

Hemos dicho antes que Hernán Cortés fracasó en California. Es éste un hecho irrefutable que requiere, no obstante, una pequeña digresión que rebasa los límites de la historia. Si Cortés hubiera fracasado en la conquista de México, muchas hubieran sido las explicaciones que a ello dieran sus biógrafos. Nos hablarían, sin duda, de las numerosas y bien organizadas naciones que poblaban el altiplano de Anáhuac, de la superioridad numérica de sus enemigos, de las dificultades del terreno y de otras mil causas que, en verdad, hubieran derrotado a otro que no hubiese sido Cortés. Pero el caudillo extremeño había saltado todos los obstáculos encontrados en quince años de lucha por tierras desconocidas; había vencido en fuerza y en astucia a los indios; había dominado las emboscadas de la naturaleza y derrotado el peligro mayor de los augurios y los presagios. Es más, cuando llevó a cabo la increíble marcha hacia Las Hibueras se situó por encima de la más adversa realidad geográfica que pueda imaginarse: cruzó la selva sin inmutarse, sin flaquear en un terreno que nada tenía de sólido; guió sus tropas al través de los pantanos, improvisando puentes, y abrió una brecha en la espesura; una carretera que había de ser la primera y la única, que por varios siglos partiera en dos el país infernal de los ríos y los pantanos, de la malaria y las parasitosis; el país del señor tigre y la señora nahuyaca.

Cortés, hasta esos años, parecía superior a todos los obstáculos y adversidades. ¿Por qué entonces su fracaso en California?

Con cierta supuesta razón podría asegurarse que la derrota del gran conquistador debióse a una racha de mala suerte. Fuera de la lógica, pero más de acuerdo con varias extrañas circunstancias inherentes a la historia de California, podría afirmar que Cortés fue vencido por un algo inexplicable de esa tierra peninsular; algo como... como un fetiche, digamos;

como el protector espíritu de una deidad desconocida que defiende a California de las conquistas violentas. El ejemplo de Cortés no es el único que me sirve de apoyo para asentar esta aparente absurda afirmación. Antes que él fracasó Fortún, y después, más de una docena de audaces aventureros y guerreros. La conquista de California pudo ser consumada merced a la invasión espiritual que dirigieron los jesuitas, durante un largo juego de dar y recibir. Más tarde aún, ya asegurada esa tierra para la corona de España, otros fracasos bélicos de piratas vienen en apoyo de esta idea. Los ingleses, los chilenos, los mismos norteamericanos, no pudieron vencer jamás a ese espíritu protector de la Baja California; a ese espíritu que, si se prefiere, puede llamarse simplemente destino.

Cortés llegó a California por su extremo sur, después de un viaje de navegación iniciado dieciséis días atrás en la desembocadura del Espíritu Santo (hoy río Balsas). Llevaba tres navíos: el *Santa Águeda*, el *San Lázaro* y el *Santo Tomás*, y como piloto al experto Hernando de Grijalva, descubridor del archipiélago de Revillagigedo. En las cercanías de San José del Cabo, teniendo a la vista las cumbres de la sierra de San Lázaro, los navíos siguieron la costa por el este durante dos días, al cabo de los cuales llegaron a la bahía de La Paz. Este puerto, por ser alcanzado un 3 de mayo (de 1535), tomó el nombre de la Santa Cruz.

Lo que Cortés vio de las tierras del cabo era totalmente diferente a lo que había dejado en la costa del Pacífico de la Nueva España. Aquí no había verdor, ni bosques cercanos, ni montañas inmensas, y mucho menos ríos vertiendo sus aguas al mar. A lo largo de la costa interna de la península, en contraste con un mar luminoso, iba apareciendo un perfil oscuro, bajo y poco montañoso en sus primeros relieves, pero no lo suficiente para dejar mucho espacio a las llanuras. Bajo un sol vertical, la costa aparecía de un color ocre y pesado, y negras las sombras de su escasa vegetación. Hay cierta hora del día en que, viéndolo desde el mar o desde el aire, el suelo ocre de esta región cobra un color de sangre reseca, de sangre muy antigua que se hubiera oxidado bajo el sol y con el viento. Atrás de este lomerío se adivina, más que verse, la montaña que en cadena casi ininterrumpida viene sacando a flote la península desde las tierras norteamericanas. De pie, sobre el puente, Cortés debe haberla imaginado, y sentido sobre ella la mancha verde de sus bosques de coníferas, que

nunca visitó. Por entre los cerros reseco del declive, siempre rumbo al noroeste por el lado del golfo, van apareciendo cauces abandonados por los ríos. Durante la época de sequías, sólo quedan en ellos las huellas de grandes corrientes pasajeras y violentas, que cavan surcos profundos y siembran rocas en desalíño, arrojadas aquí y allá por la fuerza bruta de unas aguas sin control.

Cortés llegó en la primavera, lejos ya de la estación de lluvias, y no vio sino eso. Acaso, un poco más al norte, miró escurrir las últimas gotas del río Santiago, casi perdidas en un brillante hilillo dentro del lecho inmenso de ese río de verano. Después, hasta La Paz, ya no encontró recuerdo alguno del paso de las lluvias, exceptuando los cauces vacíos que parecen venir huyendo de la montaña para refrescar su sed en las saladas aguas del golfo.

Entre el Cabo y La Paz, Cortés vio sucederse aislados macizos montañosos y llanuras enmarcadas por ellos. Los primeros no tienen nombre sobre los mapas y no puedo decir cuáles fueron; pero, entre uno y otro, miró, apenas levantados sobre la línea del mar, el valle de San José, interrumpido al este por la sierra de San Lázaro; luego, pasada otra sucesión de cerros, el valle de Santiago; al norte de un fleco septentrional de la misma sierra de San Lázaro, el valle llamado hoy de Los Planes y, pasados los cerros de Cacachilas, el de La Paz, que abraza toda la bahía. Es casi seguro que en su ruta a La Paz, Cortés enfiló por el Canal de Cerralvo, dejando por estribor la isla del mismo nombre, luego se internó por el de San Lorenzo pasando muy de cerca la isla de Espíritu Santo, para, finalmente, doblar hacia el sur en busca del refugio de la bahía. Los valles que desde el mar viera Cortés distan mucho de ser alfombras de verdor. Contemplados desde la lejanía, hacen el ejemplo perfecto de las planicies semidesérticas. Posiblemente, puesto que así los he visto desde la misma distancia, Cortés distinguió bien los matices diferentes entre los valles que se tienden desde el Cabo a La Paz: los dos meridionales, de color verde seco, cruzados por líneas más vivas mantenidas por los ríos casi perennes; los septentrionales, amarillentos, áridos por la ausencia de corrientes constantes. Al más árido de todos, al de La Paz, fue al que llegó Cortés.

Tal vez si el conquistador hubiese buscado abrigo en las tierras extremas de la península, en las proximidades del Cabo, el éxito de la colonia que pensó fundar inmediatamente después de su llegada a La Paz

hubiera sido seguro. Pero en la “baya de Santa Cruz” no había manera de conseguir alimentos, y Cortés se vio obligado a enviar por ellos a la costa de Nueva España. El primer viaje en busca de auxilio fue impedido por una tempestad que costó la pérdida de una nave. En el segundo, el propio Cortés empuñó el timón para hacer llegar la nave a Sinaloa. Cuando volvió a La Paz, con la bodega llena de vituallas, ya 23 hombres de la proyectada colonia habían muerto de hambre, y algunos otros fallecían poco después por exceso de alimentación.

Cortés volvió a México a principios de 1537, dejando a Ulloa al frente de la incipiente colonia en La Paz. (Ulloa fue rescatado meses después por una expedición enviada por el virrey Mendoza, cuando se encontraba derrotado por el hambre, las enfermedades y las escasas posibilidades del terreno). A pesar del fracaso de su propio viaje, inmediatamente después de su regreso envió a Tapia a continuar la exploración.

Aquí hay que hacer otro paréntesis en la historia.

Hasta entonces, Cortés no había visto de la nueva tierra sino el desierto, la soledad triste de los cerros sembrados de cardones, chollas y pitahayas, y las planicies cubiertas de orégano y damiana. Los indios que conoció eran tan miserables como el país, que parecía incapaz de producir algo para alimentar a los hombres, y en el cual no existían sementeras, ni frutos, ni animales “de la tierra”, como aquellos que encontrara en su ruta de la Vera Cruz a Tenochtitlan. Es cierto que durante su estancia en La Paz tuvo noticia de las perlas y de sus enormes criaderos en las aguas del golfo, pero me resisto a creer, al recordar cuántas fueron las riquezas que tuvo a su alcance en la Nueva España, que fueron esas perlas el acicate único que obligara a Cortés a mantenerse firme en la idea de conquistar California. Porque, aunque el conquistador ya no volvió a pisar la tierra peninsular, el resto de su estancia en México no lo ocupó en otra cosa que no fuera en luchar contra los enemigos y las circunstancias que se oponían a sus proyectos en ese lejano reino. Algo mejor que el oro, que las perlas, que los posibles esclavos, adivinaba Cortés en la desértica California. Algo que tal vez fuera ese indefinible embrujo más subyugante que la propia Malinche, según el decir del cronista.

Lo que hizo Tapia, enviado de Cortés, no tuvo mucho de notable. Reconoció algunos cabos, puertos e islas del Pacífico, subiendo hasta el

paralelo 29°. De su viaje, que podría llamarse de reconocimiento, Ulloa obtuvo datos que le sirvieron posteriormente para afirmar, por primera vez, que California no era isla, sino península.

Ulloa (Francisco de) fue el último enviado de Cortés a continuar los descubrimientos en California. Se le vio salir, para no regresar jamás, el 8 de julio de 1539, del puerto de Acapulco. Como Cortés en su primer viaje y lo mismo que Colón en su ruta hacia América, Ulloa dirigió el rumbo de tres naves, una de las cuales, la más pequeña, se perdió poco después de iniciar el viaje. Ulloa, experto marino y audaz explorador, siguió por la ruta de Tapia; dobló por el oeste al cabo San Lucas y fuese costeando el litoral occidental de California. Fue el primero en internarse en la inmensa bahía Magdalena (que llamó de Santa Catalina), recorrió más al norte las playas que limitan los llanos de Hiray, pasó frente a bahía de Ballenas y dobló el codo de la península para entrar en el golfo que posteriormente habría de llamarse de Vizcaíno. Reconoció la isla de Cedros (llamada originalmente de Cerros), y navegando sobre el paralelo 29° tuvo la seguridad de que navegaba costeando una península, y no una isla. El dato le pareció demasiado importante para guardarlo hasta su regreso, y sacrificando su propia seguridad, hizo volver con la nueva al navío más grande, dejando para sí el *Trinidad*, un pequeño barco de 35 toneladas. De Ulloa no volvió a saberse más, y de su naufragio, de su muerte, jamás se conoció el menor detalle.

Es un hecho bastante cruel el que el nombre de Ulloa, cuya contribución a la geografía californiana fuera tanta, no haya quedado en sitio alguno del mapa peninsular, que aparezca tan débilmente mencionado en la historia, y que de él sólo se ocupe la leyenda. Si quisiera hacerse justicia, y puesto que de su trágico fin únicamente se conoce que tuvo lugar aproximadamente a la altura del paralelo 29°, bien podría cambiarse el nombre a cierta laguna, situada un poco más al sur, y llamarle de Ulloa en lugar de Scammon. Para hacer esto habría tres razones fundamentales: la de que no hay lugar alguno en California que lleve el nombre de Ulloa; de que el nombre de Scammon está desligado totalmente de las hazañas que dibujaron California en el mapa del mundo y, finalmente, de que una leyenda señala las cercanías de esa laguna como el cementerio del olvidado marino.

Y aquí continúa la leyenda tejida en torno a una verdad geográfica.

Hay en el fondo de la bahía de Vizcaíno, entre laguna Scammon* (que tal vez en el futuro se llame de Ulloa) y punta Eugenia (extremo occidental de lo que hemos llamado el “codo” de Baja California), una playa cubierta de despojos que los nativos llaman bahía de Mal Arrimo (Punta Mal Arrimo, en el derrotero de la costa). No es otra cosa esta bahía que un inaccesible punto de la más amplia de Vizcaíno. No se puede llegar a ella ni por mar ni por tierra, y en la actualidad, sólo puede alcanzarse utilizando el avión y haciendo un aterrizaje en las cercanías de bahía Tortugas. Mal Arrimo, por su posición en el recodo del paralelo 28°, se ha constituido en una emboscada de esa corriente marina que en Japón se llama *Kurosivo* y en América, de California; corriente fría, ruta de los antiguos galeones de Filipinas en el tornaviaje, y ruta del atún, según parece, por la que en su persecución siguen los modernos pescadores. La corriente de California viene deslizándose por la costa americana, conservándose a respetable distancia de sus accidentes. Cuando se aleja demasiado, se desprenden de ella pequeñas corrientes que vienen a lamer, en la misma dirección, todo el litoral peninsular. Estas subcorrientes de la de California alcanzan velocidades respetables contra las cuales siempre se protegen los navegantes. Nada las detiene y vienen peinando el mar a manera de rastrillos. Al llegar a bahía Vizcaíno, las corrientes se encuentran de pronto sorprendidas por esa enorme saliente que se lanza al oeste hasta la isla de Cedros, y sin tiempo para desviarse, golpean de lleno contra la playa que les cierra el paso. Las corrientes no mueren ahí, porque, repuestas prontamente, dan vuelta al occidente en busca del mar libre; pero mucha de su fuerza queda en el obstáculo y con ella todo lo que arrastran, inerte, recogido en su viaje desde Japón, frente a California y sobre la costa de Baja California. Queda ahí su cargamento de despojos encontrados al paso de su largo recorrido, se desembaraza de ellos en un sacudimiento desesperado para poder aligerarse y recuperar pronto su ruta momentáneamente extraviada, y bahía de Mal Arrimo queda en calidad de depositaria. Esto ha sucedido desde hace milenios. Desde que el hombre de Oriente y el hombre de Occidente se aventuraron a navegar en aguas del Pacífico del norte, la corriente se encarga de arrastrar los restos de sus naufragios y de reunirlos en bahía de Mal Arrimo. Esto pasó con las frágiles canoas que perdieron los inmigrantes asiáticos que llegaron a

* Su nombre actual es laguna Ojo de Liebre. (N.E.)

poblar América, y así ha pasado también con los restos que dejaron las batallas navales entre nipones y norteamericanos en la última guerra. Se ha integrado allí un cementerio marino de tal magnitud, que, de ser estudiado con método y paciencia, podría proporcionar los datos para escribir la historia completa de la navegación en el Pacífico.

En ese cementerio marino que se esconde en bahía de Mal Arrimo están, según se afirma, los restos de la nave de Ulloa. La leyenda—yano la historia—dice que Ulloa naufragó al norte de esas aguas y que los restos de su nave, con los restos de su capitán —¿qué capitán de leyenda no muere sobre el puente?—, fueron arrastrados a Mal Arrimo. Allí se encuentran los restos del *Trinidad*, confundidos entre las lápidas mortuorias de miles de cascos; perdidos en esa arboleda —bosque destrozado— de mástiles, de puentes y de quillas; en ese inmenso basurero de lanchas extraviadas, de cubiertas arrancadas a navíos sorprendidos por los huracanes, de algas acumuladas durante milenios. Localizarlos entre esos despojos, después de cuatro siglos de su naufragio, ciertamente es tarea imposible; pero dando fe de su presencia existe un dato... un dato de leyenda, por supuesto. Dicen que por las noches, cuando el paso del viento acalla las bofetadas de la marejada, hay ciertos momentos en que se pone a llorar en largos quejidos que no pueden confundirse con un vulgar ulular. En esos momentos, el viento pasa llorando con voz de dos largos tonos: “Uuuu-lloooa... Uuuu-lloooa... Uuuu-lloooa...” Y eso es todo lo que queda en recuerdo del marino español.

Por lo que respecta al otro navío enviado a México, y ya en el terreno verídico de la crónica, llegó al puerto de Acapulco a principios de 1540. Pocos meses después, un tanto abatido por sus últimos fracasos, Cortés volvía a España en un último intento de obtener respaldo para recuperar su prestigio. Fue su último viaje. Siete años después desaparecía en la muerte para empezar a cobrar vida en la historia. Con Hernán Cortés murió el último hombre de su época interesado en la conquista de la California.

III

La aventura de Vizcaíno

Casi medio siglo después de la muerte de Cortés, tres navíos navegaban con viento contrario frente a la costa oriental de California. Como en todas las ocasiones históricas en que son tres los navíos que se lanzan a la mar, éstos iban en viaje de aventuras y descubrimientos. Según un cronista de época posterior, la armada iba “en demanda de las Californias, que era la tierra que llevaba la comisión para descubrirla”.*

Por vez primera en la historia de las expediciones a California, a ésta se habían agregado algunos religiosos de México; frailes franciscanos cuya misión sería la de comprobar las posibilidades de convertir al cristianismo a los desconocidos pobladores paganos de esas tierras. En esta ocasión tuvo lugar el primer contacto de los evangelizadores con los salvajes y primitivos californios; contacto que, por falta de continuidad, resultó estéril: antes que los posteriores misioneros volvieran a California, ya había muerto la generación indígena que tuvo la primera noticia de Cristo.

De cualquier modo, en la organización de esta expedición parecía tomarse ya en cuenta la dificultad de conquistar California por la fuerza de las armas; y de un modo o de otro, los señores de la Nueva España empezaban a comprender que habría menester más de la palabra suave de Dios que del estampido de los arcabuces para sojuzgar al pueblo nativo del lejano reino. Hasta el mismo capitán de la empresa parecía corresponder a las necesidades de tal misión de reconocimiento: “hombre animoso pero sesudo, buen soldado de tierra, práctico en las cosas de mar, y a propósito por la suavidad de su genio para el gobierno de una empresa en la que suelen ser frecuentes los disgustos del equipaje.”** El general Sebastián

* Álvaro del Portillo y Diez de Sollano, *op. cit.*, p. 169. (N.E.)

** *Ibid.*, p. 168. (N.E.)

Vizcaíno nunca traicionó esa serenidad de carácter que le alaba el cronista, y sus fructíferos viajes por ambas costas de la California lo demuestran así: viajes de estudio, de observación minuciosa, realizados a satisfacción de los gobernantes, de la historia y hasta de los mismos indios. Vizcaíno, otro extranjero subyugado por la magia de California, no defraudó ninguna esperanza, y aunque fuera uno de los últimos grandes navegantes que afirmara la insularidad de la península, sus observaciones geográficas fueron las primeras en dar forma a California sobre el mapa de la expansión hispana.

Durante la primera etapa de su viaje, las tres embarcaciones de Vizcaíno siguieron la ruta de Cortés: desde Acapulco, costeano, hasta llegar a las inmediaciones del cabo San Lucas, una vez cruzada la entrada del Mar Bermejo. El primer desembarco debe haber sido al fondo de la abierta bahía que es la ventana al mar (y Ventana se llama) del valle de Los Planes. Cinco días después, “más al noroeste como 15 leguas”,* llegaba a la bahía de Santa Cruz, a la que Vizcaíno rebautiza definitivamente con el nombre de La Paz. Ahí establece su centro de operaciones y días después se lanza a la profundidad desconocida y tentadora del golfo californiano.

La bahía de La Paz es un recorte inmenso en la costa interior y meridional de la península. La cadena montañosa que a manera de espina dorsal mantiene, a despecho de los embates del mar, la fortaleza territorial, aparece aquí debilitada. Quién sabe qué escollo, qué dolorosa falla en las entrañas de la tierra le impidió levantarse y elevar su cumbre para formar relieve. La sierra, desde un poco al norte, va sucumbiendo, agotada por un esfuerzo que sostuvo casi sin interrupción desde la Alta California, y muere aquí para dejar el espacio libre a una llanura. Luego, al sur, da un salto que fue la postrera reacción. Se levanta de pronto y da origen a la sierra de San Lázaro.** Pero en ese descanso que se tomó para recobrar aliento dejó un vacío de cordillera, una explanada a merced de los dos mares. Bien puede ser, observando la falla desde otro ángulo, que el extremo peninsular hubiese querido ser isla y no el *finis terrae* de California. De cualquier modo, no habiendo cordillera para contener el mar, el empuje del golfo minó, a la altura de La Paz, un cuello que en vano quiso convertir en un paso directo al Pacífico. La concavidad de ese cuello, que semeja más exactamente

* *Ibid.*, p. 171. (N.E.)

** Actualmente se conoce como sierra de la Laguna. (N.E.)

hundido el estómago en el largo cuerpo de un convaleciente, es la enorme bahía de La Paz.

Vizcaíno, al abandonarla, la rodeó describiendo una larga curva inversa. Siguió durante largas millas un rumbo paralelo al de una costa suave, más playa que arrecifes, y dobló al noroeste en una punta que siglos después habría de llevar el nombre de una siniestra leyenda: El Mechudo.

Pasado el canal de San José, entre la isla del mismo nombre y la costa interna de la península, cambian las características comunes a los mares y empiezan las dificultades características del golfo de California; dificultades para los navegantes de ayer y los navegantes modernos. El golfo de California (mar de Cortés, Mar Bermejo) es de una singular belleza que ya iremos descubriendo a todo lo largo de este libro, cuya idea vino a nacer precisamente sobre sus aguas; pero como su encanto, singular es su comportamiento. Esto no se refiere solamente a sus extrañas coloraciones, que varían con las estaciones y aun con los días, y que recorren toda la gama que va del azul más transparente al rojo que motivó para él un especial nombre; ni a sus profundidades abisales, que dicen mucho (a los oceanógrafos) de la historia de los fondos oceánicos; ni tan siquiera a su extraordinaria fauna, que le distingue bien de otros mares. Tiene, aparte de éstas, otras particularidades que hacen pensar que el mar de Cortés se formó con el exclusivo propósito de ser el más original de los golfos en los siete mares.

Cualquier marino, navegando sobre sus aguas, siente esa mar extremadamente movible y caprichosa. Si el marino es de los que leyeron las aventuras del capitán Nemo en el libro de Julio Verne, sentirá justificación al aplicar al mar de Cortés la divisa del *Nautilus*: “*Mobilis in mobile*”. Bajo la quilla, todos son anormales movimientos. A veces el ritmo extraño le viene de su oleaje, un oleaje que no se parece a cualquiera. Se riza el mar hacia todos los horizontes, y una repartición simétrica e infinita de pequeñas crestas espumosas empieza a limitar huecos en la superficie del mar. Puede a esto llamársele olas si se quiere, pero nada tienen que ver con las que de otras aguas se conocen. Estas son pequeñas concavidades que en movimientos rápidos y verticales se vuelven convexas. Se hunden y se levantan según un ritmo muy particular que sólo ellas conocen y el navío, grande o pequeño, tiene que bailar el mismo ritmo. Este oleaje particular lo produce el viento dominante del noroeste, al que, cuando sopla por más de tres o cuatro días seguidos, los pescadores del golfo llaman “coya”.

Cuando el mar se mueve a impulso de una coya, navegar en él es sumamente pesado y el viajero desprevenido tiene la impresión de que el barco va surcando las aguas de un arroyo, arrastrando la quilla por sobre el lecho pedregoso. Los saltitos del barco duran días, colman la paciencia, y terminan mareando al pasaje e inclusive a la tripulación.

Las corrientes del golfo son también anormales, aunque se expliquen fácilmente con sólo dar una ojeada al mapa. Tiene el mar de Cortés una muy amplia entrada, una estrechez desproporcionada a la altura del paralelo 29°, y un gran seno, al fondo, que termina en el delta del Río Colorado. Durante la pleamar, la marea se lanza en un brutal empuje desde el Pacífico con ánimo de llegar hasta la desembocadura del río. Avanza a una velocidad normal durante tres paralelos, pero como el golfo va disminuyendo en anchura, las aguas que abren marcha cobran mayor velocidad a medida que sufren el empuje de las que vienen detrás. La marea pasa por el paralelo 29° a una velocidad que se calcula en 10 o 12 nudos (porque aquí, además de la estrechez, le restan espacio las islas de Tiburón y de Ángel de la Guarda) y entra como torrente sin control al fondo del golfo. Durante la bajamar, el fenómeno se repite a la inversa, y la huida de las aguas es tan atropellada como la entrada. De todo esto resultan corrientes incontrolables, peligrosas para la navegación, demasiado rápidas aun para los modernos barcos de motores diesel, y bastante irregulares de curso por los obligados rumbos que les hacen tomar las islas. Los efectos de las mareas son extraordinarios hacia el fondo del golfo, y ya los contemplaremos de cerca y con mayor detalle desde tierra, cuando bajemos al mar, desde la montaña o por la llanura, en próximo capítulo.

Vizcaíno se dirigía al fondo del golfo no en un barco moderno, sino en defectuosos navíos movidos a la vela, lo cual, dentro del mar de Cortés, es otro inconveniente. El viento dominante en California sopla del noroeste, barriendo longitudinalmente la tierra y el golfo peninsulares, enamorado de esa dirección que le marcan el golfo y la cordillera, o tal vez por otras razones que mejor que yo podrían explicar los meteorólogos. El caso es que siempre viene del noroeste, y esta es una catástrofe para los veleros que tienen intenciones de seguir el rumbo contrario. Hay que avanzar bordando un infinito zigzag sobre las corrientes, y en muy contadas ocasiones sobre la calma sospechosa de las aguas del golfo. Vizcaíno, muchas veces, debe de haber avanzado una legua después de

navegar veinte. Es fácil imaginarlo a la deriva, lanzado fuera de su curso por la corriente contraria y azotado por el viento también contrario; como en otras ocasiones, navegando veloz y al garette en un barco sin gobierno, empujado por la popa, sobre el propio timón, por una corriente más rápida que lo conveniente. A pesar de todo, Vizcaíno avanzaba. No puede explicarse muy claramente cómo pudo lograrlo, pero si esto fuera explicable, su viaje no estaría considerado como una de las hazañas marítimas de la época.

Los viajes de Vizcaíno a California fueron dos, y en el primero no tuvo suerte. Sus naves fueron azotadas por temporales que sometieron a dura prueba a los pilotos, a los soldados del rey y a los soldados de Cristo. Durante dos semanas fueron arrastrados por el golfo, sin ver otra cosa que no fuera el mar caprichoso. Por esto, la crónica de su recorrido no dice nada sobre la costa, ni sobre las islas, y mucho menos sobre el interior de la tierra. Cuando una calma les permitió fijar su posición, se encontraban casi a la mitad del camino entre la entrada y el fondo del golfo, sobre el paralelo 27°. De allí, ya sin esperanzas de llegar a meta alguna, regresaron a La Paz a recoger a los que habían quedado esperándolos. Nuevamente la expedición se dividió aquí: unos volvieron fatigados y enfermos a la Nueva España, y otros, con Vizcaíno a la cabeza, se decidieron a reconocer la costa del Pacífico de California. Durante esta segunda etapa del primer viaje llegan hasta el paralelo 29°, luchando contra una firme animadversión del mar y de los vientos. Aquí, decide Vizcaíno regresar a la Nueva España “a requerimiento de todos”.*

A pesar de las dificultades de su viaje, Vizcaíno fue el primero en advertir la importancia económica de la tierra y mares californianos. Al informar de su viaje, habló de los miles de almas que enriquecerían, al convertirse al cristianismo, el reino de Dios; de la grandeza física de esa “isla”, superior en tamaño a la Nueva España; de la abundancia de las perlas; de las salinas con que podrían “cargar mil flotas”; de la “mayor cantidad de pescado de toda suerte que hay en mar descubierta”** y de los placeres de oro y yacimientos de ricos minerales que conocían los indios en el interior de ese país.

* Álvaro del Portillo y Diez de Sollano, *op. cit.*, p. 173. (N.E.)

** Véase Apéndice I, “Relación del primer viaje de Vizcaíno”, Diez de Sollano, *op. cit.*, p. 296. (N.E.)

Años después, cuando el conde de Monterrey ordenaba el segundo viaje de Vizcaíno, en su decisión no pesaban las observaciones del marino sobre la riqueza de California. El virrey no lo envió a buscarlas ni a apoderarse de ellas. Tampoco le ordenó colonizar la tierra. El viaje de 1602, de acuerdo con las instrucciones a que tuvo que sujetarse, fue de observación científica: “La orden que lleváis precisa es que habéis de descubrir, reconocer, sondear y demarcar...”^{*} Tenía prohibido internarse en tierra y atacar a los indios; antes por el contrario, debería procurar su amistad cuando las circunstancias lo colocaran frente a ellos. Se le encargó también observar los eclipses, la dirección de los vientos, anotar todos los fondeaderos, las bahías, los puertos, y los lugares propios para el establecimiento de campamentos y pesquerías de perlas. Era, en suma, un viaje de investigación geográfica para cuya realización contaba con la ayuda de un brillante Consejo de Sabios. Entre éstos se encontraba el cosmógrafo Enrico Martínez.

Aunque en la Nueva España, y en general en los movimientos de expansión hispana durante los siglos *xvi* y *xvii*, no eran sorprendentes viajes como éste, sin propósito inmediato, calculados para aprovechar sus enseñanzas en épocas posteriores, el de Vizcaíno respondía a una necesidad apremiante, de urgente defensa y vigilancia territorial.¹ Por aquellos años, navegantes de otras naciones recorrían ya los mares del sur, y su presencia en ellos ponía en peligro, aunque fuera teóricamente, la hegemonía de la España conquistadora. Por eso el viaje de Vizcaíno no puede clasificarse entre las aventuras de conquista o descubrimiento. Su misión, absolutamente precisada por la orden del virrey, era la de aportar la mayor cantidad posible de datos al mapa de California.

Las razones de carácter estratégico que obligaron al virrey a ordenar el viaje de Vizcaíno eran dos principalmente: la presencia de los ingleses en el norte del Atlántico, buscando afanosos el paso del nordeste (se creía todavía que el golfo de Cortés comunicaba con el Atlántico), y la presencia de piratas, también ingleses, en el océano Pacífico. El conde de Monterrey

^{*} Véase Apéndice II, “Instrucción dada a Sebastián Vizcaíno para el viaje de 1602”, en Diez de Sollano, *op. cit.*, p. 306. (N.E.)

¹ Más sorprendente es que México, educado en esa escuela, haya olvidado la enseñanza y permita, en el presente, que instituciones al servicio de potencias extranjeras realicen los viajes de investigación geográfica y estratégica en la Baja California.

suponía que si los primeros encontraban el ansiado paso y se unían a los piratas, peligraba la costa occidental de Nueva España. Las hazañas de Cavendish, desde el último cuarto del siglo xvi, habían sido el primer aviso sobre la vulnerabilidad de la ruta de los galeones. Por eso Vizcaíno fue enviado a reconocer parte de esta ruta seguida por las naos, la correspondiente a la costa americana, que fue también, antes y después, ruta de los piratas. Durante seis meses, Vizcaíno y su equipo de científicos se dedicaron a viajar por el océano Pacífico sobre la costa de California. Fueron contando una a una todas las islas que iban rompiendo la monotonía del horizonte por la proa y el costado de babor de sus naves; que por el lado de estribor, nunca perdieron de vista el perfil de la tierra peninsular dibujado por ellos en su crónica con más buena voluntad que precisión. Por lo regular, siguieron el obligado rumbo noroeste, y si algunas veces viraron al este o al oeste, fue para contemplar con más detenimiento los accidentes de la costa.

Y así se fueron tejiendo un hilván entre la tierra y el mar.

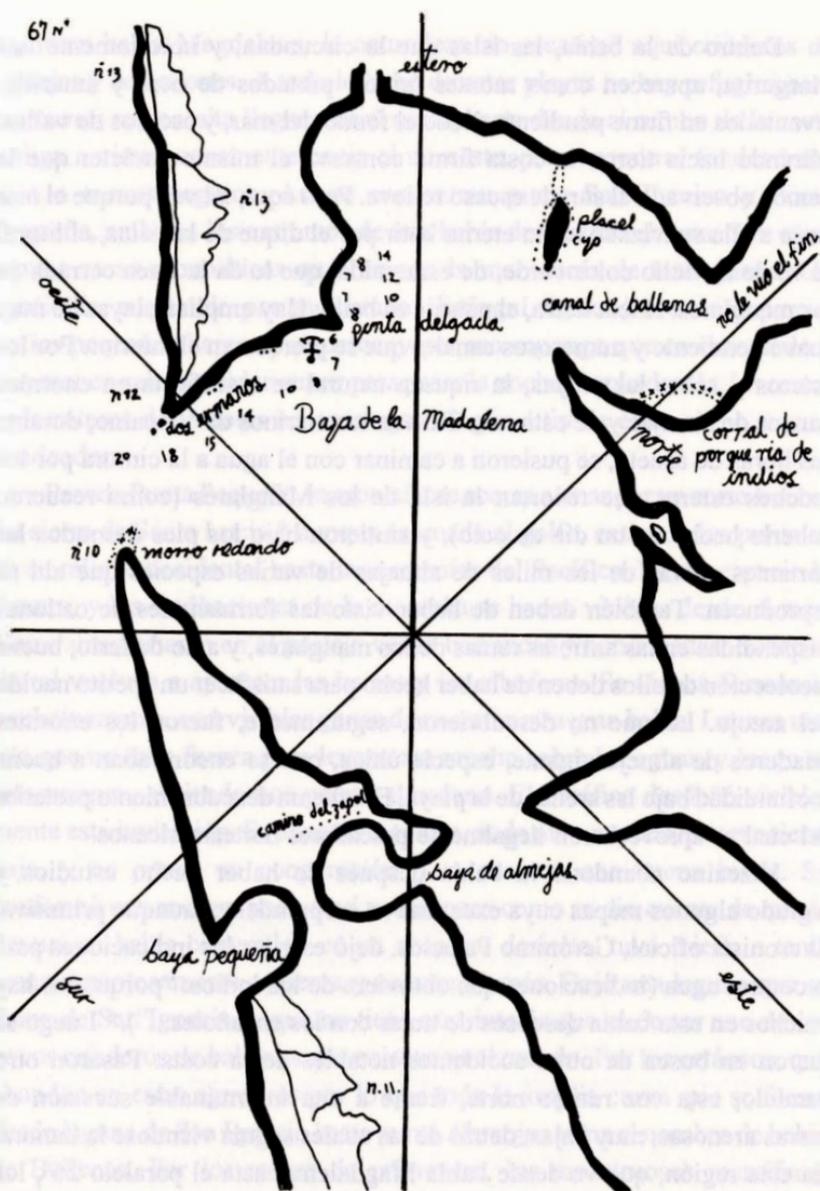
Al llegar al cabo San Lucas, por ejemplo, “se ha de gobernar dos leguas al oeste porque así corre la costa”.* Pero pasadas las rocas de San José del Cabo, donde en la actualidad un faro señala el peligro de una excrecencia de la cordillera que cayó al mar, y quedó allí, a merced de las olas que le han socavado un arco singular, ya tiene uno para rato siguiendo hacia el noroeste. Desde la extremidad peninsular hasta bahía Magdalena, nada se muestra acogedor al navegante. En dos ocasiones he seguido la ruta de Vizcaíno (un poco alejado de la costa, porque mi barco no tenía instrucciones de reconocer los accidentes), y entre una y otra referencia no he podido distinguir fondeadero propicio ni abrigo natural, por pequeño que sea.

Desde el mar, la costa se ve como una interminable línea de playa. Cerca del cabo, la playa se recarga directamente sobre la montaña, y las dunas se confunden con el declive de la cordillera. No se sabe si es la sierra la que lanza arena sobre la costa, o si es el mar el que intenta hacer llegar las dunas hasta la montaña. La sierra se muestra tan desolada como la playa ascendente: sin árboles, sin caseríos y sin habitantes. Viendo ese

* Véase Apéndice IV, “Derrotero desde Acapulco al cabo Mendocino, hecho durante la segunda navegación de Sebastián Vizcaíno a California (1602) por Gerónimo Martín Palacios con los diseños de la costa hechos por Enrico Martínez”, en Diez de Sollano, *op. cit.*, p. 306. (N.E.)

desnudo y estéril lomerío, nadie podría imaginar que un poco más allá, en la cumbre lejana que no se alcanza a distinguir, existen los únicos bosques del sur de la península. Hacia el noroeste, la playa va descendiendo falta de declive en que apoyarse, y se va perdiendo paulatinamente hasta confundirse con la línea de la llanura. Los montes se han retirado tanto que la vista no alcanza a localizarlos. Se presiente entonces el desierto, tendido sobre una mesa tan baja y tan llana que un balanceo de la nave o una ola demasiado alta bastan para ocultarlo a la mirada. Sobre los llanos de Hiray (o llanos de la Magdalena), hasta los montículos han sido barridos por el viento, o por ese agente, que ignoro cuál sea, que da lugar a la formación de los desiertos. Sólo de trecho en trecho pueden divisarse, con ayuda de unos buenos prismáticos, minúsculas colinas que no son otra cosa que montones de conchas dejados por los primitivos habitantes de California ("concheros" llaman los arqueólogos a este tipo de montículo). Cuando Vizcaíno pasó por allí debe de haber distinguido a los indios sobre esos basureros, haciéndole señas de amenaza o de bienvenida, porque por entonces la llanura estaba habitada por comedores de almejas y recolectores de sabandijas. Cuando yo pasé, nada había ya en esa zona que denunciara la presencia del hombre, y desde el barco, esos concheros parecían dunas. Durante un paralelo (60 millas náuticas) la costa no ofrece nada distinto a los ojos: siempre la misma llanura interminable, sin eminencias, sin refugios y sin hombres.

Cuando empieza a cansar el paisaje, aparece por la proa el perfil de otra desnuda y baja serranía: las islas que cierran bahía Magdalena. Son tres islas grandes: dos bajas y una elevada. Las primeras son isla Creciente e isla Magdalena; la tercera, situada entre éstas, es isla Margarita. Creciente y Magdalena arrancan de la tierra peninsular a manera de tenazas de gigantesco cangrejo para rodear una enorme mancha de mar que cierra, por el medio, isla Margarita. Para entrar en la bahía hay dos canales: el que se abre entre las islas Creciente y Margarita, o el más seguro entre Margarita y Magdalena. Vizcaíno entró en ella por alguno de los dos, porque no existe otro, y se encontró dentro de un mar interior, extraordinariamente amplio (exagerando un poco, las geografías para uso de los estudiantes de primaria aseguran que bahía Magdalena puede dar amplia acogida a todas las escuadras del mundo), en algunos sitios pobre de fondo, pero en otros bastante profundo para asegurar la navegación.



La parte septentrional de isla Margarita y la bahía Magdalena, según dibujo de Enrico Martínez. [Para esta edición se ha utilizado la lámina 12 de los "Mapas de la costa occidental de la Nueva España y California por Enrico Martínez, 1603" publicados en *Californiana I, Documentos para la historia de la demarcación comercial de California 1583-1632*. Edición, estudio y notas por W. Michael Mathes. Ed. José Porrúa Turanzas, Madrid, 1965. p. 519. (N.E.)]

Dentro de la bahía, las islas que la circundan, y notoriamente isla Margarita, aparecen como montes áridos, pintados de ocre y amarillo, levantados en firme pendiente desde el fondo del mar, y escasos de valles. Mirando hacia tierra, la costa firme conserva el mismo carácter que le hemos observado al sur, de escaso relieve. Pero aquí, tal vez porque el mar llega a ella suavizado en su eterno batir por el dique de las islas, el litoral se ve de un bello color verde, de esmeralda, que le da la línea cerrada de los manglares. Hacia tierra, el paisaje es bello. Hay amplias playas de muy suave pendiente y numerosos canales que se pierden en el interior. Por los esteros y sobre las playas, la riqueza natural se manifiesta en enormes bancos de almejas y de ostiones. Tal vez los marinos de Vizcaíno, durante sus horas de asueto, se pusieron a caminar con el agua a la cintura por los muchos esteros que recortan la isla de los Manglares (como recuerdo haberlo hecho en un día de ocio), y sintieron bajo los pies desnudos las cortantes valvas de los miles de almejas de varias especies que ahí se reproducen. También deben de haber visto las formaciones de ostiones suspendidas en las anfibias ramas de los manglares, y a no dudarlo, buena recolección de ellos deben de haber hecho para satisfacer un apetito nacido del antojo. Lo que no descubrieron, seguramente, fueron los enormes criaderos de almeja gigante, especie única, que se encontraban a buena profundidad bajo las arenas de la playa. Ese fue un descubrimiento posterior del cual se aprovecharon ilegalmente pescadores norteamericanos.

Vizcaíno abandonó la bahía después de haber hecho estudios y logrado algunos mapas cuya exactitud es sorprendente, aunque primitiva. El cronista oficial, Gerónimo Palacios, dejó escritas las indicaciones para encontrar agua (indicaciones que obtuviera de los indios: “porque los hay muchos en esta bahía deseosos de tratar con los españoles...”).* Luego se fueron en busca de otros accidentes notables de la costa. Pasaron otro paralelo, esta vez rumbo norte, frente a una interminable sucesión de barras arenosas, muy bajas, detrás de las cuales seguía viéndose la llanura. En esta región, que va desde bahía Magdalena hasta el paralelo 26°, los esteros, las albuferas angostas y las barras de arena hacen distintiva la costa del Pacífico de California. En las albuferas hay numerosas islas, y en las islas abundancia de manglares. Los esteros son ricos en pesca, y

* *Ibid.*, p. 343. (N.E.)

como en bahía Magdalena, la naturaleza no escatimó aquí criaderos de almejas y de ostiones. A todo lo largo de estas playas no hay refugios para las naves; se necesita llegar más al norte, hasta donde el rumbo de la costa obliga a virar nuevamente hacia el noroeste, para encontrar fondeaderos más o menos seguros. Así se encuentran punta San Juanico y Punta Pequeña, ambos a los extremos de una bahía demasiado abierta. Son estas puntas rocas monolíticas que rompen la monotonía de tanta playa. Un mediodía, costeando por ese rumbo, distinguí fondeados a su amparo a varios pequeños barcos pesqueros, y por eso supongo que en caso dado y con mar en calma pueden servir para pasar la noche. Por lo demás, las cartas y derroteros de la costa no aconsejan ningún sitio de éstos como seguro fondeadero.

Pasada Punta Pequeña, la montaña se acerca al mar por un corto trecho. La sierra de Santa Lucía,* aunque asomada al golfo, extiende los puntales de su relieve occidental hasta las cercanías del Pacífico. Pierde espacio la llanura, y las estribaciones de la montaña se hacen visibles desde el mar. Como una variante en el paisaje vense barrancas y hondonadas. Sobre el litoral vuelven a aparecer las barras y las albuferas. Se vienen formando paulatinamente, con visibles ganas de encerrar otra gran bahía. Lanzan una isla que no tuvo fuerza para levantarse mucho sobre las aguas, y luego se interrumpen, abriendo una puerta al océano. El Pacífico desdeñó visiblemente esta invitación. Se adentró receloso, nada más un poco, por esa tierra baja, y no prestó su cooperación para socavar una buena bahía. Se conformó con roer un poco aquí y allá, pero como se dio cuenta de que la llanura se había convertido en un absoluto desierto, tuvo miedo a tanta arena espantosamente sedienta y no avanzó más. Dejó una laguna que se llama de San Ignacio, y que no tiene otro interés que el de ser uno de los pocos criaderos de ballenas que existen en el mundo. Por los cetáceos, que abundan en estas aguas, es por lo que toda la amplia curva que se forma desde laguna de San Ignacio hasta punta Abreojos toma el nombre de bahía de Ballenas. Por los meses de primavera, los monstruosos mamíferos buscan las aguas de esta región para aparearse y reproducirse; pero no solamente se les encuentra aquí. Buscan con preferencia las aguas de una amplia zona que va del paralelo 26°30' hasta el 28°, sobre la costa del Pacífico,

* La sierra de Santa Lucía es parte de la sierra de La Giganta aunque en esa porción se le llama actualmente sierra de Guadalupe por la misión del mismo nombre. (N.E.)

y en el golfo de California puede encontrárseles a cualquier latitud meridional a la del paralelo 29°.

Abreojos es un nombre que ya se encuentra en la crónica del viaje de Vizcaíno, y es descriptivo en exceso. Corresponde a la punta que limita bahía de Ballenas por el oeste (vértice del ángulo casi recto que da forma al codo de la península), y trátase de una amenazadora arista demasiado prolongada hacia el mar. Sobre ella, en la actualidad, un faro se pasa las noches en vela anunciando el peligro a los navegantes. En esta región, todos los nombres llevan, en tierra y mar, el de Vizcaíno, como homenaje a su memoria. El inmenso desierto que ocupa, con sus dunas y desolado paisaje, todo el codo peninsular, es el de Vizcaíno; la pequeña sierra que hace de dique entre el desierto y el océano Pacífico, llámase también de Vizcaíno, y de Vizcaíno* es también la enorme bahía que hace el recodo peninsular, entre isla de Cedros por el oeste y punta Santa Rosalía por el este.

La descripción de la costa, desde punta Abreojos hasta isla de Cedros, es algo que queda fuera de mis posibilidades. Cuantas veces pasé frente a ella, mi nave se alejó tanto que me fue imposible retener algún detalle especial. El temor a las rompientes traidoras de Abreojos fue tanto, que cuando el comandante ordenó volver hacia el litoral, ya teníamos por la proa la mole, verde de bosques, de isla de Cedros. Podría confiar la descripción a Gerónimo Palacios, cronista de la expedición de Vizcaíno, pero me temo que el estilo literario del siglo XVIII no es fácil de digerir, y que al lector podrá parecerle un absoluto galimatías:

La demas costa va tirando al ueste cosa de tres leguas hasta la punta de San Epolito que es baja i sale de una sierra tendida sin mogote echada de nordeste, sudeste desta dicha punta a la isla de la Asunción se ha de gobernar al ueste quarta del norueste ocho leguas es la dicha ysla raca sin arboleda tendida de nordeste sudeste i al norte della esta una punta i ensenada de buen surgidero de diez brazas no tiene agua dulce estan en veintiocho grados menos ocho minutos...**

¡A qué seguir! Con Palacios o sin él, ya estaba dicho que habríamos de quedarnos sin ver el litoral del codo bajacaliforniano.

Desde aquí, hasta el límite de las dos Californias, vamos a navegar con menos paciencia que Vizcaíno. La relación de este libro obligará a volver al océano Pacífico, entre isla de Cedros y bahía de Todos Santos. Por otras

* Esta sierra también se conoce como Sierra del Placer. (N.E.)

** Véase Apéndice IV, *op. cit.*, p. 345. (N.E.)

razones más importantes que la simple descripción geográfica, habremos de reembarcarnos en otro capítulo para emprender aventuras en esta zona del Pacífico. Por esto pierde interés para nosotros seguir paso a paso a Vizcaíno y su grupo de sabios por entre las islas y dentro de todas las bahías. De todos modos, a manera de introducción a esta costa, será bueno agregar que esos primeros geógrafos de California se acercaron a la península después de cruzar por el norte la bahía que ya hemos dicho se llama hoy de Vizcaíno. A la altura de Punta Blanca (Cabo Blanco le llamaron ellos) y rumbo al noroeste, el trabajo se les multiplicó en exceso anotando y midiendo las características de ese accidentado litoral. Las bahías más o menos protegidas, las salientes que llevan el genérico nombre de cabos o puntas, las islas de todos tamaños, se suceden sin interrupción unas a otras. Por lo general, la costa es baja hasta bahía de San Quintín, que por entonces se conocía como la de las Mil Vírgenes, y las playas frecuentes. La serranía se mantiene paralela y cerca del mar, creciendo en altura a medida que avanza al norte. Después de la bahía de San Quintín, a la sierra no le basta el ancho de la península y empieza a apoyar sus estribaciones directamente en el mar, sobre mesetas rocosas que hacen un litoral alto y escarpado, lleno de acantilados, que sólo de trecho en trecho se interrumpen para dar salida a los cauces secos de los ríos de verano y a la formación de playas tersas. En punta Banda, ya no son las estribaciones de la sierra las que llegan hasta la costa; aquí es la misma montaña la que se hunde perpendicularmente en el mar y forma una imponente muralla para resguardar un flanco de la bahía de Todos Santos. Es aquí donde se mira más de cerca, desde el mar, la espina dorsal de la Baja California.

Vizcaíno entró y salió de la bahía de Todos Santos para seguir rumbo hasta el cabo Mendocino (y hasta allá llegó, tomándole medidas a la costa). A nosotros no nos interesa el resto, porque antes de San Diego termina la California mexicana y empieza la norteamericana.

El ilustre marino Sebastián Vizcaíno dibujó la costa exterior de California. Tenía el encargo de hacer lo mismo por el lado del golfo, pero cuando llegó al cabo Mendocino estaba seguramente tan cansado, que echó al olvido el encargo y volvió directamente a la Nueva España. Como él no lo hizo, tuvo que transcurrir un siglo antes de que se completara el mapa de la península. Esto se debió en parte al almirante Porter Cassanate (Pedro), quien en 1649

consiguió reconocer el golfo hasta la altura de la isla Ángel de la Guarda. No fue más adelante porque las corrientes del Mar Bermejo, a las que ya nos hemos referido, no le permitieron el paso. Se quedó luchando inútilmente en la parte más estrecha del golfo, en un canal y entre unas islas que denominó, en despecho, de Salsipuedes, y viró en redondo para regresar a Sinaloa. A principios del siglo XVIII, los jesuitas Kino y Salvatierra completaban la figura de California, y demostraban, con pruebas, que no era isla, y que el golfo de Cortés no se comunicaba con el imaginado paso del nordeste.²

² Todavía en 1748 el explorador inglés Lord Anson publicaba un mapa de la "isla" de California.

IV

Los hombres sin Dios

En la historia de la civilización se encuentran pueblos afortunados y pueblos sin ventura. Para algunos grupos humanos como para algunos hombres, todo sonríe desde el mismo día de su nacimiento; para otros los más, la vida es una larga, ardua y estéril lucha contra circunstancias adversas. Esta disparidad de destinos rebasa los límites de lo inexplicable. Hay algo más que el medio geográfico y la potencialidad económica de una región determinada, para hacer ricos y felices a los hombres de una nación. Algo más sutil, menos tangible que los elementos, para hacer triunfar o derrotar a un pueblo. Se sabe de pueblos ricos en ricos países y de pueblos pobres en regiones miserables; esto es perfectamente natural. Pero cuando se encuentran naciones en paupérrima situación económica poblando una tierra que cuenta con bastantes condiciones para explotarse con beneficio, con bastantes posibilidades para hacer de ella una potencia económica, se empieza a pensar que a ese pueblo le faltó algo que no fue suerte, ni técnica, ni ambición. Que le faltó algo como un guía..., ese algo, quizá, que los etnólogos llaman Héroe Cultural, y los hombres, en su religión, lisa y llanamente, Dios.

El pueblo aborigen de California era un pueblo de éstos: un pueblo sin Dios.

Si, hablando de esto, llego a afirmar que en el hombre, individualmente, Dios es un sentimiento optativo, y en los pueblos, colectivamente, una necesidad imperiosa, no creo caer en un vicioso pensamiento subjetivo. Cuantas veces repaso los datos sobre la vida de las naciones indígenas que poblaron la península californiana me viene a las mentes el recuerdo de otros pueblos originalmente tan primitivos como ellos, que lograron

forzar su evolución y levantar su nivel de vida en medios más miserables. Recuerdo, por ejemplo, al pueblo azteca en su primera época, y al pueblo maya en la última etapa de su historia maravillosa. A los primeros cuando todavía no fundaban Tenochtitlan y a los segundos cuando llegaron a poblar las áridas planicies de Yucatán. Ambos, a juzgar por lo que demostraron después, fueron superiores a las adversidades... pero los aztecas triunfaron en la guerra alentados por el espíritu de Huitzilopochtli y en la paz bajo la protección de Quetzalcóatl; los mayas, por su parte, cosecharon el nutritivo maíz gracias a Chac, dios de la lluvia. Para los indios de Baja California no hubo un dios de la guerra, ni un dios de las lluvias, ni un dios cultural. ¡Cómo habría cambiado la historia del noroeste mexicano si en California se hubiera conocido una deidad reguladora de las lluvias!

En cierta forma, podría decirse que todos los indios americanos tuvieron antepasados comunes, aunque destinos diferentes. Hace milenios (¿veinte mil años?) llegaron, en un amplio movimiento migratorio, a poblar América. Por entonces ninguno de aquellos antepasados de los “pieles rojas”, aztecas, mayas o quechuas sabía de la existencia de Dios. Tal vez por eso se lanzaron a buscarlo cruzando meridianos en las estepas orientales de Asia, atravesaron el helado estrecho de Bering y entraron por un corredor que les dejó libre la última glaciación; luego descendieron por la costa occidental americana. Aquí se separaron: unos fueron al este, otros quedaron en las praderas norteamericanas, y muchos otros siguieron al sur diferentes caminos. América, lo que es ahora América Latina, fue invadida por todas sus entradas: algunos llegaron a ella por el golfo de México, otros por el centro sobre los desiertos nortños, y otros por el oeste, siguiendo la ruta del Gran Cañón y el cauce del Río Colorado. De todo esto hace tantos siglos que no hay huella alguna del paso de estos hombres; es una conclusión generalmente aceptada y apoyada por la lógica, las leyendas y el parecido físico. Si no es cierta, al menos por ahora no hay otra que tenga mejores visos de verdad.

Los aborígenes californios formaron parte de aquel grupo emigrante que marchaba al sur guiado por la línea costera: entre el océano Pacífico y el Río Colorado. Cuando cruzaron los umbrales de la península no tenían manera de saber que se internaban en una de las más largas del mundo. Ni lo supieron ni pensaron en ello; simplemente avanzaron, siempre hacia el sur, empujados por algo que debe de haber sido el falso presentimiento

de una vida mejor. Cuando se dieron cuenta de que estaban atrapados en un callejón sin salida, era demasiado tarde. A sus espaldas, en el camino a la única puerta, otras tribus habían llegado siguiendo la misma ruta y cortaban la retirada. Los hombres de Asia seguían invadiendo la península en sucesivas oleadas, empujando cada vez con mayor fuerza a los que habían llegado antes. Hubo un momento en que los primeros ya no pudieron avanzar porque se les terminó la tierra; regularon un poco y detuvieron la marcha de los posteriores grupos de emigrantes. Los viajeros deben de haber sentido entre ellos un movimiento de flujo y reflujo, de reajustes transitorios, hasta que al fin las oscilaciones y las dunas terminaron, y unos y otros quedaron allí, repartiéndose la península, en la región que les deparó el azar de su peregrinaje. En un principio, los indígenas encerrados en el callejón sin salida deben haberse preocupado por su soledad, por la separación desconocida que mediaba entre ellos y sus hermanos de origen. Después, al paso de las generaciones, perdieron la pista del pasado, olvidaron las esperanzas comunes de los comunes ascendientes, del motivo que les obligó a marchar rumbo al sur, y se quedaron conformes en su aislamiento, ignorando acaso que los otros pueblos que habían avanzado por la margen oriental del Colorado habían encontrado el mejor camino, y en el camino la sombra bienhechora de dioses perfectamente definidos.

Desde el tiempo remoto del poblamiento de la península californiana hasta la época de los viajes de Cortés y Vizcaíno, poco había cambiado para los aborígenes. Es posible que los que habitaban la costa del golfo tuvieran algún contacto con los que vivían en la otra banda, sobre la costa sonorensis. Es posible también que a la península llegaran vagabundos navegantes de lejanas islas del Pacífico. Pero ni unos ni otros trajeron algo mejor en el aspecto cultural. Los indios californios permanecieron siempre, hasta la llegada de los blancos, en el mismo estado evolutivo, víctimas de un primitivismo que les hizo esclavos del medio geográfico. En el esquema de las culturas del mundo, estos aborígenes ocupan uno de los últimos lugares entre los recolectores, cazadores y pescadores. Nunca supieron de las faenas agrícolas, ni fueron capaces de aprovechar con amplitud las riquezas del mar. Vivieron sobre tierras potencialmente fértiles sin aprovechar ninguna de sus bondades, y entre dos mares de los cuales jamás obtuvieron algo apreciable.

No todos los indígenas encontrados por los españoles en la península pertenecían al mismo patrón cultural. Entre los del sur y los del norte había sensibles diferencias que en su mayor parte se debían a influencias extranjeras llegadas por el norte. Incluso se hablaban varios idiomas que permitieron, a los conquistadores blancos, dividirlos en tres principales naciones: al norte, los cochimíes (emparentados con los yuma del suroeste norteamericano); al centro, los guaycuras, y al sur, los pericúes. Aunque “puede suceder dice un misionero que una sola misión consista en mil almas y que, sin embargo, haya entre sus feligreses tantas tribus diferentes como Suiza tiene cantones”.

No obstante la advertencia del padre Baegert, cochimíes, guaycuras y pericúes tienen un denominador común de varios factores. Todos ellos se sustentaban de la caza, la recolección de frutas silvestres y la pesca, practicada mediante muy primitivos sistemas. Nunca se les encontraba agrupados en pueblos, sino en minúsculas rancherías sin ninguna organización social, sin jefes ni caudillos. Habitaban a campo abierto, protegiéndose del viento y de las lluvias, bastante ocasionales, mediante mamparas hechas de ramas y en pocas ocasiones de piedra. Hacia el sur, en territorio de los pericúes, la casa-habitación era de un tipo más avanzado y consistía en un cerco de piedras sobre el cual se tendía la mampara de ramas. No conocieron perros, y así vivieron sin el apoyo amigable de esa bestia hermana del hombre, aunque esto les trajo la ventaja de ignorar el acoso furioso de las pulgas. No utilizaban sal en la condimentación de sus comidas, a pesar de que en toda la península se encuentran yacimientos. Por lo general, sus armas eran el arco y la flecha. Los pericúes, que representan seguramente el estrato cultural más antiguo, utilizaban el *atl-atl* o lanzadardos, arma cuya edad se remonta a los orígenes de la cultura humana. No conocían el calendario y vivían perdidos en el tiempo, aislados por la distancia y las infranqueables murallas de los mares del este y del oeste.

En el sur, entre los pericúes, imperaba la poligamia como tipo de organización familiar. Un hombre disponía de cuantas mujeres quería, y cuantas más fueran, más cómoda le era la vida, atendido por ellas en todas sus necesidades. Entre las varias mujeres de cada hombre se realizaba una eterna competencia para atender mejor al amo y señor, porque aquella que llegaba a ser repudiada no volvía a encontrar sitio en ningún otro harén.

Eran ellas las encargadas de buscar las frutas, de ir a la pesca, de buscar la leña para el hogar y muy a menudo las cazadoras de las pequeñas bestias. En el norte, los hombres eran más sabios y menos perezosos; limitaban sus ambiciones sexuales a una sola mujer y únicamente los destacados llegaban a la bigamia. Durante fiestas y bailes, el adulterio se practicaba sin recato, pero en los días comunes se consideraba un acto delictuoso.

Los hombres y niños aborígenes de la península solían andar desnudos, pero las mujeres y las niñas cubrían sus caderas con unas faldas que eran más discretas mientras más al sur vivían. En el norte, en un lugar, sobre la costa del golfo, las mujeres no conocían el pudor y andaban tan desprovistas de vestido como los hombres de toda la península. El sentido del adorno, a pesar de lo reducido del vestuario, estaba bastante desarrollado. Hombres y mujeres adornaban su cuello con collares y los brazos con pulseras. Sobre la cabeza portaban hilos ensartados con perlas o trozos de nácar, y en ciertas partes, por las tierras meridionales, hombres y mujeres tejían sus cabellos con perlas y plumas. Gustaban de los bailes, de organizar fiestas que coincidían con el fructificar de las plantas silvestres de donde obtenían su sustento, principalmente la pitahaya. Los jesuitas que conocieron estas celebraciones alaban la habilidad de los indios para el baile y su gran variedad de danzas: unas para las bodas, otras para las aventuras fructíferas de pesca o de caza, otras para el nacimiento de los hijos y otras por las victorias sobre los enemigos. Los californios de la península no conocían la euforia de la bebida, ni jamás se les vio en estado de embriaguez. En todo su territorio no había planta que produjese licor alguno; para ellos, tampoco existió alguna Xóchitl descubridora del vino.

He dicho que no tenían Dios, pero en cambio no les faltaban espíritus más o menos imprecisos. En cada tribu, en cada ranchería, vivía alguien que sabía de su existencia y lograba algunas veces ponerse en contacto con ellos. Estos personajes, locos respetables de la tribu, se emborrachaban con el humo de un tabaco llamado chacuaco, entraban en trance, y dejaban vagar su alma entre los espíritus que poblaban lo alto o habitaban en el desierto y la montaña. Recibían de ellos mensajes que participaban a los hombres, y se autoinvestían de poderes sacerdotales. Otras veces recibían dotes para poder curar a los enfermos y se convertían en los médicos de la tribu o ranchería; arrancaban mediante la succión de sus labios, pegados a un tubo, los malos espíritus que enfermaban a los hombres; poseían

yervas capaces de matar a todo ser viviente, y certificaban su potencia espiritual y sacerdotal mediante unas tablillas grabadas con signos y figuras extrañas que decían haber recibido de un Espíritu Visitador, una especie de supervisor de los hombres en alguna lejana época de la cual no se guardaba memoria.

Sobre su apariencia física, un misionero jesuita que vivió entre ellos nos ha dejado la siguiente descripción:

Resta decir que los californios de todas las naciones hasta ahora reconocidas son bien formados, aunque le afean los untos con que a veces se embijan o pintan de colores, y los agujeros con que horadan las orejas y narices. El color es algo más tostado y oscuro que el de los otros indios de Nueva España. También son por lo general robustos, de buenas fuerzas y de sana compleción.*

De su contextura moral escribe el mismo misionero:

Hace, pues, el fondo del carácter de los californios, no menos que el de todos los demás indios, la estupidez e insensibilidad; la falta de conocimiento y reflexión; la inconstancia y volubilidad de una voluntad y apetitos sin freno, sin luz y sin objeto; la pereza y horror a todo trabajo y fatiga; la adhesión perpetua a todo linaje de placer y entretenimiento pueril y brutal; la pusilanimidad y flaqueza de ánimo y, finalmente, la falta miserable de todo lo que forma a los hombres, esto es, racionales, políticos y útiles para sí y para la sociedad.**

Así eran los indios californios, según el relato del jesuita Venegas. Quiero creer, basado indudablemente en un sentimiento personal de afinidad racial, que los indígenas californios no eran así, y que seguramente mostraban cualidades que la miopía del misionero no dejó ver. De todos modos, no hay manera alguna de comprobarlo. Los indios de la península desaparecieron totalmente y hoy es imposible encontrar siquiera a uno de sus representantes o descendientes. En el norte, cuando viajemos por la sierra, encontraremos grupos indígenas: indios cucapá e indios kiliwa; pero, que yo sepa, estos grupos no tienen relación alguna con aquellos que

* Véase Miguel Venegas, *Noticias de la California y de su conquista temporal y espiritual*, vol. I, Edit. Layac, México, 1943, p. 67. (N.E.)

** Véase Venegas, *op. cit.*, pp. 71-72. (N.E.)

conocieron los conquistadores de California. Trátase en estos casos de grupos importados, llegados del desierto norteamericano a las tierras peninsulares, y cuya cultura, seriamente transformada por el impacto de la moderna cultura norteamericana, no puede proporcionar ningún dato sobre lo que en tiempos precortesianos fue la vida entre los aborígenes de California.

El hecho de que en la actualidad no existan aborígenes en la península no significa, en modo alguno, que su actual población haya escapado a los efectos del mestizaje, tan característico de la población mexicana. Es posible que en esta región de México la mezcla de sangre europea y sangre indígena no esté tan balanceada como en otras partes de la nación, donde, podría afirmarse, cada hombre es mitad indio y mitad español. En la península californiana sucede un poco lo que en todo el norte mexicano: hay menos sangre aborígen que sangre europea, pero de todos modos el mestizaje existe, e inclusive con otras modalidades que pueden considerarse locales: hay descendientes mestizos de los aborígenes californios; mestizos de los aborígenes importados o de los mestizos llegados del interior, y mestizos descendientes de los grupos mencionados ligados directamente a antepasados europeos.

En ciertos grupos donde las características físicas denuncian a las claras una directa ascendencia europea, el medio cultural ha realizado lo que no hizo el mestizaje, y tan mexicanos son unos como otros: los blancos y los morenos. No importa que unos se digan descendientes directos de los piratas extranjeros del siglo pasado y los otros se envanezcan de llevar en la sangre genes de los primeros y misteriosos pobladores de la California prehispánica.

Por lo que respecta a la población actual en las ciudades del norte peninsular, que como veremos llegó durante el presente siglo, sus características raciales no merecen capítulo aparte (aunque algunos pudieran pensar que sea necesario). Los pobladores de Mexicali, Tijuana, Tecate y Ensenada han sido gente del noroeste mexicano, de la costa del Pacífico de México. También ellos, bajacalifornianos recientes, son indudablemente hijos de Cortés y la Malinche: mexicanos auténticos por la sangre, el espíritu y la cultura.

V

La primera conquista

California fue conquistada dos veces: una en el siglo XVIII, por los misioneros jesuitas, y la segunda en el siglo XX, por los pioneros mexicanos. Ambas fueron conquistas pacíficas, porque de otro modo no hubieran podido realizarse.¹ La conquista mexicana, la segunda, empezó por el norte, y la jesuítica por el sur. Es de ésta, decidida el día de San Bruno (6 de octubre) de 1683 e iniciada en firme el 25 de octubre de 1697, de la que va a decirse lo esencial en este capítulo. Antes de esa fecha, la península californiana era tierra de indios, a pesar de que habían transcurrido ciento cincuenta años de la conquista de México. ¡Y quién sabe cuánto tiempo más hubiera quedado ignorada sin la decisión evangelizadora de los discípulos de Loyola!

Los hombres que dirigieron la conquista espiritual de California fueron cincuenta y dos, nacidos en nueve diferentes naciones. Durante setenta años recorrieron el país y el alma de sus hombres, vencieron al desierto y la desconfianza de los aborígenes, sembraron la palabra de Dios y los primeros viñedos. Cuando, a fines del siglo XVIII, llegaron los continuadores los misioneros franciscanos y dominicos, la obra estaba casi terminada, y los hombres, las tierras y riquezas californianas, aseguradas para el reino de Cristo y el de la Nueva España.

De los cincuenta y dos misioneros llegados a California, algunos destacaron por su fortaleza moral y su extraordinaria actividad física. Kino, el alemán, fue el animador de la aventura; Salvatierra, el italiano,

¹ Ya antes he llamado la atención sobre este hecho, por demás curioso y verídico, de que la Baja California resistiera a todas las incursiones conquistadoras de carácter violento.

y Ugarte, el hondureño, los realizadores; Piccolo, el siciliano, fue el infatigable; Consag, el croata, y Linck, el austriaco, los exploradores del norte; Tamaral, el español, y Carranco, el mexicano, los mártires sacrificados por los indios del sur. Si la historia no pecara de injusta, debiera tener anotados estos nombres, y seguramente algunos más, al lado de Vasco de Quiroga, Gante y el obispo de las Casas.

El padre Kino tuvo su primer contacto con California aprovechando un viaje de exploración del almirante Isidro de Atondo y Antillón. Sobre la costa del golfo y a la altura del paralelo 26° realizó una larga incursión al interior, de la que no obtuvo mayor resultado que el de comprobar el salvaje estado de los indios guaycuras. Tal vez entonces Kino tuvo el presentimiento de que con aquellos primitivos aborígenes más valdría la fuerza de la persuasión que la de las armas. Volvió a México con esta idea convertida en obsesión, pero cuando la expuso, nada concreto obtuvo para realizarla. Para no perder a California en la distancia y en espera de una mejor oportunidad de lograr su conquista, Kino pidió y obtuvo su traslado a las misiones de Sonora.

El padre Salvatierra, visitador de las misiones de Sinaloa y Sonora, recibió directamente de Kino el entusiasmo para reducir a los indios californios. Era un hombre indicado para ello. Durante varios años había sido misionero en la Tarahumara, tierra tan salvaje, que todavía hoy a mitad del xx, los hombres no acaban de vencer sus dificultades geográficas ni los misioneros de conquistar a sus aborígenes. Es la Tarahumara el más grande y escabroso escenario que se abre en la Sierra Madre. Allí se encuentra la cuna de todos los ríos del noroeste, y es allí también donde el paso del viento, del tiempo y de las aguas ha cavado las heridas más profundas a la corteza terrestre.² Salvatierra, vencedor en la Tarahumara, entrenado para llevar el mensaje de Cristo por entre las sierras y los cauces más imponentes del paisaje del mundo, era verdaderamente el único que podía tomar en sus manos la inmensa tarea de conquistar, pacíficamente, el reino inconquistable hasta entonces de la California. Seguramente Kino, que de no haber sido un consagrado misionero hubiera pasado a la historia como el jinete más audaz de su época, podía haber realizado la

En la Tarahumara, región poco conocida de la Sierra Madre de Chihuahua, se encuentran barrancos hasta de 2 000 metros de profundidad, superiores, por ello, al famoso Gran Cañón.

misma tarea; pero Salvatierra, de cualquier modo, estuvo bien elegido por el destino.

La conversión de los jesuitas fue autorizada por el virrey atendiendo los ruegos de Kino y Salvatierra, pero con dos condiciones que la hicieron la más original y desinteresada de las aventuras jesuíticas del siglo xvii. La primera obligaba a la Compañía de Jesús a buscar por sí misma el dinero para costear las expediciones, y la segunda, que la tierra sería conquistada en nombre del rey de España. En esto, el virrey, conde de Moctezuma, no se mostró tan mal calculador. Sabía el costo que habían tenido las expediciones enviadas a la California desde tiempos de Cortés y nunca él hubiera costado alguna. Autorizando a los jesuitas a pagar la problemática conquista, el virrey se ahorra el dinero, y en caso de haber éxito, la Nueva España crecería con el reino sojuzgado en forma totalmente gratuita.

Salvatierra aceptó las condiciones e inmediatamente empezó una lucha tenaz por obtener fondos de los encomenderos, nobles y otros enriquecidos de la Nueva España. Consiguió dinero y promesas. Partió con lo primero y dejó las promesas en poder del padre Ugarte para que las hiciera efectivas. Antes de embarcarse para California, todavía permaneció algunos meses en la Tarahumara ayudando a contener una sublevación indígena.

Cuando en agosto de 1697 se hizo a la mar desde el puerto de Guaymas, solamente él confiaba en los resultados de la expedición. Navegaba sobre una frágil galeota que había tardado siete meses en recorrer la distancia entre Acapulco y Guaymas, acompañado de un grupo temeroso que creía viajar al encuentro de la muerte (sobre todo desde que se enteraron de que no iban en busca de perlas). Eran cinco soldados y un cabo, a más de tres indios del noroeste. ¡Un ejército de nueve personas para conquistar un país donde el mismo Cortés había fracasado!

La patrona de la conquista fue Nuestra Señora de Loreto. Salvatierra, milanés de origen, pensó en su patria lejana antes de iniciar la gran empresa de su vida, y se llevó consigo la imagen de la virgen italiana. Bajo su amparo y protección, la aventura cristiana se convirtió en una de las más estupendas hazañas de la fe. A partir de ese día de San Bruno en que Salvatierra pusiera pie en California, cerca del actual pueblo de Loreto, y por espacio de setenta años, la conquista avanzó con una seguridad

insospechada, sostenida por la fortaleza moral y física de los misioneros de Jesús.

Todavía hoy, al recorrer la península californiana mediante los modernos medios de locomoción, asegurada la vida por la emergencia del avión y las comunicaciones postales y telegráficas, me parece la obra jesuítica una increíble aventura. Todavía hoy, a pesar del avance civilizador del siglo xx, dudo de que media docena de hombres pudiera repetir la hazaña e imponerse a un territorio que es mitad desierto y mitad semidesértica montaña.

Me pregunto, al recordar sobre el mapa los temores que me asaltaron durante mi propio viaje, cuánta es la fuerza de la fe. ¿Qué respaldo vigoroso y aliento invencible proporciona al hombre el cumplimiento de una obra piadosa? ¿Cuál es la fortaleza que centuplica la resistencia cuando los hombres marchan predicando la palabra de Dios? La respuesta de la Sagrada Escritura, “la fe mueve montañas”, no pasa de ser una bella metáfora. En California hubo menester de algo más que de cambiar montañas de sitio. Hubo necesidad de vencer la resistencia natural de las más primitivas tribus del México precortesiano, de hacer fructificar el desierto, de hacer caer nuevamente el maná milagroso, de hacer brotar veneros de las entrañas resacas de la tierra, de acortar distancias sobre llanuras calcinadas, de pacificar el mar, de hacer noble la tierra, manso al hombre y amplia una esperanza sin horizontes... Si no pasó así, si esto no fue lo que se realizó durante los tres cuartos de siglo de la lucha jesuítica, no es posible comprender entonces cómo pudo llevarse a cabo la conquista.

En páginas posteriores, a lo largo de casi todo este libro, habremos de viajar por las rutas peninsulares, y sabremos a qué atenemos respecto a la realidad del terreno. Aquí, para esbozar parte de esa realidad, para entender en qué se basa lo increíble de la conquista jesuítica, hay que dar algunos pormenores.

Sobre la ruta de Salvatierra y Píccolo, desde Loreto al interior, donde edificaron las primeras misiones de San Juan Londó, Loreto, Malibat, San Javier, Mulegé, Comondú y Santa María de la Purísima Concepción (todas durante los primeros diez años), las llanuras sin vegetación y sin arroyos suceden a montes y serranías igualmente desolados. Cada una de las misiones ocupa sitio en parajes donde existen manantiales o corren arroyos permanentes; pero entre uno y otro de estos oasis, todo es

desolación. ¿Cómo fue que los misioneros lograron cruzar esas llanuras sin sucumbir bajo el golpe brutal del sol y el reflejo ardiente de los otros mil soles repetidos en el horizonte de espejismos? ¿Cómo es que lograron tramontar esas serranías donde todavía hoy no existen veredas, y cuyas cuestas son deslizaderos de rocas graníticas y mantos infinitos de agresivas cactáceas? Insisto en que hay hechos sin explicación.

En toda el área cubierta por la obra jesuítica durante los primeros diez años no existe un solo bosque, y si ahora, en ciertos lugares, se ven palmeras de dáttil, aguacates y otros frutales, es porque los misioneros, al paso de su heroica caravana, los fueron sembrando. Un poco más al sur, en el centro de los llanos de Hiray, donde cuarenta años después de su llegada levantaron la misión de San Luis Gonzaga, la soledad es tan inmensa que parece sin límites. Por el este, la sierra de La Giganta, infranqueable, seca, con sus escarpes nuevos como si acabara de surgir del océano, corta la escapatoria por el golfo; al norte, sur y este, los llanos se pierden en el infinito y el sol se oculta tras ellos como si se metiera debajo de una mesa. En medio de este paisaje de muerte, el padre Baegert se mantuvo aislado diecisiete años, enseñando el catecismo a un puñado de guaycuras surianos. Y al norte, a 400 kilómetros de la misión de Mulegé, está la última jesuítica, la de Calamajué. Es la avanzada a una región todavía inexplorada, donde los gambusinos mueren de sed y los aviadores caídos sucumben por el desierto, y no por la caída. Es la zona más peligrosa de la península, implacable, solitaria, como si perteneciese a otro planeta. Sin embargo, Consag y Linck la cruzaron de norte a sur, y viceversa..., ¡todavía no puedo explicarme cómo!

Podría decirse que los jesuitas contaron con la ayuda de los aborígenes, pero imagino que esa ayuda debe de haber resultado a menudo más peligrosa.

En cada marcha podía ocultarse una emboscada, una fuga inesperada que habría de dejarlos abandonados a su propia suerte, suerte nada difícil de imaginar. También es cierto que contaban con caballos para ayudarse en algunos recorridos, pero en más de una ocasión los caballos fueron motivo de distanciamientos entre misioneros y aborígenes. No es que los indios vieran con terror a los cuadrúpedos, no; por el contrario, los estimaban tanto que no sentían escrúpulo alguno de robarlos en la noche para llenarse con ellos los estómagos. En California, los caballos resultaron una tentación para los hambrientos aborígenes.

Y con caballos o sin ellos, con la ayuda o contra la amistad de los indios, los jesuitas recorrieron toda la península; exploraron todos sus rincones y se pusieron en contacto con la totalidad de las tribus. En los 69 años que transcurrieron entre su llegada y expulsión, organizaron 18 misiones,³ repartidas en una superficie aproximada de 100 000 kilómetros cuadrados; sembraron las primeras datileras, llevaron ganado vacuno, mular y caballar, introdujeron el cultivo del trigo y del maíz, plantaron los primeros frutales, y para que no faltase en la tierra el toque de belleza, llevaron a ella los primeros rosales que florecieron bajo el cielo de California.

³ Las misiones jesuíticas de la Baja California fueron las siguientes:

1. Misión de Loreto. Fundada por el padre Juan María de Salvatierra el 25 de octubre de 1697.

2. Misión de Londó de San Juan Bautista. Establecida por el padre Salvatierra durante la primavera de 1699.

3. Misión de San Francisco Javier, construida por los padres Salvatierra y Francisco María Piccolo el 1º de noviembre de 1699.

4. Misión de San Juan Bautista Liguí o Malibat. Fundada en noviembre de 1705 por el padre Pedro Ugarte.

5. Misión de Santa Rosalía de Mulegé. Construida por el padre Juan de Ugarte en noviembre de 1705.

6. Misión de San José de Comondú. Fundada en 1707 por los padres Salvatierra, Juan de Ugarte y Julián de Mayorga.

7. Misión de La Purísima Concepción. Provisionalmente fundada en 1702 por el padre Piccolo y establecida definitivamente en marzo de 1717 por el padre Nicolás Tamaral.

8. Misión de San Ignacio de Kadakaamán. Establecida por el padre Piccolo en noviembre de 1716 y fundada definitivamente en enero de 1728 por el padre Juan Bautista Luyando.

9. Misión de Nuestra Señora de La Paz. Fundada en 1720 por los padres Bravo y Ugarte.

10. Misión de Nuestra Señora de Guadalupe. Establecida por el padre Everardo Helen a fines de 1720 en el sitio llamado Guasinapi.

11. Misión de Nuestra Señora de los Dolores del Sur. Fundada en 1721 por el padre Clemente Guillén de Castro.

12. Misión de Santiago Apóstol. La fundó en agosto de 1721 el padre Ignacio María Nápoli, en el sitio llamado Las Palmas. Fue cambiada de sitio dos veces, atendiéndola en su último establecimiento el padre Lorenzo Carranco, en 1726.

13. Misión del Señor San José. Establecida originalmente por el padre Nicolás Tamaral en 1730, en cabo San Lucas.

14. Misión de Todos Santos. Dedicada a Santa Rosa por el padre Sigismundo Taraval el año de 1733.

15. Misión de San Luis Gonzaga. Fundada en 1747 por el padre Juan Baegert.

16. Misión de Santa Gertrudis. Localizado el sitio en 1751 por el padre Fernando Consag y establecida en 1752 por el padre Jorge Retz.

Las construcciones jesuíticas fueron realizadas con una tan enorme visión de futuro, que indudablemente puede considerarse superior a las posibilidades de la tierra. No se trata aquí de construcciones pasajeras, sino de soberbias fortalezas, hechas para permanecer vigilantes en todos los siglos venideros, hasta que llegue un cataclismo a destruir sus muros de piedra labrada.⁴ Unas están mejor conservadas que otras, y algunas no fueron terminadas. Pero a todas ellas las distingue la fuerza de su construcción y en su tiempo la riqueza de su decorado.⁵ Los jesuitas que dirigieron las obras no escatimaron nada que pudiera restarles grandeza, como si hubieran querido dejar impreso en ellas el indomable espíritu que les animó en su conquista.

Tomando en consideración el hecho de que los indios jamás habían conocido ni siquiera el esbozo de una cabaña, puede pensarse que al construir las soberbias misiones, los jesuitas trataron de impresionarlos, de hacerles ver, en cada una de las “casas de Dios”, el corazón de una comunidad. Así deben haberlos obligado a agruparse, a venir a refugiarse con su miseria cultural al amparo de esos pesados muros que por primera vez levantaba el hombre en suelo californiano. No puede entenderse de otro modo la superioridad arquitectónica de las misiones. Cada una de ellas llevó la intención de crear un pueblo; un pueblo futuro, ya que por entonces la población aborigen no justificaba la construcción de tales edificios. De acuerdo con esto, puede concluirse que se equivocaron en ciertos sitios y acertaron en otros; aunque, de los errores, tal vez sea más conveniente

17. Misión de San Francisco de Borja de Adac. Localizado el sitio en 1759 por el padre Jorge Retz y atendida por el padre Linck posteriormente.

18. Misión de Calamajué. Fundada (¿1762?) por los padres Victoriano Arnés y Juan José Díez. [Ignacio del Río dice que fueron 17 las misiones fundadas por los misioneros de la Compañía de Jesús, ya que él menciona a la misión de San Juan Bautista Liguig o Malibat, fundada por el Padre Ugarte. Jordán en cambio menciona dos: la misión de Londó de San Juan Bautista y la de Liguí o Malibat. Probablemente se trataba de una sola misión. Según Del Río, la misión de Santa Rosalía de Mulegá fue fundada por Juan Manuel Basaldúa y la de San Luis Gonzaga por Lamberto Hostell. En todo lo demás coincide con la relación que hace Jordán. Véase Ignacio del Río, *Conquista y aculturación en la California jesuítica*, 1697-1768. Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM. México, 1984, p. 68. (N.E.)]

⁴ O un gobernador, como pasó en el Territorio Sur, donde la misión de Comondú fue derruida por órdenes del general Juan Domínguez para construir con sus piedras una escuela.

⁵ La mayor parte de las misiones han sido saqueadas por los turistas y modernos aventureros. En San Francisco, según información del escritor norteamericano Arthur W. North, fueron expuestos cuadros originales de Velázquez, Cabrera y Murillo que pertenecieron a las misiones.

conveniente culpar a sus sucesores dominicos, que no continuaron la obra con el mismo afán.

Las misiones del extremo sur sirvieron de base para la creación de pueblos; pero las del centro, notoriamente las más imponentes de San Javier, San Borja, Santa Gertrudis y Calamajué, resultaron desproporcionadas para la población de entonces y todavía más para la actual.

San Borja y Santa Gertrudis, erguidas junto a las fuentes de sendos arroyos, están actualmente rodeadas por la soledad y el silencio, a modo de fantasmas vigilantes de un mundo definitivamente muerto. En sus cercanías, las ranherías de muy escasa población agudizan la nota de contraste entre el impulso que creó tales edificios y la decadencia posterior, que se inició en firme con la expulsión de los misioneros de Loyola.⁶

Los franciscanos que sucedieron a los jesuitas poco hicieron en la península. Fray Junípero Serra mostró cierto desinterés por las tierras que habían sido del dominio jesuítico, y después de una corta estancia en Loreto partió para la Alta California, donde habría de convertirse poco después en uno de los más vigorosos personajes de su historia.

Tres o cuatro años después, todos los demás franciscanos seguían a fray Junípero y dejaban el sitio a los dominicos. Desde esa época 1774 empezaron a distinguirse entre sí las dos Californias: la Nueva y la Antigua, después conocidas por la Alta y la Baja California.

Entre jesuitas y dominicos hubo una profunda diferencia que se nota en las manifestaciones de sus respectivas obras. Para los primeros, todo fue lucha, perseverancia y, sobre todo, amor. Para los segundos, su paso por la península da la impresión de una transitoria escala, que cumplieron sin mayor interés ni exagerado esfuerzo. Contrastando con las misiones jesuíticas, las que levantaron los dominicos (todas al norte del paralelo 30°) fueron extremadamente humildes, edificadas con adobe y cubiertas con techos de madera. Fueron nueve en total, de las cuales quedan, como único recuerdo, fragmentos de muros carcomidos por las lluvias y el viento, y destruidos por la afanosa piqueta de los buscadores de tesoros.⁷

⁶ Como se sabe, los jesuitas fueron expulsados de España y sus dominios en 1767 por Carlos III. Los jesuitas, en California, la abandonaron "con lágrimas en los ojos" en 1768.

⁷ En las mismas condiciones está la única misión franciscana de Baja California: la de San Fernando Velicatá, a media distancia entre los dos mares y un poco abajo del paralelo 30°.

El amor a la tierra y a los indios, que caracterizó el afán jesuítico, faltó en sensible proporción a los dominicos. De aquí que éstos, en numerosas ocasiones, chocaran con la sensibilidad de los aborígenes, entraran en conflictos con los caciques y sufrieran sanguinarios asaltos. Varias de sus misiones y dos de los misioneros fueron víctimas de esa incompreensión recíproca, aunque en verdad no todo puede achacarse a una mala política misionera. En las misiones del norte, mucho debióse a la belicosidad y salvajismo de las tribus de esos contornos. Pero, por otra parte, el trato que recibieron los indios a manos de los dominicos no era de lo mejor. Los aborígenes, según afirma un historiador, habían perdido con los dominicos su calidad de hombres libres y empezaban a ser tratados como esclavos, como guías en la búsqueda de vetas de oro y plata. Esto rompió la armonía y sublevó sus últimos instintos atávicos. Se disgregaron nuevamente en rancherías lejanas e inaccesibles, abandonando el lazo de las misiones, y se rebelaron contra los frailes, cuyos intereses deben haberles parecido muy diferentes a los de sus antecesores. Además, ya para entonces empezaban a producir demasiado vino las viñas sembradas en nombre del Señor.*

Hubo además otros factores que alejaron a los indígenas de los misioneros dominicos, y seguramente el más fuerte de ellos fue el instinto de conservación de la especie. Por un fenómeno que no explican las crónicas, la situación demográfica en la California peninsular presentaba síntomas de extrema gravedad: los indios disminuían en número. Falta-ban principalmente mujeres y los nacimientos se hacían año con año más escasos. Para este problema, los dominicos no encontraron remedio. Se conformaron con verlos decrecer y no supieron o no quisieron ejercer una política protectora. Poco después invadían la península las epidemias europeas, principalmente la viruela, y eso diezmó a la decreciente población. Quizá como un último intento de supervivencia, obligados a ello también por la esclavitud a la que se les iniciaba, los indios volvieron a la montaña y a las planicies semidesérticas, a su antigua vida de libertad y miseria. Fue un inútil intento. Debilitada la especie, escasas las mujeres prolíficas, enfermos los organismos con el cambio de vida a que los

* Para una visión más acertada de la presencia de los dominicos en la región, véase *La frontera misional dominica en Baja California*, dentro de esta misma colección "Baja California: Nuestra Historia". (N.E.)

obligara su contacto con los jesuitas, no quedaba a los indios otra alternativa que la extinción. Y se extinguieron, casi repentinamente, dejando su territorio a los blancos y los descendientes mestizos, retenidos en los pueblos recientes y prometidos a la vida futura por la sangre nueva que aportaron los invasores.

Con el siglo XVIII puede decirse que terminó la fase heroica de la conquista espiritual. Lo que siguió después, en cuanto a los dominicos, es tan poco notable que no merece la pena de contarse. La desorganización creció a medida que los indios se acababan y una población nueva sucedía a la aborigen. Hacia 1833, las misiones eran incorporadas al clero secular... pero la era de los misioneros había terminado mucho tiempo antes.

VI

Historias de un siglo sin historia

En esos clásicos textos oficiales que relatan los sucesos de la patria no encontraréis jamás una mención, por corta que sea, sobre los acontecimientos que se registraron en California durante el siglo pasado. Yo he perdido mi tiempo buscando en ellos un dato, un recuerdo, una pista siquiera que me llevara a la California de aquella época. Y al leerlas en vano, he tenido la impresión de que para esa región de México no hay lugar en la historia nacional, y he pensado que los historiadores hicieron todo lo posible por olvidarla, como si la crónica de lo que en ella sucediera fuera a torcer sus conceptos sobre la evolución de México. Y como no me atrevo a creer que obraran de mala fe, supongo que abrieron el paréntesis por ignorancia, lo cual también resulta muy grave. Los mejores libros sobre California terminan con la epopeya misionera, y con ella, al parecer, terminaron los cronistas. Las historias generales, ya lo he dicho, más hablan de Texas, que se perdió, que de esta tierra que se conservó milagrosamente mexicana.¹

Este hecho, ingrato e injusto, de las historias oficiales o semioficiales de México, ha venido a modificar las intenciones que me animaban al empezar a escribir este libro. Cuando se me ocurrió, nunca pensé en relatar tales sucesos. Padezco una aversión inexplicable a redactar fragmentos históricos, por el peligro que hay en ello de emitir conceptos injustos, confusos o desconcertantes. Se puede olvidar a alguien injustamente y

¹ El único libro mexicano donde se puede encontrar material para conocer la historia de los años que siguieron a la época jesuítica es el de Ulises Irigoyen: *Carretera transpeninsular de la Baja California*. [México, Editorial América, 1943, xxiii, 489 pp. (N.E.)] Una crónica más detallada se halla solamente en libros escritos por norteamericanos.

alabar a otros inmerecidamente. Se omite un hecho importante y en cambio se anotan muchos triviales. Para ser historiador hay que tener una calidad especial, una conciencia muy particular que no sufra posteriores remordimientos. En mí, crece en angustia el solo temor de llamar arroyo a un río, cúmulo a un cerro, o paralelo a un meridiano; errores que en verdad tienen poca importancia cuando no se trata de escribir geografías para uso del ejército. ¿Cómo entonces iba a pensar en escribir cosas que no vi, que no me constan y que en su mayor parte me he visto obligado a leer en libros extranjeros? Francamente, hubiera preferido pasar por alto todos los acontecimientos históricos y meterme de lleno a explicar lo que quería originalmente: las bellezas de la tierra, sus realidades, sus problemas y sus esperanzas. Pero esto no me es posible sabiendo a conciencia que el lector, por culpa de los historiadores, ignora la heroica hazaña que tuvo que vivir California para conservarse unida a la patria. ¿Cómo amar a un país si se ignora el espíritu que lo ha forjado?

Por esto me improviso historiador. Me justifico pensando que la historia se desenvuelve siempre en un escenario, en función de un paisaje, y viceversa: que el paisaje no es válido, ni apreciable, cuando no está ligado a un acontecimiento histórico. Pensaba hablar solamente de la tierra... Ahora tendré que hablar un poco de los hombres. La intención, en todo caso, es lo que me disculpa. Y perdone el lector. Más adelante, posiblemente, la relación entre lo estático (que es la historia) y lo dinámico (que es el paisaje) le retribuirá el trabajo de bucear un poco en el pasado. Por lo demás, creo que si no se toma en cuenta mi escasa habilidad para la crónica, la historia californiana del siglo XIX es tan interesante como la mejor novela de aventuras, y bien vale la pena de leerse.

Decía, en el capítulo anterior, que mientras los españoles, criollos y mestizos aumentaban en California, los indios disminuían. Esto vale la pena precisarse. Hacia 1810, según un primitivo censo levantado por un visitador, vivían en la península 2 300 indios y 2 150 españoles. Las cifras estaban en equilibrio; pero el número de indios, que veinte años antes se había calculado en 20 000 indicaba claramente que éstos tendían a la extinción.

Y como en realidad el problema indígena no existía, y las cosas en California se manejaban con una absoluta independencia de los poderes

virreinales, cuando el cura Hidalgo se levantó contra los opresores, a nadie le interesó imitarlo en la península. La Independencia de México fue un capítulo que no vivieron los californianos. Sufrieron un poco sus consecuencias, indudablemente; pero no tanto que les colocaran en situaciones de alarma o de emergencia. Desde años antes, al abandonar la tierra los jesuitas, el gobierno de las incipientes poblaciones peninsulares se regía por jefes políticos: unos señores designados por los virreyes para pasar una temporada de destierro. No hacían nada, excepto estudiar las posibilidades mineras, esquilmar un poco a los indios y sacar partido de lo que podían. El que en México se viviese una época de lucha, tenía sin cuidado a esos jefes. Mientras el virrey se mantuviera en su puesto, ellos estaban absolutamente seguros.

La Independencia de Iturbide vino a cambiar un poco el estado de cosas. Si los jefes políticos de California supieron qué clase de Independencia había sido ésta, si entendieron el oscuro significado del Abrazo de Acatempan y si sospecharon la discutible honestidad de don Agustín I, es cosa que no podrá saberse. De todas maneras hubo un hombre en California que tomó las cosas a pecho, y que se encargó de convencer a los californianos de que eran independientes. Fue Fernando de la Toba, un vizcaíno que desde su juventud había servido a la milicia hispana en el presidio de Monterey (Alta California) y posteriormente en la capital del sur: Loreto.

De la Toba enarboló la reciente bandera tricolor y en San Antonio juró e hizo jurar la Independencia. Este bello gesto le indispuso con el jefe político, un tal Argüello; pero Agustín I, cuya habilidad para lograr entendimientos era notable, envió un representante encargado de conciliarlos y de nombrar jefe a De la Toba. Desde entonces, el militar vizcaíno se hizo cargo del gobierno, hasta 1827. Sin embargo, su posición durante ese lapso fue discontinua y varias veces abandonó el puesto para cederlo a encargados interinos. Tantas veces fue gobernador, que se llega a pensar que, por aquella época, De la Toba era uno de los pocos hombres capaces y honestos para organizar la vida en la lejana península.

Fernando de la Toba, sin duda alguna, es el primer hombre que merece su mención en la historia de California. Fue un hombre de honor, honesto a carta cabal y entusiástico defensor de la república naciente. A él se debe que Baja California no haya cambiado de propietarios hacia

1822. En ese año, el valiente Lord Cochrane, almirante de la escuadra chilena, llegó a la península con bandera de corsario.

Cochrane tenía madera de conquistador, y de ello da fe una buena parte de territorio que arrebató a Perú en provecho de Chile. Cuando los aturdidos californianos de aquella generación lo vieron llegar, se impresionaron tanto, que empezaron a pensar en la posibilidad de hacerse chilenos para dejar de ser mexicanos. De la Toba no les dio tiempo de decidirse ni a los chilenos de forzar la decisión. Movilizó sus tropas y se puso en persecución de los corsarios. No hubo lucha; pero, de cualquier modo, De la Toba obró con prontitud y se aprestó a defender el territorio en San José del Cabo. Cochrane lo eludió y se fue con sus naves a Loreto, donde sus tropas se dedicaron al saqueo. Esa fue la primera vez que estuvo en peligro de perderse Baja California (no muy seriamente, por cierto) y a Fernando de la Toba cupo el honor de haberla defendido.

Cinco años después el vizcaíno venía a menos. La ley de expulsión de españoles le afectó, perdió cargos, honores y uniforme, aunque no el amor a Baja California. En 1835 se dirigió al secretario de Guerra de Santa Anna solicitando humildemente un retiro que le permitiese vivir. Parece que no consiguió nada, excepto el pago de sus sueldos vencidos. Viejo, derrotado y pobre, se pierde poco después en el interior peninsular. Se ignoran el lugar y fecha de su muerte. La historia y la toponimia californiana lo han olvidado, y no hay en ninguno de los dos territorios monumentos, pueblo, montaña o arroyo que lleve su nombre. Lo único que resta de su paso son los numerosos descendientes que hacen una conocida familia, en el Territorio Sur.

La intervención norteamericana sorprendió a California sirviendo de campo de discordias por la posesión de la gubernatura; lucha que se prolongaba desde quince años antes. A pesar del desorden, de la anarquía y del distanciamiento con el gobierno de México, la ciudadanía bajacaliforniana se aprestó esta vez a defenderse contra los invasores. Nadie, en esta ocasión, expresó el deseo de convertirse en norteamericano, y esto me lleva a pensar que la cita histórica que atribuye a los bajacalifornianos de época anterior el deseo de ser chilenos no pasa de ser una humorada de mal gusto. De los 9 000 habitantes que poblaban la Baja California en 1846, el 10 por ciento se lanzó a las armas. Y esto es un notable porcentaje.

En esta ocasión sí hubo combates, pero todos los esfuerzos patrióticos resultaron estériles. La invasión fue simultánea por Ensenada, por el Cabo y por La Paz; tres puntos tan distantes entre sí que era imposible defenderlos desde tierra con tan reducido ejército. Mulegé y Comondú, poblados del centro peninsular, enviaron sus hombres hasta el extremo sur; y todas las rancherías del norte se concentraron frente a Ensenada. Un gobernador claudicó, pero no faltaron caudillos para sustituirlo. Mijares, Pineda, Moreno, Mejía y González se pusieron al frente de las tropas. Los padres del clero secular se portaron también a la altura de las circunstancias, y desde los púlpitos se encargaron de exaltar a los patriotas. A medida que la invasión progresaba, más ardiente resultaba la defensa. Y aunque fuese de derrota en derrota, Baja California continuaba en pie de guerra al anunciarse el Tratado de Guadalupe.

Esta fue la segunda vez que Baja California estuvo en peligro de perderse (y en esta ocasión muy seriamente). La separaron de su hija, la Alta California, y le pusieron un límite internacional al norte, dejándole apenas un estrecho corredor desértico como liga terrestre con la patria. Desde entonces conserva esa forma de brazo amputado. Quedó mexicana por algo que puede asegurarse fue milagroso. En 1847, el presidente Polk había decidido que nunca más volvería a serlo. En su diario privado, con fecha de noviembre, puede leerse: “Mis puntos de vista... fueron en síntesis que debemos continuar la guerra con fuerza cada vez mayor, retener todo el país que hemos conquistado o podamos conquistar, dejar las contribuciones sobre el enemigo a fin de financiar la guerra, hasta que una paz justa haya sido obtenida; que debemos tener indemnización en territorio, y entonces, como parte de esa indemnización, las Californias y Nuevo México no deben ser, bajo ninguna circunstancia, devueltos a México, sino que deben considerarse definitivamente como parte de los Estados Unidos...”

Los desordenados años que caracterizaron el lapso entre el doloroso epílogo de la invasión norteamericana y el regreso al poder de Su Alteza Serenísima no repercutieron en California. Después de su mutilación, la gente y los pueblos del largo brazo peninsular trataron de recobrar un poco de paz. Este periodo de calma no les duró mucho, y Baja California, en

1852, afrontó por tercera vez ¡y no sería la última! el peligro de perder su nacionalidad mexicana.²

Esta vez la quisieron hacer república libre. Uno de los más formidables aventureros del siglo pasado, William Walker, llegó a La Paz y la tomó por la fuerza de las armas, aprehendió al jefe militar, y culminó una rápida campaña declarándose presidente de la “república de Baja California”. La tal república era idea original de otro aventurero, el francés Raousset de Boulbon, quien simultáneamente luchaba por la conquista de Sonora. Boulbon y Walker actuaban de común acuerdo, y su bandera lucía dos estrellas sobre campo rojo: una estrella por Baja California y la otra por Sonora.

William Walker es uno de los más pintorescos personajes que tienen conexión con la historia bajacaliforniana. Era originario de Tennessee y residente de California. Era todo un *sportsman*, como dicen los ingleses, de cuerpo esbelto y ligero, ojos grises y movimientos elegantes. Caballista sin par... e intelectual. Tenía títulos de abogado y de médico, con práctica de medicina en universidades de Edimburgo, París y Heidelberg. Había sido periodista y editor. Era, en suma, un hombre de letras con espíritu de pirata. Cuando se lanzó a la conquista de Baja California tenía veintinueve años de edad, y era, según cuentan sus biógrafos, caballeroso y gentil en su trato con mujeres y niños, suave con el enemigo durante la paz, fiero luchador en el combate y el más enérgico general que recuerden tropas mercenarias.

La aventura de Walker tenía el apoyo de los estados surianos de la Unión Norteamericana, quienes veían la posibilidad de contar entre ellos, gracias a Walker, un estado más. Tanto fue así, que en San Francisco preparó su campaña ante las alentadoras miradas de todo el mundo, vendió bonos para sufragar los gastos y reclutó voluntarios. Se hizo a la mar a bordo de una fragata que le sirvió para llegar a La Paz y luego para retirarse a Ensenada de Todos Santos, pocas millas al sur de San Diego.

Abandonó La Paz para evitar una derrota que parecía inminente, pero en Ensenada se mantuvo en un fuerte improvisado, que llamó Fort MacKibben, hasta que le llegaron refuerzos. Con ayuda de ellos capturó Santo Tomás y San Vicente, dos pueblos organizados por los afanes

² De aquí en adelante, la cronología nos obliga a precisar Baja California, en lugar de California.

dominicos. La oposición mexicana, tanto en el sur como en el norte, fue decidida; pero la población era tan débil y estaba tan desorganizada, que poco pudo resistir al impetuoso aventurero. En San Vicente, Walker volvió a declarar la “república de Sonora y Baja California”, izó su bandera y obligó a la pequeña y atemorizada población a que pasara bajo ella, en señal de juramento.

En marzo de 1854 envió tropas a San Quintín y El Rosario, dándoles instrucciones precisas de “mantenerse en el país”. Él, por su parte, cruzó la sierra e intentó unirse a Boulbon en Sonora. Las tropas a las que confió su presa fueron traicionadas y entregadas por su lugarteniente, un también médico norteamericano: Joseph W. Smith. En cuanto a las suyas propias, resultaron derrotadas por el desierto del noroeste.

Walker viéndose abandonado, regresó a San Vicente solamente el tiempo necesario para darse cuenta de que su lucha estaba totalmente perdida por falta de ejército. Volvió espaldas y regresó a su país, donde fue capturado, sometido a proceso y multado con 1 500 dólares ¡por reclutar voluntarios en San Francisco! Poco después la multa le era condonada, y Walker partía rumbo a Nicaragua, en busca de otra aventura de conquista que puso en aprietos a los centroamericanos.

Y vino el Segundo Imperio. Maximiliano empezó a organizar su corte mientras Juárez huía rumbo a la frontera. La Guerra de Reforma no había encontrado eco en California; pero, en cambio, el emperador austriaco encontró bien pronto simpatizadores. Uno de ellos, por entonces jefe político, puso la península a disposición del archiduque.

Esto motivó otra serie de agitaciones armadas que no cesaron hasta que Juárez volvió a tomar las riendas del poder. En el transcurso, Baja California vivió una época paralela a la del resto de México: de inquietud, desconcierto y de bélicas campañas. Después, la calma se restableció y fue madurando. Los pobladores se dedicaron entonces a buscar la manera de alimentarse. Exceptuando la región meridional, donde las minas “El Triunfo” y “San Antonio” estaban en bonanza, todo el resto de la península sufría una dolorosa miseria. En 1856, un comandante militar en la zona norte comunicaba que, desde Santo Tomás hasta la línea fronteriza, los habitantes no tenían para comer sino leche y yerbas recogidas en los montes.

¡Grave cosa es que los hombres tengan que preocuparse mucho por el sustento! Los californianos, durante la segunda mitad del siglo pasado, dedicaron todos sus esfuerzos a nivelar su economía doméstica, a sembrar para cosechar, a pensar un poco en el presente y menos en el futuro, más en ellos mismos que en el país en que vivían... ¡Y esto trajo consecuencias! Fue una posición obligada de la cual no puede culpárseles. Bastante hacían ya con habitar esas lejanas regiones, olvidados del centro, amenazados constantemente por los soldados de fortuna y toda clase de piratas y aventureros. Y mientras pensaban en ellos mismos, los extranjeros empezaron a pensar nuevamente, y con mayor astucia, en Baja California. El golpe de Lord Cochrane, la invasión norteamericana del 47, la irrupción aventurera de Walker, habían fracasado; pero aquellos intentos, en lugar de servir como escarmiento a los invasores, fueron ejemplo para no repetir la misma táctica. La nueva estrategia, puesta en práctica desde la segunda mitad del siglo XIX, fue la de solicitar y obtener concesiones para explotar mares y tierras de la península.

Las concesiones otorgadas tuvieron varias consecuencias: detener la evolución económica, implantar un estado de semicolonias en la península y poner nuevamente en peligro la mexicanidad de Baja California. Por las concesiones se llevó un peligroso juego de se pierde o no se pierde, de se entrega o no se entrega. El juego ha sido y continúa siendo peligroso, puesto que aún se otorgan concesiones, no obstante que algunos no quieren verlo así. El axioma de que las pérdidas territoriales empiezan con las invasiones económicas, parece que no ha sido aprendido muy claramente por nuestros estadistas, y que el ejemplo de Austin y sus colonos, que diera origen a la pérdida de Texas, no significa nada para quienes dirigen los destinos de México.³

La fiebre concesionista en Baja California fue una disimulada forma de piratería, recurso franco que ya empezaba a rendir pocos dividendos. Hasta entonces, los hechos más notables de la piratería (sin tomar en

En ocasiones anteriores que he advertido de este peligro, se me ha tachado de exagerado y alarmista, y no han faltado a los patriotas que se dieran por ofendidos "poniéndose el saco" de entreguistas (que no les he puesto yo). Repito mis puntos de vista sobre el peligro de las concesiones a extranjeros aun sabiendo de que no faltarán malas interpretaciones; pero no veo por qué había de ocultar mi convicción de que la libertad de la patria depende, en su mayor parte, de la independencia de sus recursos económicos.

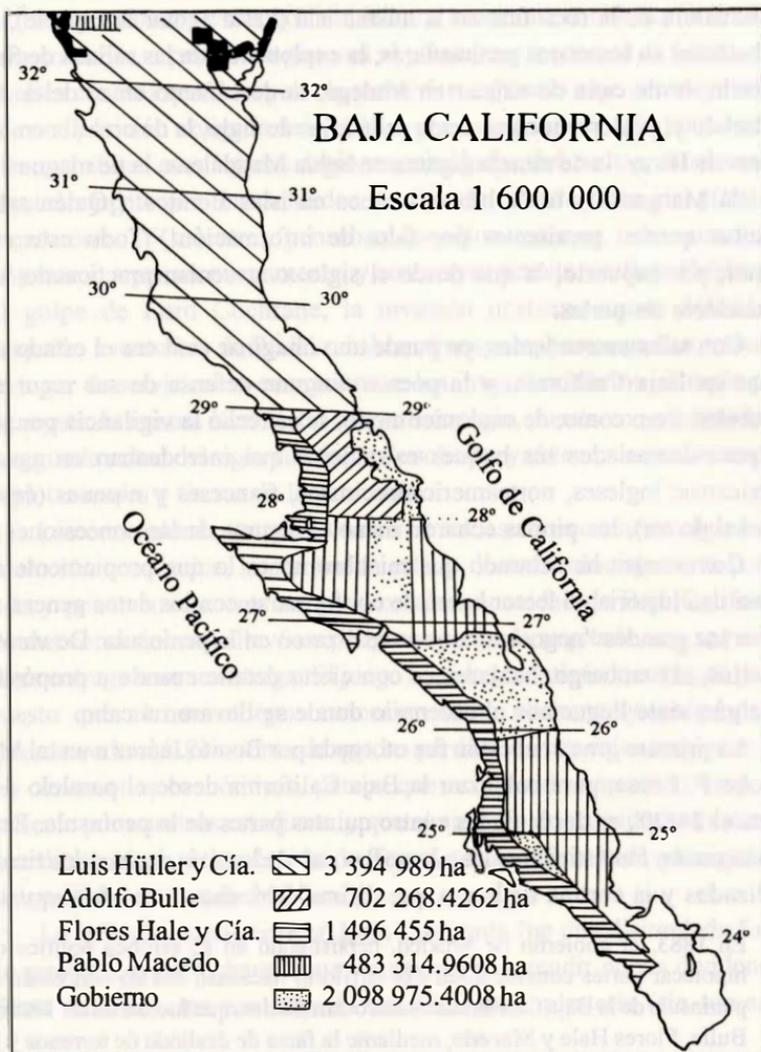
cuenta las abiertas aventuras de Cavendish, Cochrane y Walker, entre otras) habían sido el saqueo de las cabras en la isla Guadalupe, la caza devastadora de la foca fina en la misma isla (hasta agotar la especie), la de ballenas en los mares peninsulares, la explotación de las salinas de San Quintín, la de caña de azúcar en Mulegé, la de cáñamo en el delta del Colorado y, posteriormente, desde principios de siglo, la de orchilla en los llanos de Hiray, la de almeja gigante en bahía Magdalena, la de magnesita en isla Margarita y la de lobos marinos en islas Benitos. (¡Quién sabe cuántas queden pendientes por falta de información!) Todo esto sin contar, por supuesto, la que desde el siglo XVIII venían practicando los buscadores de perlas.

Con tales antecedentes, ya puede uno imaginar cuál era el estado de cosas en Baja California, y la poca o ninguna defensa de sus recursos naturales. Pero como, de cualquier modo, se estrechó la vigilancia porque ya eran demasiados los buques extranjeros que merodeaban en aguas mexicanas: ingleses, norteamericanos, rusos, franceses y nipones (éstos en el siglo XX), los piratas echaron mano al recurso de las concesiones.

Como antes he aclarado que mi libro no es lo que propiamente se llama una historia, el lector habrá de conformarse con los datos generales sobre los grandes “negocios” que se realizaron en la península. De varios de ellos, sin embargo, hablaremos con cierto detalle cuando a propósito de algún viaje llegemos al escenario donde se llevaron a cabo.

La primera gran concesión fue otorgada por Benito Juárez a un tal Mr. Jacobo P. Leese, para colonizar la Baja California desde el paralelo 31° hasta el 24°20', es decir, en las cuatro quintas partes de la península. Esta colonización fantástica resultó a la postre uno de los más descarados timos realizados y la cortina de humo que disimuló muchos actos de saqueo.

En 1883, el gobierno de México, persistiendo en su errónea política de hipotecar partes considerables del territorio nacional, dio en concesión la península de la Baja California a cuatro compañías, que fueron las de Hüller, Bulle, Flores Hale y Macedo, mediante la farsa de deslinde de terrenos y la obligación teórica de colonizar. La concesión Hüller abarcó 5 934 900 hectáreas, o sea aproximadamente el 35 por 100 de todo el territorio peninsular, comprendido desde la línea internacional hasta el paralelo de los 29 grados. Bulle dispuso del terreno situado al sur del anterior, desde dicho paralelo hasta el de los 28° l. N., con una extensión de 702 270 hectáreas, aumentadas todavía con otras adquisiciones, que fue a enajenar más tarde a



Como quedó repartida la Baja California entre los concesionarios.

(Mapa de Ramón Alcorta). [Este mapa está publicado originalmente en el artículo de Luis Híjar y Haro titulado "La Baja California. la división de la propiedad anteriormente; sus riquezas naturales", *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 5^º. época, tomo X, 1923-1927, p. 377, de donde al parecer lo tomó Alcorta, quien lo incluyó en su artículo "Isla Margarita, B.C." (N.E.)]

The International Company of Mexico, la que dueña de casi la mitad de Baja California cambió su razón social, denominándose, primero, Compañía Mexicana de Terrenos, y después, irónicamente, Compañía para el Desarrollo de la Baja California. La compañía Flores Hale, según el contrato celebrado el 31 de marzo de 1883, recibió terrenos por la cantidad de 1 496 000 hectáreas, que formaban una faja de 25 kilómetros de ancho, paralela al litoral occidental de la península, desde los 24° l. N. hasta el cabo San Lucas, incluyendo la isla Margarita y todos los terrenos que circundan las bahías Magdalena y Almejas, entonces cada vez más necesarias dentro de la política naval de los Estados Unidos, en el Pacífico. Esta concesión, al igual que la anterior, fue absorbida por The Chartered Company of Lower California, que pasó a ser propiedad en hipoteca de The American Trust Co. A Macedo le tocaron por deslinde y rescate por compra de bonos 2 490 000 hectáreas, que traspasó después también a una compañía norteamericana.

Este absurdo y ruinoso reparto de la Baja California, que tantos intereses nacionales lesionó, duró hasta la época del presidente Carranza, si bien algunas de estas compañías extranjeras todavía siguieron ejerciendo su dominio en otros lugares de la península hasta fechas muy recientes.⁴

De estas concesiones formaba parte la que disfrutó hasta tiempos de Cárdenas la Colorado River Land Co., compañía norteamericana apoyada por intereses periodísticos de Los Ángeles y a la cual se debió el estancamiento del pródigo valle de Mexicali, así como una campaña mal intencionada para convencer a los gobiernos de Estados Unidos y de México de que la Baja California podía estar mejor administrada formando parte del primero de los países.

Otro resto de concesión aun lo posee la Compañía Minera de El Boleo, S. A., firma francesa explotadora de los yacimientos de cobre de Santa Rosalía. Los terrenos circunvecinos, que están bajo su control, representan una enorme superficie de la que dispone a su entero arbitrio.

Por una inapreciable fortuna, las concesiones que se otorgaron durante el siglo pasado en la Baja California no fueron protegidas abiertamente por el gobierno norteamericano cuando fueron canceladas.⁵

⁴ Ramón Alcorta Guerrero: "Isla Margarita, B. C.", 1948, [en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*. Tomo LXV, núm. 2-3, marzo-junio 1948, pp. 385 y 386. (N.E.)]

⁵ El gobierno de Estados Unidos aprovechó la época concesionista para realizar el estudio de la costa bajacaliforniana, cuyos mapas fueron levantados por topógrafos a bordo de los navíos de guerra *Hassler* y *Narragansett*, En 1873 y 1875, respectivamente. A principios del

Desde un punto de vista político, puede esto considerarse una falla de Estados Unidos, puesto que su posición en aquella época le hubiera permitido provocar un conflicto diplomático en el que México habría perdido por su estado social y económico. Sin embargo, como no estamos nosotros para comentar tan favorables errores, mejor es pensar en que ya antes de Franklin D. Roosevelt empezaba a vislumbrarse la política de buena vecindad.

Pero aunque las consecuencias se hayan evitado, no puede negarse que el asunto de las concesiones fue demasiado peligroso. Esto puede apreciarse con mayor exactitud si se toma en cuenta que, en varias ocasiones, la primera en tiempos de Juárez, los Estados Unidos habían intentado adquirir por compra la Baja California.

Y porque nuevamente se están otorgando en Baja California concesiones en favor de intereses extranjeros, por las razones geopolíticas que hacen de la península una región de vital importancia estratégica, bueno sería obrar con cautela al concertar arreglos internacionales en los cuales interviene esa región nacional. Si se me permite hacer hincapié en esto, quisiera fijar, como una advertencia en la mente del mexicano actual, del patriota sereno y sincero, la frase aquella que se escuchó en el Senado norteamericano durante el penúltimo periodo de Roosevelt:

“Baja California es solamente un lujo para México; pero para nosotros (Estados Unidos) es una necesidad.”

¿Palabras necias? ¡Quién sabe! Los vecinos parecen haberlas olvidado.

¡Mejor sería que nosotros las tuviéramos en cuenta para el presente y para el futuro!⁶

siglo XX, el gobierno norteamericano consiguió que el presidente Díaz autorizara a la flota norteamericana a realizar sus prácticas de guerra en bahía Magdalena, y en 1907, por tres años, a instalar en la bahía de La Paz una base carbonera.

⁶ La compra de la Baja California por Estados Unidos ha sido una larga obsesión de los políticos norteamericanos. Por hoy priva en nuestras relaciones la política sincera de buena vecindad, pero esa política está sujeta al talento y la ecuanimidad de los gobernantes, cualidades que no faltaron a Roosevelt y no parecen faltar a Truman. Sin embargo, la historia es un eterno venir, y lo que es en el presente, no es en el futuro.

Arthur W. North escribía hace cuarenta años las líneas transcritas a continuación, a propósito de la compra de la península:

“Después de hoy... mañana. ¿Qué futuro tiene para entonces la Baja California? Minas y prospectos, caza y clima saludable, azúcar y ganadería, tal vez hierbas medicinales...

Éstas parecen ser las bases por las cuales la *pobre Baja California* podría recuperar su perdida posición. Éstas, ¡y la más importante de su posición geográfica! Y esto nos lleva a plantear una pregunta que no debe pasar inadvertida: ¿No sería en beneficio de ambos países que México vendiera y los Estados Unidos compraran la península? La consideración de esta pregunta se basa en una única situación: por una parte, Baja California ha demostrado ser costosa y de ningún beneficio para México. ¿Por qué? ¡Principalmente a causa de su posición geográfica! Por la otra parte, la lejana península promete convertirse, en un futuro cercano, de enorme valor para los Estados Unidos. ¿Por qué? ¡Principalmente a causa de su posición geográfica!”

[Véase, Arthur W. North, *The Mother of California*. Paul Elder and Company, San Francisco, Nueva York, 1908. Al parecer existe una traducción de este libro en español hecha por Rafael Souza, publicada por Ed. Mercurio en 1934, pero no sabemos si Fernando Jordán consultó la versión en inglés o en español. (N.E.)]

Actualmente, las profecías sobre el porvenir económico de Baja California hechas por North han resultado falsas; pero, en relación con el nivel de vida norteamericano, la mayor parte de la Baja California sigue en la miseria. En cuanto al “futuro cercano” de que habla North, ha llegado ya, y es el presente; ahora que el Pacífico norte se perfila como la próxima zona de guerra. Finalmente, el libro de North *The Mother of California* no es cualquier folletín. Está considerado como el libro clásico sobre la historia de la Baja California, y su influencia y su enseñanza continúan pesando sobre la conciencia y la inquietud de nuestros vecinos.

VII

Y aquí termina la historia

En los próximos capítulos el lector descansará de fechas y de citas, y no encontrará más relatos de héroes ni de gestas. Lo que seguirá después será lo que vi, no lo que aprendí de otros libros; lo que se me quedó metido en el fondo de los sentidos y no lo que llevo en la memoria. Habrá tal vez algunos cuentos, pero tendrán el sabor de lo reciente, de la crónica inédita; serán los cuentos que me contaron y que por no haber nacido aquí no pude aprender por mí mismo. Mientras tanto, volvamos la última página de la historia bajacaliforniana: la que corresponde a la segunda conquista, la última, y seguramente la definitiva. Este epílogo histórico se inicia con la Revolución, con el grito de “¡Sufragio efectivo! ¡No reelección!”

Para los bajacalifornianos, el lema de Madero carecía de sentido. Los hombres de la península habían visto transcurrir un siglo sin participar de lleno en las angustias ni las esperanzas del resto de la patria; un siglo durante el cual habían vivido otras aventuras paralelas, de igual significado: cuidar la mexicanidad; pero muy distintas en sus orígenes, desarrollo y consecuencias. Por eso la Revolución llegó a la Baja California no como el flujo natural de una marea, sino como un vértigo sangriento que pusieron en movimiento mezquinos intereses. La península, desde 1911, fue un río revuelto en el cual trataron de pescar algunos descastados. Por eso, en Baja California, a la Revolución se le conoce como la época del filibusterismo.

El campo de batalla se redujo a la zona fronteriza, de Ensenada al norte, lo cual explica ya bastante cómo esta “revolución” se agitaba desde el país vecino. Los norteamericanos se divirtieron mucho con ella. El Tío Sam se puso de codos sobre la línea divisoria, en su asiento de *ring-side*,

a contemplar el destripamiento. Cuando los contendientes se fatigaban, entonces el Tío Sam se convertía en *second* y con sus capitalistas inyectaba un poco de ánimo a los derrotados para volverlos a lanzar al cuadrilátero. Fue una fortuna para México que otros menesteres distrajeran al vecino y se olvidara un poco del *match* mexicano. Así ya no hubo más trampas y los apostadores se fueron con los bolsillos vacíos. Pero aunque el resultado de la lucha fuese adverso a los promotores extranjeros, no faltaron, durante ella, programas, selecciones y pronósticos. He aquí uno desprendido del diario *The San Diego News*, en su página editorial del 23 de febrero de 1911:

Los Estados Unidos debieran tener el control de la boca del Río Colorado... Esto pudiera hacerse por medio de una compra al gobierno mexicano, el cual ha recibido una lección objetiva, relativa a la imposibilidad en que se halla para conservarla libre de los rebeldes.

Si no es vendida, los insurrectos están en aptitud de salir victoriosos; establecerán un gobierno en Ensenada, y declararán al Territorio de Baja California segregado de México y solicitarán ser admitidos por los Estados Unidos de América.

Nosotros no abogamos por esto. Nosotros indicamos simplemente lo que puede suceder. Ensenada fácilmente puede ser tomada en cualquier momento. Si esto se hace, el resto del programa probablemente será terminado como se indica arriba. Si este programa se realiza, significará la adición de un inmenso territorio a aquel que es ahora tributario de San Diego y un territorio que será de inmensas ventajas para nuestra ciudad, con todas sus ricas minas y un país casi virgen e igualmente rico para la agricultura.

Nosotros no estamos defendiendo ni abogando por esta política; nosotros simplemente puntualizamos cuál es el programa.

Los catedráticos para seguir hablando en jerga deportiva se equivocaron, y todo por una simple razón que apunto por tercera vez: la Baja California no se presta a conquistas de carácter violento, ni a juegos con las cartas marcadas. Este es un bien definido rasgo de su carácter.

Los insurrectos o rebeldes, según el diario norteamericano, no eran otros que los revolucionarios, a quienes, para no confundirlos con los verdaderos que luchaban en el resto del país, llamaremos con el nombre que les fijó la tradición bajacaliforniana: filibusteros.

En un principio, los filibusteros dieron toda la apariencia de sinceros antiporfiristas. José María Leyva se lanzó a la lucha llevando por bandera

el lema de Madero; pero los hermanos Flores Magón (Enrique y Ricardo) llevaban la consigna de la Internacional Sindical Roja: el socialismo. Esto no estaba mal, en principio; pero cuando los Flores Magón suscribieron la lucha en Baja California con bonos comprados por capitalistas norteamericanos, cuando aceptaron la dirección militar de varios soldados de fortuna yanquis y ordenaron a las tropas proteger, antes que cualquier otra cosa, las propiedades de los *trusts* que imperaban en el valle de Mexicali, el asunto se torna sospechoso.

José María Leyva ocupó Mexicali y luego se fue a Estados Unidos sin ánimo de volver, azorado por el giro que los Flores Magón imprimían a la "Revolución". Sin embargo, meses después volvía a la lucha acompañado de un soldado de fortuna, Berthold, para enfrentarse a un batallón enviado rápidamente desde México. Por su parte, la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, dirigida desde Los Ángeles por los hermanos Flores Magón, movía tropas comandadas por tres filibusteros: William Stanley, Jack Mosby y un tal Pryce. Stanley le quitó el mando a Leyva, quien se retiró definitivamente a Caléxico, a ver "los toros desde la barrera". Stanley resultó herido en la segunda batalla por Mexicali y fue sucedido por otro filibustero norteamericano: Carl R. Pryce.

Pryce mostró pronto sus intenciones. Su grito de guerra era el de "¡Baja California para los americanos!"; y para que su sueño se realizase pronto, ofreció la presidencia de la futura república libre y socialista a un multimillonario de apellido James. Posteriormente, al derrocamiento de Díaz, quiso entenderse directamente con el millonario Dick Ferris, quien había contribuido generosamente al sostenimiento de la lucha. Pryce debe haberse sentido alentado a actuar en tal forma, desde que los Flores Magón le ordenaron proteger las propiedades de Thomas Daly, porque el millonario había ofrecido ayuda económica.*

Tijuana fue atacada por Pryce y Sam Wood, quienes recibieron ayuda del propio capitán Wilcox, jefe de las fuerzas norteamericanas al sur de San Diego. Después, los filibusteros, eludiendo la defensa federal, entraron en varias poblaciones terrinorteñas, para dedicarse al saqueo. Mexicali permaneció ocupada por los rebeldes hasta mediados de junio de 1911.

* Una obra esclarecedora a este respecto es *La revolución del desierto. Baja California. 1911*, dentro de la presente colección. (N. E.)

La pacificación se logró un mes después, pero hubo necesidad para ello de dar 1 500 dólares de rescate a los llamados revolucionarios, a fin de que evacuaran las plazas. Otros grupos que no se quisieron rendir fueron derrotados posteriormente y empujados a Estados Unidos. Allí fueron desarmados por las fuerzas norteamericanas y sometidos a proceso. Los mismos Flores Magón tuvieron que comparecer ante el jurado, acusados de violar las leyes de neutralidad de Estados Unidos.

Todo este epílogo, por supuesto, fue parte del sainete. Ocho años después, el 14 de agosto de 1919 y a propósito del precipitado inventario que se hacía en Estados Unidos para presentar a México las reclamaciones por perjuicios causados durante la Revolución, el diario *The San Diego Herald*, con un encomiable espíritu de honradez, aclaraba en un editorial otra faceta de esa "Revolución":

Van a presentarse reclamaciones falsas contra México, que suman millones, por individuos que, habiendo sufrido pequeñas pérdidas, presentan enormes cuentas, y por otros que nada tenían y que nada pudieron haber perdido. Además de éstos, hay agencias que están trabajando en acopiar reclamaciones de la más absurda especie. Cualquier americano, residente en México, que haya sido maltratado, o cuyas propiedades hayan sido tomadas o destruidas, debe ser justamente indemnizado. ¿Pero qué decís de esa turba de pillos que invadieron México con la perspectiva del saqueo, y que ahora están siendo anotados como reclamantes por las agencias del gobierno? Hace ocho años, por la época en que Díaz fue derrocado, una partida de americanos invadió Baja California, mató a varios mexicanos, destruyó muchas propiedades, saqueó establecimientos mercantiles y causó todo linaje de daños. Los invasores anunciaron que iban a establecer una república social en la Baja California.

La prensa americana atacó a estos invasores llamándolos bandidos, I.W.W.¹ y otros vergonzosos epítetos. No porque hubiesen invadido otro país, sino porque amenazaban crear un estado socialista. Cuando las depredaciones habían durado algunos meses, el jefe político Vega organizó un ejército y los arrojó al otro lado de la línea, donde se rindieron a las tropas americanas y fueron detenidos por algún tiempo. Los invasores fueron derrotados en batalla campal con las tropas mexicanas. Se dijo en aquella época que los mexicanos no hicieron prisioneros, sino que dieron muerte a todos los que no pudieron escapar.

¹ I.W.W., siglas de la International Workers of the World. (N. del A.)

Ahora hay funcionarios americanos que están procurando averiguar los nombres de los invasores que perdieron la vida, con el fin de presentar reclamaciones al gobierno mexicano. ¿Podéis creerlo? Ningún derecho legítimo amparaba en México a estos invasores. Mataron a varios mexicanos, dañaron propiedades y se apoderaron de un botín por valor de millones. Ahora va a presentarse una reclamación contra el gobierno mexicano en nombre de la justicia.

El deber del gobierno americano era haber impedido la invasión y, de acuerdo con el derecho internacional, el gobierno mexicano podría esperar, con toda justificación, que este gobierno le indemnizara los daños hechos a México por los referidos invasores, así como lo gastado en expulsarlos. En vez de ello, vamos a hacer de nuestro propio crimen un motivo para asaltar a México o para llevar a cabo una invasión. ¿No es verdad que ha sonado la hora de que los ciudadanos americanos, honrados y respetuosos de la ley, formulen una protesta contra su gobierno, por tratar éste de cometer un crimen contra una república hermana, a fin de complacer caprichos de explotadores?

Los años que siguieron a la derrota del filibusterismo fueron de una inestabilidad que corría pareja con la del resto del país. Durante los tres años que fueron de 1912 a 1914 hubo cinco gobernadores del Distrito Norte, el último de ellos impuesto por Francisco Villa. Durante sus gobiernos, que no se distinguieron ni para bien ni para mal, la llama encendida por los filibusteros degeneró en bandolerismo. No se conocen muchos detalles de esta inquieta época, excepto que las bandas de asaltantes eran numerosas, la miseria mucha, y total la hegemonía de las asociaciones extranjeras que poseían las tierras fronterizas. Sin temor a equivocación, puede imaginarse este período como el que, años después, prevaleció en las huastecas veracruzana y potosina, donde las “guardias blancas”, financiadas por los intereses petroleros, dominaban por medio del terror todo el país del oro negro. En Baja California, el desorden afectó solamente el norte: desde Ensenada a la frontera. El resto permanecía mientras tanto en la misma situación de tranquilidad y paz hambrienta que persistía desde la invasión norteamericana.

A esta región fronteriza, por donde empezó la segunda conquista, llegó un hombre predestinado a poner en marcha la nueva era bajacaliforniana. Se plantó en Mexicali en 1915 y no dejó el gobierno sino hasta 1920, haciéndose sordo y ciego a todos los cambios y órdenes que recibía de los

vacilantes gobiernos del centro. Si este hombre no hubiese sido un patriota a carta cabal —si no lo fuera, puesto que aún vive— podría haber sido un cacique dictador; pero su calidad era la de un patriarca con alientos de constructor de naciones. Con ayuda de sus tropas impuso la paz y abrió las puertas a una inmigración mexicana que todavía continúa.

Después de un corto paréntesis vino a sucederle otro hombre de acción, acaso más enérgico y práctico, que con sus realizaciones llenó el campo del futuro que se abría entre las obras y los horizontes del antecesor. A los dos debe el norte bajacaliforniano su auge actual. Fueron ellos quienes pusieron los cimientos para que el hombre de esta región empezara a creer en la tierra y en el fruto del trabajo. Fueron ellos los directores de la segunda y definitiva conquista. El primero, el coronel Esteban Cantú; el segundo, el general Abelardo L. Rodríguez.

Ambos pertenecen al presente, no al pasado. Como todavía viven y continúan trabajando para Baja California, volveremos a encontrarlos al hablar de las cosas actuales de la tierra. Uno de ellos, Cantú, se mantiene aún incurable idealista, pobre y sencillo. Rodríguez, el millonario, es el eje en torno al cual giran los negocios que hacen lo mejor de la base económica peninsular.

¡Casi me olvidaba! Falta un tercer hombre por mencionar en relación con la nueva era bajacaliforniana. Es el general Lázaro Cárdenas, quien arrancó el valle de Mexicali a los capitalistas norteamericanos para darlo a los ejidatarios y campesinos mexicanos. Las repercusiones de su decisión son asunto a tratar más adelante.

Y ahora... volvamos los ojos a la tierra, a los pueblos y a las ciudades. Dejemos la historia para entrar en la geografía de los hombres, en la biografía del paisaje y de las cosas...

SEGUNDA PARTE

Los bastiones de la patria

Lo que sigue se puede ver en un plano que se encuentra en el archivo de la Biblioteca de la Universidad de la Habana, que muestra que era una gran zona de cultivo de caña de azúcar.

La zona de cultivo de caña de azúcar que se encuentra en el archivo de la Biblioteca de la Universidad de la Habana, que muestra que era una gran zona de cultivo de caña de azúcar. La zona de cultivo de caña de azúcar que se encuentra en el archivo de la Biblioteca de la Universidad de la Habana, que muestra que era una gran zona de cultivo de caña de azúcar.

La zona de cultivo de caña de azúcar que se encuentra en el archivo de la Biblioteca de la Universidad de la Habana, que muestra que era una gran zona de cultivo de caña de azúcar. La zona de cultivo de caña de azúcar que se encuentra en el archivo de la Biblioteca de la Universidad de la Habana, que muestra que era una gran zona de cultivo de caña de azúcar.

La zona de cultivo de caña de azúcar que se encuentra en el archivo de la Biblioteca de la Universidad de la Habana, que muestra que era una gran zona de cultivo de caña de azúcar. La zona de cultivo de caña de azúcar que se encuentra en el archivo de la Biblioteca de la Universidad de la Habana, que muestra que era una gran zona de cultivo de caña de azúcar.

La zona de cultivo de caña de azúcar que se encuentra en el archivo de la Biblioteca de la Universidad de la Habana, que muestra que era una gran zona de cultivo de caña de azúcar. La zona de cultivo de caña de azúcar que se encuentra en el archivo de la Biblioteca de la Universidad de la Habana, que muestra que era una gran zona de cultivo de caña de azúcar.

La zona de cultivo de caña de azúcar que se encuentra en el archivo de la Biblioteca de la Universidad de la Habana, que muestra que era una gran zona de cultivo de caña de azúcar. La zona de cultivo de caña de azúcar que se encuentra en el archivo de la Biblioteca de la Universidad de la Habana, que muestra que era una gran zona de cultivo de caña de azúcar.

La zona de cultivo de caña de azúcar que se encuentra en el archivo de la Biblioteca de la Universidad de la Habana, que muestra que era una gran zona de cultivo de caña de azúcar. La zona de cultivo de caña de azúcar que se encuentra en el archivo de la Biblioteca de la Universidad de la Habana, que muestra que era una gran zona de cultivo de caña de azúcar.

VIII

En el que recordamos nuestros principios de geografía

Lo que sigue se parece mucho a un ejercicio escolar para aprenderse de memoria, y no pretendo que sea otra cosa. Son generalidades, y nada más; pero seguramente el recordarlas nos servirá de mucho para lo que viene después.

La península de la Baja California es una larga y angosta faja de tierra que se desprende de la costa occidental americana (a la altura del paralelo 32°, latitud Norte) internándose en el mar con una marcada dirección al sureste, paralela a la costa continental. Por el oeste tiene al océano Pacífico y por el este al golfo que forma al separarse de tierra y que lleva el nombre de golfo de California, o Mar Bermejo, o mar de Cortés.

Limita al norte con Estados Unidos, y está ligada a México por un estrechísimo corredor desértico que cruza, a manera de obstáculo, el Río Colorado (si no fuese por el ferrocarril del noroeste, que atraviesa el desierto, de hecho estaría desligada de la patria). Tiene la península una longitud aproximada de 1 250 kilómetros, medidos desde la línea fronteriza hasta San José del Cabo, y una anchura media de 90 kilómetros.

Su anchura máxima es de 175 kilómetros (calculados sobre el codo peninsular) y su anchura mínima de 45 kilómetros (medidos un poco al norte de La Paz).

(Una original generalidad: la península de la Baja California es una de las más largas del mundo, posiblemente la tercera.)

Está recorrida longitudinalmente por una cordillera abrupta y elevada que deja poco espacio para los valles.¹ El paso de esta cordillera no es

¹ La cadena montañosa que forma el armazón de esta larga faja de tierra está formada por una serie de altiplanicies, cuya altura va aumentando desde las costas hasta la línea central. En

precisamente sobre el eje de la península; tiende a recargarse sobre el lado del golfo, por lo que deja amplias llanuras costeras hacia el océano Pacífico. La precipitación pluvial es bastante escasa, por lo que predomina el paisaje de semidesierto, tanto en la costa como en la montaña. Hay dos

los puntos más elevados, cuya altura media no pasa en general de 400 metros, surgen crestas y macizos montañosos cuya altura apenas excede en los más elevados de 1 800 a 2 000 metros. Los picos principales, comenzando por el norte, son: San Pedro Mártir, Calamajué, el volcán de las Vírgenes, La Giganta, y totalmente al sur, las crestas de las sierras de La Laguna, de la Victoria, de San Lázaro, etc., sierras que forman el desarrollo austral de la cordillera.

La naturaleza de los terrenos de esta tierra, que, después de todo, es la de toda la península (estando formadas las zonas costeras por los aluviones), comprende dos clases de rocas muy distintas:

1. Las rocas graníticas, entre las cuales descuellan algunas veces pórfidos, forman toda la parte meridional de la península desde el paralelo 24° y la parte septentrional desde el 28° hasta la frontera norteamericana.

2. Las rocas volcánicas, formadas de andesitas y de erupciones de lavas (algunas de estas erupciones han sido lodosas y forman en ciertos parajes inmensos depósitos de tobas, entre las cuales se encuentran vastos bancos de conglomerados de elemento andesítico). Esta parte volcánica forma un recinto entre los dos yacimientos de rocas graníticas y ocupa toda la parte central de la península. Las dos naturalezas de rocas que constituyen la península californiana cubre con poca diferencia superficies iguales entre sí.

El macizo montañoso que se encuentra entre los 27 y 28 grados hacia la vertiente del Pacífico, y que es independiente de la cordillera central, parece que forma parte del mismo solevantamiento que las sierras costeras de la Alta California. En suma, parece evidente que antes de las erupciones volcánicas que ocupan actualmente la constitución primitiva del país, la Baja California se asemejaba con corta diferencia al conjunto tectónico de la Alta California y entonces formaba un largo valle rodeado de dos cadenas paralelas. Estas dos sierras, de las cuales ya no existen más que algunas colinas, eran la continuación de la Sierra Nevada y de las sierras costeras de la California americana.

En cuanto al golfo de California, que en otro tiempo se extendía mucho más al norte, tierra adentro, antes de ser colmado por los aluviones de los ríos Colorado y Gila, parece, según las investigaciones de Londgren, Emmons y Merrill, que no es la continuación del valle de Sacramento y de San Joaquín de la Alta California, sino la prolongación sumergida del Great Bassin de Utah y de Nevada.

De la vasta actividad volcánica que ha dado origen a la formación de la casi totalidad de la parte central de la Baja California, sólo quedan actualmente algunas manifestaciones de poca importancia.

Por eso al norte, hacia la embocadura del Colorado, se encuentran en Cerro Prieto algunos cráteres en que hubo erupciones cenagosas y geiserianas. Hacia el paralelo 28°, el volcán de las Tres Vírgenes, que hizo su última erupción en 1746, no presenta ya sino algunas manifestaciones solfatarianas en un cráter adventicio. (León Digué: "Rapport sur une mission scientifique dans la Basse-Californie". *Nouvelles archives des missions scientifiques*, tomo IX, 1899.) [Véase también, León Digué, *Territorio de la Baja California, Reseña geográfica y estadística*. Librería de la Vda. de C. Bouret, París, México, 1912, p. 2. (N.E.)]

manchas boscosas en la cordillera, una muy al norte y otra muy al sur. El desierto absoluto (tipo Sahara) solamente se encuentra en ciertas regiones. No tiene ríos de importancia, exceptuando el Colorado, que en su mayor parte es río norteamericano.

(Otra original generalidad: en la región norte de la Baja California las lluvias caen en invierno y no en verano, como sucede en el resto del país.)²

Los dos mares de la península, el golfo por el este y el Pacífico por el oeste, están sembrados de islas, unas bastante cercanas y otras a gran distancia de la costa. Para nuestra particular clasificación pueden dividirse en islas útiles e islas inútiles; islas políticas e islas pacíficas. Las islas útiles son las que prestan algún servicio al hombre y a la nación, como isla de Cedros, que sirve de base a una empacadora, e isla del Carmen, que posee una rica salina en explotación. Las islas inútiles, naturalmente, no sirven para nada, y en este caso está isla Ángel de la Guarda. Las islas políticas son las que están tentando la codicia de otros países, como islas Coronado e isla Margarita. Finalmente, las islas pacíficas son las que ni son útiles, ni particularmente inútiles, ni políticas, y que están a flote

² La climatología de la Baja California está resumida en la división del año establecida por los antiguos californios. Estos indios, según el historiador Clavigero, dividían el año en seis estaciones, que correspondían a las variaciones climatológicas de la península.

La primera estación, que ellos llamaban *Meyibó*, era la más agradable a causa de la cosecha de pitahayas dulces. Era la estación en que a veces empiezan las lluvias de verano, dando principio en junio para acabar a mediados de agosto.

La segunda se llamaba *Amadá-appi* y empezaba en agosto para terminar en octubre. Aunque más calurosa que la precedente, era también muy agradable para aquellos indios por ser la época en que se cosechaban las pitahayas agrias, así como otros frutos y granos comestibles. En esta época ocurrían las lluvias abundantes que producen la estación más vigorosa.

La tercera estación, *Amadá-appi-galá*, comprendía parte de octubre, noviembre y parte de diciembre. Era periodo en que la vegetación nacida en la estación anterior comenzaba a secarse.

La cuarta, *Meyihél*, era la más fría y comprendía parte de diciembre, enero y parte de febrero. Es el periodo del año en que reinan los monzones de invierno y en que la temperatura bastante baja está sujeta a bruscos cambios.

La quinta, *Meyijben*, que empezaba en enero y concluía en abril, era el principio de la sequía.

La sexta, *Meyijben-maayí*, era la época mala por excelencia; la sequía era extrema, ya no había cosechas posibles, se vivía de las reservas, y la pesca en las costas y la caza eran los medios más seguros para procurar la subsistencia. Empezaba en mayo y terminaba a mediados de junio.

[Véase, Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*, Edición y estudio preliminar de Miguel León Portilla. Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1973, p. 180. (N.E.)]

exclusivamente para servir de base a los faros de los navegantes. En este caso están las islas de Todos Santos, frente a la bahía del mismo nombre, donde está la ciudad de Ensenada.

(Otra original generalidad: La isla Guadalupe, la más lejana sobre la costa del Pacífico, es el único lugar del mundo donde viven y se reproducen los elefantes marinos.)

La península de la Baja California está dividida, políticamente, en dos territorios: Territorio Norte y Territorio Sur*. El primero abarca desde la línea divisoria internacional hasta el paralelo 28°; el segundo, desde el paralelo 28° hasta la extremidad meridional. La capital del Territorio Norte es Mexicali. La capital del Territorio Sur es La Paz. Las principales ciudades del Territorio Norte son, según el orden a que obliga su importancia: Mexicali, Tijuana, Ensenada y Tecate. La capital (Mexicali) y Tijuana y Tecate están justamente asentadas sobre terrenos limítrofes con Estados Unidos. Ensenada está 100 kilómetros al sur de la frontera, sobre la costa del Pacífico. En el Territorio Sur hay varios pueblos de importancia: San José del Cabo, Todos Santos y Santa Rosalía. El Territorio Norte tiene una población de 225 000 habitantes, y el Territorio Sur, de 60 000 habitantes.³

(Una realidad peninsular: entre Ensenada, Territorio Norte, y La Paz, capital del Territorio Sur, hay una distancia de 1 560 kilómetros por la llamada “carretera transpeninsular”. La distancia puede cubrirse, en un buen vehículo y con muy buena suerte, en un tiempo promedio de cuatro días. En ese mismo tiempo, con el mismo esfuerzo y sobre una carretera asfaltada, puede hacerse el recorrido de la ciudad de México a la capital de Canadá.)

Hay todavía otras generalidades:

Mexicali tiene una población de 64 000 habitantes.

Tijuana tiene una población de 59 000 habitantes.

Ensenada tiene una población de 18 000 habitantes.

Tecate tiene una población de 4 000 habitantes.

*El libro fue escrito en 1950, antes de la creación de los estados de Baja California y Baja California Sur. (N. E)

³Todos los datos sobre población corresponden a los proporcionados por el Censo Nacional de Población de 1950.

La Paz, Territorio Sur, tiene una población de 11 000 habitantes.

Baja California se abrevia B. Cfa.

Tenemos también otras originalidades peninsulares, pero éstas las dejamos para después. Tienen un carácter más local y no caben aquí.

Como es fácil darse cuenta, lo anterior dice mucho y en resumidas cuentas no dice nada. Ese es el gran truco de las geografías escolares: en ellas se aprenden números demasiado difíciles de retener, datos estadísticos que varían año con año y nunca son exactos, generalidades que “dan una idea” de la región que se estudia. Son los datos que se aprenden un día, se repiten mecánicamente el siguiente y se olvidan el tercero. Cuando más, queda de ellos un vago recuerdo, que en este caso podría ser el más fácil de: “La península de la Baja California es una larga y angosta faja de tierra... que hace muchos años tuvo la ocurrencia de separarse del continente y encerrarse entre los muros de los dos mares...”

Esta definición no es para confiarla al juicio de un profesor en la materia; sin embargo, me parece suficiente como introducción a una geografía viva de la Baja California. Cuanto más, el lector debería recordar algunas otras que pueden ser de utilidad: que la península tiene la forma de un brazo amputado, que es muy larga, que no tiene ríos, que las ciudades del norte están separadas de la capital del sur por una *no man's land** que se cruza en una emocionante aventura automovilística, que sus dos costas están mal vigiladas por algunas islas, que su base es la frontera con Estados Unidos, y que si no tendemos entre ella y el resto de México puentes espirituales que completen la obra del ferrocarril del noroeste, nos va a pesar en la conciencia nacional tenerla tan olvidada.

Con recordar esto, basta. Ahora podemos ya volver la página en busca del siguiente capítulo...

* “Tierra de nadie”. (N. E.)

IX

En el que se demuestra cómo la perversión trae beneficios

Todavía hace muy pocos años las llamaban Sodoma y Gomorra. Eran sitios de pecado, donde el vicio se nutría de opio, las inquietudes se ahogaban en alcohol y las ambiciones se decidían sobre el tapete verde de las mesas de juego. Se traficaba con la salud y con las leyes. El contrabando era oficio de todos. La prostitución creció como planta en invernadero. El “estado seco” implantado en Estados Unidos se ahogó con el aguardiente que vertieron Sodoma y Gomorra al otro lado de la frontera. Los norteamericanos fueron los clientes, chinos los empresarios y mexicanos los organizadores. Así se hicieron Tijuana y Mexicali. Hace treinta años, poco más o menos (escribo en 1950). Tecate aún no nacía y Ensenada era la capital del Distrito Norte.

El auge de la perversión se inició poco después de la derrota del filibusterismo. En cierta forma, fue el desquite. El dinero que se invirtió para combatir la fracasada invasión yanqui se cobró después en dólares, explotando de los vecinos las pasiones y los deseos. Fuera de la metáfora, la fiebre del vicio fue la defensa única de las ciudades fronterizas bajacalifornianas contra la miseria, contra el olvido del gobierno central. Se echaron en brazos de la perdición del mismo modo que las jóvenes burladas y decepcionadas se lanzan en brazos del primer canalla que les sale al paso.

Acaso nadie esté dispuesto a creerlo, pero me parece que la mexicanidad de esas ciudades fronterizas empezó a cimentarse precisamente cuando se entregaron al vicio. Cada dólar arrebatado a los opiómanos, a los jugadores o a los dipsómanos sirvió para colocar una piedra más en la muralla de la patria. Las ganancias ilícitas del contrabando contraban-

do de drogas y de hombres vinieron a servir para fortalecer los bastiones de las que antes fueran ciudades indefensas, para tender entre ellas caminos que aseguraran la comunicación y el tránsito de la nueva inmigración mexicana. Así las ciudades se volvieron inexpugnables, y desde entonces nadie entró en ellas a sangre y fuego ni se llevó botín alguno. Los extranjeros que llegaron después del coronel Cantú vinieron a dejar en las ciudades el dinero necesario para construirlas. Desde entonces se paga por vivir aventuras en las ciudades bajacalifornianas del norte.

Lo extraordinario de todo esto es que Mexicali, Tijuana y Ensenada hicieron de la explotación del vicio un medio, no un fin. De otro modo yo no haría la apología de la perversión de esas ciudades, y mejor olvidaría su historia que traer a colación los epítetos hirientes de Sodoma y Gomorra que les pusieron la hipocresía y la incomprensión de quienes vieron la superficie y no el fondo de las cosas. Ahora se puede hablar de esto sin molestar a nadie, sin herir susceptibilidades; hasta con cierto orgullo. Porque los mismos que permitieron, propiciaron y explotaron las extranjeras pasiones son los mismos que afirmaron, construyeron y lanzaron al futuro una región nacional cuyo destino, según las palabras de North, no podía ser otro que el de un coto de caza, de clima saludable y productor de hierbas medicinales.

Por lo demás, si hemos de hablar sin ambages, la historia de los contrabandos y las profesiones ilícitas no fue ni es privativa de las ciudades de Baja California. Comprende a todas las ciudades fronterizas, desde el golfo hasta el Pacífico, y en ninguna de ellas ha servido ese malvivir para servir bien a la patria, como sucedió en Mexicali y poco a poco sucede en Tijuana. No es precisamente que quiera hablar mal de ciudades tales como Matamoros, Nuevo Laredo o Juárez; lo único que quiero decir es que Mexicali, en menos tiempo y con más lacras, superó a todas ellas y es hasta la fecha el más fuerte reducto en la línea fronteriza. Si hace contrabando todavía, o no, es cosa que ignoro y que tampoco viene a cuento; lo que en todo caso se puede agregar es que no le hace falta alguna el juego, las drogas o el contrabando para fortalecer su vida económica.

En un principio, el vicio fue la única alternativa entre la vida y la muerte. No creo faltar a la discreción relatando cómo sucedieron las cosas en el momento de tomar la decisión, ni tampoco creo perjudicar con ello al coronel Cantú, que fuera el iniciador de la época libertina de las ciudades

bajacalifornianas. La historia me llegó de sus labios. Me la relató con una sinceridad absoluta, y hay que considerarla con toda esa absoluta sinceridad porque Cantú, actualmente, está por encima de cualquier juicio: su pobreza, su sencilla y recta manera de vivir, su idealismo en busca de un México mejor, son sus defensas contra cualquier crítica perversa.

Por esos tiempos, el coronel Esteban Cantú era gobernador, jefe militar y pacificador de la península: un conjunto de títulos que hacía de él cacique, caudillo, organizador y padre de todos los hambrientos y desamparados que habitaban el Distrito Norte. Como cacique, Cantú no hacía nada, porque su carácter no se prestaba para ello; como caudillo, su misión estaba terminada, puesto que había impuesto la paz; pero como organizador y patriarca le quedaban todavía mil cosas que cumplir. Había realizado algunas obras y empezado otras que exigían la inversión de algunos miles de pesos que no tenía. El coronel Cantú estaba en la inopia. Debía sueldos atrasados a todo el mundo, pagas a los soldados, rayas a los jornaleros que en Ensenada le construían una escuela, en Tijuana una calle y en Mexicali el principio de la carretera que más tarde uniría las cuatro ciudades principales. No había dinero con que pagar a nadie. Sus llamadas de auxilio a México habían quedado sin respuesta, y los acreedores, todos gente humilde, volvían desesperados sus ojos hacia él, como la única esperanza para recibir el dinero necesario para vivir. Cantú no contestaba esas miradas: el sentido de responsabilidad le pesaba convertido en angustia.

Una tarde, en Ensenada, vino a distraer la tormenta de su conciencia con un poco de vista marina. Desde el muelle veía caer la tarde: una tarde sin crepúsculo, gris, como son 200 de las 365 tardes de Ensenada. Se le acercó un chino.

Los chinos eran una obra de Cantú. Les había abierto las puertas al igual que a todos los otros inmigrantes, y los chinos, que a la postre se convirtieron en un peligro, eran los más entusiastas invitados. Ellos empezaron a roturar la llanura, a rescatar en provecho propio las tierras fértiles usufructuadas por los *trusts* norteamericanos, a organizar el comercio; pero también fueron los primeros en organizarse en mafias, en sembrar el terror y en practicar y fomentar el vicio. Por eso, más tarde, hubo que descartarlos de los proyectos para el futuro.

El chino que se acercó a Cantú llevaba una petición cargada de temores:

¿Cómo estás, coronel?

...

¿Quieres hacelme un favol?

...

Necesito tlael una medicina, pelo si no das pelmiso no voy a podel.

...

¡Sí! Si quieres sabelo, es opio; pelo si tú dal pelmiso yo dalte cinco mil dólares.

(Hubo una pausa en el análisis de la conciencia. En ese momento, el coronel Cantú se jugaba el destino de cuatro ciudades.)

...

¡Glacias, coronel! Aquí tienes los cinco mil dólares.

Y así empezó la cosa. Después ya nadie pudo detener el tráfico de drogas; pero sus ganancias, con las regalías del opio y las contribuciones de los fumaderos que se abrieron por docenas, los pueblos fronterizos se convirtieron en ciudades, y a la desesperanza miserable vino a sucederla una vida llena de promesas y de realidades.

El coronel Cantú abrió la época del vicio. He dicho antes que era la única alternativa, y de haberla aprovechado no debe arrepentirse nadie. Se jugó durante ella el honor, pero se abrió el futuro de un territorio olvidado. Fue un juego peligroso, pero un juego que se ganó. Si hoy Mexicali no fuera lo que es, si Tijuana no tuviera los arrestos de una futura ciudad industrial (que todavía no es), el coronel Cantú tal vez merecería estar en la cárcel y yo, por amistad a él, callaría todas estas historias de una época heroica.

Después vino la reglamentación y se pusieron los primeros diques para que la avenida del vicio no arrasara con las intenciones justificables que le habían dado cauce. A Cantú le sucedió el general Rodríguez, y lo primero que hizo fue prohibir la entrada a los chinos, que se quedaron fuera hasta que una nueva generación de contrabandistas vino a prestarles la ganzúa. A la época del opio siguió la de los chinos.

Empezaron a entrar de contrabando, a razón de doscientos dólares por cabeza. Muchos pagaron, pero no todos consiguieron llegar a Mexicali o a Tijuana. Los contrabandistas los tomaban en San Diego o en San Francisco, los hacinaban en pequeños botes que daban la vuelta a la

península y los desembarcaban en el delta del Río Colorado. De la desembocadura del Colorado a Mexicali hay 100 kilómetros de desierto: desierto absoluto, de dunas y arenales. No todos llegaban. Sin guías, sin agua, sin ayuda alguna, sucumbían en la peregrinación. En algún año de la década que empezó el 20, todo un cargamento de chinos quedó sepultado en el desierto. Su monumento puede verse desde la moderna carretera que va de Mexicali al puerto de San Felipe, en la costa del golfo. Es un solitario cerro que ha resistido los zarpazos de la erosión y no quiere convertirse en llanura. A sus declives de cono llegan las arenas por los cuatro puntos cardinales. Allí murieron los chinos, víctimas de la sed. El cerro no tenía nombre antes de que esto sucediera, y después fue bautizado con el de “El Chinero”, en recuerdo de los cadáveres amarillos.

La lucha oficial contra la inmigración oriental era justa, puesto que esas tierras estaban destinadas a los mexicanos, a los pioneros que iban llegando en una continua caravana de aventura incierta. Pero no por eso se combatía el tráfico de drogas, ni el juego, ni la venta de licores, ni la prostitución. Seguían los años de auge. En Mexicali, Cantú había construido un soberbio edificio para residencia de los poderes territoriales; pero entre este edificio y la ciudad (todavía aldea) quedaban campos de algodón ocupando el lugar de la ciudad futura. Había que llenar ese espacio, a cualquier precio, y el precio de aquella época era la perversión.

Sé muchos detalles de aquellos años, pero no es aquí donde voy a contarlos. Sin embargo, mencionaré uno para certificar la historia. En esos años, “El Tecolote”, una de las muchas casas de juego de Mexicali, pagaba 1 000 pesos diarios al jefe de la policía por concepto de gratificación para que los agentes no turbaran la paz de los jugadores. Y “El Tecolote” era solamente una de las muchas casas de juego. Con ese dato ¿podéis imaginar lo que pagaban por contribuciones los fumaderos de opio?

En Tijuana, que hace treinta años era un rancho perteneciente a la Tía Juana, y que por toda construcción tenía media docena de casuchas y una banqueta de madera, el relajamiento moral se organizó con un carácter más definitivo. Al paso que la ciudad crecía, los garitos iban aparentando una sospechosa respetabilidad, una majestad encubridora de su sucia intimidad. Se construyeron la plaza de toros, el hipódromo y el casino de Agua Caliente así como, más recientemente, el frontón. Como Tijuana tiene la ventaja geográfica de estar cerca de una gran ciudad norteamericana, San

Diego, y no muy lejos de Los Ángeles, pronto le arrebató la clientela a Mexicali.

Mientras tanto, Ensenada trató de incorporarse a esa vida para ganarse la suya. No tuvo muchas oportunidades, y lo único que logró fue la construcción del fastuoso Hotel Playa, del que se decía era propietario Jack Dempsey (en verdad, Dempsey nunca poseyó más de un par de acciones y una casita cercana, que le regalara los accionistas a cuenta de la explotación de su nombre). Ensenada quiso dar el “mal paso” demasiado tarde y no obtuvo ningún beneficio, aunque tampoco infortunio alguno. Se conservó casta y tristemente bella, mientras sus hermanas se daban una vida de princesas decadentes y encanalladas. Por eso Ensenada fue llamada “La Cenicienta”, y perdió, por su decente humildad, el derecho a seguir siendo la capital territorial.

La fiebre del opio, del contrabando y del juego duró dos décadas. Al fin de ellas, Lázaro Cárdenas dio una oportunidad a Mexicali para que se regenerara, y la ciudad, agradecida, supo aprovecharla con todo entusiasmo. (Es bonito decirlo así, pero en realidad Cárdenas armó toda una revolución cuyos resultados benéficos pocos preveían.) Por entonces, ya el ojiverde de Michoacán había rescatado el petróleo y su nombre era temido por los *trusts*. Por ese mismo tiempo, el valle de Mexicali seguía en propiedad de una sola firma: Colorado River Land Co., que rentaba hectáreas a un tan elevado precio que la siembra del algodón resultaba a menudo incosteable y sus beneficios no prestaban garantía alguna a los agricultores. Cárdenas expropió el latifundio y lo entregó a ejidatarios que hizo llevar sin orden ni concierto de todas partes del país.

Al principio, aquello fue el caos. Los ejidatarios no tenían capital, ni maquinaria, ni voluntad. El clima derrotó a muchos, y la voracidad de los burócratas banqueros del crédito ejidal hizo huir a otra buena parte. Entre los paréntesis de la desorganización, pequeños agricultores, en su mayoría pioneros, empezaron a comprar lotes del antiguo latifundio. Entre agricultores y ejidatarios, a pesar de las pugnas, Mexicali empezó a surgir con una fuerza productiva que nadie hubiera podido suponerle. Por eso he dicho antes que Cárdenas fue el tercer hombre que intervino en la definitiva conquista de la Baja California.

Hubo otro factor que reafirmó la prosperidad peninsular y que nada tuvo que ver con la explotación del vicio: el establecimiento de la zona

libre en 1933 para Ensenada y Tijuana y en 1938 para el resto de la península. El sistema de "consumo y comercio libres" sin trabas aduanales vino a remediar parcialmente la situación creada por el alejamiento y a suplir la falta de centros nacionales de producción. Gracias a ello Mexicali superó rápidamente a Caléxico, la ciudad del otro lado de la frontera, y Tijuana y Ensenada alcanzaron un alto nivel de vida. En los últimos años, una mala política gubernamental ha estado mutilando paulatinamente las ventajas de la zona libre, y en ocasiones ha tratado de suprimirla totalmente. Esta actitud es aún prematura. Baja California no está todavía en condiciones de bastarse a sí misma, a pesar de su rápida evolución económica, y, por otra parte, como no cuenta con centros de producción de donde obtener los artículos necesarios para mantenerse, necesita a toda costa adquirir gran parte del otro lado de la frontera, en San Diego o Los Ángeles. Impedirle eso sería colocarla en un trance cuyas consecuencias tendrían suma gravedad.

La fiebre dorada que ha hecho de Baja California, un poco exageradamente, una moderna tierra de promisión, ha tenido como inmediata repercusión un escandaloso aumento de su población. El incremento en las principales ciudades del norte ha superado a cualquier otro registrado en las ciudades del interior de México. Y así, Mexicali, que en 1921 contaba con 6 780 habitantes, en 1950 registró en el censo una población de 64 000. Tijuana, con 1 000 habitantes en 1921, cuenta actualmente con 59 000, y Ensenada, que tenía una población de 2 000 habitantes en 1921, alcanzó en el último censo de 1950 una cifra cercana a los 18 000 habitantes. En 1940, el Territorio Norte contaba 78 000 habitantes; en 1950, esa cifra se ha triplicado, y el censo registró 225 000.

Esto no significa que el Territorio Norte de la Baja California haya llegado al límite demográfico. Entre Norte y Sur, en toda la península, no hay todavía medio millón de habitantes... Los demógrafos calculan que la Baja California podría dar fácil acomodo a una población total de 15 millones de habitantes el día en que se aprovechen sabiamente todos sus recursos. Esta cifra puede parecer exagerada, pero entre medio millón y 15 millones hay muchos términos medios, y cualquiera de ellos no ha sido alcanzado todavía. Tal vez eso se logre pronto, mientras continúe esa afluencia: 1 500 inmigrantes mensuales que llegan de diversas partes del país a esta singular tierra de promisión.

X

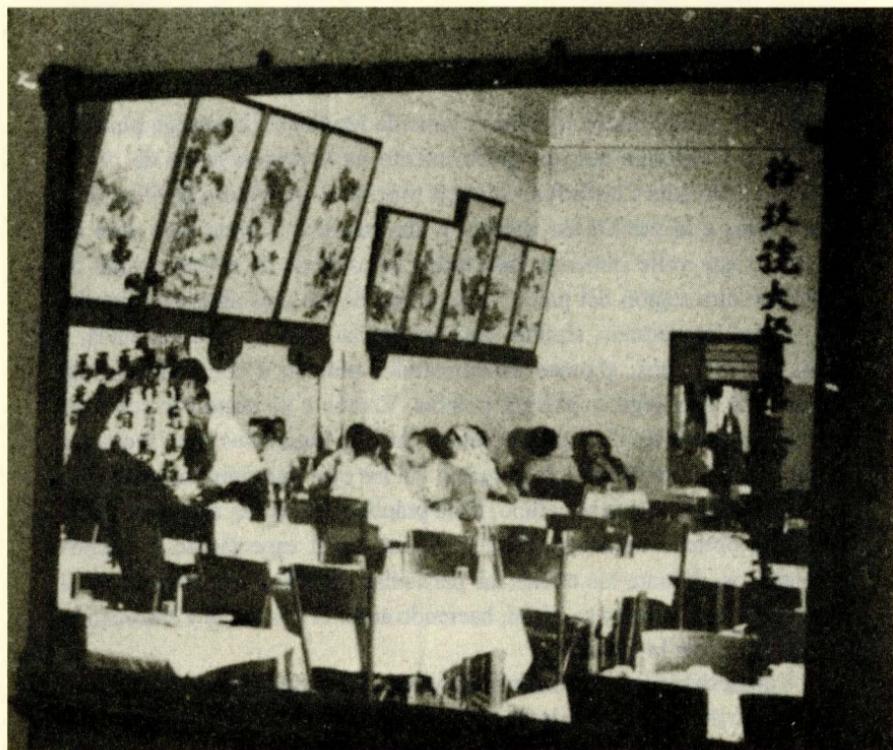
En el que llegamos a la ciudad después de cruzar el valle

El peor clima de México lo tiene el valle de Mexicali, la pródiga planicie de la Baja California que, geográficamente, es la prolongación del Valle Imperial de la Alta California. Con una máxima temperatura de 49 grados centígrados a la sombra en verano, y una mínima de siete bajo cero en invierno, este valle inmenso bate todos los récords de extremosidad de cualquier otra región del país, y marca uno de los más altos del mundo.

Todos los veranos, algunos mueren insolados por causa del calor, y todos los inviernos, algunos desamparados mueren a consecuencia del intenso frío que llega en ráfagas polares. Verano e invierno son secos en extremo, y todos los días del año serían claros y luminosos si no fuera por la nube de polvo ardiente a la garganta y a los ojos que siempre se levanta sobre el valle. El único beneficio, nada práctico por cierto, que el visitante del valle obtiene de esa polvareda eterna, es el espectáculo de bellos crepúsculos, durante los cuales las partículas de polvo suspendidas en el aire hacen de prismas y se irisan, haciendo arder el horizonte y coloreando de rojo y violeta la llanura.

A pesar del frío, del calor, del polvo, del sol cegador, el valle de Mexicali es la región más poblada de la Baja California. Pareciera que los hombres se dieran cita aquí para buscar juntos un único destino y encontraran un acicate en la lucha por la supervivencia, imponiéndose a este clima todo rigor, que es el precio a pagar por iniciar un triunfo. Porque Mexicali es lo mejor de la tierra de promisión, donde todo esfuerzo es duro, per fructífero, ya que a la par de su rigor climático ofrece a los hombres una tierra fértil y un río fertilizante.

El valle de Mexicali sería un desierto absoluto a no ser por su Nilo: el Río Colorado. Aunque aprovechado en gran parte por Estados Unidos,



Restaurante típico en el barrio de la Chinesca, en Mexicali.

el Colorado entra en México todavía con un caudal suficiente para hacer pródiga la llanura de Mexicali. El Colorado es un río sucio, afortunadamente sucio, que con sus aguas revueltas trae una gran cantidad de limo que hace fértiles las tierras. Apenas cruza la frontera por el vértice que divide Arizona de California y Estados Unidos de México, se multiplica en varios brazos, algunos naturales y otros artificiales, tendiéndose sobre la planicie y abarcando con sus corrientes toda la superficie potencialmente agrícola. Por una feliz circunstancia, el río tiende a su derecha, hacia occidente, eludiendo las mesas desérticas de Sonora, para verter toda su última energía en las tierras propicias de Mexicali. El Río Colorado es la vida de esta región, y sin él, el hombre no existiría en el rincón nororiental de la Baja California.

Por el río y el valle, la ciudad de Mexicali se ha hecho. Hace menos de cuarenta años, antes de la llegada del coronel Cantú, el lugar no existía en el mapa y solamente una docena de casuchas eran todo el villorrio. Con el orden, la organización y el trabajo, Mexicali nació llevando el nombre que le dieran los técnicos de la Comisión Internacional de Límites, y que obtuvieron poniéndose a jugar con las letras de México y de California: MEXI (CO) CALI (fornia). (Del mismo modo lograron el nombre para la ciudad del otro lado de la frontera: CAL (ifornia) (M)ÉXICO.

La llanura, que se extiende desde la frontera hasta la sierra de los Cucapá, y está limitada por el río al oriente y y el mar por el sur, no sabía de siembras hace medio siglo. Por entonces imperaban aquí la voluntad y los intereses de la Colorado River Land Co., y la ganadería era la principal fuente de ingresos. México no recibía de ello ninguna cuenta ni provecho, porque la concesión otorgada a la firma norteamericana no rescataba nada en beneficio nacional. Los americanos poseían el río, las tierras y todo lo que existía sobre ellas. El ganado pasaba la frontera sin pagar derechos, y los nacionales que trabajaban para los extranjeros eran una suerte de esclavos en su propia tierra.

Cuando empezó la agricultura y la gente se interesó en las siembras a propósito del paso del canal norteamericano de El Álamo por tierras mexicanas, la Colorado River Land Co. empezó también otro negocio. Por ningún motivo y a ningún precio vendía sus tierras a los agricultores: las rentaba por año y a un elevado precio, para rescatarlas nuevamente al final de la cosecha. De ese modo impedía la colonización, y el agricultor era un

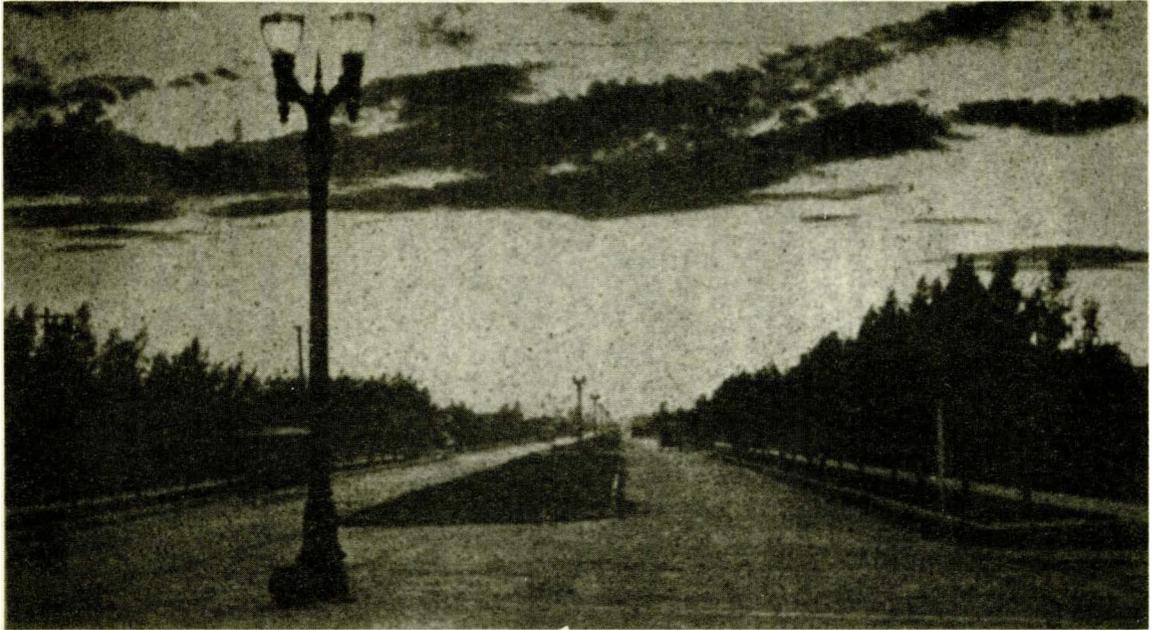
vagabundo sin futuro. No obstante, esos primeros agricultores que cosecharon en beneficio de los latifundistas extranjeros iniciaron el desmante del valle. Por ellos, la llanura de 250 000 hectáreas es ahora tierra de trabajo, sobre las cuales los colonos atraídos desde tiempos de Cantú, y los agraristas enviados por Cárdenas, han cimentado el porvenir económico de Baja California, Territorio Norte.

A esta floreciente ocupación del valle han contribuido varios factores. Primero, por importancia y orden cronológico, el establecimiento de la paz, turbada por los filibusteros a principios de siglo; segundo, el espíritu progresista de los colonos que talaron los mezquiales para hacer arable la llanura; la expropiación, en tiempos de Cárdenas, de las tierras anticonstitucionalmente usufructuadas por la Colorado River Land Co., y, finalmente, la construcción recientemente terminada de la presa Morelos, que garantiza la irrigación y cuida de las reservas que nos tocan del Río Colorado.

Pero si hay auge en Mexicali, esto se debe, más que a la calidad de las tierras, a la calidad de los agricultores de la región. Muchos no lo fueron antes, pero todos aquí se forjaron en una dura escuela, que promete mucho al paso que exige demasiado. El valle de Mexicali, más que con agua del Colorado, ha sido regado con sudor, y fertilizado con músculos y voluntad. Es una tierra de promisión, he escrito antes; pero sólo lo es para quienes han sabido imponerse a las inclemencias, a los infortunios y a las dificultades.

En función de la agricultura ha nacido la ciudad de Mexicali. Antes que las tierras del valle le dieran cimiento económico, el pueblo vivía de noche, en el torbellino del juego y la embriaguez del opio y el alcohol. En la actualidad, Mexicali vive totalmente de día una vida intensa y de trabajo. Es una ciudad moderna y limpia, si descartamos esa fatalidad irremediable del polvo. Su trazo es amplio y seguro, y a pesar de haber crecido de la noche a la mañana, en la improvisación no perdió cualidades urbanísticas. Sus calles son anchas, y sus edificios, aunque modestos, son discretos en cuanto a gusto. No podría decirse que el centro de la ciudad sea bello: tiene demasiado movimiento, demasiados comercios de toda clase.

Los chinos, que merecen una mención en la construcción de la ciudad y en la colonización del valle, han impreso un sello internacional en la



Avenida de Mexicali. (Fotografía tomada en 1926)

zona urbana central, donde cada metro de terreno está destinado a una función necesaria para las transacciones comerciales.

Pero en cuanto el viajero se aleja de la estación del ferrocarril (Southern Pacific Lines) y se acerca al palacio de gobierno por las modernas avenidas Reforma y Obregón, el ambiente cambia, y la zona residencial destaca con una belleza muy singular, muy funcional y de muy buen gusto. Aquí el ritmo urbano parece lento y la vida plácida. Las calles son anchas, extraordinariamente anchas, y las amplias aceras van escoltadas por árboles y alfombradas con prados. Las casas están construidas, en su mayoría, al modelo californiano, y se mantienen aisladas dentro de pequeños parques que deben conservarles algo de fresco durante los agobiantes veranos. Aun las mismas colonias humildes, construidas al sur de la ciudad primitiva, mantienen en pequeña escala ese ambiente de amplitud, de ansia de espacio y de aislamiento.

Lo más típico de Mexicali es el barrio chino, "La Chinesca", como le llaman con toda propiedad, ya que los orientales han sufrido una transculturación y perdido sus originales costumbres. Tienen mucho de americanos y todavía más de mexicanos, si se exceptúan sus nombres monosilábicos, sus ojos oblicuos y su idioma lleno de tonalidades breves. Los chinos constituyen el elemento antiguo de la ciudad, el recuerdo tradicional, puesto que ellos fueron los primeros en prever las posibilidades de futuro que dormían en la ardiente llanura que fuera de la Colorado River Land Co.

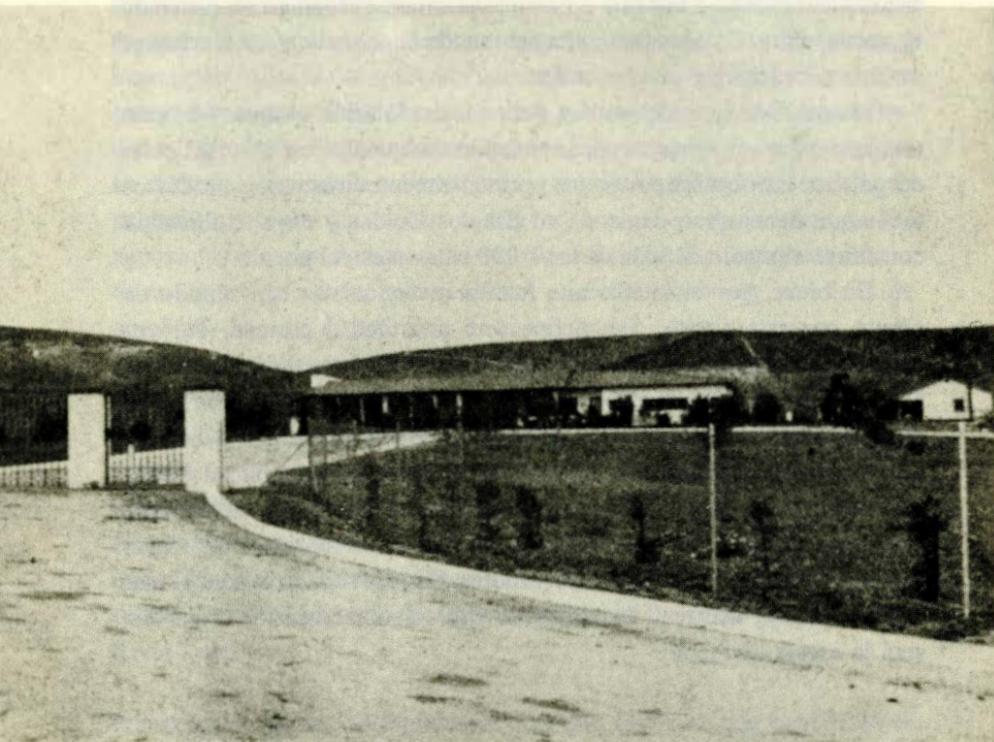
Por el barrio de las despepitadoras y demás factorías que benefician el principal producto del valle —el algodón—, la ciudad de Mexicali busca salida al mar por una carretera que la conduce al bello puerto de San Felipe, 200 kilómetros al sur. La carretera cruza la planicie acercándose paulatinamente a la axila cálida del golfo de California; cruza el valle agrícola, después un tramo de dunas, más adelante corre paralela a unas inmensas salinas inexploradas y se asoma al mar por entre las casitas humildes de un pueblo de pescadores.

San Felipe siempre ha vivido de la pesca, y a últimas fechas es cuando se le ha prestado interés como uno de los mejores sitios turísticos del oriente peninsular. Tiene dos particularidades notables que lo hacen incomparablemente atractivo. La primera es su playa, enorme y suave,

apenas interrumpida en toda la longitud de la bahía por algunas rocas que se desprenden aisladas del litoral. Por otra parte, el golfo de Cortés, en esta zona, tiene mareas que alcanzan hasta siete y ocho metros de altura, por lo cual se consideran como las más altas del mundo. Los barcos que se acercan demasiado a la orilla durante la pleamar, quedan en seco cuando el mar se retira. En ocasiones, el agua inunda el poblado, y las lanchas se ocupan para navegar por las calles.

Desde 1942 se inició en San Felipe la explotación pesquera en gran escala, porque sus aguas son ricas en la famosa totoaba (especie particular del golfo de California), en corvina y principalmente en camarón; productos todos que tienen gran demanda en Estados Unidos y cuya exportación constituye el medio de vida de los 1 000 habitantes del pueblo.

En breve, por el interés que fuertes inversionistas han sentido de pronto por este puerto, San Felipe será una ciudad porteña. Tal vez entonces se acabe su encanto de pueblo sencillo, acogedor y sonriente. Mostrará un interés creciente por los dólares, tendrá el confort y la elegancia de Acapulco o de Long Beach, y acaso se instale un casino para divertimento de los miles de turistas. Ya no será más San Felipe el pueblo costero donde la cervecería populachera es el único club y la sinfonola la orquesta, ni donde los chicos recogen sin recato los sobrantes que dejan abandonados sobre la playa los pescadores. La vida será cara, pero el mar será el mismo, y Mexicali fortalecerá su vida con otra ciudad de la que ella será la escala obligada.



Finca campestre "Rancho El Florido", en Matanuco, cerca de Tecate, propiedad del licenciado Miguel Alemán.

XI

En el que se habla de una ciudad sin pasado y con futuro

Sobre la línea fronteriza, a 60 kilómetros del Pacífico, vive de la industria una ciudad reciente, la más reciente en Baja California. Se llama Tecate, que significa, en lengua kiliwa, algo así como “donde gira el sol”. Sus habitantes, para abreviar su ya de por sí corta escritura y tal vez influidos por la moda norteamericana, han dado en representar su nombre con tres letras, y lo escriben ТКТ.

El terreno donde se levanta esta pequeña ciudad industrial fue comprado en 20 000 dólares por el gobierno de Cantú. Ahora vale millones, y si sus predios no garantizan el cálculo, ahí están para responder sus cuatro industrias principales: la fábrica de malta, la aceitera, la cervecería y las bodegas de San Valentín. La Manufacturera de Malta se estableció en 1929 y las otras tres llegaron un poco después para convertirse, todas juntas, en el punto de partida de un progresivo desenvolvimiento social e industrial.

Dicen que Tecate, poco tiempo después de su fundación, recibió mucha ayuda del turismo extranjero. Esto puede tener sus visos de verdad, pero viendo la ciudad actual, nadie estaría dispuesto a creerlo. De día, ТКТ (para escribirlo como los residentes) es una zona fabril, con la mayoría de la población masculina y femenina ocupada en la labores industriales. De noche, Tecate es un pueblo triste, oscuro y callado, sobre todo esto último, si se hace caso omiso de una sinfonola que grita en la taberna. Tiene vida social, pero corresponde al tipo de sociedad de hombres de empresa, como lo es el Club de Leones, donde, a no dudarlo, se baila al mismo tiempo que se habla de negocios.

Junto al TKT mexicano está el TKT norteamericano, pero éste se reduce a las oficinas de migración. La frontera se cierra a las seis de la tarde, y aun cuando estuviera abierta toda la noche, no habría ningún norteamericano para cruzarla. No hay ciudades cercanas del otro lado de la frontera. La más próxima es San Diego, pero los de allá tienen a Tijuana, lugar ideal para gastar dólares.

Y ya no queda más por decir acerca de Tecate, excepto que la he llamado ciudad siendo en realidad un pueblo de 4 000 habitantes. No pienso desdecirme porque Tecate tiene calidad de ciudad. No lo es todavía, pero pronto lo será, y por eso no vale la pena discutirle el título. Tiene todo lo necesario para ser una gran ciudad: industrias, agua en abundancia, campos cercanos donde obtener materia prima para la aceitera y la vinícola, y una población vigorosa que vive exclusivamente para dar impulso al lugar. Todo esto, reunido, hace lo suficiente. Además, buena parte de la inmigración queda aquí. Tecate tenía 500 habitantes hace veinte años, 1 000 hace diez y ahora tiene 4 000. La proporción en que crece es algo mayor que geométrica. ¿Habría derecho a decir que Tecate es un pueblo cuando tiene vitalidad y ambiciones de gran ciudad?

XII

En el que algunos tijuanaenses se van a molestar

He leído en un libro norteamericano:

Un millón de estadounidenses han hablado de México, han asegurado que estuvieron en México sin que, en la práctica o la teoría, hayan ido más allá del cuadro de carnaval que ha sido construido y dedicado, no a la expresión de un país extranjero, sino a la satisfacción de los deseos anglosajones. Los visitantes han comprado *souvenirs*, enviado desde allí tarjetas postales y, después de todo, han escapado al paternalismo nacional. Quedan satisfechos porque son buscadores de diversiones en un día de fiesta y no observadores estudiando un nuevo país. Llenos de trivialidades, no han dedicado siquiera un pensamiento a lo que está más allá del horizonte inmediato; pero cuando regresan al hogar y relatan al estrecho círculo de amigos la historia de su viaje... es México lo que han visto, no una caja de juguetería.¹

Esto fue a propósito de Tijuana. Lo escribió Bancroft hace veinte años, lo leí hace diez, y todavía hoy me sigue pareciendo justo. Justo por lo que se refiere a los norteamericanos que van a Tijuana y a lo que parece la ciudad fronteriza. Tijuana es un *play-box*. Al menos lo es por su escaparate; que, por lo íntimo, bien puede que sea otra cosa. Pero como lo único que muestra, a nacionales y extranjeros, es esa cara equívoca, mistificada, impúdica, cínica e interesada, pocos tienen la paciencia de ponerse a hurgar en el fondo de su espíritu en busca de otros sentimientos.

Como ciudad, Tijuana es tan grande como Mexicali, pero parece más chica a causa de su desorden. Sucede en ella lo mismo que en esas grandes habitaciones cuyos moradores, pobres y de mal gusto, hacen parecer

¹ Bancroft, Griffing: *The Flight of the Least Petrel*, [G.P. Putnam, Sons. Nueva York y Londres, 1932, pp. 3 y 4. (N.E.)]



Vista exterior del Hipódromo de Tijuana. (Foto: Zataráin)

pequeñas a fuerza de colgarles calendarios a las paredes y poner lámparas en todas las esquinas. Y es que de Tijuana no se ve sino una calle, la calle nocturna donde a un cabaret sigue un bar, al bar una tienda de curiosidades falsas, a la tienda otro cabaret, a ése un bar, al bar un hotel, y luego otro cabaret y otro bar... así, durante un kilómetro que cuesta trabajo recorrer con el estómago en su sitio. Cuando se sale de ahí ya no se quiere ver más, y si no se sale (lo que pasa muy a menudo a los imprecavidos), tampoco puede verse otra cosa. El turista se va, y de Tijuana recuerda solamente esa calle, de la que un poeta modernista hizo un verso tan desordenado como el tema:

— *Hello? Hello?*

— ¡Un taxi, por favor!

— *Yes! Yes! Calle Revolución.*

— *¿Ceasar's? ¿Giro's Hotel? ¿Don Pedro Motel?*

— *No! No! I don't like a hot place!*

Lléveme a Agua Caliente:

Deme un *whisky* sin soda y un buen *tip!*

No! No! I said a tip

I don't like a hot place!

— *Darling: vamos a las dog-races.*

Un marinero ruboroso pasa y el negro dice *Hi!*

El cabaret se cierra a mediodía,

El saxofón vuelve a las seis.

Me voy al *Jai-Alai*.

¡Otro *tip!*

El marinero deja la base de San Diego

y apuesta su compás.

Sin brújula la calle se le pierde;

va haciendo esos.

Eructa *go to hell*.

¡Ahí va! ¡Ahí va!

El marinero ha perdido su compás

y el barco se le pierde en alta mar.

Sale a la calle el *maitre*

hablando inglés:

Come-in! Come-in!

Here is the show!

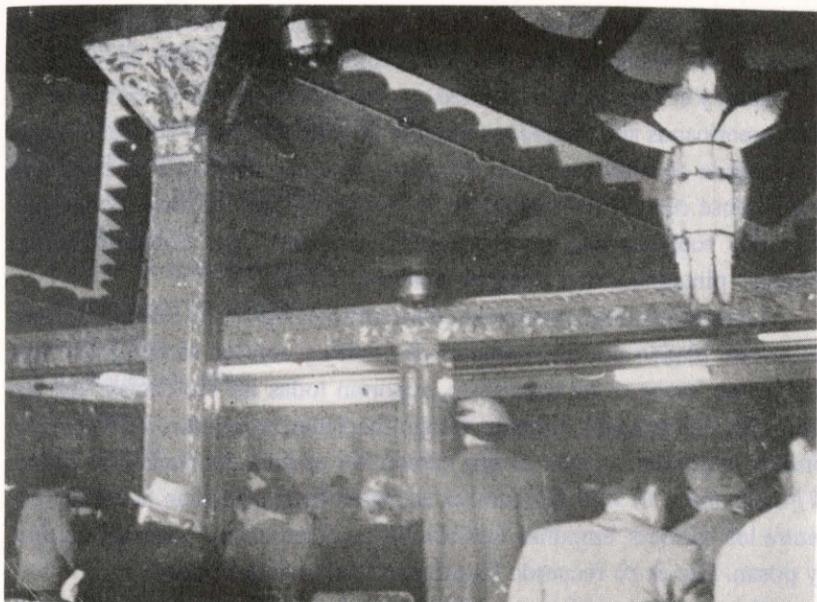
La morenita tonta baila rumba
y el marino le tienta la cadera
en busca del compás.

¡Taxi! ¡Taxi!

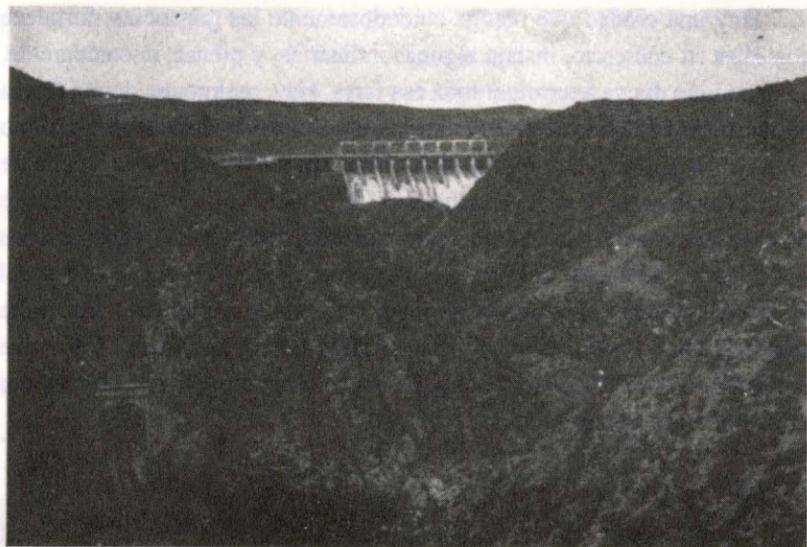
Please dame un *tip*
y llévame a un *hot place*.

Eso es la avenida Revolución: *dancing-bars* y taxis; hoteles y *curious-stores*; restaurantes y cantinas. Hay profusión de luz neón en los quinientos anuncios de colores. La calle vive de noche, y por las mañanas amanece muy fea, con un terrible dolor de cabeza. (Hasta fines de la guerra pasada se tendía en esa calle el bar con la barra más larga del mundo: media cien metros.) Los domingos y días festivos se la pasa sin ver el sol, y algunos cabarets permanecen hasta setenta y dos horas abiertos, con luz, música y clientes artificiales. Las orquestas las remudan varias veces, pero la clientela permanece hasta que agota el dinero o la alegría alcoholizada. Por la avenida Revolución se va al lujoso hipódromo donde, en verano, cuatro noches por semana se juegan carreras de perros. A un extremo de la avenida está el frontón, muy lujoso también, pero donde se juega muy mal (los norteamericanos gustan, pero no entienden el *jai-alai* —de ahí los “tongos”—. Tampoco entienden mucho de toros, pero en Tijuana hay una plaza donde se efectúan corridas ocasionales). La avenida de la Revolución es de tránsito a todos los lugares de placer y divertimento. Se congestiona de automóviles los días de corrida, a la salida del hipódromo y los sábados por la noche. Los turistas sin coche pasean a pie por las diez calles de cabarets; entran sobrios por la primera y llegan ebrios a la última. Abundan los marinos vestidos de uniforme y los de infantería con base en San Diego. La marina es el cliente más entusiástico de Tijuana.

El placer de vino, de azar, música y mujeres se paga en dólares. Tijuana no conoce otra moneda en la avenida Revolución. Por ley se acepta la moneda mexicana, pero el de la caja hace un gesto de desagrado porque se ha olvidado del tipo de cambio. La vida es cara y el dinero circula con fantástica rapidez. El hipódromo hace millones de dólares al año; las carreras de perros, lo mismo; el frontón gana miles de dólares por mes, y un mesero llega a recoger hasta 20 y más dólares diarios a cuenta de propinas. El dólar es el dios de Tijuana.



“Foreign book” en el Hipódromo de Tijuana. Se cruzan apuestas por telégrafo para todas las carreras en los hipódromos del mundo.



Presa Rodríguez, cerca de Tijuana, y boca de un túnel del ferrocarril americano.
(Foto: Zataráin)

Aunque escandalosa, la avenida Revolución siempre me ha parecido ingenua. Es desagradable, pero no sórdida, y junto a ella, la plaza de Garibaldi y el Tenampa, en México, son verdaderas cortes de los milagros. Los americanos son simples y bastante limpios aun en su ebriedad. En la madrugada se conforman con dar gritos, y ponen término a su inquietud haciéndose retratar en cualquiera de los *sets* de las esquinas, donde hay tablados rodantes con un escenario “mexicano” que arrastran burros blancos pintados a rayas negras: *mexican burros* (!).

Los marinos suben y se acomodan entre los nopales de cartón, cambian el birrete blanco por un sombrero de charro y sonríen al fotógrafo. Los burros no hacen ni un solo gesto, soportan todas las violencias; son los filósofos del carnaval. Algunos fotógrafos tienen arreglados otros *sets* que imitan la puerta enrejada de una cárcel. Por encima del ventanillo se lee: *Tijuana Jail* o *In Jail*. Los turistas se meten detrás, asoman la cabeza por entre los barrotes, empuñan una botella vacía que forma parte del equipo, y posan. Ese es su recuerdo “mexicano” del viaje a Tijuana.

Esto siempre me ha parecido demasiado simple para escandalizarme.

Y detrás de todo este bizarro escaparate, lejos de esta aberración que los americanos confunden con México... ¿qué hay?

Hay una ciudad que recoge cuidadosamente las ganancias, fortalece con ellas su comercio, instala algunas industrias, y piensa, decentemente, en que algún día va a terminar toda esa farsa. Hay, realmente, detrás de esa monstruosidad de la avenida Revolución, una ciudad dinámica y nueva. Esto lo puedo asegurar. Lo que no podría afirmar es hasta cuándo va a dejar de vivir principalmente de la explotación del vicio. Tal vez quiera dejarse de esas historias y tal vez no, pero por hoy, no puede... ¡Demasiados millones e influencias sostienen el funcionamiento del hipódromo y del frontón! Por otra parte, acaso no pueda subsistir sin ellos: no tiene valle agrícola como Mexicali, ni un mar pródigo como Ensenada. Tiene que conformarse con el turismo loco y generoso que derrocha sus dólares por unas horas de placer obtuso.

Marinero

dame un *tip!*

Quiero jugar hasta el compás del tiempo.

Sirve un *whisky* sin soda

y dime qué horas son.

¿Cuándo cambiará el tiempo, marinero?

Darling: vamos al *jai-alai*

y dile al negro que ya no grite *Hi!*

¡Un taxi, por favor!

Yes! Yes! Calle Revolución.

Dame un *tip*

y llévame a un *hot place*.

El marinero sin compás

se pierde,

va haciendo eses,

y eructa

go to hell.

XIII

En la que veremos una ciudad tan bella y tan humilde que por ello la llamaron “La Cenicienta”

Ensenada es la única ciudad que en toda la costa del Pacífico de la Baja California no tuvo miedo al mar. A lo largo de 2 000 kilómetros de litoral (desde la frontera hasta San José del Cabo), es éste el único punto donde el hombre peninsular comprendió que el océano sirve para algo más que para navegar. Aquí se desembarazó del arraigo a la tierra, heredado de los antepasados indígenas que preferían vivir tierra adentro y fundó una ciudad que baja corriendo de la montaña para venirse a bañar a la playa. Es una ciudad bella y sensible a la belleza, y tanto es así, que sus casas dan la impresión de estarse disputando el espacio con las manos abiertas de sus patios, defendiendo la amplitud de un mirador desde donde contemplar el mar. Y aun aquellas que no alcanzaron lugar en la orilla, ni sobre la montaña que sirve de terraza, se mantienen paradas de puntillas sobre colinas convertidas en ranchos, escuchando el batir de la resaca con los oídos atentos de sus ventanas.

Ensenada está de espaldas a la tierra. Se pasa la vida asomada a su ventana oceánica, por la que le llega una brisa fresca y a menudo fría, y con la brisa el presente y el futuro económico. Porque Ensenada es puerto pesquero y puerto de turistas de mar. Hace pesca profesional y, con el turismo, pesca deportiva. Huele fuertemente a sal, y muy tenuemente a sardinas muertas y sardinas enlatadas. Su gobierno, el comercio, los hoteles, los bares y principalmente la industria, se mantienen del océano. El mar es su vida, y Ensenada es la única población peninsular que vive de eso exclusivamente.

Sobre el cuerpo del mapa, Ensenada viene a ser el ojo de la península, porque desde aquí se miran todos los caminos. Es la encrucijada

bajacaliforniana. Ella, como ciudad, no quiere mirar sino a la bahía; pero el viajero puede correr de aquí hacia cualquiera de los puntos cardinales: al sur, en busca del desierto; al este, en un ascenso hasta los bosques; al norte, en viaje de regreso a Tijuana, y al oeste, en busca de una aventura marinera. Pero a la mayor parte de los viajeros les sucede lo mismo que a la ciudad, y no van a ninguna parte: se quedan aquí, o piensan en quedarse, que viene a ser lo mismo. Si se van, dejan aquí el espíritu alimentándose de brisa para volver poco después a establecer un negocio con que alimentar el estómago. Aquí es donde, viniendo del norte, se descubre el amor a la California peninsular. Aquí es, en verdad, donde empieza "el otro México".

Esto no lo he inventado yo. Lo saqué de las estadísticas.

Ensenada tiene ahora casi 18 000 habitantes. Hace diez años, apenas 4 000. No hay ciudad alguna, en todo México, que haya multiplicado su población en tamaña proporción. Y aunque los emigrantes no se acerquen a ella precisamente por interés, la ciudad asomada al mar no los trata del todo mal: en Ensenada, uno de cada 800 habitantes es millonario, y es éste otro récord sin paralelo en el resto del país.

A pesar de vivir enamorada de su mar, Ensenada no podría envanecerse de poseerlo particularmente bello. Le faltan color y luz, dos cualidades que se quedaron sobre el golfo de Cortés y que no han conseguido tramontar la cordillera para llegar hasta el Pacífico. Es un mar que tira a gris, con aguas opacas. Hacia el centro de la bahía se mira verde y oscuro, un tanto tenebroso por su color apagado, que a duras penas encienden los ocasos. Y ni siquiera podría decirse que abunden los crepúsculos bellos. Sobre el horizonte del mar, la mayor parte de las tardes se tiende a descansar un largo y angosto velo de niebla. El sol se pierde tras él, casi repentinamente, y la noche sigue al día sin una colorida transición porque las nubes siempre escasean. Lo más que se puede esperar es que la franja neblinosa se tiña un poco de carmesí y el cielo se vuelva más azul, pero eso es un efecto que no puede llamarse crepúsculo. A veces los hay, porque en todo hay excepciones, y entonces se borra la impresión que dejan las otras tardes, en las que el sol parece ocultarse detrás de un gran pliegue por encima del horizonte, dentro de un inmenso bolsillo que se lo traga con color y todo.

El mar de esta bahía (el Pacífico, en esta latitud) es de aguas frías, nada agradables para tomar baños. Solamente los norteamericanos, que tienen la sangre aún más fría, pueden ponerse a nadar en ellas sin tragar suspiros. Pero en cambio es incomparable para pasear por sus playas, entre los rizos paralelos de la resaca y la muralla de dunas que se prolonga a todo lo largo de la costa baja, desde uno a otro de los contrafuertes montañosos. El paseo más común es a caballo, y cuando la marea está baja, puede hacerse en coche, en una pista natural que va desde la ciudad hasta el balneario de Estero, seis kilómetros adelante.

La bahía de Todos Santos es grande, y sobre todo, abierta. Esto porque le falta un brazo. El único que tiene es el de punta Banda, que a pesar de prolongarse en las dos islas de Todos Santos no alcanza a abrazar el espacio, y deja, por tanto, una gran abertura por la que se cuelean las marejadas y los vientos. Cuando hay mar gruesa, las embarcaciones huyen y van a refugiarse a una pequeña bahía situada más al sur, o cuando no les da tiempo, se acercan tanto a la rinconada que queda frente a la calle principal de Ensenada que llegan a dar la impresión de que tratan de subirse a tierra para sentirse más seguras contra la fuerza del viento. Las islas de Todos Santos son demasiado bajas y pequeñas para servir eficazmente de cortina y su misión única es la de prestar apoyo al faro que señala el paso de la bocana. Hace ya tiempo, estas islas sirvieron de material literario, y el inglés Stevenson, desde una choza cuyas ruinas permanecen en un rincón de la bahía, se inspiró en ellas para escribir su famosa obra *La isla del tesoro*.

Al mar y la ciudad los separa una continua barricada de dunas y los unen tres muelles que por lo regular usan para sus maniobras los barcos pesqueros. Pocas son las líneas de cabotaje que atracan en ellos y mucho menos las de pasajeros. Por cualesquiera de estos muelles se llega a la ciudad, mejor dicho, directamente a la calle principal de la ciudad, que viene a ser algo así como una máscara para recubrir la verdadera personalidad urbana. Es una calle de comercios luminosos de néon, de mercancías anunciadas en inglés y español, de bares, restaurantes y hoteles bilingües (de todo un poco, pues de otro modo se convertiría en la avenida Revolución, de Tijuana). En ella, el viajero mexicano llega a pensar que se encuentra en una ciudad afectada de extranjerismo, y el norteamericano, ingenuamente, que se halla en el centro de un verdadero pueblo



Vista aérea de Ensenada. (Foto: Zataráin)

mexicano donde por pura cortesía le han traducido a su idioma el espíritu nacional. La impresión dura al seguir por la primera calle transversal, paralela a la bahía, y donde los hoteles y moteles (*motel*, hotel dividido en apartamentos) alojan, se ofrecen y cobran en dólares. Pero esta fachada de las dos calles perpendiculares no significa nada. Es una consecuencia del turismo, es decir, una consecuencia del mar. Detrás de ellas se oculta un pueblo mexicano, o, para decirlo más exactamente, un pueblo mexicano-bajacaliforniano, cuya sensibilidad no es similar, pero sí paralela a la de otras ciudades del interior, con las que comparten similares defectos de organización y similares esperanzas.

Ensenada es una ciudad, pero mantiene todavía mucho de su carácter de pueblo. Es demasiado joven para tener una personalidad fuerte y definida; está un poco confundida con el impacto cultural y el nivel de vida que le ha llegado de la nación vecina, y como, por otra parte, la lastimaron un poco en su orgullo cuando le arrebataron los poderes territoriales para llevarlos a Mexicali, se ha esmerado poco en superarse. Faltan en ella agentes cohesivos y una mayor preparación cultural. Su sociedad es pobre, y esto no en sentido económico, y dispersa. Le faltan también alientos intelectuales, y la inquietud de la nueva generación se desvía por escasez de satisfacciones de esta índole. En cierta medida, la integración social tratan de lograrla los dos fuertes clubes de rotarios y leones (fuertes en el sentido económico), que han tomado bajo su responsabilidad, casi exclusiva, la construcción de lo que a Ensenada le falta para colocarse a la altura de una verdadera ciudad. Cuando eso se logre, y Ensenada salga de su presente etapa de transición, cuando el ayuntamiento local preste una mayor colaboración al embellecimiento y la definitiva planeación, el efecto será extraordinario, porque éste es el pueblo del Territorio Norte que tiene más posibilidades para lucir y el que guarda en su espíritu una mayor tradición mexicana.

Durante seis meses del año, Ensenada se ofrece a los turistas. Es durante el verano suave, claro, de clima fresco y agradable cuando vienen los "primos". El turismo es bastante selecto, y el norteamericano que llega aquí busca un ambiente y una brisa tonificante y no, como en Tijuana, un eterno y absurdo carnaval. La temporada empieza en marzo y termina en septiembre. Los norteamericanos no circulan mucho por la población, excepto en la avenida bilingüe donde se abren las tiendas de curiosidades.

Casi todo el día lo pasan en el mar, embarcados en los pequeños botes para pesca deportiva, entusiasmados por atrapar jureles y otras especies de atún que tienen gran espíritu combativo. Por las noches dan algún paseo y pernoctan finalmente en cualquiera de los hoteles, en su mayoría confortables, pero de mal gusto. En octubre, los rubios primos de California escasean y viene la crisis hotelera, que resisten los empresarios gracias a los elevados precios cobrados durante el verano (mínimo, 4 dólares, y máximo, 25 dólares por persona). Entonces empieza el invierno. Caen dos o tres chubascos helados que convierten a la ciudad en un inmenso lodazal, porque sólo tres avenidas están pavimentadas. Los días se van haciendo más cortos y las noches lóbregas y húmedas. Durante los dos últimos meses y los primeros del año llegan las nieblas a bocanadas frías.

Por lo regular, las nieblas se conforman con invadir el mar, recortándose sobre la playa. Desaparecen los barcos y se navega a gritos de sirena, con un marinero asomado a la proa que tienta con sonda un buen sitio para fondear. De los muelles sólo se miran los amarres de tierra, y allá, hacia el mar, los extremos parecen lejanos, perdidos en el fondo de un infinito misterio. Algunas veces la niebla viene a tierra, solapadamente, por la noche. Al amanecer, el pueblo se encuentra sorprendido por una semiclaridad que con grandes esfuerzos ha podido crear el sol. Se ven pasar bajo los faroles, aún encendidos, flecos del sudario que anda a la vuelta y vuelta sin encontrar la puerta de salida, allá en la bahía, y perdido en su propia oscuridad. Cuando esto sucede la ciudad queda en silencio, y si acaso la marejada golpea lo bastante fuerte para romper el silencio, el mar se oye muy lejos, como si retumbara en otra parte del mundo. Ocasionalmente, caen heladas durante los inviernos. En la sierra siempre hay fuertes nevadas, y esto se resiente en la ciudad marítima. Entonces el fondo del escenario, hecho de montañas, se cubre de blanco, y en los muelles quedan escurriendo estalactitas que gotean sobre el mar frío y oscuro.

Ensenada tiene varios pueblos cercanos. A su espalda está Real del Castillo, que antes de Ensenada fue la capital territorial y ahora se halla reducido a una ranchería. Al norte, a 10 kilómetros por la carretera a Tijuana, está el pueblo pescador de El Sauzal; y al sur, a igual distancia, el pueblo agrícola de El Maneadero.

El Sauzal es una obra exclusiva del general Abelardo L. Rodríguez. Instaló allí la primera empaedora de productos de mar que se conociera en la región e inició el rescate, aún no total, de las riquezas marítimas de la Baja California. Fue creando un pueblo que vino a vivir exclusivamente al amparo de esta industria. Tuvo éxito la empaedora y la población también. Tiene su propio muelle, su escuela y su campo deportivo. En sus cercanías está la quinta del fundador, en cuyos campos se hace agricultura experimental, siendo ése el centro difusor de la nueva distribución de olivos en el norte peninsular, explotación agrícola que había decaído desde que la abandonaran los misioneros. La vida obrera está organizada en forma de semicooperativa, y los trabajadores son socios en cierta forma y reciben buenos dividendos anuales. El pueblo se llama ahora El Sauzal, pero en el futuro se llamará Villa Rodríguez, seguramente.

El Maneadero tiene una larga historia que no he podido completar para incluirla aquí. Su nombre, hasta donde pude investigar, viene de *manea*, nombre que se da a los frenos de los vehículos en la región mexicana del noroeste. Es un valle triangular que tiene por lados el mar de la bahía de Todos Santos, las estribaciones de la cordillera peninsular y la serranía lateral que se desprende de aquélla para formar punta Banda. Se hace allí cultivo de chile, principalmente, con buenas perspectivas y mercado. Hay ejidatarios y pequeños agricultores que trabajan en una paz productiva que se vende año con año, a toneladas, al país vecino, y que se luce en franjas rojas sobre los declives del terreno, cuando ponen el chile a secar. Como El Maneadero vive en una hondonada de la que hay que salir para regresar a Ensenada, los rancheros usan el talud para tender el chile y que tome color. De lejos se confunde con un inmenso sarape que estuviera tendido al sol desde la montaña hasta el mar, un sarape detrás del cual, humildemente, como corresponde a una "cenicienta", se oculta la belleza marina de Ensenada.

Primer intermedio

Una aventura en las islas

En el día de la partida... (text very faint and illegible)

De repente... (text very faint and illegible)

XIV

En el que vamos en busca de elefantes marinos

Hacia las diez de la mañana —dos campanadas dobles del reloj de a bordo—, la niebla no permitía ver siquiera la proa de la nave. *El Halcón I*, barco patrulla de la Armada Nacional, navegaba a ciegas, guiado por el compás —rumbo 205, sur-suroeste—, con mar atravesada, recibiendo la corriente por la aleta de estribor y dando bandazos de 40 grados cada 30 segundos, con precisión casi cronométrica. Hacía frío, y los refugiados en el puente, abrigados como para una excursión al Ártico, nos resistíamos a salir sobre cubierta para ver mejor a través del horizonte opaco. El comandante (un comandante muy joven, muy largo y muy jovial) había dicho: “La tenemos al frente, por la proa. En cuanto se despeje veremos la punta norte.” Pero la niebla, húmeda, fría, rodeaba todo: nave, isla y mar, hasta lo infinito, apagando los ruidos y aislando en una soledad triste y peligrosa.

De improvviso, como cuando se hace un descubrimiento dentro de sí mismo, el mar se alargó por la proa, un pesado rayo de sol hendió como un hachazo la cortina de niebla, y a 5 millas escasas, al frente, se levantó la mole rocosa de isla Guadalupe, enorme, escarpada, desnuda y solitaria en un extremo del Pacífico, vigilando la más occidental longitud de México. A babor se vio una roca aislada: Roca Piloto. El comandante corrigió el rumbo y el *Halcón I* buscó el sur directo. Media hora después entrábamos al socaire de la isla, a cubierto del viento, en un mar-lago donde la nave recuperó su equilibrio. A una velocidad de nueve nudos, durante dos horas, vimos desfilan por estribor la granítica montaña que es Guadalupe, isla situada a 200 millas al sur-suroeste de Ensenada, y una de las más interesantes del mundo.

Lo más espectacular de la isla Guadalupe son los elefantes marinos. Hasta hace pocos años, era éste el único lugar del mundo donde podían encontrarse supervivientes de esta extraña especie, cuyos representantes parecen figuras arrancadas a un libro de imágenes prehistóricas. Actualmente, estos animales, protegidos por el gobierno de México contra la persecución de cazadores, se propagan y multiplican en algunas otras islas de la costa del Pacífico de la Baja California. Sin embargo, Guadalupe es el lugar más a propósito para encontrarse con ellos.

¿Queréis saber cómo es un elefante marino? ¡Aguzad la imaginación! Para empezar puede compararse con una foca; una foca descomunal cincuenta veces más grande que las de los parques zoológicos o los circos. Estas gigantes focas, cuando son machos, tienen una trompa sobre la prominencia del hocico. Es una nariz muy larga y flexible, tan gruesa casi como la trompa de un elefante de tierra, pero mucho más reducida, no mayor que 20 o 30 centímetros. Tienen aletas pectorales, como las focas; pero, a diferencia de éstas, las mueven con mucha torpeza. Son más pequeñas, en proporción, y están articuladas, como si fueran manos. Al extremo de ellas asoman cinco uñas romas que usan frecuentemente para rascarse la piel. Su aleta caudal, también más corta que las de las focas, no es doble, como en el caso del animal que nos sirve de comparación, ni se dobla en la misma forma que las alas de un avión tipo Stuka. Es una sola aleta que recuerda un poco a las míticas de las sirenas y que le sirve de propulsor y de timón cuando se encuentra en el agua. El elefante marino es torpe y pesado al caminar. Se arrastra sobre las playas con movimientos de lenta y gigantesca oruga, fatigándose rápidamente. En el agua es más ligero, pero nunca se le ve en alta mar, por lo que se supone que no es un gran nadador, como lo son el lobo marino o la foca. Un elefante macho puede llegar a pesar hasta cuatro toneladas, pero las hembras son cinco veces menores, y como no tienen trompa, pueden confundirse a primera vista con una foca demasiado desarrollada. El grito peculiar de los machos es un pujido entrecortado, que logra haciendo de la trompa un resonador. Ese grito lo termina siempre con un breve rebuzno. Este llamado, desesperadamente triste y nostálgico, se escucha fácilmente a una o dos millas de distancia. El grito de las hembras es indefinido. Siempre he fracasado en mi intento de precisarlo con claridad. En alguna ocasión, cuando por ciertas circunstancias ayudé a unos expedicionarios científicos



Elefante marino en la isla Guadalupe.

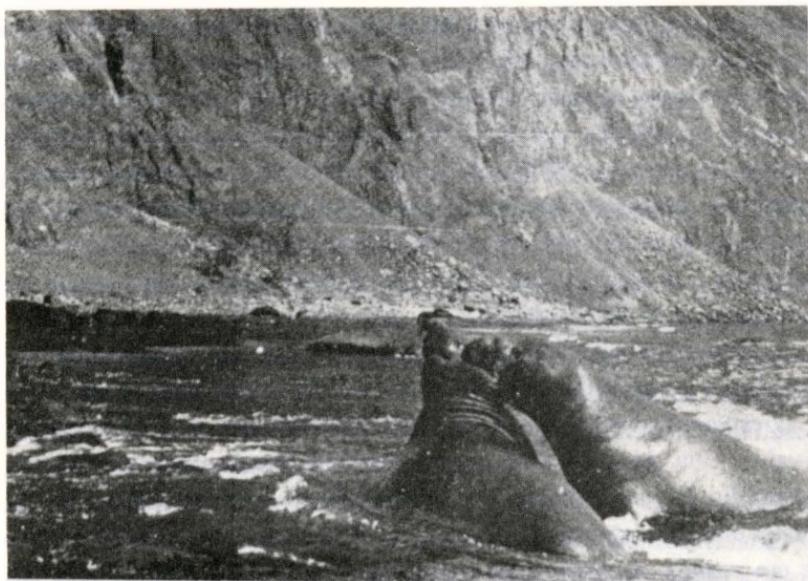


"El Zapato", islote pétreo frente a la bahía Melpómene, en la isla Guadalupe.

a capturar una hembra, la escuché sollozar como un niño de pecho durante todo el tiempo que estuvo presa en los lazos.

Ante los elefantes marinos se precisan dos sensaciones: una de asco y otra de compasión. La primera, porque estos bichos gigantescos, grasosos, torpes y perezosos, despiden una insoportable peste y siempre están cubiertos de moscas. Se siente piedad por ellos, porque no es posible encontrar otro animal tan indefenso e inadaptado. Antes he dicho que son torpes, pero además presentan en su físico y en su sensibilidad anomalías que los hacen seres inferiores. En tierra, las moscas los atormentan, sin que puedan hacer nada contra ellas, excepto arrojarles puñados (digo puñados puesto que sus aletas parecen manos) de arena sobre la espalda, lo cual no les da todo el resultado que desearían. En el mar, cualquier pez de presa puede, si se le antoja, darles una impune tarascada. La transparencia de las aguas de la isla me ha permitido ver a cardúmenes enteros nadar ágiles en torno a los elefantes para arrancarles de la piel pequeños trocitos o exudaciones. No les hacen daño, pero en todo caso les deben molestar tanto como las moscas en tierra. Parece, por los estudios realizados por algunos biólogos norteamericanos, que los elefantes marinos sufren una enfermedad endémica que podría compararse a las úlceras intestinales en el caso de los humanos. Varios que han sido sacrificados y a los que se les realizó la autopsia con exclusivas intenciones de investigación han mostrado en sus vísceras los signos de esta enfermedad. No tienen oído externo ni orificio auricular; al menos, no he podido hallárselos a pesar de que algún biólogo me ha garantizado que sí lo tienen. Por lo demás, son bastante sordos. Suplen esta deficiencia con una finísima sensibilidad en la piel, cosa casi increíble si se toma en cuenta su grosor. Basta arrojarles un guijarro o un poco de arena cuando están dormidos, para verlos revolverse molestos y agresivos. En cambio, no padecen el temor primitivo al fuego. Alguna noche pasada en la isla, a manera de cruel experimento, retiré un tizón de la fogata y lo acerqué a la trompa de un elefante. Le coloqué la llama a cinco centímetros de las amplias fosas nasales, y el animal permaneció inmóvil, viéndome con tristeza incomprensiva. No reaccionó a la luz ni al calor, aunque al poco tiempo estornudó a consecuencia del humo. Esa fue su única reacción.

El nombre científico de los elefantes marino es una maravilla de descripción: *Machrorhinus angustirostris*, que literalmente puede



Peleas de elefantes marinos. Isla Guadalupe.

traducirse por “nariz larga y rostro angustioso”. El nombre les viene de perilla. Los elefantes marinos parecen sufrir su vida perezosa. Tienen una cara infinitamente triste, y cuando están dormitando sobre la playa lloran lágrimas gelatinosas que les humedecen desde los párpados hasta el hocico. Al verlos así, realmente los encuentra uno angustiados, como si estuvieran profundamente amargados por su inadaptabilidad, su soledad biológica y su aislamiento geográfico; como si sufrieran por su pobre estado evolutivo y su desventajoso físico, que los hace víctimas del hombre, de las moscas y de los tiburones.

Durante un reciente viaje al último refugio de los elefantes marinos, encontré a los animales en la época de celo. Estaban excitados, inquietos y agresivos. Todos los días se desarrollaban furiosas peleas entre parejas rivales. Una de ellas tuvo oportunidad de contemplarla en todo su desarrollo. En una pequeña playa había cinco elefantes machos de los cuales uno era el agresor. Este perseguía a los otros a toda la velocidad que le era posible alcanzar, y los cuatro, que vigilaban constantemente sus movimientos, le huían en cuanto le veían avanzar. El provocador los perseguía diez o veinte metros, y luego se rendía de cansancio; hacía un alto y resoplaba espantosamente. En cierto momento logró cortar la retirada a otro elefante gigantesco y le forzó a la pelea, sobre la orilla del mar. El animal acorralado no tuvo más remedio que hacer frente. Levantó la cabeza apoyándose sobre sus cortas aletas y se situó a un metro del adversario. Ambos lanzaron un corto grito sordo y desafiante y empezaron a tirarse tarascadas al cuello, que es, junto con la trompa, el sitio más vulnerable. Sus colmillos son pequeños y no se hacían mucho daño, pero los golpes resonaban como puñetazos de púgil sobre el saco de arena de los entrenamientos. La lucha duró tres minutos, al cabo de los cuales uno de ellos escapó con el cuello sangrante. De estas peleas casi todos los machos llevan cicatrices. Se les pueden ver sobre sus pieles de pelo corto color de rata, como grietas rosadas, algunas veces tan profundas que dejan al descubierto la capa de grasa.

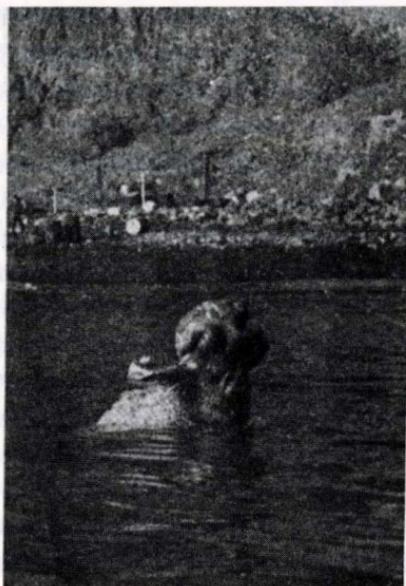
A pesar de su torpeza brusca, los elefantes muestran bastante delicadeza para enamorar a las hembras. Las persiguen durante largo tiempo, lo cual parece complacerlas y quienes, más ágiles, les dejan acercarse para luego incitarlos más aún con una rápida huida. Este es el juego amoroso, y lo practican en tierra, donde en realidad los elefantes

pasan la mayor parte de su vida. Cuando el macho da señales de cansancio, la hembra se deja acercar. Al principio, el elefante la trata con cierta rudeza: de un golpe de cabeza la hace tenderse sobre un costado y se tiende junto a ella. Durante el acoplamiento, el macho muestra su ternura: la abraza con una aleta y con las uñas le acaricia suavemente la espalda.

Los naturalistas han dado en llamar a la isla Guadalupe “el cementerio biológico”. Esto porque los elefantes marinos, que hoy constituyen la única singularidad biológica de la isla, fueron compañeros, hasta hace menos de un siglo, de otras muchas especies de fauna y flora particulares de la isla y desconocidas en otras partes del mundo. Pero aquellos mamíferos, como la foca fina, diversas aves, como el petrel de Guadalupe, peces, como el azurino, árboles, como el cedro *guadalupensis*, y moluscos cuyos nombres he olvidado, han desaparecido totalmente.

La culpa de esta extinción, de la que todavía no se consuelan los biólogos, la tuvo el hombre y en su mayor parte otras bestias llevadas allí también por el hombre. Los cazadores de fines del siglo pasado exterminaron totalmente la especie de la foca fina, animal sumamente apreciado por la calidad de su piel. De extinguir lo demás se ocuparon las cabras, los gatos y los ratones. Las cabras abundan a millares, principalmente en la parte norte. Fueron llevadas por los cazadores de ballenas del siglo pasado, que en esa forma quisieron mantener una estación para surtirse de carne fresca sin necesidad de llegar a puerto, donde a menudo los tripulantes desertaban. Con los balleneros llegaron también los gatos y los ratones, convertidos poco tiempo después en plaga incontrolable. Las cabras, cuyo número se estimó en 60 000 hace algunos años, han acabado con toda la vegetación. Devoraron los árboles jóvenes, y la propagación del bosque terminó. Actualmente sólo quedan algunas manchas boscosas en la cumbre, árboles viejos y caducos casi a punto de morir. Los gatos se comieron todas las aves, y lo que no lograron gatos y cabras lo hicieron los ratones.

Hace no mucho tiempo, las cabras fueron motivo de explotación. Hacia el extremo norte de la isla se ven todavía restos de largas alambradas que posiblemente sirvieron para encajonar a los animales y conducirlos hasta la playa, donde se les debe haber sacrificado o embarcado rumbo a un desconocido puerto. Esta piratería no agotó la especie, y todavía se encuentran grandes manadas de cabras por las cañadas y cerca de la



Elefante marino. Isla Guadalupe.



Elefante marino. Isla Guadalupe. (Foto: Zataráin)

cumbre de la isla. Los ratones abundan principalmente cerca del litoral, y aunque aseguran que los gatos, ahora en estado salvaje, son numerosos, nunca he podido ver uno de ellos. Me parece que no deben de ser muchos cuando existen tantos ratones.

Los elefantes lograron escapar al exterminio gracias a la protección gubernamental, sugerida a principios de la tercera década del siglo por la Academia de Ciencias de California. Hasta poco antes se les había creído una especie extinta, desaparecida como consecuencia de la desenfadada persecución de que la hicieron víctima los cazadores durante los siglos XVIII y XIX, que aprovechaban de los elefantes la grasa, y de las hembras las finas pieles. La protección fue efectiva durante varios años. Un destacamento militar estableció un cuartel del cual todavía quedan las ruinas. Pero durante los últimos años se ha olvidado esa protección, y si por ahora nadie ha llegado a ejercer la piratería cazando a las bestias perezosas, no sería difícil que, amparados por la lejanía, aislamiento y abandono de la isla, nuevos cazadores iniciaran la persecución de los preciados y extraños elefantes marinos.

Guadalupe es una isla huérfana en el océano. No tiene islas parientes ni relación geológica alguna con la franja peninsular. Su flora y su fauna, antes de extinguirse, tampoco fueron continentales. Emergió aislada a consecuencia de un movimiento tectónico-volcánico que se registró hace milenios, y se levantó casi perpendicularmente desde el fondo del mar, con un relieve abrupto, desafiante y casi inaccesible. Cuando los barcos llegan a sus orillas, tienen que acercarse casi hasta donde la resaca rompe contra los arrecifes, pues más lejos sus anclas se quedan colgadas al extremo de sus cadenas, en el abismo de un mar sin fondo. Tiene dos o tres playas, es verdad, pero son tan pequeñas que parecen haber sido formadas exclusivamente para uso de los elefantes marinos. Fuera de ellas, toda la topografía de la isla se concreta en profundos barrancos y cimas cortadas en aristas. Tiene una longitud de 40 kilómetros (norte-sur) y una anchura que varía entre 6 y 15 kilómetros.

Por lo que a hombres respecta, la isla Guadalupe no está del todo deshabitada. En el extremo sur, a la orilla de una pequeña caleta que lleva el poético nombre de bahía Melpómene, viven una veintena de individuos encargados de atender la estación meteorológica que funciona desde hace

algunos años, y que fuera establecida de acuerdo con un convenio México-norteamericano. Bahía Melpómene parece ser el mejor lugar para esta clase de observaciones, pero desde el punto de vista de habitación es el más inclemente. Los meteorólogos y sus familias no disponen de agua ni potable ni salobre; no existe en la zona la más pequeña porción de tierra cultivable, y bahía Melpómene es un sitio donde parecen darse cita todos los vientos que merodean por aguas de la isla. Además, sus aguas oceánicas son pobres en pesca, y hay días en que no es posible sacar del mar ni siquiera una sardina.

El confinamiento solitario de los oficiales navales que forman el destacamento meteorológico en la isla, tuvo como consecuencia una tragedia acaecida en marzo de 1950 y de la que fueron protagonistas el subcomandante y el comandante de la base meteorológica. El primero dio muerte al segundo en una lucha sin testigos, y el crimen germinó en una neurastenia provocada por la soledad, la falta de confort y la despreocupación oficial hacia un grupo de hombres que se alejan de la civilización para cumplir una misión de investigación científica.

En realidad, el crimen fue de la Secretaría de Marina y de las particulares condiciones meteorológicas de la isla. Guadalupe es una isla frecuentemente visitada por las nieblas. Según el promedio registrado en el servicio meteorológico, cada dos días despejados corresponden a un día nublado. ¿Y qué humor pueden tener los hombres de la isla ante un frecuente horizonte gris? Está también el viento. Del noroeste sopla frecuentemente un viento frío y rápido que en ocasiones alcanza velocidades de tímido huracán. Sopla de la noche a la mañana, y a menudo durante varios días y noches continuos. Durante horas arranca crujidos a los muros y techos de madera de las siete casitas del campamento, amenazándolas en su estabilidad, colándose silbante por las rendijas y azotando las ventanas, que vibran temblorosas de miedo. Y en esta serenata eterna, ¿qué puede hacer el hombre para mantener íntegra su serenidad? ¿Qué nervios pueden soportar, sin flaquezas, los aullidos en el espacio y los quejidos de la marejada? ¿Cuánta y qué clase de resistencia física y moral se imponen para vencer el peso abrumador de las nubes cargadas de tormenta, el llanto húmedo de la neblina y los gemidos constantes de los vientos?



Campamento de la estación meteorológica de la isla Guadalupe.



José T. Zataráin retratando a un elefante marino.

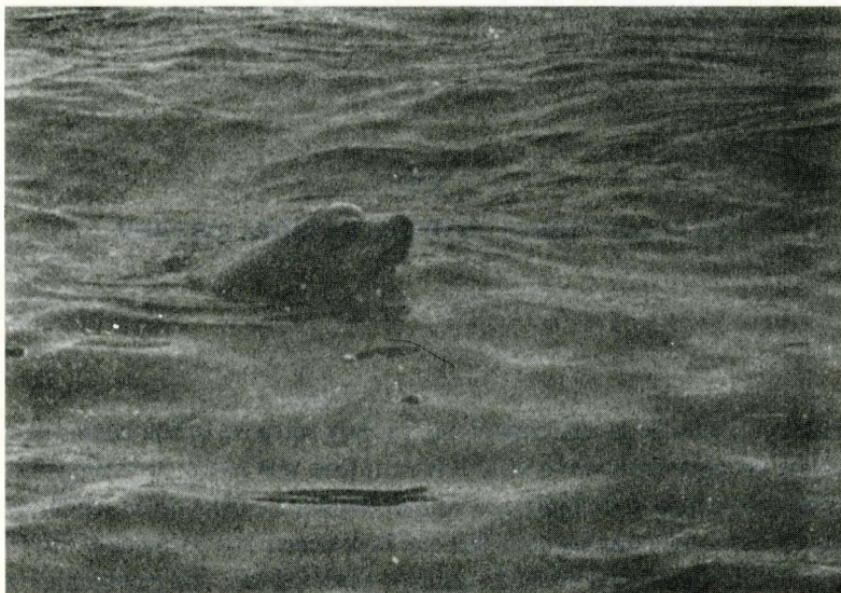
XV

En el que vamos en busca de lobos marinos

Al este-sureste de la isla Guadalupe, ya muy cerca de la faja peninsular, existe un gigantesco circo al aire libre. Tiene tres pistas: tres pequeñas islas que forman el archipiélago de San Benito. La pista de en medio es baja y llana, mientras las otras dos que la protegen, son escarpadas. En la isla Benito Occidental viven los asiduos espectadores: dos guardafaros y sus familias; en la isla Benito Oriental no vive nadie, y en la isla Benito Central es donde hacen sus exhibiciones y practican sus entrenamientos los animales del circo: los lobos marinos, a quienes los científicos designan con el espeso nombre de *Zalophus californianus*.

El lobo marino constituye un agradable encuentro después de sufrir la impresionante presencia de los elefantes marinos. Se parece mucho, en agilidad, limpieza e inteligencia, a las focas que se exhiben en los circos (que muchas veces no son focas, sino lobos marinos). Es un animal juguetón y cariñoso. Es un excelente nadador y un sorprendente corredor. En el agua parece un delfín, saltando siempre obstáculos imaginarios sobre la superficie del mar. En tierra galopa a una regular velocidad, y cuando lo hace huyendo, practica el clavadismo con precisión notable, saltando al mar desde las rocas, no importándole la altura.

Creo que no hay nada mejor para describir un lobo marino que decir que se parece a una foca. ¿Quién no conoce una foca? Esto es por lo que respecta a las hembras, que en cuanto a los machos, el asunto es distinto. Son tres veces más corpulentos y el cuello robusto lo tienen cubierto con una pelambre espesa que les da el aspecto de leones. Son sumamente desconfiados y es casi imposible acercarse a ellos. Se mantienen alejados de las hembras, vigilantes en el mar, sobre rocas casi inaccesibles donde



Lobo marino. Isla San Gerónimo. (Foto: Paco Mayo)



Lobo marino (macho). Islas Benitos.

el hombre —visitante ocasional— no puede llegar. Practican una exagerada poligamia y mantienen la disciplina en harenes donde pueden contarse hasta 50 hembras. Quizá sean buenos amantes, pero parecen ser malos padres y cobardes maridos. Entre ellos se disputan las hembras, pero cuando un forastero pone pie en las islas, los machos son los primeros en huir, abandonando mujeres e hijos.

Las hembras son más graciosas, cariñosas y tiernas. En el mar se sienten seguras contra el afán destructor del hombre, y ante el bote lleno de marinos que se acerca luchando contra la eterna marejada no muestran temor alguno. Nadan en torno a la embarcación, haciendo juegos acuáticos y ladrando a manera de bienvenida; la escoltan largo trecho, saltando y sumergiéndose en el mar, que en esta región nunca está en calma, y lo acompañan hasta las playas de negra arena. Ahí ya no se muestran tan corteses. Las que han quedado en tierra, al ver aproximarse a la tripulación, huyen en manada, ladrando ya no de bienvenida, sino de terror. Si el desembarque es por sorpresa, las madres toman a sus hijos con el hocico y se los llevan al mar, lejos de los invasores. Yo he visto a una hembra asustada regresar desde la playa, correr un largo trecho tierra adentro en busca del crío, tomarlo con los dientes y luego huir a saltos hasta un acantilado, desde donde se lanzó al mar en un perfecto clavado, sin soltar al bebé, por supuesto, que aún no sabía nadar.

Las lobas paren sólo una vez al año, y por lo regular nada más un lobezno. Sin embargo, es común ver a una hembra rodeada de cinco o más bebés, como si fuera madre de todos. Este hecho lleva a pensar que entre las lobas marinas existe una organización de asistencia bastante evolucionada, y que algunas de entre ellas son elegidas como *nurses* para encargarse de un determinado número de recién nacidos, mientras las madres se van al mar en busca de alimento.

Los lobeznos son extremadamente cariñosos. Si se les toma de improviso, tal vez reaccionen dando un mordisco; pero una vez confiados en la amistad, se muestran dóciles y obedientes y cuando uno regresa al barco (al barco que espera fondeado al SO de las islas) lo siguen, visiblemente esperanzados en fugarse e ir a otras islas y a otro mar. Se puede llevarlos, mantenerlos con un biberón y educarlos a saltar un aro o a mantener en equilibrio una pelota sobre el aguzado hocico. Algunos barcos de la marina los llevan como mascotas y no causan muchas

molestias. Cuando grandes, ellos mismos aprovechan las estancias en puerto para lanzarse al mar y pescar o para irse a pasear a la playa, luciendo orgullosos el collar y la placa que lleva su nombre. Reconocen la sirena y las llamadas del barco, y antes de zarpar se presentan puntuales, a pasar revista. Domesticados son totalmente inofensivos, juegan con los niños y se vuelven tan traviosos como ellos, hurtan comida en las cocinas y se esconden para evitar el castigo.

En ocasiones corren un peor destino que la domesticación. Hace algunos años llegaron a las islas San Benito (o Benitos) algunos piratas norteamericanos a bordo de un barco-empacadora. Mataron miles de lobos, hicieron de su carne alimento para perros y beneficiaron sus pieles y su grasa. Aquello estuvo a punto de acabar con la especie, pero poco a poco han ido reproduciéndose protegidos por una veda. En este pequeño archipiélago se calculaba, en 1940, que existían aproximadamente 10 000 lobos, entre machos, hembras y bebés.

Los lobos marinos no son particulares de las islas San Benito; abundan en todo el litoral del Pacífico y en otras islas del golfo de California. Constituyen una fuerte riqueza potencial que acaso, en un tiempo futuro, será aprovechada racionalmente, sin agotarla.¹

¹No todos los lobos de las costas bajacalifornianas pertenecen a la misma especie. En la isla San Gerónimo, frente a la bahía de San Quintín (30° 30' de latitud Norte) se encuentra la foca *richardii geronimensis*, de bella piel oscura salpicada de manchas blancas.



Manada de lobos marinos en islas Benitos.

TERCERA PARTE

En busca del otro México

El otro México es, a veces, para muchos de los que lo buscan, el otro lado de la vida presente. Como tiempo y trabajo además se nos es agotada la vida y en el abanico de las posibilidades del futuro se nos están volviendo escasos y acrisolados los recursos en los que se basa el bienestar. Más bien, tierra y hombres son desestructurados, desestructurados por los cambios bruscos hasta la exageración. Uno, el otro, o ninguno. Y así se va una y otra vez en el camino constante de cambios, de participaciones de cambios y de una estructura, un desarrollo, un bienestar, un poder, y nosotros no lo vemos venir. Todo ese mundo de modernidades, un mundo que se va volviendo cada vez más complejo y a la vez más simple. Todo el mundo sabe que la estructura de la vida humana ha sido perfecta, buena, pero muy pocas veces se han dado cuenta. Además, siempre se quiere volver a empezar y en la vida California el tiempo corre al ritmo de los relojes continentales. Más o menos en el tiempo de la tierra del tiempo detenido, y Estados Unidos y otros que se ven desde el mar, entre una distancia de casi 2.000 kilómetros, no se ven una cultura distinta (de la que hay las máquinas, pero al por lo menos parte del tiempo haciendo momentos para pensar).

El tiempo en la vida California sería más rápido si la velocidad del reloj, más o menos rápido, fuera para dar lugar a parte alguna. Un reloj que no muestra hasta el punto para la región de los países en donde se está en el momento de su estructura, pero también a los trabajos de los países en donde se está en el momento de su estructura. En el resto, los cambios son hechos, hechos que se ven en la vida, a la velocidad de la estructura y de la vida, más o menos. Son cambios hechos, pero son hechos hechos. Luego, en la vida, todavía se ve un mundo que se está en el momento de su estructura. Se ven y los trabajos de los países y personas, y los

XVI

En el que se bosquejan los caminos de Baja California

El otro México se descubre poco a poco, se llega a él a pausas, siguiendo el ritmo lento de la vida peninsular. Cuesta tiempo y trabajo adentrarse en el espíritu de la tierra y en el alma de sus habitantes. Ni la una ni los otros son esquivos, y sería inútil buscar en eso la razón del lento descubrimiento. Más bien, tierra y hombres son desconcertantes; desconcertantes porque son distintos: simples hasta la exageración. Uno, el forastero, es complicado; llega con el espíritu retorcido de complejos, de preocupaciones de confort y de era atómica. El diferente, en verdad, es uno, y mientras no se llega a sacudir todo ese bagaje de modernismo, no es posible comprender ni amar a un pueblo sencillo y a un paisaje simple. Todo el mundo sabe que la sencillez lleva implícita la más perfecta belleza, pero muy pocos son capaces de practicarla. Además, siempre se quiere ahorrar tiempo, y en la Baja California el tiempo no corre al ritmo de los relojes continentales. Mejor dicho: no corre. Es la tierra del tiempo detenido. ¿Estaríais dispuestos a creer que de Ensenada al sur, sobre una distancia de casi 2 000 kilómetros, no existe una sola relojería? (En la Paz hay un relojero, pero se pasa la mayor parte del tiempo haciendo monturas para perlas).

Y como en la Baja California nadie está sujeto a la esclavitud del reloj, nadie, por supuesto, tiene prisa por llegar a parte alguna. De aquí que los caminos buenos se queden para la región de las cuatro ciudades norteñas, donde los americanos han contagiado a los bajacalifornianos su divisa aquella de *Time is money*. En el resto, los caminos son brechas, brechas lentas, que se recorren despacio, a la velocidad de la contemplación y no de las ruedas del vehículo. Son caminos incómodos, pero extraordinariamente atractivos. Llegará un día, todavía lejano, en que se conviertan en carreteras modernas. Sobre ellas los viajes serán fáciles y monótonos, y los

que hemos conocido esas actuales brechas, al volver a ellas nuevamente, convertidas ya en cintas asfálticas, añoraremos con una amarga nostalgia lo que fueran antes: rutas románticas, de aventura y belleza apurada a sorbos.

En la línea fronteriza se encuentra el punto de partida de las carreteras asfálticas. De la capital del territorio norte, Mexicali, parte la recién terminada carretera a San Felipe. Es un camino casi recto, con una longitud total de 200 kilómetros. Cruza la parte sur de la ciudad, donde están instaladas las despepitadoras, y luego se abre paso entre los campos algodonereros, acercándose paulatinamente al seno del golfo de Cortés y manteniéndose paralelo a la sierra de los Cucapá, que en verano refleja el calor como un espejo. La carretera se desliza sobre un mismo nivel, asciende ligeramente a la mitad de su recorrido para cruzar un bajo lomerío flanqueado por un desierto integral, de dunas arenosas, y luego se mantiene directa al puerto de San Felipe, entre la sierra y una inmensa y productiva salina que se mira desde lejos como una gran carpeta de nieve.

La segunda carretera asfáltica parte de Tijuana rumbo sur, manteniéndose paralela al océano Pacífico. Es uno de los caminos más bellos de la península. Durante un largo trecho, que empieza 30 kilómetros al sur de Tijuana, se asienta sobre el litoral acantilado. Está en perfecto estado de conservación (se construyó durante el gobierno de Abelardo L. Rodríguez) y se viaja por ella con rapidez, pero la velocidad no impide en modo alguno contemplar el formidable espectáculo del Pacífico batiendo con furiosa marejada los cimientos de la carretera.

Precisamente donde el camino busca el mar se levanta un pueblo pequeño y un gran hotel: Rosarito Beach, muy confortable, muy caro, de muy mal gusto, y exclusivo para turistas norteamericanos o potentados mexicanos. Después de Rosarito, la carretera se aleja un poco del mar, para volver a encontrarlo a la altura de La Misión, donde una gran playa suaviza la resaca y hace el último escalón de la costa acantilada. Aquí se levantan algunas mansiones en el amplio espacio de improductivos ranchos. Un pequeño arroyo de aguas constantes, el de Guadalupe, desemboca también en este punto, formando su desembocadura un amplio estero donde es propicia la cacería de patos. Después, el camino va directo a Ensenada. Deja por el lado derecho, a tramos largos, algunos paradores donde se venden especialidades, cerveza y café (paradores que por interés han sido bautizados con nombres en inglés: *Halfway*, *Rosa's Place*, etcétera). A 100 kilómetros de su punto de partida, la carretera llega a los elegantes moteles

de la entrada de Ensenada, después de haber cruzado el pueblo de El Sauzal, donde la industria única y vital es la empacadora de productos marinos. Finalmente, serpentea en varias curvas peligrosas porque tienen como cuneta el precipicio que cae vertical al mar, y después de la última, El Morro, descubre repentinamente la belleza de Ensenada. Cruza la ciudad por la avenida Ruiz, tuerce a la derecha en la calle Quinta y enfila rumbo a El Maneadero, donde los agricultores siembran chile. A partir de allí, empieza a correr con decisión de cruzar toda la longitud peninsular.

La carretera, en cierto sentido, termina en Santo Tomás, el pueblo productor de uva que mantiene la compañía vinícola de Ensenada. De hecho, continúa más al sur, hasta San Quintín, donde liga con la brecha que va hasta San José del Cabo. Pero aun cuando entre Santo Tomás y San Quintín conserva su característica física de estar asfaltada (sumamente deteriorado el asfalto en su último tramo), en lo espiritual se identifica con las clásicas brechas peninsulares. Tal vez en pocos años, el ritmo rápido a que obliga el contacto contagioso de la economía norteamericana se prolongue hasta San Quintín; pero por ahora me parece que ha quedado en Santo Tomás. Por esto, al hablar más adelante de la brecha transpeninsular, me referiré a ella iniciando su descripción y la de los pueblos a sus orillas, desde el pueblo vinícola de Santo Tomás.

Entre Tijuana y Mexicali, uniendo la base fronteriza de la península, hay dos caminos. Uno es norteamericano, y por tanto perfectamente trazado, seguro y de rápido tránsito. El otro es paralelo a la frontera por el lado mexicano, y aunque bien conservado, no puede llamarse carretera. Parte de Mexicali por el barrio de "La Chinesca", cruza la humilde colonia de Pueblo Nuevo (que ha recibido a la mayor parte de los emigrantes mexicanos de la última década), sigue por campos algodoneros, y luego se va derecho a cruzar la sierra peninsular. El espinazo de la península se desploma vertical hacia el golfo y en suave declive hacia el Pacífico. Esta circunstancia dio por resultado que la carretera, en su ruta de acceso a la cumbre de La Rumorosa, resultara la más espectacular de la península y seguramente de todo el norte mexicano. Es un camino alpinista, tallado en plena roca, que asciende desde el nivel del mar hasta una altura de 1 200 metros sin tomar siquiera un respiro. Desde la última curva, en lo alto, pueden contemplarse todas las otras curvas y el increíble camino recorrido. Desde arriba se ve, y en realidad lo es, espantosamente peligroso. No tiene el ancho suficiente para permitir el paso de dos coches



Carretera Mexicali-Tijuana, en el paso conocido por cuesta de Picacho o La Rumorosa, obra del coronel Cantú.

simultáneamente, ni para tomar las curvas en una sola maniobra. Al llegar a ellas, hay que avanzar con lentitud hasta dejar las ruedas anteriores casi en el vacío; luego se da marcha atrás, torciendo el volante en sentido contrario, hasta colocar las ruedas posteriores en el borde del abismo. Finalmente, se sueltan los frenos que se han tenido firmes con fuerza de angustia, y dando rápidas vueltas al volante se toma la última parte de la curva. Esta maniobra se repite once veces en las once curvas de 180 grados que tiene la cuesta. En las restantes, treinta aproximadamente, la maniobra es un poco más sencilla.

Desde La Rumorosa, donde el antiguo cuartel de invierno del general Rodríguez ha sido convertido en asilo de locos y tuberculosos, el camino desciende paulatinamente, amplio y seguro, hasta llegar a Tecate. De ahí sigue al oeste para llegar al rancho presidencial, y finalmente se convierte en carretera asfaltada para alcanzar Tijuana. Este camino se mide por horas: cinco de recorrido total, y está próximo a desaparecer. Tal vez este año ya esté lista una moderna carretera que comunique los mismos puntos; ésta se medirá en kilómetros y será más segura y rápida, pero en modo alguno podrá ser igualmente espectacular.

Mil kilómetros al sur de estas carreteras fronterizas se está construyendo también otra moderna. Es la que va de La Paz a Santo Domingo, la futura región agrícola. Suplirá, en su última parte, a la romántica brecha transpeninsular, que también, en ciertos tramos, puede llamarse ruta de las misiones. Y con esta obra en realización termina la lista de las carreteras propiamente dichas de la Baja California. Suman, en total, mil kilómetros aproximadamente ¡en una península cuya longitud, sólo su longitud, alcanza 1 200 kilómetros! Las comunicaciones en el resto de toda la península, que requiere por lo menos 3 000 kilómetros de buenos caminos, se hacen por las brechas aventureras, brechas que abrieron los jesuitas hace doscientos cincuenta años y continúan abriendo los modernos aventureros de la Baja California, principalmente los *fayuqueros*.¹

¹ *Fayuca* y *fayuquero* son palabras que no figuran en el vocabulario español. En Baja California y en algunos estados nortños de México se usan para designar, la primera, el comercio ambulante, y la segunda, a quien lo practica. He consultado sobre el origen de la palabra a varios lingüistas y ninguno ha podido darme una acertada explicación. El *Diccionario de americanismos* de Augusto Malaret (Editorial Emecé, Buenos Aires, 1946) registra la palabra *fayuca*, que en Colombia significa "charla insustancial".

Decir brechas, en realidad, no da una idea de lo que son los primitivos caminos de Baja California. Por comodidad seguiremos usando el término al referirnos a todos los caminos peninsulares que no son carreteras, pero seguramente el término de camino real es más exacto, al menos al referirse a la arteria principal que comunica norte y sur. Este camino real empieza en Santo Tomás, disfrazado en una carretera asfaltada que poco a poco, mientras avanza al sur, se va deteriorando (a tal punto que 100 kilómetros adelante recobra su verdadera personalidad de brecha) y termina en La Paz. Al cruzar Santa Rosalía, aproximadamente a la mitad de su recorrido, se convierte en amplia carretera durante algunos kilómetros, obligado por el movimiento de la industria cuprífera. En La Paz se prolonga para comunicar San José del Cabo con la capital territorial del sur, y para no dejar aislados a los pueblos de una u otra costa hace un recorrido de circunvalación que liga todos los puntos de población en el extremo peninsular, empezando por los del centro y terminando con los del Pacífico, en su viaje de regreso a La Paz.

Del camino real arrancan numerosas veredas o brechas transversales que permiten el paso de vehículos a sitios de producción o turismo. En el norte parten hacia el este o el oeste, los primeros en busca del mar y los segundos en ascenso a la sierra. Al centro de la península, las brechas transversales llevan a sitios tales como Calamajué o bahía de los Ángeles, mientras al sur, antes de La Paz, comunican pueblos del interior con pueblos costeros, o pueblos con pequeños oasis, donde familias solitarias han organizado huertos y ranchos ganaderos.

Entre las dos carreteras que parten del norte, la de Tijuana-Ensenada y la de Mexicali-San Felipe, hay una brecha que corre al sur sobre el espinazo de la sierra. Esa es la ruta de los placeres de oro, de los gambusinos, de los explotadores de bosques y de los cazadores o veraneantes de Mexicali. Parte de La Rumorosa, y llega, en condiciones bastante transitables, a Minas de Agua Dulce, situada aproximadamente a la misma latitud que Ensenada. Continúa más al sur, casi hasta llegar a la sierra de San Pedro Mártir, pero en un estado tal que ningún automovilista, tripulando el mejor *jeep*, se arriesgaría a seguirla. Es ésta una brecha secundaria, pero antes de seguir la principal, que llamaremos camino real, veamos qué nos puede mostrar este camino sobre la sierra.

XVII

En el que iremos de viaje por el filo de la sierra

Sobre el espinazo de la cordillera peninsular, la línea divisoria internacional México-norteamericana marca, además del límite entre dos países, la frontera de dos paisajes. Hacia el norte, la sierra es una interminable muralla de piedras de equilibrio, desnuda de vegetación, cortada en barrancos impresionantes. Hacia el sur, exceptuando el corte que cae al valle de Mexicali y que asciende en esfuerzos alpinistas la carretera que va a Tecate, la sierra es más suave y está cubierta de bosque. Es la misma cadena montañosa, de la misma edad geológica e igual dirección; sin embargo, es diferente a uno y otro lado de la frontera.

La brecha que corre a lo largo de la sierra bajacaliforniana empieza justamente en La Rumorosa, punto casi fronterizo sobre la divisoria de las aguas. No puede hacerlo sino en un sentido: hacia el sur, porque al norte se lo impide la frontera y la inhospitalidad manifiesta de la sierra norteamericana. La Rumorosa es un nombre poético, pero se ignora el autor y el motivo de la inspiración. Puede suponerse, para satisfacer el afán de buscar orígenes, que tal vez por las noches el viento cante al pasar por el ralo bosque de piñones.

En La Rumorosa el viento es frío, seco y saludable. El paisaje es sedante: sólo piñones separados entre sí y rocas sepia. El clima debe ser conveniente para los tuberculosos y los locos, puesto que están aquí. Esta es una teoría que quizá fuera válida a no ser porque la ha desmentido la deplorable realidad de la organización hospitalaria. El Hospital para Tuberculosos ha sido, hasta hoy, la antesala segura del cementerio que crece rápidamente por una de las laderas de la montaña. Por lo que respecta a los dementes, no se hace nada para lograr su recuperación mental,

y con mayor seguridad podría decirse que La Rumorosa es la cárcel y no el hospital de los locos del norte bajacaliforniano.

El Hospital para Tuberculosos no es un edificio apropiado. Hasta hace un cuarto de siglo fue el despacho de verano del general Rodríguez, por entonces gobernador del Distrito Norte. Para tal fin, el edificio era inmejorable y el gobernante podía trabajar aquí sin sentirse agobiado por el calor de la llanura. Cuando dejó el poder, el edificio fue destinado al hospital, sin acondicionarlo debidamente, y las que fueron oficinas y habitaciones se convirtieron en salas de los agonizantes. En cuanto a los dementes, fueron alojados en un edificio todavía más impropio: el que antes fuera cuartel del destacamento militar. Los edificios están en ruinas. Campea en ellos la desorganización clásica de nuestra burocracia. Las salas, en el interior, están sucias y deterioradas por los efectos del tiempo, del olvido y del afán destructor de los ociosos enfermos. Hay camas, pero no colchones; clima apropiado, pero no adecuada alimentación. Hay enfermos, pero no médico. El encargado vive en Mexicali, de donde llega cada ocho o diez días a firmar los certificados de defunción. No hay equipo, ni medicinas, ni atención médica. Las enfermeras no cumplen más misión, obligadas por las circunstancias, que la de asistir a los moribundos. A propósito de cierta pregunta he obtenido esta respuesta: "Hasta ahora, ningún tuberculoso ha escapado vivo de La Rumorosa".

Sin embargo, con un poco de voluntad, de cooperación gubernamental y cooperación privada, podría construirse y mantenerse un magnífico hospital en la cumbre de la sierra. Hay agua suficiente para satisfacer sus necesidades y tiene un paisaje y un clima verdaderamente convenientes: sin la humedad de las ciudades en la costa del Pacífico, ni el asfixiante calor de verano en Mexicali. La nueva carretera Tijuana-Mexicali tocará este puerto y será una rápida vía de comunicación. Con el tiempo y una sana administración, La Rumorosa podría convertirse en una ciudad hospitalaria; podría ser el Davos mexicano. Tiene carácter para ello.

El bosque, siguiendo el camino de la sierra, no aparece en seguida. Viendo los piñones de La Rumorosa se supone que todo lo que sigue debe ser arboleda, pero tal suposición es errónea. La lógica no engaña siempre, pero lo que en México lleva a una eterna equivocación es el optimismo sobre la conservación de nuestros recursos naturales. Hubo bosque, pero ya no lo hay en un buen trecho que mide 40 kilómetros. Un día se incendió,

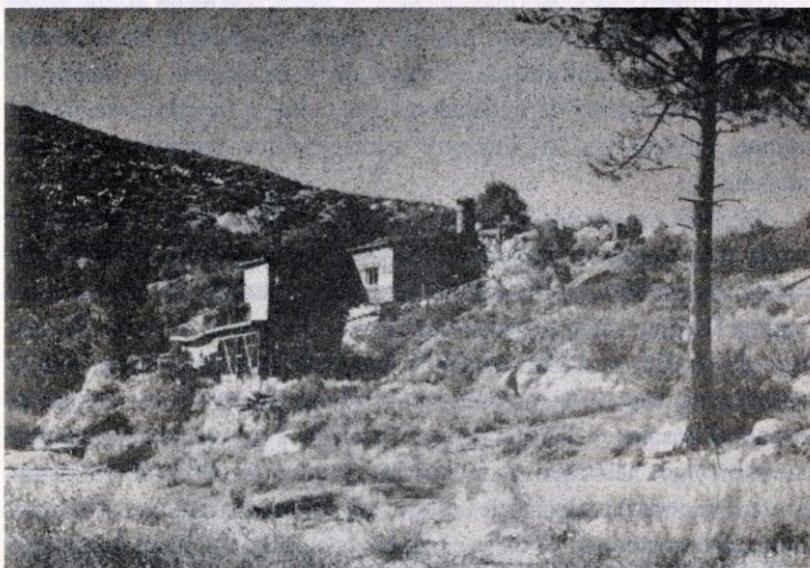
y como nadie se preocupa de vigilar los incendios de los bosques bajacalifornianos, los pinares se quemaron en una amplia zona. Esto no sucedió una vez: pasa todos los veranos; pero el hecho no parece preocupar mucho a las autoridades, a pesar de que saben bien que los bosques de las sierras de Juárez y de San Pedro Mártir son la única esperanza forestal de la desértica península. Por eso la brecha serpentea largo tiempo entre los cadáveres de los pinos. La montaña, en esta parte, es árida, con piso de arena, adornada de rocas pulidas por los vientos y a trechos amplios por arbustos pequeños. El paisaje es desolado y triste porque uno imagina lo que debió haber sido cuando los pinos escoltaban el camino.

En Los Gavilanes empieza el verdadero bosque, todavía a salvo de incendios. Hay un pueblo abandonado. Nació durante la guerra y murió al hacerse la paz. Los norteamericanos, guiados por los gambusinos que desde tiempos lejanos beneficiaban el oro de placeres que se encuentra en varios sitios de la sierra, llegaron en busca de tungsteno. Encontraron el mineral estratégico y montaron en torno al yacimiento una gran planta de beneficio, hicieron horadaciones por todos lados, instalaron maquinaria pesada y trajeron grandes camiones para el transporte. Se formó un poblado minero y se construyeron casas de adobe con techo de dos aguas pintadas de rojo. De todo eso, hoy sólo queda el esqueleto. En el pueblo abandonado vive únicamente el vigilante y de tiempo en tiempo le acompaña la cuadrilla de trabajadores que cuida de la conservación del camino, enviada por los intereses madereros que encontraremos más adelante.

Después del pueblo, la brecha, polvosa y suave, se va a la vuelta y vuelta entre los pinos, siempre rumbo sur, hasta llegar a un bello sitio de verano: laguna Hanson (he aquí otro nombre extranjero sin explicación). Laguna Hanson, como el bosque de La Rumorosa, fue, ya no es. Se secó hace pocos años y el sitio perdió su más bello atractivo. Queda sólo la cuenca seca, cegada, enmarcada por un prado inmenso sobre el cual se levanta el bosque. A la orilla de la antigua ribera se alzan algunas casitas de veraneo que habitaban, en la estación, familias de Mexicali. Por detrás de ellas, y sobre el horizonte de bosque, una cresta de la montaña se levanta imponente, construida de rocas ciclópeas hacinadas por algún formidable movimiento tectónico hace miles de años. Las rocas de la montaña, pulidas por la erosión del viento y del tiempo, salpican también el prado



Cercanías de laguna Hanson, sierra de Juárez.



Planta de beneficio de manganeso, hoy abandonada en Los Gavilanes (sierra de Juárez).

de bosque, luciendo sus formas caprichosas, suaves y musicales; “como notas materializadas de una sinfonía”, dice un inspirado amigo.

Después de laguna Hanson, el camino sirve de comunicación a los ranchos de los ejidatarios ganaderos, y por todas partes vense las reses gordas que pacen indiferentes al hermoso paisaje, bello en verdad, hecho de bosque, de picachos y de prados.

Donde el bosque es más espeso está el aserradero sierra de Juárez. En un aspecto físico es igual a cualquier otro aserradero en cualquiera otra montaña: casa de troncos, una sierra bajo un enorme cobertizo, un arroyuelo que serpentea junto al campamento, una caldera que humea y bosque por todo horizonte. Por todos lados serrín, tablas apiladas, y en el aire la música ronca de una sierra que corta y hace tablas de los troncos.

En cuanto a su organización, el aserradero de Juárez es diferente a todos los otros. Es un ejido que por la sequía de años pasados cambió su *modus vivendi*, y de ganadero se convirtió en maderero; aunque en la actualidad, pensando en el futuro, trate de buscar nuevamente la cría y explotación del ganado. Fue organizado bajo la dirección del patriarca bajacaliforniano, coronel Esteban Cantú, y tal vez a él se deba la racional explotación del bosque, que garantiza su vida y su necesaria reforestación.

Sobre el declive pacífico de la sierra de Juárez, al fondo de una de las cañadas que ha labrado el arroyo de Guadalupe, vive un grupo de emigrantes rusos, organizados en una pequeña población agrícola. La colonia rusa de Guadalupe se comunica, por una amplia brecha, con la carretera Tijuana-Ensenada; pero su singularidad, su aislamiento cultural y social (aunque no económico) la integran mejor al paisaje de la sierra que al de las ciudades norteñas. Por lo demás, la colonia rusa es un exotismo en Baja California, como podría serlo en cualquier parte de México, del mismo modo que lo son los menonitas y mormones en Chihuahua y los italianos en Puebla.

Llegaron a la región hacia 1906, procedentes del Cáucaso, y antes de entrar en Baja California habían cruzado todo el suroeste norteamericano. Eran, en este tiempo, cien familias emigrantes, y en total, contando los viejos de luengas barbas, las mujeres blancas y los niños rubios, cerca de 350 personas. Los rusos emigraron en busca de algo mejor que tierras: paz. En Rusia, por aquellos años, no había tranquilidad: se luchaba contra el

Japón, el yugo de los zares se hacía insoportable y los conflictos internos de la nación se agigantaban, como presagios de la cercana revolución roja. Los demás rusos podían pelear, si querían; pero éstos, los que emigraron, no podían hacerlo. Se los impedía su religión, una religión cristiana cuyo primer mandamiento ordena inflexiblemente la paz.

El gobierno de Porfirio Díaz permitió su entrada en México y les alquiló tierras (más tarde compradas por ellos) una vez que los emigrantes renunciaron a su nacionalidad y se convirtieron en mexicanos. Formaron un pueblo trabajador, agrícola, y en sus tierras sembraron vid, trigo, otros cereales y legumbres.

A pesar de su anhelo de paz, no disfrutaron de ella mucho tiempo. Sufrieron ataques durante la Revolución y después fueron víctimas de una ofensiva agrarista. Esto los diezmó, muchos emigraron a Estados Unidos, y solamente quedan, en Guadalupe, 22 familias descendientes de los originales emigrantes.

Los rusos han conservado, a pesar de los años transcurridos desde su salida de Rusia, cuatro rasgos de su cultura original: la religión, el idioma, la camisa de cuello ruso y el samovar. La religión la practican los domingos y días festivos, el idioma se escucha todos los días, y la camisa se ve solamente en los días de fiesta. Los jóvenes se alejan paulatinamente de la cultura tradicional, todos ellos hablan aún el idioma, pero no se les ve en el templo ni usan la elegante indumentaria del país natal de sus abuelos.

La religión de este pueblo ruso es cristiana, pero no es ni ortodoxa, ni protestante, ni católica. La llaman Malakán. Tiene como libro básico la Biblia, y como mandamientos principales los que ordenan la paz y prohíben comer carne de cerdo o peces que no tengan escamas, beber y fumar. No tiene sacerdote especial, y cualquiera de los viejos puede oficiar en los ritos. Tampoco concede especial atención al templo, y la casita que sirve como tal, derruida a medias, es solamente un cuarto con bancas adosadas a los muros, una mesa donde se colocan los libros sagrados y una esterilla donde se arrodilla el director que inicia los rezos y los cánticos. No hay torres ni campanas, no se llama a la oración, ni muestra nada, en el exterior, que indique que se trata de la Casa de Dios.

Los rusos de Guadalupe tienden a desaparecer, absorbidos por el medio social y expulsados en parte por la política agraria de que han sido



Ruso de la colonia Guadalupe preparando el té en el samovar. (Foto: Zataráin)

víctimas. Por ahora, el pueblo está en decadencia, y cuando no exista más, Baja California habrá perdido la única nota exótica, de carácter oriental, que presenta en su largo territorio.

El camino que corta el bosque desde La Rumorosa hasta el aserradero de Juárez, realmente se interrumpe en este último lugar y busca salida hacia Ensenada. Pero a falta de él, otros caminos, menos transitados, menos amplios, y nunca reparados, siguen rumbo sur por lo alto de la sierra. El principal de ellos lleva hasta el mineral de El Álamo, situado a la misma latitud que Santo Tomás. Es El Álamo otro pueblo minero abandonado, que conoció años de auge y que ahora solamente visitan los gambusinos. Su fisonomía es más triste que la del pueblo de Los Gavilanes, porque aquí, ya un poco sobre el declive del Pacífico, la sierra no se adorna con el alegre verde de los bosques.

La sierra de Juárez termina un poco más al sur de el mineral de El Álamo. Se interrumpe de repente para dar paso a una estrecha garganta que va del Pacífico al golfo de California y que en la teoría del mapa (pues en la práctica es imposible) comunica San Vicente, sobre el océano, con San Felipe, en el golfo. La sierra de Juárez, pocos kilómetros antes, alcanza su mayor altura, a 2 300 metros sobre el nivel del mar; pero al llegar a este paso descendiendo súbitamente hasta alcanzar apenas 1 000 metros. Es un descanso que se toma. Pocos kilómetros más al sur, volverá a levantarse, esta vez con más fuerza, para alcanzar una altitud mayor, pero entonces ya no se llamará sierra de Juárez: será la sierra de San Pedro Mártir.

XVIII

En el que se recorre una llanura sembrada de optimismo

Desde Ensenada hasta San Quintín, sobre la amplia faja costera que limitan el océano Pacífico y las estribaciones de las sierras de Juárez y San Pedro Mártir, se tiende otra esperanza agrícola del Territorio Norte. La realidad de Mexicali parece no bastar a la ambición bajacaliforniana, y los hombres han decidido que también puede cultivarse la tierra del lado del Pacífico, y propiciarse, a la orilla del mar, el desenvolvimiento de nuevos pueblos y la fundación de futuras ciudades. Esta decisión económica ha tenido una consecuencia política: el pueblo bajacaliforniano, después de haberse aglomerado a las puertas de la patria, regresa ahora en un lento movimiento de reflujó hacia el corazón peninsular, donde la población es notoriamente escasa.

La primera base en el avance hacia el sur ha sido Santo Tomás. Hasta antes del gobierno de Abelardo L. Rodríguez fue la sombra del pueblo que fundaron los dominicos; ahora es el centro productor de vid más importante de la península.

Santo Tomás lo hacen un valle y un poblado. El primero es estrecho y largo, encerrado —más exacto sería decir encarcelado— entre los últimos contrafuertes de la sierra de Juárez. El pueblo es muy pequeño, apenas en gestación, y está agrupado en torno a las ruinas de la misión dominica. Por el valle cruza longitudinalmente un río, un arroyo para ser más exactos. Lleva agua casi todo el año; pero tan poca, que no puede prestar mucha ayuda a los cultivos. Los viñedos ocupan todo el valle, exceptuando los rincones donde el suelo no tiene capa vegetal. La superficie cultivable pasa de las 1 000 hectáreas, y toda ella está cubierta por las vegas que abastecen de uva a la compañía vinícola de Ensenada.

Por su colocación entre los contrafuertes de la sierra, el valle de Santo Tomás parece el fondo de un inmenso anfiteatro. La carretera lo rodea a bastante altura, sobre una muesca abierta en las laderas de los cerros desnudos.

El valle tiene una salida, la misma del arroyo: el mar. Se va a él siguiendo un camino encerrado entre dos murallas, que se apartan de trecho en trecho para dejar espacio a los ranchos mitad agrícolas y mitad ganaderos. Al final del camino, al desembocar a una costa agresiva y acantilada, se llega a un campamento de pescadores de langosta. El sitio es extraordinariamente atractivo, por su escarpado litoral, y pronto será ocupado por un negocio turístico. Para entonces perderá su característica de costa inédita. No será ya sino una plataforma pétreo y domesticada para servir de cimiento a un motel de 8 ó 10 dólares por habitación.

Treinta kilómetros adelante de Santo Tomás, siguiendo la carretera costera, que justifica este nombre colocándose en ocasiones a la vista del océano, está San Vicente, a 175 kilómetros de la línea fronteriza. Es otro pueblo antiguo con aspiraciones modernas. Tiene, a sus orillas, las ruinas de su misión dominica; pero éstas, como las que quedan todavía en Santo Tomás, están sumamente destrozadas por el tiempo y la piqueta afanosa de los ilusos buscadores de tesoros. Por lo demás, estas misiones, al igual que las de Santo Domingo, El Rosario y San Fernando, fueron construcciones humildes, de adobe, destinadas a desaparecer por los efectos de las lluvias y de los vientos.

En San Vicente, la montaña empieza a dejar amplitud al valle costero. Hay mucha tierra y pocos hombres. La agricultura no ha podido hacerse intensiva y se reduce a varios ranchos, muy alejados uno del otro, donde se practica una agricultura primitiva. Como en Santo Tomás, hay un cañón que lleva directamente al mar, donde también se piensa en el turismo. El pueblo de San Vicente permanece estático mirando a la carretera y pensando que el comercio y el turismo podrían ser la mayor solución a su economía. Cuando se llega aquí, desencanta el poco arraigo del hombre a la tierra, a pesar de que estos hombres sólo tienen por horizonte la llanura. Sin embargo, a poca distancia, entre los lomeríos que son el último estribo de la sierra, se levanta poco a poco un nuevo espíritu esperanzado en la nobleza del suelo.

Donde el optimismo del moderno bajacaliforniano se ha depositado en la tierra, es un poco más adelante, precisamente donde la carretera

...de las ruinas de la misión dominica de Santo Tomás, en el valle de la Guadalupe, en el estado de Oaxaca, México. La imagen muestra un paisaje rural con un edificio de adobe en ruinas a la derecha, una palmera a la izquierda y montañas al fondo bajo un cielo nublado.



Ruinas de la misión dominica de Santo Tomás.

...de las ruinas de la misión dominica de Santo Tomás, en el valle de la Guadalupe, en el estado de Oaxaca, México. La imagen muestra un paisaje rural con un edificio de adobe en ruinas a la derecha, una palmera a la izquierda y montañas al fondo bajo un cielo nublado.

asfaltada se convierte en el camino real. Es en la llanura que empieza en Camalú, se prolonga a través de San Ramón, colonia Vicente Guerrero, San Quintín, San Simón y termina en Santa María. El primer punto a 250 y el último a 340 de la frontera: cien kilómetros de tierras fértiles que tienen una anchura media de 8 000 metros.

El centro vital de todo este valle es San Quintín, y con ese nombre podría designarse toda la llanura, si es que no fuera más apropiado, por sus aspiraciones, llamarlo en este libro con el nombre de Valle de la Esperanza.

La esperanza de los hombres por ver a San Quintín convertirse en un inmenso campo agrícola nació hace más de medio siglo, cuando los ingleses adquirieron toda la planicie costera. La concesión la perdieron al poco tiempo, porque en vez de dedicarse a la agricultura, a sembrar trigo y cebada como habían prometido, los activos británicos de entonces se pusieron a buscar minas y a explotar fundos mineros. Faltaron a su palabra y perdieron la oportunidad; oportunidad que ahora está en manos de los bajacalifornianos.

Originalmente, el valle de San Quintín formó parte de la concesión de Luis Hüller y Compañía, otorgada en 1883, la cual cedió las tierras que rodean la bahía de San Quintín a la Compañía Colonizadora y Explotadora de Baja California,* firma inglesa cuyo interés declarado era el de sembrar trigo y beneficiarlo convertido en harina de exportación. Parece que todo este traspaso se inició bajo los malos auspicios de un engaño. Los norteamericanos se habían dado cuenta de que las tierras de San Quintín eran inútiles por la falta de agua, tanto de corrientes superficiales como de lluvias, y, por tanto, no eran propicias para siembra. Después de una temporada de lluvias que se distinguió por su excepcional abundancia, el valle se vistió de verde y los concesionarios aprovecharon para vender a los interesados ingleses. Los británicos se tragarón el cuento de la fertilidad del valle, y en 1900 cerraron el trato que les hizo propietarios del Valle de la Esperanza.

Los ingleses, al darse cuenta del fraude, disimularon su decepción y prepararon a su vez otro fraude. Perforaron pozos, abrieron canales que

* El nombre de esta empresa fue el de Compañía de Desarrollo de Baja California, filial de la Compañía Mexicana de Terrenos y Colonización mejor conocida como la "Compañía inglesa". (N.E.)

nunca llevarían agua, enterraron tubería para hacer creer que todo iba bien en un gran proyecto de colonización, y se dispusieron a estafar a los incautos que se interesaron por las tierras. Para dar mayor apariencia de veracidad a su historia de la pródiga llanura edificaron un molino para beneficiar el trigo, todo construido con materiales importados, incluso los ladrillos, y lo pusieron a trabajar... pero con trigo también importado. Los barcos llegaban a la orilla del muelle cargados de grano, lo transportaban al molino levantado a pocos metros del fondo de la bahía, lo molían, y luego lo volvían a embarcar ya encostalado. A pesar de lo bien preparado que estuvo el fraude, nunca llegó a realizarse. Durante la presidencia de don Venustiano Carranza la concesión fue anulada y los ingleses tuvieron que abandonar la península, dejando como único recuerdo de su estancia algunos canales que nunca llevaron agua y que hoy están cegados; el molino, que recientemente fue derruido, y un muelle, del que sólo quedan los pilotes.

En 1931, el gobierno mexicano decidió dar destino a esas tierras, que, después de la salida de los británicos, habían recobrado su desolado aspecto. En ese año, 500 familias fueron repatriadas de Estados Unidos y enviadas al Valle de la Esperanza, para que se establecieran allí y buscaran en la agricultura la base económica de su vida. El envío de esas familias a la llanura desértica tuvo características de asesinato colectivo. Los presuntos colonos, sin dinero, sin maquinaria y sin apoyo alguno, se encontraron aislados en el desierto, sin agua, ni comestibles, ni manera alguna de conseguirlos. La colonización resultó un fracaso. Los repatriados huyeron tan pronto como las circunstancias lo permitieron, y de las 500 familias que fueron originalmente, solamente once lograron dominar la situación, estableciéndose definitivamente en la parte del valle conocida como San Simón. Una de estas familias fue la descubridora del manto freático que a 25 metros de profundidad parece extenderse bajo todas las tierras potencialmente fértiles, y cuya existencia es el mejor respaldo a los actuales esfuerzos agrícolas.

Durante los últimos años han llegado al Valle de la Esperanza otros emigrantes bajacalifornianos, tanto del norte como del sur, y la región parece encaminarse hacia la prosperidad. Las tierras se han dedicado preferentemente a los cultivos de tomate, chile, frijol, maíz, chícharo, trigo, cebada y papa. En Camalú, especialmente, grandes extensiones han

sido sembradas con olivos, y en la misma región se han organizado, con éxito, parques avícolas y ranchos ganaderos. Los cereales y las legumbres son productos de exportación, pero los productos de las granjas avícolas tienen demanda en las ciudades norteñas del territorio.

En el norte del Valle de la Esperanza: Camalú y San Ramón, predominan los pequeños agricultores. En colonia Guerrero, los ejidatarios. Pero en lo que es propiamente San Quintín se está repitiendo la historia de la entrega de tierras a ciudadanos norteamericanos. A pesar de que la Constitución de la república prohíbe a los extranjeros tener propiedades sobre la costa, las poseen en San Quintín, cuyo destino, desde tiempos de Juárez y Díaz, parece ser el de mantenerse bajo la propiedad legal o ilegal, honesta o fraudulenta, de los anglosajones.

El Valle Optimista tiene una espléndida vista al mar por la bahía de San Quintín, bien protegida, enorme y profunda. Su riqueza marítima, aún inexplorada, constituye el mejor recurso de la región. A sus orillas, donde están los restos del molino de los ingleses, una compañía bajacaliforniana ha iniciado la construcción de un campamento de turistas y de una base pesquera, a la que pronto se agregará una empacadora. Es éste el plan más razonable que hasta ahora se haya intentado en San Quintín, y seguramente el que se verá realizado con éxito. Aquí, en menos tiempo, se repetirá la historia de Ensenada, y pronto tendrá el valle una ciudad como centro de una zona agrícola y ganadera. Cuando eso se realice, el Valle de la Esperanza ya podrá llamarse el Valle de la Realidad.

En el límite occidental de la llanura, a orillas del arroyo de Santo Domingo, vacío la mayor parte del año, y precisamente al pie del primer escalón de la sierra, está el rancho que guarda la más antigua tradición de San Quintín: rancho Hamilton. No es éste un rancho como otro cualquiera; tiene personalidad, abolengo, una larga historia y suma elegancia. Fue construido por Randolph Young, uno de los primeros extranjeros que trajo la concesión Hüller & Co., y llegó, de generación en generación, a propiedad de Harriet Hamilton, quien le dio nombre. Últimamente fue comprado por un italoamericano: Roy Parodi, quien ha sabido incrementar las posibilidades agrícolas del lugar sin quitarle nada de su señorial personalidad. Por tradición, también, rancho Hamilton es el cuartel de los cazadores del norte peninsular. Cerca de él, en la montaña, se encuentran todos los motivos para disparar un rifle o una escopeta: venado, codorniz,

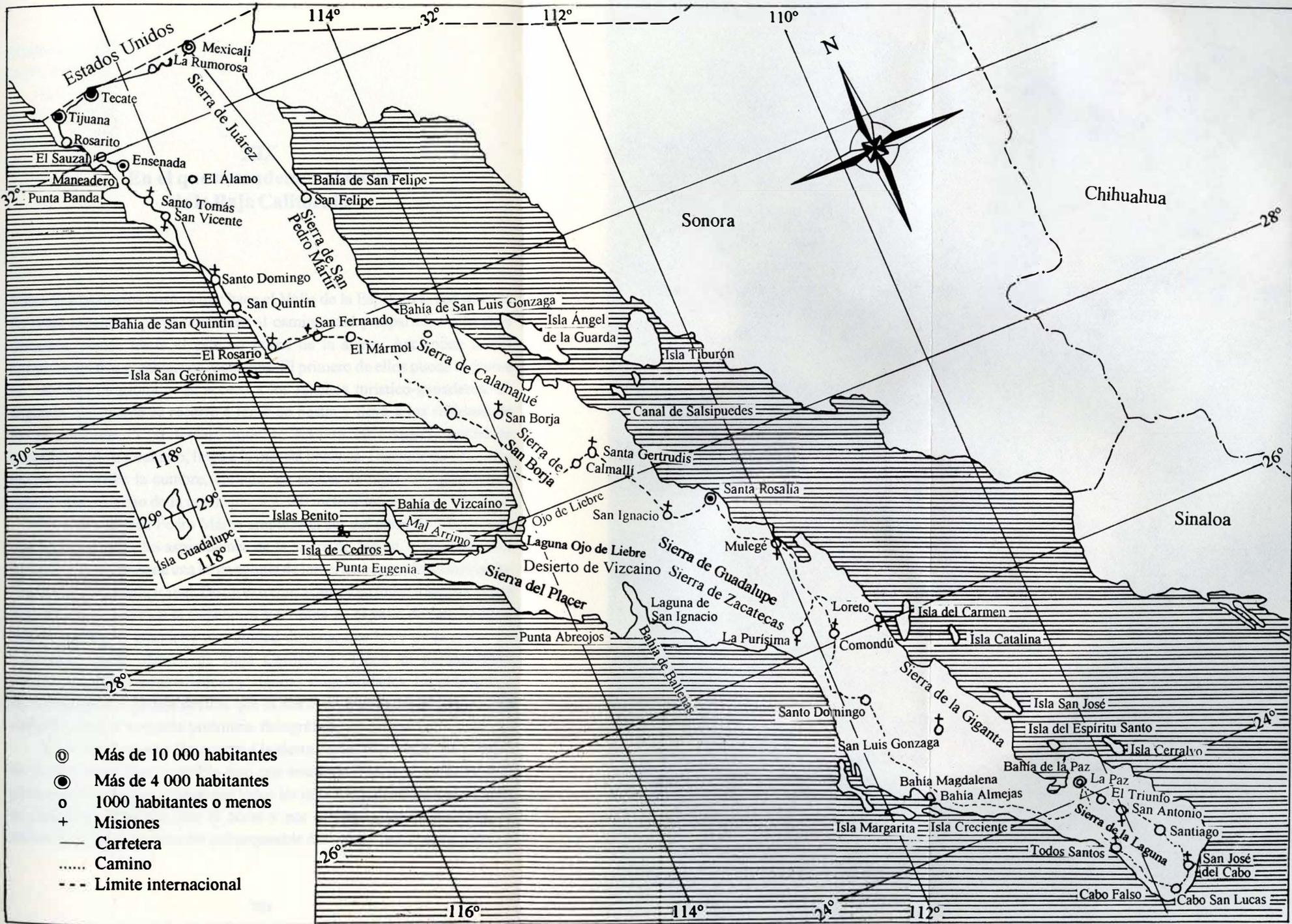
faisán, liebre y león americano. Cuenta con una pista para los aviones de los turistas, y con un camino de tres kilómetros que lo comunica con el camino real.

Con rancho Hamilton se completa la lista de posibilidades de tipo económico que garantizan el futuro del valle. Detrás de estas posibilidades están los hombres felices y un tanto visionarios, cuyo espíritu es el espíritu mismo de la moderna Baja California. Uno de ellos, el viejo Garmendia, quien en 1945 llegó a la llanura, levantó una tienda de campaña y se decidió a vivir o a morir por la agricultura, me ha dicho: “¡Es verdad, parecemos y somos felices; porque en la Baja California es feliz todo el que ha venido a crear!”

Esta me ha parecido la mejor moraleja para darle sentido al relato sobre el Valle de la Esperanza.



Roy Parodi y su esposa, actuales propietarios de rancho Hamilton.
(Foto: Zataráin)



- ⊙ Más de 10 000 habitantes
- Más de 4 000 habitantes
- 1000 habitantes o menos
- + Misiones
- Carretera
- Camino
- - - Límite internacional

XIX

En el que ascendemos al techo de la Baja California

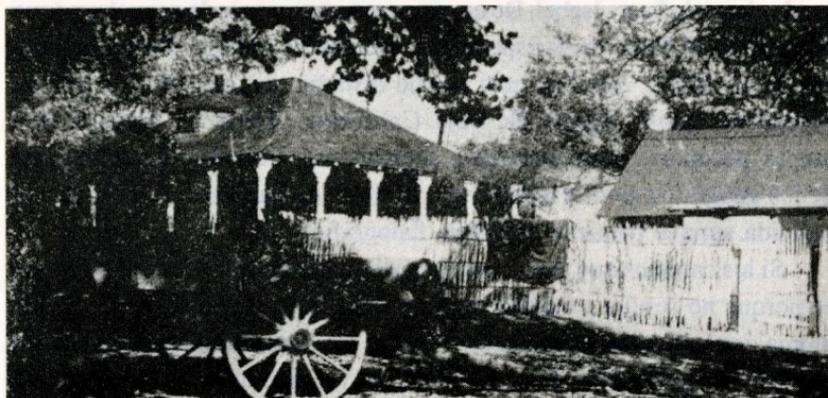
Sobre la plataforma costera que hace el Valle de la Esperanza, una docena de rutas paralelas, perpendiculares al camino real y repartidas a trechos distantes, parten hacia el este en busca de la sierra. Ascienden a ella apoyadas en tres gigantescos escalones. El primero de ellos puede cruzarse en vehículo de motor y da acceso a los ranchos turístico-ganaderos. El segundo, solamente se recorre a lomo de bestia y lleva a los rincones de los gambusinos. Y el tercero, que se levanta en cansada pendiente accesible a pie o a caballo, llega a la meseta boscosa. Después de ésta, sólo queda más arriba la cumbre, cortada en aristas de pirámide, granítica e inaccesible: el techo de la península, a 3 340 metros sobre el nivel del mar.

La sierra de San Pedro Mártir empieza al sur del paralelo 32°; donde una barranca corta las aspiraciones de la sierra de Juárez, y termina en el paralelo 30°, después de una larga agonía de lomeríos conocidos con el nombre de sierra de Santa Isabel. De un extremo a otro, y en toda su anchura (que empieza en el Valle de la Esperanza y termina en el valle de San Felipe), San Pedro Mártir mantiene una unidad distinta, que hace de la sierra un verdadero “país” dentro de Baja California. Tiene su personalidad propia, peculiares características y algunas singularidades. En el lenguaje de los geógrafos, podría decirse que la sierra de San Pedro Mártir es una definida aunque pequeña provincia fisiográfica.

Si los caminos que dan acceso a la sierra parten solamente por el oeste es porque no resulta accesible sino por este lado. Hacia el golfo se desploma verticalmente, al igual que todos los macizos montañosos que hacen el espinazo peninsular. Por el norte y por el sur, la sierra mantiene su aislamiento por la barrera del infranqueable desierto, y únicamente permite



Estribaciones de la sierra de San Pedro Mártir. (Foto: Zataráin)



Rancho Melling, en las estribaciones de la sierra de San Pedro Mártir.

el paso por el oeste, y esto porque es hacia el Pacífico hacia donde corren todos los arroyos que se alimentan de los manantiales de la cumbre.

Al fondo del primer estribo de la sierra, repartidos a lo largo de ella, están los ranchos ganaderos y turísticos. Viven más de aquello que de esto; pero como guardan una larga tradición, son visitados frecuentemente por viajeros norteamericanos, que llegan aquí a pasar temporadas de descanso, dedicados a sus deportes preferidos, de caza o de pesca.

Al fondo del segundo estribo, también repartidos longitudinalmente, están otros ranchos que en nada se parecen a los anteriores. Se asientan precisamente al pie de los escarpes que sostienen la última plataforma montañosa, perdidos en una soledad imponente y casi mimetizados por la fuerza de ese paisaje, espantosamente desnudo y ocre. No es fácil encontrarlos porque no hay caminos que lleven a ellos, y además, porque son pocos para tan inmensa superficie. Su búsqueda puede dar el mismo resultado que buscar una isla en el Pacífico sin cartas ni instrumentos de navegación. En realidad, no parecen existir, y cuando uno marcha horas y horas sobre el desierto con la esperanza de llegar a uno de ellos, hay ciertos momentos en que el cansancio, la obsesionante repetición de los colores muertos y la polvareda que levantan los cascos de las bestias influyen en el ánimo, y se tiene la convicción de que no es posible su existencia en ese rugoso espacio, sin agua y sin vegetación.

Sin embargo, allí están. Son ranchos de una sola casa, una pequeña huerta de legumbres, una bestia de carga y una edad que lo mismo puede ser de veinte que de doscientos años. Viven a la orilla de los arroyos que descienden de la cumbre, y sin ellos, su existencia sería imposible. No tienen huertos de frutales porque en toda esa región, que debe corresponder a la costa de 1 600 metros, los arroyos son los naturales huertos de la sierra. En sus riberas abundan los olivos, perales, manzanos, aguacates y otros frutos que sembraron los misioneros hace dos siglos. Los dominicos fundaron una misión en la meseta elevada de la sierra de San Pedro Mártir, y seguramente en la ruta, al cruzar las corrientes, fueron dejando semillas que germinaron, fructificaron y se reprodujeron en todos los sitios donde las empujaron y alimentaron los arroyos. Los rancheros de la región aprovechan este generoso recuerdo de los dominicos, y algunos de ellos, favorecidos con alguna brecha transitable en camión, llegan a enviarlo en cortas cantidades a los mercados del norte. El resto se pudre en las ramas,

o lo comen los animales de corral. Con las aceitunas de los centenarios olivos los rancheros engordan cerdos, porque no tienen otra cosa que hacer con ellas.

Las familias de los ranchos son tan viejas como los propios olivos. Viven en un absoluto aislamiento que ni les preocupa ni les inquieta. Su ritmo de vida es el mismo que el de los bisabuelos de quienes heredaron el nombre y las tierras. Para ellos, la existencia transcurre ajena a todas las convulsiones del mundo exterior y aun a la misma evolución peninsular. No hay censo que haya registrado su irrisoria población, ni escuela que dé acogida a su también escasa niñez.

Para estos rancheros la vida es simple y fácil: lo que no produce el lugar lo obtienen con el dinero que les deja la venta de sus productos. Por lo que respecta a la alimentación, no existe problema alguno: los frutos los proporciona la arboleda del arroyo; las legumbres, el huerto detrás de la casa; la carne, los animales de corral o los del monte y, para evitar la monotonía en la dieta, ahí están en el arroyo, en cantidad suficiente para practicar la pesca con la mano, sin red ni anzuelo, las ricas truchas que sembrara en las corrientes fluviales el generoso espíritu de un moderno misionero.

Las truchas que abundan en los arroyos de la sierra de San Pedro Mártir tienen una interesante historia que vale la pena relatar. Son las truchas de mister Utt.

Todavía al iniciarse la redacción de este libro, a principios de 1950, mister Utt vivía, pequeño, viejo y encorvado, en una espléndida finca que poseía en Santa Ana, California. Era norteamericano y millonario, filántropo y enamorado: enamorado de Baja California, y especialmente de la sierra de San Pedro Mártir. A ella venía todos los años a pasar el verano. Se alojaba en uno de los ranchos del primer escalón de la sierra, y terminaba la temporada realizando un ascenso hasta la propia cumbre. Esta hazaña, que envidiaría cualquier alpinista, la repitió hasta el último año de su vida, cuando contaba con un poco más de ochenta años de edad.

En alguna de sus primeras excursiones a la sierra, mister Utt descubrió que en uno de los arroyos de la región abundaban las truchas, y que en todos los demás, que son más de una docena, no había peces. mister Utt gustaba de pescar truchas; pero, por lo que hizo más tarde, parece que gustaba más verlas nadar en libertad en las aguas de los arroyos.

Para remediar este error de la naturaleza, que favorecía a un río y se olvidaba de otros, mister Utt decidió cambiar a las truchas de sitio. Desde entonces ocupó sus vacaciones de verano en distribuir truchas, la más extraña tarea que se le pueda ocurrir a un millonario.

Y todavía anciano, empequeñecido por los años, mister Utt seguía repartiendo truchas en las corrientes que descienden de la sierra. Llevaba amigos y guías consigo. Los primeros se encargaban de atrapar peces con las manos, y los segundos de transportar a las truchas vivas hasta otros arroyos. Para eso se valían de cajones especiales que cargaban bestias y cuya agua se renovaba cada cierto tiempo, en las horas o los días que duraban las marchas hacia los otros arroyos que nunca habían sabido de truchas. Esta fue una gigantesca tarea; pero, gracias a ella, el viajero que marcha hoy por las rutas de la montaña puede saciar su sed como aplacar el hambre en los arroyos de San Pedro Mártir.

Preguntaréis por qué hizo tal cosa mister Utt. El millonario californiano no poseía propiedad alguna en Baja California, ni tenía ranchos o fincas en la sierra, como tampoco pensó en organizar un negocio a base de truchas. Lo que hizo fue un gesto de amor a esta región, a la tierra peninsular. Ahora ha muerto. No tendrá tumba ni lápida en la tierra que amó, puesto que murió y fue sepultado en su país. Sin embargo, su recuerdo vivirá en los arroyos de la sierra, perpetuado en las truchas deliciosas... las truchas de Utt.

De todos los arroyos que bajan de la cumbre, hay uno que merece un recorrido aguas arriba. Es el arroyo de las Garzas, cuyo nombre sería inútil buscar en el mejor de los mapas. Se puede encontrar la línea verde de su curso en el rancho de San Antonio de los Murillo, un rancho que, por supuesto, tampoco aparece en los mapas, pero al que puede llegarse preguntando y siguiendo a un buen guía durante una jornada a lomo de bestia. En el rancho, el arroyo corre por un pequeño valle, divide en dos su superficie gris y raya de arboleda su suelo estéril. No es empresa fácil seguirlo en sentido contrario a la dirección de su corriente, porque la montaña está todavía sin pulir y amontona obstáculos de rocas nuevas, cortadas en aristas, por las que todavía no se desliza una vereda de tránsito. El arroyo es el único que ha encontrado un camino entre las moles de granito, pero su curso es retorcido y temeroso, vacilante entre los inmensos desfiladeros que lo escoltan y empequeñecen.

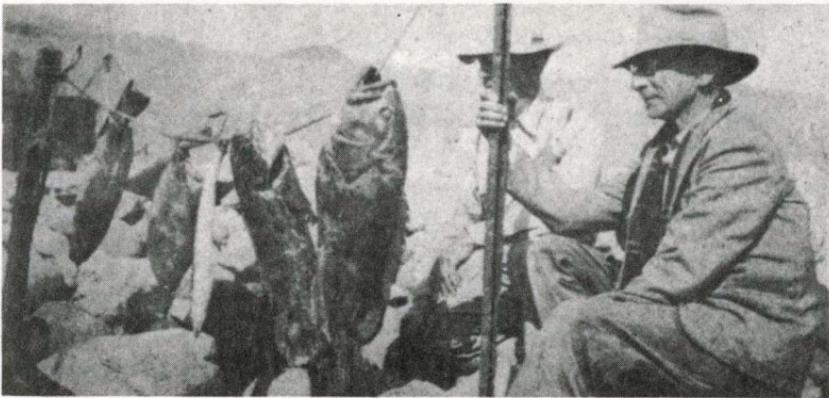
Diez kilómetros arriba, el arroyo parece brotar de la base de una inmensa roca que cierra el paso. A derecha e izquierda, dos desfiladeros que se elevan tan verticales como muros impiden el rodeo. Practicando alpinismo se puede subir a la cumbre de la roca. La roca es el dique de un pequeño lago de aguas cristalinas y poblado de truchas gigantescas (truchas de Utt, por supuesto). Sobre el dique termina el viaje y no es posible avanzar más, sin embargo, la mirada puede seguir ascendiendo hasta la cumbre. De ella, verticalmente, sobre un corte que no tiene inclinación, el arroyo de las Garzas da un espantoso salto hacia la laguna. Forma una cascada imponente por su altura. Tiene 900 metros exactamente, lo cual quiere decir que es la cascada más alta de México. Su salto no es continuo, porque del corte pétreo sobresalen tres escalones que la convierten en un cuádruple salto. Sumados los cuatro es como se obtiene esa altura de 900 metros. La cascada, que viene a ser la más espectacular singularidad de la sierra de San Pedro Mártir, e indudablemente de la península desértica, lleva el nombre del rancho que duerme en el valle gris y ocre que hemos dejado atrás: San Antonio.

El río de las Garzas, que da origen a la extraordinaria cascada de San Antonio, nace en lo más alto de la meseta. Es un hijo de los escurrimientos acuosos que llora el bosque de pinos de la cumbre. Este bosque, inmenso, permaneció virgen hasta mediados de 1950. A fines de ese año, una compañía norteamericana inició los trabajos de explotación maderera. Ha construido una carretera que parte del camino real y llega a la cumbre en un ascenso continuo. Es una formidable obra de ingeniería. Por ella se puede alcanzar el bosque en tres horas de viaje, cubriendo una distancia que antes se recorría en dos jornadas a caballo. Se ha ganado en rapidez, y ahora la ascensión a la sierra es un paseo y no una expedición. Pero también, con la misma rapidez, el bosque está amenazado: lo que tardó milenios en formarse y resistió tres siglos al egoísta afán destructor del hombre, se acabará en pocos años, convertido en tablas que se enviarán exportadas a la vecina nación. Cuando la cumbre esté desnuda morirá también el arroyo de las Garzas, la cascada dejará de saltar un abismo de 900 metros, y se extinguirán las truchas de los arroyos que sembrara con tanto amor el espíritu generoso del viejo Utt.

Por lo demás, el destino de los arroyos de San Pedro Mártir es cruel e inexorable. Siempre han sido ríos que mueren en lo mejor de su juventud.

Y si esto no lo sabe ya el lector es porque no leyó muy detenidamente el capítulo anterior. Al hablar del Valle de la Esperanza he dicho que no cuenta con más agua que las del subsuelo, a 20 o 25 metros de profundidad. Antes, también, he escrito que en toda la costa del Pacífico de la Baja California ninguna corriente fluvial desemboca en el mar, exceptuando la del río Rosario (más al sur) y las pasajeras que precipitan las ocasionales tormentas. Por otra parte, he afirmado que todos los arroyos que descienden de la sierra de San Pedro Mártir lo hacen por el declive del Pacífico. Entonces ¿qué es lo que pasa con los arroyos de la sierra? ¿Adónde van a parar esas aguas claras que destilan los pinares de la cumbre?

Los arroyos de San Pedro Mártir no llegan a ninguna parte. Son corrientes fracasadas. Descienden a toda prisa por los murallones graníticos de la montaña (uno de ellos, ya lo hemos visto, salta en su prisa un abismo de 900 metros) y parecen buscar siempre los más pronunciados declives para cobrar tiempo. Pero a pesar de su diligencia, que acaso se origine en el miedo de un trágico presentimiento, no llegan: mueren en el camino al mar, tragados por el desierto, alimentando la insaciable sed de la planicie costera. Esta muerte de los ríos acaso sea mejor y pueda interpretarse como una medida preventiva de la naturaleza. Si estas aguas se fueran al mar, ¿quién iba a alimentar entonces el manto del subsuelo? Ese manto que por ahora es la esperanza de los hombres que tratan de hacer pródiga la llanura...



Míster C.E. Utt, "sembrador" de truchas en los arroyos de Baja California, con ejemplares capturados.

XX

En el que se habla de los hombres y distancias del camino

En San Quintín termina la carretera y empieza realmente el camino real. Entre ambos hay una advertencia al caminante: un vacío de rutas o, mejor dicho, un exceso de rutas. La llanura (el extremo meridional del valle) está cruzada de veredas que corren en todas direcciones, todas extraviadas. La que viene del norte desaparece de pronto, en un punto que no tiene pueblo, ni rancho, ni señal alguna de vida. Antes del término parten ramales que van a la playa cercana o a la montaña que se mira a lo lejos. Empiezan las vacilaciones. Termina el viaje, y para el forastero que nunca pasó de aquí empieza la aventura. Frente a alguna choza muy humilde, donde vive una familia que espera el día en que sus tierras serán un productivo rancho, diez brazos señalan el rumbo deseado: sureste. Hay que acercarse a la primera ondulación de la montaña; sobre ella corre al sur el camino real.

Y henos aquí en el otro México, en marcha contra el tiempo. De hecho, viajamos hacia atrás, al encuentro de una época que podía suponerse muerta, pero que vive aún. Durante cientos de kilómetros viviremos en contacto con las cosas y los hechos que pasaron, en los paisajes donde el hombre perdió el camino, ¡gran fortuna suya!, de la cultura de la máquina, de la guerra y del átomo. Atrás quedan las ciudades norteñas donde el influjo de la civilización americana ha dejado una huella profunda junto con un alto nivel de vida; atrás quedan también los pueblos de transición que importan cierto porcentaje de influencia por la carretera; pero donde ésta termina, la transculturación se interrumpe. El paso de una a otra cultura, de la moderna a la antigua, es paulatino; corresponde su velocidad a la misma que el buen o el mal estado de la carretera determina. Donde ella acaba, acaba el proceso. Queda, sin embargo, un resto de

influencia: la que lleva el viajero; su vehículo *made in USA*, su parafernalia de aventurero, y sus complejos. De algo podrá desembarazarse en la distancia; pero la limpieza nunca es total sobre esa ruta del desierto, y lo que no puede sacudirse va dejándolo en el interior, contagiando de inquietudes a los pequeños pueblos que veremos.

Por el camino al corazón de Baja California, los viajeros que pasan pueden ordenarse en una clasificación más o menos rígida. Son principalmente aventureros. Los hay de dos clases: los deportistas y los buscadores de tesoros. Como el camino real (conocido en los proyectos nacionales de caminos como carretera transpeninsular) no es una ruta turística, puesto que a lo largo de sus 2 000 kilómetros casi no hay hoteles, ni restaurantes, los turistas que emprenden la aventura de lanzarse al sur son de un tipo especial: deportistas que confían en su entrenamiento físico, en su iniciativa, en su resistencia y en la potencia de su vehículo. Son éstos, exclusivamente, americanos en busca de emociones. Los otros aventureros, los buscadores de tesoros, son también norteamericanos en su mayoría, y llegan al camino real acicateados por la esperanza de encontrar una veta en las montañas, un bosque explotable en las cumbres, un yacimiento en las costas, o un campo propicio, también sobre la costa, para convertir en dólares las inexplotadas riquezas del mar.

Pasan también por el camino real los "fayuqueros". Si se toma en consideración que los fayuqueros viajan, por lo regular, solos, manejando ellos mismos el camión que les sirve para transportar su mercancía, podría clasificárseles como otro tipo de aventureros. Pero el fayuquero, a sí mismo, no se considera tal. Él es un comerciante, y no otra cosa. Un comerciante que compra y vende cuanto hay, que sale de la frontera con el camión lleno de latería y ropa americana, y que cuando regresa, después de haber recorrido 4 000 kilómetros en el viaje de ida y vuelta a San José del Cabo, trae a los pueblos del norte queso de los pueblos del sur, piloncillo de los pueblos del centro, y productos de pesca de los campamentos del golfo.

A menudo, el fayuquero es el único lazo entre algunos pueblos. Lleva y recoge en ellos la correspondencia, cumple encargos y traslada carga local en viajes especiales. Transporta pasajeros de un pueblo a otro y es el mensajero de todos los sucesos registrados en lugares distantes. Es, en suma, una especie de heraldo de noticias. El fayuquero es la principal institución del camino real, y entre ambos existe una correlación de causa y efecto. Sin fayuqueros el camino no existiría, y sin éste no habría

fayuqueros. Muchos tramos nuevos, muchas desviaciones en el interior, han sido abiertas por los hombres de la fayuca, y seguramente mucho deben a ellos los viejos pueblos y las nuevas rancherías del interior. Son el eje en torno al cual gira y se mantiene la cohesión económica y social del corazón bajacaliforniano.

Desde otro punto de vista, el fayuquero es un romántico: el sempiterno enamorado del camino a través del desierto. Ama su oficio con un increíble desinterés. Viajar, vender y comprar son para él ritmos de una poesía que nada tiene de económica. A veces logra reunir un buen capital, pero por lo regular gana apenas lo suficiente para vivir una humilde vida de vagabundo. Tiene crédito en todos los centros de producción, y él lo concede en todos los pequeños centros de consumo. Presta mercancías fiado en la honradez clásica y absoluta del hombre del desierto, y las cobra cuando las posibilidades del acreedor lo permiten. Es amigo de todos, y todos son amigos de él. En cada pueblo o en cada ranchería tiene un hogar, y en cada familia de cada rancho su propia familia. En el camino entre pueblo y pueblo, es el mejor auxiliar del viajero extraviado o desorientado; del caminante en un aprieto o detenido por un accidente. Como es magnífico mecánico, puede arreglar cualquier descompostura del vehículo; como es fayuquero, puede surtir al viajero de cualquier mercancía, sea gasolina, aceite o comida. Cobra por ello lo estrictamente justo, o acaso no cobre; porque para él, como para todos los que conocen la ruta del desierto, es un privilegio poder prestar ayuda al forastero en apuros.

Aparte de la línea de comunicación establecida por los fayuqueros, hay dos más que utilizan el camino real. La primera es un servicio mixto de carga y pasajeros que dos veces por semana recorre la mitad norte de la península: de Ensenada a Santa Rosalía (900 kilómetros en total). La otra, muy reciente, corre de La Paz al extremo peninsular (300 kilómetros). En los 700 kilómetros restantes, de Santa Rosalía a La Paz, no hay más vía de comunicación que la esporádica de los fayuqueros. El movimiento de tránsito es escaso, porque pocas personas tienen razones suficientes para cruzar de sur a norte la península, y quienes por negocio se ven obligados a ello, utilizan los aviones que una compañía hace volar, periódicamente, entre los extremos de la Baja California. El avión, de La Paz a Ensenada, hace el recorrido en cuatro horas. En camión o coche apropiado, el mismo recorrido se hace en cuatro días cuando el camino, el tiempo y la suerte se muestran decididamente propicios.

Exceptuando San Quintín, donde la gran cantidad de desviaciones extravía el camino real, en todo el resto de los 1 900 kilómetros de la ruta, contados desde San Quintín hasta San José del Cabo, no hay peligro de perderse. Por una parte, el camino es continuo y único, y las desviaciones son siempre veredas menos recorridas, fáciles de reconocer.

DISTANCIAS EN EL CAMINO REAL

<i>Escalas</i>	<i>Kilómetros</i>	<i>Facilidades</i>
Tijuana	0	Todas
Ensenada	105	Todas
Santo Tomás	145	G-A-R-T
San Vicente	176	G-A-T
San Antonio del Mar	218	T-A
Colonia Vicente Guerrero	285	Todas
San Quintín	320	G-A-T
El Socorro	345	A
El Rosario	380	H-G-A-T
El Mármol	460	G-A-T
Santa Cataviñá	535	A
San Ignacio	540	G-A-C
Laguna Chapala	585	Ninguna
Punta Prieta	650	G-A-C
Calmallí	795	G-A-C
El Arco	805	G-A-C
San Ignacio	960	Todas
Santa Rosalía	1 010	Todas
Mulegé	1 075	G-A-C
Comondú	1 225	G-A-C
Loreto (desviación)	1 200	G-A-C-H
La Paz	1 600	Todas
Miraflores	1 750	G-A-C
San José del Cabo	1 810	Todas
Cabo San Lucas	1 900	G-A-T

G. gasolina. A. agua. T. tienda. H. hotel. C. comida R. restaurante

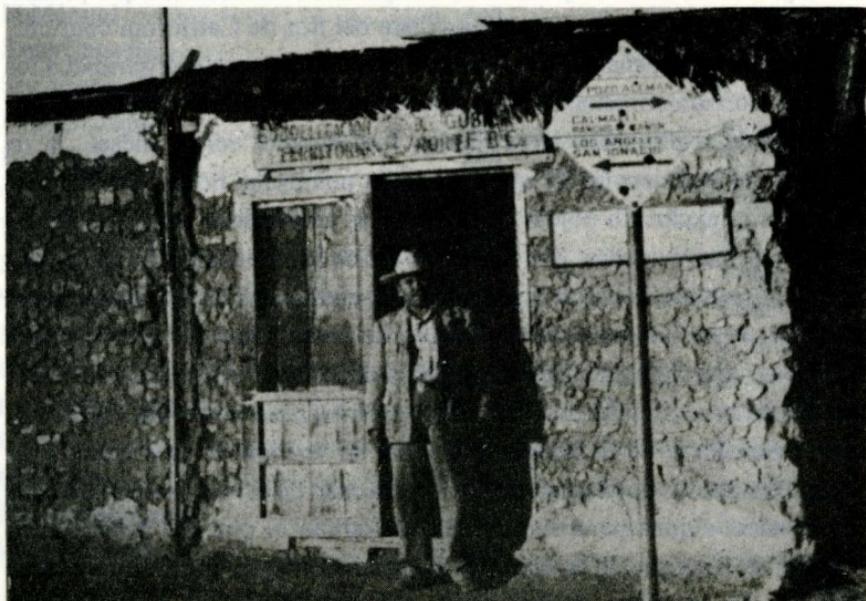
Siguiendo el camino sin tomar los senderos, el viajero puede tener la seguridad de llegar al extremo peninsular. Además, tal vez puestas con el exclusivo propósito de proteger a los turistas aventureros, hay placas con señales cada 10 o 20 millas (en algunos tramos, cada 5 millas). Cada una tiene el nombre del pueblo o rancharía próxima; la distancia, en millas, que falta para llegar a él; el nombre del pueblo que se ha dejado atrás y la distancia total recorrida. Si todas las distancias están anotadas en millas es por una razón bien simple: las placas son norteamericanas. Fueron colocadas hace bastantes años por una brigada de exploración y reconocimiento del *Automobile Club of Southern California*, y representan una labor enorme y una fuerte inversión de los californianos. Sin embargo, es inexplicable que las autoridades mexicanas hayan permitido y alentado una obra de tal naturaleza. ¿Es Baja California una región tan miserable que no ha podido cubrir por sí misma ese gasto? ¿O es que la carretera transpeninsular forma parte de la red de caminos de la California norteamericana?

Las dos preguntas son ociosas, pero el viajero mexicano que recorre esos caminos cae en una o en otra, porque la presencia de los carteles extranjeros desconcierta y humilla, aunque deba reconocerse que prestan una gran utilidad. El Club Automovilista del Sur de California continúa, por lo demás, empeñado en su tarea de prestar una mayor seguridad a los viajeros norteamericanos en Baja California. A fines de 1949 destacó dos brigadas de exploración cuya misión fue, durante varios meses, la de corregir las deficiencias de un mapa de la península, hecho también por ellos con el exclusivo objeto de facilitar las incursiones turísticas de sus miembros. Las brigadas, que recorrieron toda la península a bordo de dos carros especiales, hicieron numerosos levantamientos topográficos, indagaciones entre los habitantes y acopio de datos sobre las posibilidades turísticas, especialmente de caza y pesca deportivas. Al menos eso fue lo que declararon oficialmente. Para ello no se les puso obstáculo alguno, ya que la Secretaría de la Defensa Nacional tal vez ignora esos trabajos de ingeniería que los norteamericanos llevan a cabo en el país, o acaso no tiene importancia alguna para nuestra defensa militar el que una potencia extranjera se encargue de levantar los planos de la región más estratégica de México. En el mejor de los casos, los actos del Club Automovilista podrían considerarse como de buena vecindad, lo cual no extraña, dadas

las relaciones amistosas entre ambas Californias; pero México de ningún modo debería aceptar tales obsequios. Es cuestión de decoro, simplemente.

Los únicos que han elevado una protesta han sido los rancheros del interior. Su protesta ha sido inadecuada, violenta y perjudicial: han perforado a balazos los carteles, a pesar de que en su esquina inferior advierten que está prohibido atentar contra ellos. Esto no ha conducido a nada, por supuesto. Lo único obtenido es que en la gran mayoría de las señales la lectura sea vaga y difícil.

El remedio a todo esto es fácil. Los gobiernos de los dos territorios bajacalifornianos, ayudados por el gobierno federal, deberían hacer cambiar los carteles. Podrían grabarse en español y en kilómetros. Una vez terminada esa tarea, que no es empresa simple ni de bajo costo, los gobiernos bajacalifornianos deberían expresar su agradecimiento al club norteamericano, porque, de todos modos, es acreedor a ello. Gracias a las señales, los viajeros del camino real pueden saber hacia dónde van y de dónde vienen, cuánto han recorrido y cuánto les falta por recorrer. Esto, en tierras desconocidas, es una fortuna para el caminante.



Carteles-guías colocados por el *Southern California Automobile Club*.

XXI

En el que se cruza la Tierra de Nadie

En El Rosario, el camino abandona el Pacífico. Por mucho tiempo busca su rumbo entre las ondulaciones de la región central y se desliza a lo largo de ella, eludiendo la atracción del mar. Se aparta decidido, dispuesto a cruzar sin el aliento de la brisa todo el desierto del Territorio Norte, esperanzado más en las posibilidades de la montaña que en las de los mares. Por más de 600 kilómetros se mantiene entre el golfo y el Pacífico, y si vuelve al océano es por un corto trecho, durante un obligado y rápido viraje necesario para eludir las últimas estribaciones de la infranqueable sierra de San Lino.*

Y así, El Rosario queda como el último jalón en el viaje sobre la costa. Es un pueblo de misión dominica, destruida casi hasta los cimientos, de arroyo alegre y perenne, de pastizales, mar pródigo y gente perezosa. Siembra hortalizas y pastorea ganado, pero hace ambas labores de tan mala gana, que sus productos, con los del mar cercano, apenas alcanzan para satisfacer el consumo doméstico. Es un pueblo bonito dividido en dos caseríos que separa el arroyo; pero en él el tiempo ya no cuenta y la gente no tiene prisa ni preocupación alguna de industria, de riqueza o de modernismo. Por esto, El Rosario es el primer pueblo que se encuentra en el viaje hacia el pasado.

En cambio, ochenta kilómetros adelante, en El Mármol, la comunidad vive exclusivamente para el trabajo. Es ésta la excepción (con Santa Rosalía, más adelante) al espíritu de tiempo detenido que distingue a los pueblos del interior bajacaliforniano. El Mármol vive desde hace medio siglo del subsuelo de la montaña. Los yacimientos fueron descubiertos a

*También conocida como sierra de la Libertad o de San Borja. (N.E.)

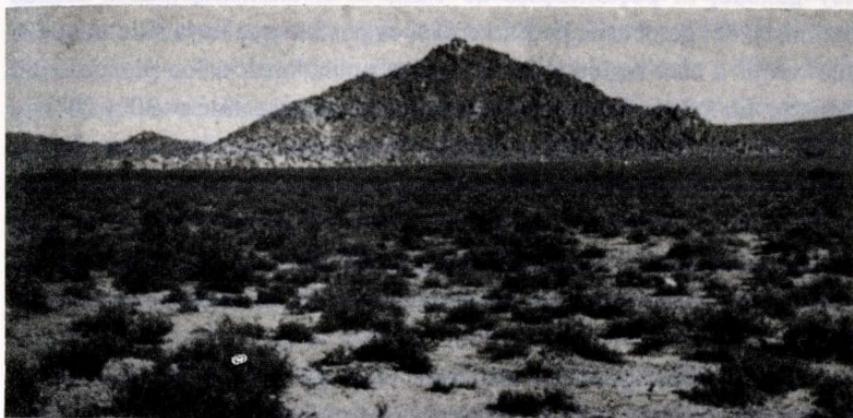
fin del siglo pasado, cuando los gambusinos exploraban la sierra en busca de oro. Aunque el lugar se llame El Mármol, no es mármol lo que aquí se explota. Es ónix, una caliza mucho más fina y valiosa. Primero trabajó en su explotación una compañía norteamericana: la Blockman Bank, a la que sucedió en 1925 la New Pedrara Onyx Co., y recientemente la Southwest Onyx and Marble Co.

El Mármol tuvo su época de auge cuando los yacimientos eran casi superficiales y se obtenían bloques enormes. Se cuenta que se obtuvo un bloque tan enorme y puro, que de él pudo labrarse una espléndida tina de baño, de una sola pieza, que adquirió a un precio fantástico una millonaria norteamericana para instalarla en su mansión. En la actualidad, la explotación ha venido a menos; los criaderos están semiagotados y la obtención de ónix se hace cada año más difícil y costosa. El producto obtenido se transporta en potentes camiones a San Diego, y antes de la guerra se llevaba a un puerto provisional sobre el Pacífico, donde barcos especiales venían a recogerlo. El puerto ha desaparecido porque durante el conflicto bélico se prohibió a los barcos acercarse a ese punto de la costa bajacaliforniana.

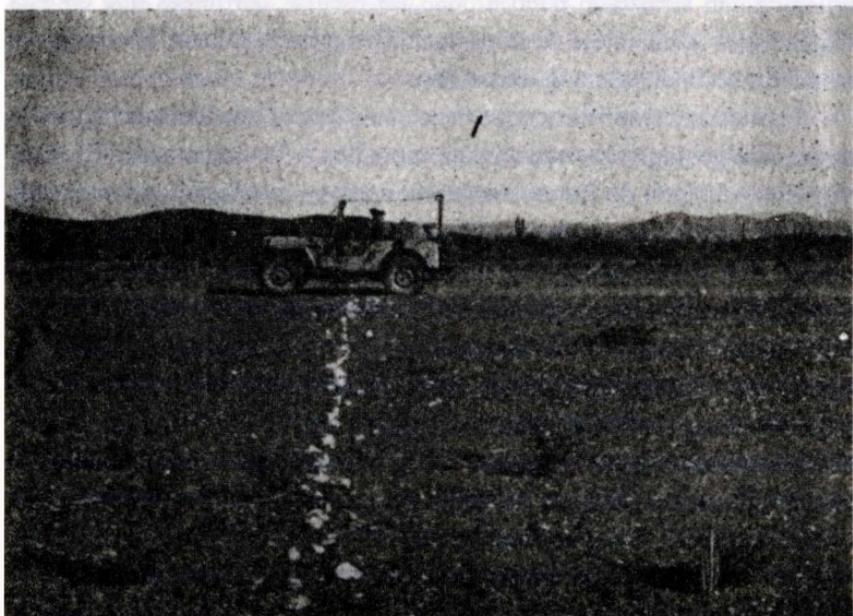
El Mármol es un pueblo de doscientos habitantes que viven exclusivamente de los trabajos de explotación del ónix. Sin la compañía norteamericana el pueblo no existiría, porque aquí empieza la región más yerma y desolada de la Baja California. La montaña es baja, seca y estéril. Se prolonga en las sierras de Santa Isabel, Calamajué y Columbia, a una altura media de 700 metros sobre el nivel del mar; pero más que de una montaña trátase de un continuo lomerío que en el mejor de los casos podría tomarse como una meseta de ondulada superficie. No existen en ella manantiales ni corrientes de ninguna clase. Las lluvias, escasas en extremo, no han llegado a labrar siquiera cauces en las estribaciones de la sierra.

Por cerca de 200 kilómetros a todo lo ancho de la península, las posibilidades de la tierra y la escasez del agua permanecen las mismas. No existen en toda esa región pueblos grandes ni rancherías con esperanza. Cataviñá y San Ignacio son comunidades de una o dos familias, que se mantienen milagrosamente vivas de la caza y de la incipiente ganadería, además de lo que, por servicios prestados, les deja el tránsito de camiones en el camino real.

El cambio elude cuidadosamente las costas, porque en ambas la existencia es aún difícil, y el hombre nada tiene que hacer en ella, donde no



Montañas de piedras características del paisaje en las cercanías de laguna Chapala.



Paralelo 28; señalado sobre el camino con piedrecitas de cuarzo.

hay ganado, ni posibilidades de caza, ni el aliciente, más o menos optimista, del gambusinaje. En verdad, es posible que haya sido el oro lo que atrajo a esta región a los primeros pobladores, a los pioneros del desierto. En toda la franja peninsular que limitan los paralelos 30° y 28° hay una gran cantidad de placeres. Mantienen éstos la esperanza de los hombres, pero los frutos que rinden son demasiado reducidos para provocar la fiebre colectiva. La explotación nunca puede hacerse en gran escala porque faltan agua y comestibles, seguridad física por la lejanía de los centros de población, y seguridad mental por la espantosa y deprimente soledad.

En los mapas peninsulares, entre Cataviñá y Punta Prieta, aparece una mancha azul que indica la existencia de una cuenca lacustre. Este es un espejismo geográfico, porque laguna Chapala no tiene agua jamás, y cuando una pródiga temporada de lluvias logra acumular aguas en su cauce de 20 kilómetros de diámetro, lo único que resulta es la interrupción del camino, cortado por un lodazal inmenso que hay que rodear para evitar el peligro de quedar atascado. Esta posibilidad es excepcional; por lo regular, Chapala es una pista polvorienta, cimentada con el limo que durante milenios han arrastrado poco a poco las escasas corrientes que en esta región bajan hacia el eje de la península y no hacia el mar, lo cual es un resultado de la ausencia de montañas.

En toda una amplia zona que tiene como centro esta llamada laguna, la apariencia geológica es sumamente atractiva y desconcertante. El llano infinito, sembrado de flora característica del semidesierto, está salpicada de rocas. Las rocas son de granito, enormes y pulidas por la erosión del viento. Son tantas, que parece hubieran caído del cielo durante una tormenta registrada en los siglos de la formación del mundo. Algunas tienen formas caprichosas y otras semejan con notable exactitud las moles de bestias antediluvianas. En ciertos sitios forman pirámides, impresionantes e inaccesibles, que hacen pensar en juegos a medio construir por los niños de una muerta tribu de gigantes. Y dan esta apariencia porque las rocas suben y se amontonan en atrevidas superposiciones; no parecen bajar desde la cumbre, como sucede en todas las montañas.

En Punta Prieta, un caserío de rancheros, pescadores, gambusinos y comerciantes, el camino va descendiendo en lenta convergencia hacia el Pacífico. A esta latitud, la del paralelo 29 grados, empieza a levantarse el

macizo montañoso de la sierra de San Lino, que impide toda pretensión del camino de continuar por el eje de la península. Lo empuja hacia el mar, hacia el declive desolado del océano, y el camino, impotente y dócil, llega casi hasta la misma playa. Pero inmediatamente la sierra recoge sus estribaciones y el camino recupera su rumbo; asciende un poco, buscando un suave nivel, hacia el este, y llega otra vez al centro peninsular; al lugar geométrico de la Baja California.

En sucesión rápida aparecen dos pueblos que llegaron a tener importancia: Calmallí y El Arco, a 10 kilómetros uno del otro. Ambos, ahora son fantasmas de antiguos centros mineros. En ellos, hasta el primer cuarto del siglo, una compañía extranjera se encargó de encauzar un beneficio intensivo de los yacimientos de oro. Instaló maquinaria pesada, perforó un magnífico pozo en Calmallí y entubó el agua hasta El Arco; estableció un pueblo de mineros y extrajo buena cantidad de metal. Luego vino una huelga, las demandas fueron muchas y la compañía se retiró. Dejó abandonadas las instalaciones que los mineros, por falta de capital, fueron incapaces de aprovechar. Después del éxodo de los mineros, las máquinas se oxidaron o fueron desmontadas para aprovechar algunas partes, y lo que pudo haber sido, no fue más. Calmallí es ahora una ranchería de dos familias y en El Arco vive un centenar de personas. De ambas comunidades el *modus vivendi* es múltiple: explotan la sal de unos yacimientos cercanos, expurgan oro en las arenas de los cauces secos, traen perlas de los criaderos del golfo, practican la ganadería en pequeña escala y comercian con todo eso y otros artículos más con los viajeros que llegan por el camino real.

En El Arco termina propiamente el Territorio Norte de la Baja California. El paralelo 28° cruza pocos kilómetros al sur de este pueblo fantasma, y aunque las características biogeográficas continúen siendo las mismas hasta un poco más adelante, hay muchas particularidades que obligan a considerar la línea divisoria de los dos territorios como la frontera de dos distintos países. De acuerdo con esto, el viaje al mediodía, sobre el Territorio Sur, corresponde a otra parte de este libro.

Sin embargo, no podría decir que he terminado con la crónica de lo que existe en La Tierra de Nadie. He mencionado muchas veces la palabra desierto, y no creo que eso haya bastado para que el lector se forme una

idea cabal de lo que es el desierto bajacaliforniano. En ese afán de estos dos capítulos por venir deslizándose sobre el camino real, tampoco he dicho nada de lo que existe hacia el declive del golfo de California; ni tampoco, tal vez por el temor de dejar la ruta segura del camino, he hablado de lo que hay al norte, al centro y al sur de la sierra de San Lino. Finalmente, mirando el mapa hacia el Pacífico, veo que queda aún por decir qué es y qué hay en esa gran isla que cierra la bahía de Vizcaíno: isla de Cedros.

Quisiera, y tal vez el lector lo desee también, seguir al sur, donde el índice nos promete rutas al paraíso y el descubrimiento de Shangri-La, pero todavía por algunas páginas deberemos seguir sobre el desierto. Son visiones demasiado atrayentes las que hemos dejado a los lados del camino para ignorarlas: he aquí que nos falta una fotografía viva del paisaje; el relato de dos misiones fantasmas y una misión extraviada; la crónica sobre el único pueblo isleño de la Baja California, y, a manera de intermedio, una aventura en busca de ballenas.

Detengámonos, pues, en el paralelo 28°, y volvamos los ojos atrás. Dejemos la huella estrecha del camino y viajemos un poco desordenadamente, recorriendo a vuelo de pájaro la desolada temura del desierto.

XXII

En el que se dice, por fin, lo que hay en la soledad

Por regla general, el desierto es temible. El hombre evita su encuentro, y por eso las manchas desérticas sobre el mapa del mundo muestran una escasa densidad de población. Las rutas de las migraciones rodean cuidadosamente las orillas de los desiertos, y a no ser un destino inexorable, los hombres nunca los penetran, quedándose caravanas y pueblos hasta donde las generosas corrientes de los ríos garantizan la existencia. Sobre las riberas de las grandes corrientes fluviales, en las cuencas lacustres y a las orillas de los mares es donde han nacido las culturas. Nunca hubo alguna que se nutriera y evolucionara exclusivamente con el viento cálido y seco de las llanuras desoladas, sobre cuyos cielos las nubes no pasan, o pasan estériles y vacías. Se considera implacable al desierto. Se piensa en él como en un enemigo absoluto de toda vida. Y cuando se sabe de alguna especie animal o de algún grupo humano que vive y se mantiene en él, a despecho de la soledad, del sol ardiente y de la sequedad, se considera su existencia como una hazaña de sobrehumana resistencia o, en todo caso, como la prueba inequívoca de que el hombre es un animal capaz de adaptarse a los infortunios de todos los fatalismos geográficos.

Tal vez, en forma general, ese concepto sobre la inclemencia del desierto sea verdad, pero yo no podría hacerlo extensivo al desierto bajacaliforniano. El desierto peninsular, que cubre el 90 por ciento de su superficie, es un desierto amigable y generoso. Puede ser como el Sahara en determinados sitios (junto al delta del golfo de Cortés o en el codo de Vizcaíno), o como el de Arabia, que se cubre de flores en primavera; o ser una inmensa llanura de tierra vegetal, rica en limo, como sucede en los

llanos de Hiray; o un infinito campo de maleza perfumada, como ocurre más al sur, entre La Paz y San José del Cabo. Pero toda su sedienta superficie se ofrece con una acogedora ternura que puede manifestarse ya en la belleza simple de su flora, en la abundante e inquieta vida animal, en los colores de sus paisajes o en el aroma penetrante de sus matorrales. En cuanto al agua, se encuentra bajo la superficie, en un manto freático que parece extenderse casi sin interrupción de mar a mar y desde la frontera hasta donde la tierra termina. Quizá por todo esto el paisaje bajacaliforniano no merezca muy rigurosamente la denominación de desierto; pero la terminología geográfica es reducida en este renglón, y lo más que podría proporcionar sería la voz vaga y confusa de semidesierto, cuya acepción exacta no es posible determinar. Seguiremos pues, llamando desierto a la superficie peninsular, pero con la aclaración, ya establecida, de que, exceptuando ciertas regiones, la aridez bajacaliforniana tiene la misma calidad generosa de sus hombres y de su mar.

Encabezando la larga lista de especies que constituyen la flora característica del desierto bajacaliforniano está el cardón. Los biólogos clasifican a los cardones en dos especies: *Pachycereus pectenaboriginum* y *Pachycereus calvus*, lo que para nosotros no significa nada. Se trata de cactus gigantescos, parientes cercanos de los órganos, a los cuales se parecen un poco. Como estas cactáceas del altiplano mexicano, los cardones muestran una estructura elevada y recia, hecha a base de brazos de gran diámetro, rectos y estriados. Tienen un tronco erguido del cual arrancan, a diferentes alturas, los brazos que se desarrollan paralelos al tronco principal. Otras veces los brazos derivan todos a la misma altura del tronco, repartidos en su amplio diámetro, y lo rodean formando un inmenso ramillete, a manera de manos de muchos dedos en plegaria. Pero los cardones se presentan en una enorme variedad de formas, y en realidad no podrían clasificarse ni mencionarse todas sus actitudes. Tienen mucho de humanos, y los indios de la época prejesuítica se inspiraron en ellos para dibujar a los hombres de su propia raza. En ocasiones, los cardones crecen aislados, solitarios y vigilantes sobre la tierra gris u ocre. En otras partes, principalmente sobre las tierras llanas, se presentan en conjuntos de bosque, y de infinito a infinito ocultan la línea del horizonte, perdiendo entre ellos a los animales, a los hombres y a las rancherías. Pero solos o en agrupaciones, los cardones se yerguen con un soberbio e indefinible



Cardón (*Cerciprengei*).

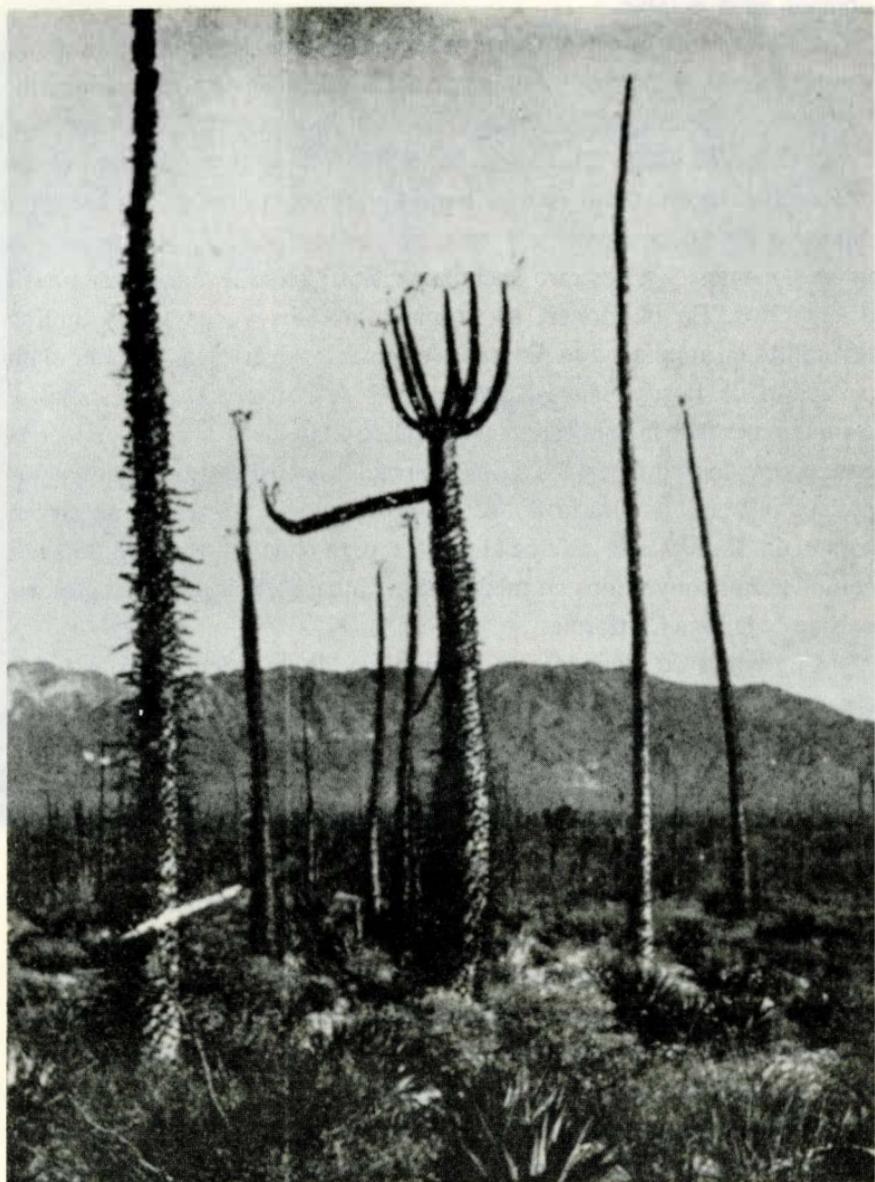
espíritu, que a veces parece de desafío y otras de angustia. Cuando cada uno de ellos se multiplica en muchos brazos, parecen altivos y orgullosos de su fortaleza; pero cuando sobre el tronco crecen sólo dos brazos, su actitud es de súplica, de derrota, y aun en su soberbia se expresan torturados y llenos de angustia, acaso porque entonces parecen hombres.

A la orilla de los caminos los cardones sufren la crueldad humana, porque los viajeros, a manera de entretenimiento en la ruta sobre el desierto, arrojan contra ellos lanzas improvisadas de alguna vara, que se clavan en sus troncos carnosos y permanecen así largo tiempo, hasta que se pudren o las heridas, convertidas en llagas, consiguen expulsarlas. Otras veces los hombres se burlan de los cardones, resentidos tal vez por su semejanza con ellos, y les adornan los brazos con ajorcas hechas de latas, o con collares improvisados de alguna llanta vieja e inservible. Y sin embargo, los cardones son útiles al hombre. Por lo regular indican, cuando están en cerradas agrupaciones, que bajo ellos la reserva de agua está a poca profundidad. Cuando se secan sirven de leña para mantener el fuego provisional de algún campamento, y todas las primaveras, cuando dejan de soplar los helados vientos del noroeste, florecen, y sus flores, que brotan directamente del filo de las estrías, son blancos capullos que segregan una dulce y alimenticia miel. Esta miel la aprovecharon los indios de la antigüedad, y todavía hoy la recogen año por año los escasos habitantes del desierto.

Tan común como el cardón, que se encuentra de extremo a extremo de la península, son la pitahaya y la cholla. Ni una ni la otra de estas cactáceas goza de tanta personalidad como el cardón, pero ambas son de enorme utilidad para el mantenimiento de la vida humana y animal en las tierras del interior. Del fruto de la pitahaya, que antiguamente fue la base de la alimentación indígena, las mujeres saben confeccionar diversos alimentos, y en cuanto a las chollas, son, a pesar de su agresividad espinosa, el alimento del ganado, por los meses que las sequías queman los escasos pastos.

La biznaga es otro don del desierto peninsular. Los vaqueros extrañados y los viajeros sin agua obtienen de ella un líquido que puede calmar la sed. Su aprovechamiento es uno de los grandes secretos de los hombres del desierto. Para extraerle agua se le hace una concavidad en la parte superior y después se apila leña por los costados de la cactácea y se le

...de las plantas que se encuentran en el desierto de Sonora. El cirio es una planta que crece en las montañas y se caracteriza por sus tallos altos y delgados, que terminan en una especie de corona o copa formada por los restos de las hojas que se han caído. Esta planta es muy resistente a la sequía y puede sobrevivir durante largos períodos de tiempo sin agua.



Cirios (*Idria columnaria*).

prende fuego. Al cabo de un rato, la concavidad está llena de un líquido que en caso necesario puede beberse. El agua así obtenida es bastante amarga y produce algunas veces dolor de estómago, pero a pesar de ello, puede ser la salvación cuando se han agotado las otras posibilidades de obtener agua potable.

Característico de Baja California, pero de una distribución limitada a cierta latitud, es el árbol (también parecido a una cactácea) llamado cirio. No se le encuentra, en América, sino en la Baja California, y en Baja California sólo crece entre los paralelos 30° y 29°. Su nombre es descriptivo. Es un mástil recto y erguido que en la base puede tener un diámetro de 50 centímetros y que termina en punta. Alcanza alturas impresionantes, y no es raro encontrar cirios que se levantan hasta a 10 o 12 metros. En ocasiones, su propia altura los vence y los inclina reverentes en amplia curva. Entonces es posible advertir en su extremo un penachito de flores blancas, que después se convertirán en espinas y formarán parte de la coraza defensiva que le cubre todo el tronco, desde la base. Como los cardones, los cirios se encuentran aislados o en agrupaciones; pero, por lo contrario de los amigos-cardones, los cirios no sirven para nada. Dan su nota exótica al paisaje, pero nada más; no son útiles ni como leña ni convertidos en madera. Sin embargo, son parte integral del paisaje de la Baja California.

Lo demás lo pone el gran complejo de la vegetación xerófila característica de los desiertos: agaves, cactáceas y matorrales secos siempre, más cafés que verdes. Sobre ellos, a trechos largos, lucen melenas despeinadas las palmas de taco, retrepadas en lo alto de sus desgarbados mástiles. Sobre la sierra baja, en norte o sur, se encuentran mezquites, y solamente en el Territorio Sur, los arbustos de la jojoba, cuyo fruto suple lo mismo al café que al cacao, y cuya industrialización posible es una de las tantas posibilidades económicas de la flora local. En las llanuras, entre los cardones, crecen también los "toros", unos árboles bajos y retorcidos, de madera suave e inútil y ramaje desordenado. En ciertas partes de la llanura, principalmente en las cercanías de los caseríos, crece el lomboy, un árbol cuyo ramaje sirve de pasto para las bestias.

Hay dos plantas malignas en la lista de la flora. Una es el árbol de la flecha. Es escaso, y en muy raros sitios se le puede encontrar; pero cuando por un casual infortunio el viajero llega a él y busca su sombra, el

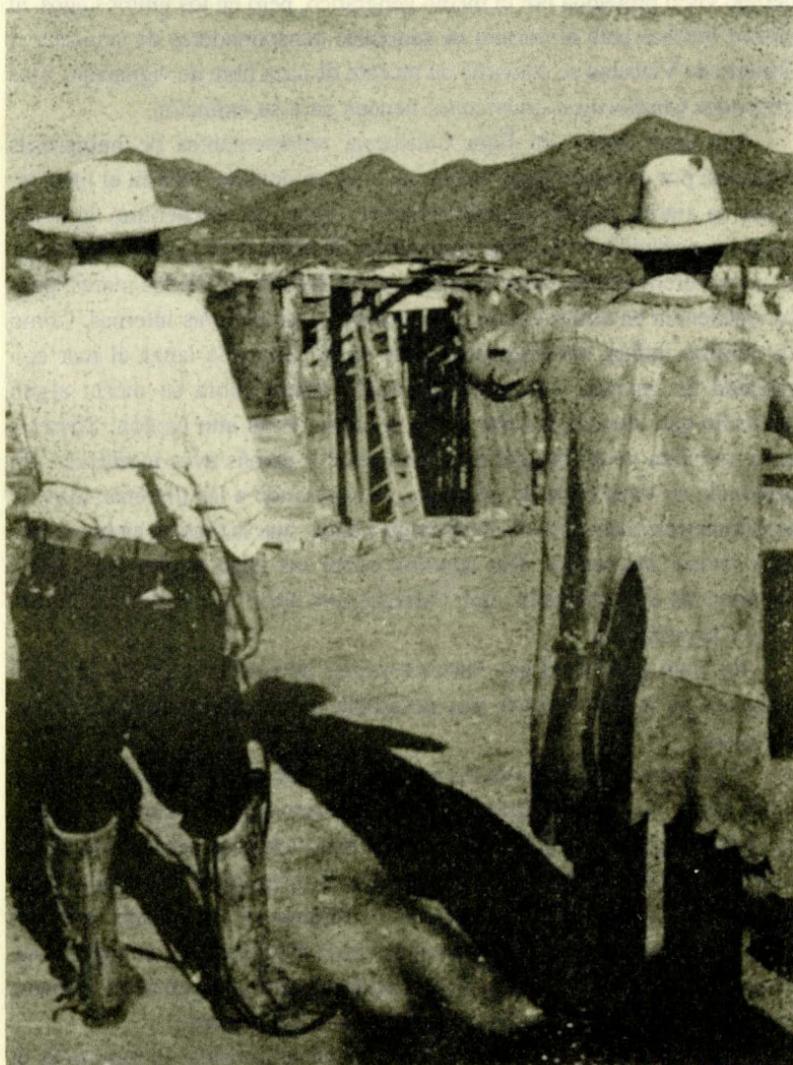


Aguaje en el desierto de Vizcaíno. (Foto: Martínez Ruiz)

excepcional encuentro tiene graves consecuencias. Quien duerme bajo él enferma de los ojos, y en caso de mucha sensibilidad, puede inclusive sufrir ceguera. La otra planta peligrosa es la hiedra maligna. Crece, rastrera, al borde de algunos arroyos de la región norte, pero como los arroyos son escasos, la hiedra, afortunadamente, no abunda. Su contacto o su cercanía produce llagas que solamente cura el tiempo, y mientras tanto, durante un largo periodo, molestan con su furioso escozor. No hay antídoto contra sus efectos, como tampoco parece haberlo contra los del árbol de la flecha. Pero además de ser escasas una y otra plantas, no todos los seres humanos son susceptibles a sus efectos. Yo, si se me permite ejemplificar, he caminado entre las hiedras sin sentir efectos posteriores. No podría decir lo mismo respecto al árbol de la flecha: los he visto y he pasado cerca, pero he preferido evitar mi permanencia bajo su sombra, porque cuando se llega a las regiones donde crecen, los lugareños hacen siempre espontánea advertencia y muestran la especie al forastero para que aprenda a conocerla y evite su encuentro.

Y en los bosques de cirios o cardones, sobre los penachos de las palmas, entre la muralla infranqueable de las chollas y pitahayas, o la perfumada alfombra de los pastizales en el extremo sur, vive una fauna característica también del desierto. Fuera de las ciudades, lejos de los ranchos donde cada poblador es un cazador, pululan las liebres y los conejos; las ratas de campo y los juancitos, los más simpáticos y vanidosos roedores que puedan encontrarse en todo el país. Estos juancitos son unas ardillas minúsculas, de un jeme de altura, que corren a saltos sobre las piedras, cruzan veloces los caminos y cavan sus madrigueras al pie de los cardones. Son curiosos e inquietos. Siempre están vigilando el tránsito en caminos y veredas, y cuando el viajero se les acerca, huyen en veloz carrera hacia el refugio. Son domesticables y en cautividad se muestran igualmente divertidos que en libertad.

En toda la península, principalmente en las regiones poco visitadas por el hombre, hay abundancia de venados. En la sierra del norte se encuentran pumas, lo mismo que en el extremo sur. En la sierra de San Pedro Mártir hay borrego salvaje y también a la altura del paralelo 26°, sobre la costa del golfo. En la primera de estas zonas su cacería es permitida, pero en el Territorio Sur está prohibida. Esta medida no se hace necesaria porque la región es bastante impenetrable; sin embargo, se



Traje típico de los vaqueros del centro peninsular.

mantiene la veda. Mientras tanto, en el desierto de Vizcaíno, por falta de veda, está extinguiéndose una de las especies animales más extraordinarias de Baja California: el berrendo, antilope de larga y recta cornamenta que habita preferentemente la región más desértica de la península. Hasta hace poco tiempo vivió protegida por el medio geográfico, pero en los últimos años, al abrirse brechas para el tránsito de camiones transportadores de langosta, el desierto de Vizcaíno se convirtió en un coto de caza libre de vigilancia, y los berrendos (*Antilocarpa americana*) tienden ya a su extinción.

Las aves tienen en Baja California representantes de numerosas especies; por eso sería largo hablar de ellas en detalle. Pero en el interior, sobre la tierna desolación del desierto típico, se encuentran también especies particulares. La más interesante de ellas es el gavilán pescador. Vive preferentemente sobre la costa, en cualquiera de los dos mares, pero su resistencia en vuelo lo trae en ocasiones a las llanuras internas. Como su nombre indica, vive especialmente de la pesca. Se lanza al mar con agilidad de gaviota y en corto y rápido buceo cobra su pieza: algún pececillo que viene a devorar sobre la punta de un alto cardón. Sobre la costa también viven las gaviotas, pelícanos y demás aves marítimas. Su presencia no tiene nada de particular, exceptuando a las tijeretas, aves de aerodinámica estructura, de vuelo largo y lento, que se forman en escuadras para revisar las costas. Mar adentro, sobre las islas de los dos mares, abundan las aves guaneras, que trabajan para abrir otro horizonte económico a la península.

En Baja California hay varias especies de serpientes, pero la única peligrosa es la de cascabel, por desgracia demasiado común en ciertas regiones.

Y con esta mención, la de los reptiles, termino con el bosquejo de lo que son la fauna y la flora del desierto peninsular. Creo que, a pesar de lo escueto, el cuadro disipa un poco la inquietud y el temor clásicos hacia el dramático concepto de desierto. Puede ser que, a pesar de la brevedad, el lector se haya convencido de que en Baja California el desierto es una amable realidad; peligroso en ciertos parajes, pero acogedor en la mayor parte de su superficie. Acaso, para afirmar la impresión que he querido dar sobre la tierra bajacaliforniana, será mejor repetir la frase de un rancharo-poeta del desierto:

“En Baja California, no es la tierra la malagradecida. El ingrato es el cielo”.

XXIII

En el que encontramos dos misiones jesuitas y buscamos en vano otra que se “perdió”

— El camino a la misión parte a la izquierda, pasando el cardón de cuatro brazos.

Es la única referencia necesaria para llegar a la misión jesuita de San Francisco de Borja, escondida en las estribaciones noroccidentales de la sierra de San Lino. Se parte del camino real 30 kilómetros adelante de Punta Prieta, después de pasar una ranchería tan solitaria y humilde que su nombre se pierde en una falla de la memoria. El camino que parte al pie del cardón se interna con vanas pretensiones de lanzarse a la sierra. Asciende por las cuestas suaves de un lomerío, sobre un suelo duro tapizado de grava; serpentea entre los cardones y las chollas; cruza frente a dos ranchos solitarios cuyos habitantes son tan inhospitalarios como el medio geográfico, y finalmente se descuelga en una hondonada que limita, al frente, el murallón interminable de un corte de la montaña. En la hondonada, sobre el suelo rojizo, destaca una mancha de verdor; junto a ella, una fortaleza mimetizada por la pátina y el ambiente se yergue desproporcionada con respecto a las posibilidades de existencia, a manera de gigante superviviente de una formidable época muerta.

San Francisco de Borja (llamada San Borja entre los nativos) ocupa el centro de una región que nada tiene de pródiga. Fue la penúltima avanzada de los jesuitas hacia el norte, y quedó inconclusa por la precipitada salida de los misioneros, obedientes a la orden de expulsión de Carlos III. Pero a pesar de que ni sus bóvedas ni sus muros llegaron a terminarse, su planta y proyecto muestran bien claramente los alcances de los misioneros jesuitas en materia de misiones; la fuerza moral, la fuerza física y la fuerza política de aquellos discípulos de Loyola. Es un edificio

soberbio, construido exclusivamente de piedra labrada, con características de iglesia, de convento y principalmente de fortaleza.

Ante esa misión, el viajero no alcanza a comprender cuáles fueron las intenciones de los jesuitas al dedicar tanto esfuerzo sobrehumano a la construcción de un edificio de tan formidables proporciones. Tal vez por entonces la población de esta región era numerosa, y abrigaron la esperanza de agrupar a los indios en una ciudad cuyo eje sería la misión. Más por las posibilidades de esta tierra, que se concreta a un arroyo perenne, pero de agua escasa, a una hectárea de terreno cultivable y a una vida animal salvaje y abundante, pero vedada por la abrupta constitución del terreno, la idea original de la desproporción existe, y las razones de tal obra quedan suspendidas en el pasado, en la razón exclusiva, íntima e inédita de Wenceslao Linck.

En su época, San Borja tuvo una capilla, un altar, santos y cuadros importados de gran valor artístico. Todo eso ha desaparecido. Esta misión, como todas las obras jesuitas que encontraremos al sur, han sufrido un despiadado saqueo de los nativos y principalmente de los extranjeros en viaje de aventura al interior peninsular. De todo lo que a ella aportaron los misioneros solamente quedan las campanas, demasiado pesadas para que los turistas se encargaran de su transporte. Hoy la capilla está desierta, convertida en refugio de murciélagos, y lo que debe haber sido la sacristía, o al menos la habitación de los misioneros, es la vivienda sucia y semi-derruida de una familia encargada, acaso espontáneamente, de vigilar lo poco que resta de la misión.

San Borja, por su arroyo, es un pequeño oasis, donde crecen frutales, fructifica un secular viñedo y se hace un poco de horticultura. Diez familias hacen el poblado, ordenado en torno a la explanada que queda al frente de la misión. Se mantienen de lo que produce la reducida superficie agrícola, y viven una vida solitaria, quieta y lejana, aislados por el desierto de los pueblos del centro de la península.

La misión de San Francisco de Borja es la primera, jesuita, que se encuentra en el viaje de norte a sur a lo largo de Baja California. Las crónicas mencionan la existencia de otra aún más al norte: la de Calamajué. Es posible que sus ruinas se hallen donde dicen los misioneros historiadores, pero de ellas no he podido recabar la menor información.

No conozco a ninguna persona que las haya visitado, ni libro alguno de los exploradores extranjeros la menciona. Calamajué es un viejo placer, situado sobre la costa del golfo, un poco al sur de la latitud de El Mármol (paralelo 30°). Nadie se interna por esa región, excepto los solitarios gambusinos, que parecen haber descubierto el secreto de la supervivencia en parajes donde no existen ni arroyos ni aguajes. A mí no me tentó esa excursión, y por ello no puedo asegurar la existencia de la misión. De todos modos, las crónicas la mencionan, aunque sin describirla, y acaso eso sea suficiente para garantizar su presencia en la más árida región de la Tierra de Nadie.

Más atendida por los exploradores modernos, pero desde luego más irreal y misteriosa que la de Calamajué, es la misión "perdida" de Santa Isabel. Según quienes se ocupan de buscarla periódicamente, debe estar situada sobre el declive del golfo, entre la misión de Calamajué y la de San Borja. Nadie ha podido encontrarla, y por eso se le conoce como "la misión perdida". Su historia, aseguran los entusiásticos exploradores que creen en su existencia, empieza en las crónicas, pero ninguno de ellos es capaz de mostrar la cita bibliográfica. Su presencia, por otra parte, fue revelada hace medio siglo por un prófugo que se internó por esos parajes. Fuera de este hombre, del que se desconocen nombre y paradero, solamente otro aborigen, que actualmente vive a orilla de la seca laguna Chapala, ha logrado comprobar su existencia. Todos los exploradores se lanzan a buscarla visitando primero a Manuel, y el nativo les repite la historia de lo que vio, les describe los árboles de especie desconocida que crecen en torno al edificio, y habla de los hábitos de monje que, aunque deteriorados, están guardados en apolillados arcones dentro de lo que fuera la sacristía. Pero Manuel nunca puede guiar la expediciones: está inmobilizado por un reumatismo crónico, y lo más que puede ofrecer son planos de dibujo primitivo que ha elaborado gracias a su memoria y al conocimiento que tiene de la región. Con esos datos, nunca se ha llegado a parte alguna y la leyenda pierde validez, pero ésta parece tener tal incentivo y tanto atractivo en la región, que a pesar de los fracasos no se desalientan los buscadores de la misión y repiten los intentos año con año.

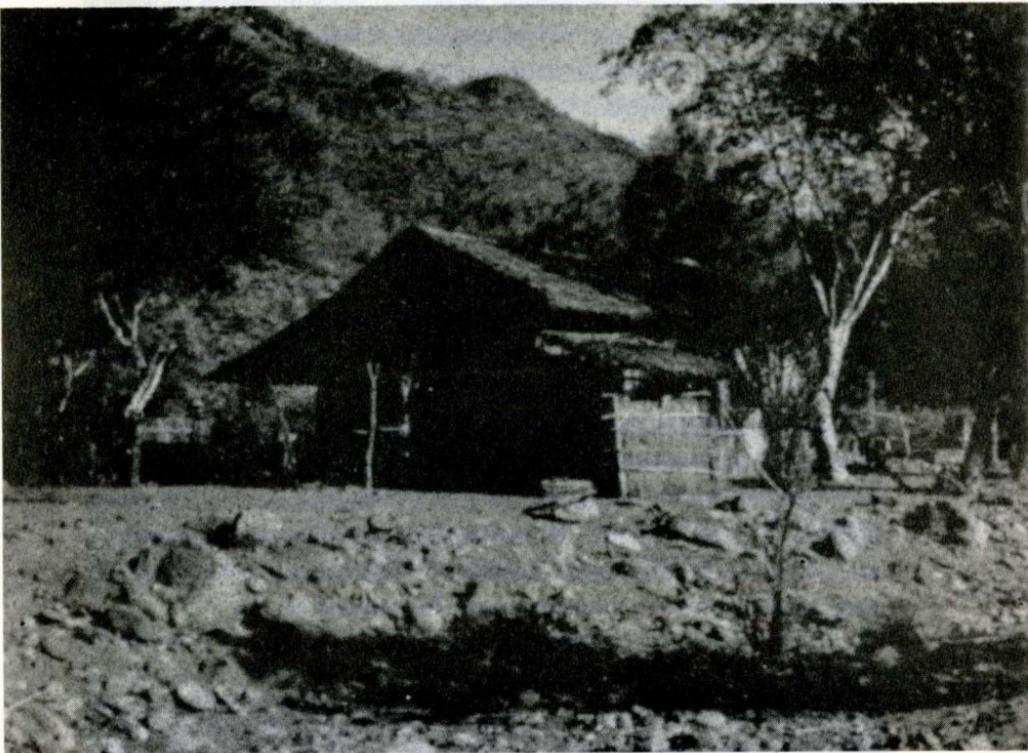
Nunca, personalmente, he pensado en una búsqueda de la misión perdida, y por eso mi opinión al respecto carece de observación personal. Sin embargo, por lo que he oído de los propios labios de los expedicionarios,

creo que esta historia se basa en una confusión, y la misión perdida, si existe, debe ser la misma de Calamajué. Para afirmar esto hay un dato: al noroeste del lugar que los mapas dedican a Calamajué empieza a levantarse la sierra de Santa Isabel, que viene a ser la continuación de la de San Pedro Mártir. Acaso el primer hombre que volviera a encontrar la misión de Calamajué, ignorante de su nombre, la rebautizó con el nombre de la sierra que allí termina, dando así origen a la historia de la misión perdida.

Por otra parte, y éste es otro dato que hace dudar de la existencia de la misión de Santa Isabel, no es ella la única que parece haberse perdido en el territorio bajacaliforniano. Un poco al sur del paralelo 28° empieza a escucharse una historia similar: la de otra misión perdida en las dunas del desierto de Vizcaíno. Esto sobrepasa los límites de una leyenda, porque el sitio aproximado donde debe erguirse ese fantasma es un inmenso mar de arena, donde nunca, seguramente, hubo la menor posibilidad de existencia humana.

Mientras el camino real va al sur buscando el declive del Pacífico, las misiones se alinean sobre el declive del golfo, en línea paralela a la del camino. En época jesuítica, por esta región, el camino real era parte de la ruta de las misiones; pero la creación de explotaciones mineras en Calmallí y El Arco, y la presencia de Punta Prieta, trazaron una nueva ruta y olvidaron la antigua. Los misioneros parecen haber tenido más fe en las tierras del declive interior, mientras los pobladores posteriores buscaron la base económica de su vida sobre las llanuras donde soplan los vientos del océano.

Por esto, otra vez al este, a 50 kilómetros de El Arco, se levanta otra misión jesuítica: la de Santa Gertrudis. Su construcción data de ocho años antes que la de San Francisco de Borja, que fue construida en 1759, y, al igual que ésta, nunca fue terminada. Santa Gertrudis es bastante parecida a San Francisco de Borja, en su indefinido estilo de convento y fortaleza, al que le faltan, para convertirse en iglesia, las torres del campanario. Tiene una pequeña capilla donde todavía permanecen el altar y algunos santos originales, milagrosamente escapados a los saqueos de carácter turístico. Pero muchas de sus joyas religiosas han desaparecido, y por eso la capilla muestra un aspecto sencillo que da una profunda impresión de



Rancho típico del desierto.

desnudez y pobreza. Posiblemente, en el proyecto del constructor de Santa Gertrudis, la misión iba a extenderse en cuatro alas que cerrarían un enorme patio interior. Una de esas alas es la que actualmente aloja la capilla y otros salones sin bóvedas, y otra, en ángulo recto a la primera, se esboza en un primitivo campanario de poca altura y un cuarto adosado y construido con piedras sueltas, sin argamasa. Como en San Borja, en esta misión es imposible apreciar correctamente las intenciones de los jesuitas en cuanto a sus proyectos arquitectónicos. La construcción se detuvo, obligatoriamente, cuando los trabajos no iban muy avanzados, de tal modo que lo edificado no llegó a tener ninguna personalidad, y puede confundirse tanto con un fuerte militar como con parte de un convento.

En Santa Gertrudis, el viajero encuentra, por primera vez en su marcha al sur, los famosos dátiles bajacalifornianos, que aquí, como en todos los oasis del Territorio Sur, proporcionan el mejor *modus vivendi* a sus habitantes. Hay también viñedos, olivares y otros frutales que fueron plantados por los mismos jesuitas que iniciaran la construcción de la misión.

Aunque aquí hay más agua y tierras que en San Francisco de Borja, los pobladores son gente muy pobre. Los recursos naturales de la región son pocos para mantener holgadamente a las veinte familias que integran el poblado. Por eso algunos de los hombres emigran de su pequeño y recóndito oasis a otros lugares donde es posible obtener trabajo y dinero. Esos otros lugares son, principalmente, los placeres de oro.

Y por esto, con los gambusinos, volvemos nuevamente a la región de Calmallí y de El Arco, cuyos lomeríos sedientos y pedregosos guardan en sus entrañas vetas de metal dorado, y donde los cauces secos de los ríos llevan en sus arenas pequeñas pepitas. Hacia la primavera, en los alrededores de estos dos poblados en decadencia, los gambusinos establecen sus campamentos y empiezan a arañar los cerros, a triturar las piedras incrustadas de metal o a lavar en seco las arenas. Viven en las peores condiciones que puedan imaginarse; porque ser gambusino en la región central de la península no es lo mismo que serlo en la sierra de Chihuahua, o en Oaxaca, o en la sierra de Juárez. Aquí falta agua: agua para beber y agua para limpiar las arenas. Se vive entre la tierra, confundido con el polvo que a zarpazos levanta la propia ambición, separando las arenitas auríferas de las arenas estériles mediante unos fuelles que soplan la tierra. Un gambusino, en esta zona, nunca se levanta de su miseria; porque si las

entrañas de la tierra son ricas, no son adecuados los medios de explotación ni propicias las características del medio.

Acaso para cambiar la situación de los pobladores de esta región, hace algunos años se intentó llevar a ejecución un proyecto político-estratégico-social. El general Lázaro Cárdenas, durante su estancia en la península como comandante militar de la zona del Pacífico, imaginó a Calmallí la tercera capital californiana. Sus pretensiones se cimentaban en la riqueza minera, en el aprovechamiento integral de las tierras cultivables y en la riqueza potencial del océano Pacífico. Aparentemente, el proyecto resultó irrealizable, y Calmallí fue condenado a seguir viviendo su aislamiento y su pobreza, entre dos mares pródigos: uno, el golfo, que por esa latitud ofrece sus criaderos de perlas; el otro, el Pacífico, que brinda sus salinas inmensas a la reserva piscícola de sus aguas.

El golfo se encuentra por la pequeña bahía llamada del Barrilito, donde se dan cita todos los veranos los pescadores de perlas. Al Pacífico se llega por el puerto inútil de Santo Domingo, donde nunca llegan barcos de ninguna clase. Tampoco hay barcos que zarpen de aquí; pero nosotros, en el viaje desordenado que habíamos proyectado para los dos capítulos que aquí terminan, bien podemos utilizarlo como punto de partida para un crucero imaginario que terminará en la costa acantilada de isla de Cedros, donde vive la única población isleña de la Baja California.



Misión de Santa Gertrudis.

XXIV

En el que arribamos al único pueblo isleño

En cierta forma, por su especial situación geográfica, su falta de comunicaciones principalmente y el olvido del México no peninsular, podría decirse que la Baja California es una isla y su pueblo una población de isleños. En ciertos lugares, como en La Paz, por ejemplo, esta sensación es absolutamente precisa, y hasta llega a causar extrañeza saber que, por tierra, puede llegarse desde La Paz a cualquier sitio de América. En la capital del Territorio Sur se tiene la certeza, falsa por supuesto, de que solamente el barco o el avión pueden servir de medios de transporte. Sin embargo, hablando con exactitud, el pueblo de Cedros es el único pueblo isleño de la Baja California.

La isla de Cedros, habitada por la población isleña, es también la única, en los mares peninsulares, que se presta para dar acomodo a un regular número de habitantes. Son mayores que Cedros las islas Guadalupe y Ángel de la Guarda, pero ninguna de las dos son propicias para la fundación de pueblos. En cambio, Cedros tiene agua, bosques, fauna menuda y fauna mayor, un mar pródigo y, sobre todo, una tradicional habitabilidad que descubrieron los extintos indígenas bajacalifornianos.

En sus buenos tiempos fue península, y no isla, cuando todavía venían marchando por el estrecho de Bering los primeros emigrantes asiáticos (que fueron los primeros ciudadanos americanos) y la última glaciación había bajado el nivel de los mares a fuerza de convertir agua en hielo. Cuando Cedros era península, la bahía de Vizcaíno estaba bien protegida y no tenía aún las aberturas de los dos canales que quedan entre punta Eugenia e isla Natividad y entre isla Natividad e isla de Cedros; pero, en

cambio, como constancia y recuerdo de esa época, su constitución geológica y sus características biogeográficas son las mismas que las de toda la región central de la península. En cuanto a sus bosques, que no tienen gemelos en la tierra central peninsular, bien pueden ser una supervivencia de aquellos mejores siglos en que Baja California tenía más árboles y menos desiertos. Al convertirse en isla, debido a fenómenos locales de inmersión —según aseguran los geólogos— la isla conservó su antigua fauna y la preservó a lo largo de los siglos merced a quién sabe qué especiales condiciones, consecuencias tal vez de su aislamiento y sus murallas de mar.

Los indios supieron apreciar bien esta especial preservación de bosques y veneros acuíferos en la isla, y a la llegada de los españoles no se mostraron dispuestos a cederla a los forasteros. Ulloa, su descubridor, habla de ello en su diario de viaje, explicando cómo los indígenas se rebelaron belicosos y lucharon hasta el punto de herir a varios de los conquistadores en su afán de impedirles el desembarco en la isla. Los aborígenes, a pesar de que en los años de la conquista permanecieron ajenos a soldados y jesuitas, se extinguieron, y cuando los primeros balleneros, cazadores de nutrias y de elefantes marinos hicieron de la isla una base casi permanente, ya no se hallaron vestigios de la antigua población.

Durante la segunda mitad del siglo pasado, isla de Cedros sirvió de laboratorio a los naturalistas norteamericanos, enviados a estudiar su geología, su flora y su fauna, por la Academia de Ciencias de California. A fines de siglo, en tiempos de Porfirio Díaz, llegaron a ella los primeros pobladores mexicanos, a trabajar en el beneficio de los minerales que se encuentran en la región norte; explotación que hicieron fracasar los años de Revolución.¹ En 1920 se inicia lo que parece su definitivo poblamiento, al fundarse una empaedora que hoy ha progresado y sostiene a millar y medio de personas.

La empaedora fue obra de los hermanos Bernstein, quienes después asociaron al general Rodríguez. Desde hace algún tiempo, el ex presidente de México es propietario exclusivo de la instalación que funciona en

¹ Aunque en la isla se encuentran minerales tales como oro, cobre y magnetita, no se han reanudado las actividades mineras.

combinación con la empacadora de Ensenada y produce cantidades apreciables de latas de abulón, sardina y macarela, preparadas en distintas formas. A su amparo, se ha ido integrando ese pueblo isleño que habita al sureste de la isla, y que forma una pequeña aldea de casas de madera extendidas sobre las laderas de la montaña, con una pequeña plazoleta que ocupan, en su mayor parte, la iglesia, el campo deportivo y la planta empacadora. La instalación mira al mar y se acerca a él por un muelle en el que atracan los barcos que hacen el transporte de los productos.

En el pueblo de Cedros impera la ley “seca”, porque conforme a la Ley Federal del Trabajo no pueden venderse licores en zonas fabriles. Fuera de este inconveniente, que los dipsómanos se encargan de violar mediante el contrabando de pésimos licores, la población parece vivir bien. En 1948 tuve oportunidad de visitar a los isleños, y no encontré a nadie que sintiera nostalgia por la tierra continental. Obtienen buenas ganancias trabajando para la empacadora, y como las empresas del general Rodríguez están organizadas en forma de semicooperativas, los trabajadores reciben dividendos anuales que les permiten ahorrar buen dinero para retirarse al cabo de los años. Sin embargo, no podría afirmar que la buena impresión que tuve del pueblo de Cedros en 1948 corresponda a una realidad. De hecho, permanecí solamente unas horas en el pueblo y la mayor parte de ellas tomando fotografías y recabando datos sobre la explotación de los recursos del mar. Por eso creo conveniente insertar aquí un fragmento de un serio estudio que fue realizado durante los años de 1942 y 1946, sobre las condiciones del poblado, aunque esto lo haga con la reserva de que corresponde a un lapso anterior a mi visita.²

La autoridad civil en la isla de Cedros reside en el subdelegado, dependiente de la delegación de Ensenada, y representante por tanto del gobierno del Territorio Norte de Baja California. La autoridad militar está desempeñada por el teniente o el subteniente, jefes de destacamento militar destinado en la isla para la vigilancia y para el mantenimiento del orden. Aunque la población es tranquila, el hecho de estar impedida la entrada de bebidas alcohólicas en la isla, por ser considerada como centro de trabajo, hace que sea muy frecuente el contrabando. Muchos pescadores que obtienen grandes

² A fines de 1949 intenté un segundo viaje de estudio a isla de Cedros; pero, sin que pueda aún explicarme la razón, la Empacadora del Pacífico puso tantos obstáculos y objeciones, que mi proyectado viaje fue imposible.

ingresos pagan el alcohol a elevados precios. Este es probablemente el motivo principal de alborotos y escándalos en la isla.

El poblado cuenta con una escuela a donde asisten alumnos de uno y otro sexo, cursando hasta el quinto año de primaria. Esta escuela tiene una directora y dos auxiliares que a duras penas pueden impartir instrucción a una población escolar muy nutrida.

Las condiciones sociales de la isla no son muy buenas. El abuso del alcohol da lugar a frecuentes escándalos poco edificantes. Por otro lado, gran parte de las viviendas tienen deficientes condiciones higiénicas y además son tan reducidas que la vida familiar se verifica casi en promiscuidad. Es lamentable que los excelentes ingresos que reciben las cabezas de familia sean distraídos, en su mayor parte, en atenciones que no contribuyen a mejorar la situación a que acabamos de referirnos. La posición insular de Cedros, su relativa gran distancia de los núcleos de población, el hecho de que la mayoría de los matrimonios se verifiquen entre vecinos de la isla, el deseo de los jóvenes de abandonar el ambiente tan reducido en que viven, lo que tiende a provocar que el número de mujeres sea mayor que el de los hombres, etcétera, son factores sociológicos de gran importancia y merecedores de un estudio más detallado por tratarse de una de las islas de México que encierra mayor población.

Las condiciones sanitarias en el poblado de Cedros son, en general, satisfactorias debido principalmente a la bondad del clima y a la calidad de los alimentos consumidos. Sin embargo, la higiene deja que desear, en particular entre la población infantil. La casi totalidad de las casas carece de drenaje, aunque el puerto cuenta con baños y excusados públicos. En diversas ocasiones, y subvencionado por la compañía de la instalación empacadora, residió en la isla un médico. No se pudo lograr la presencia permanente de este facultativo, sin duda por la falta de atractivo económico suficiente. Hay un practicante encargado de la enfermería y un depósito con medicamentos pobremente surtido. Por las razones apuntadas, la atención médica es deficiente. Por fortuna, la constitución robusta de los habitantes y la salubridad del clima son otras tantas defensas contra las enfermedades. El alcoholismo es una plaga peligrosa que se ha extendido considerablemente entre los pescadores, minando no sólo su salud, sino la de sus hijos. En este sentido, es mucho lo que se podría hacer para mejorar la situación en la isla de Cedros. La tuberculosis hace estragos, principalmente entre los buzos, que además de desempeñar un trabajo dispendioso en energías, se debilitan todavía más por la constante ingestión de bebidas alcohólicas de ínfima calidad.

En los niños son frecuentes los trastornos gastrointestinales, debidos en parte al consumo de agua deficiente desde el punto de vista higiénico. Bastaría hervir el agua destinada a la bebida para reducir extraordinariamente esta causa de enfermedad. También se aprecian enfermedades carenciales correspondientes a diversas avitaminosis, provocadas por la falta de consumo

de legumbres y frutas frescas y otras fuentes de las vitaminas indispensables. La alimentación de la gran mayoría de los habitantes consiste fundamentalmente en pescados y mariscos. Esporádicamente se consume carne de res. El ganado en pie se suele traer de la región de San Ignacio en Baja California. Abundan en las cercanías del poblado las cochiqueras, donde crían y ceban los puercos en las condiciones higiénicas más deplorables. Mejoraría notablemente la situación sanitaria con cochiqueras limpias y alejadas de las viviendas. No hay suministro de leche fresca y la única fuente de la misma es la enlatada de fabricación americana. El consumo de conservas vegetales enlatadas, como chicharos, ejotes, tomates, chiles, etcétera, es alto.³

Isla de Cedros tiene una forma casi triangular, con el vértice al norte y la base al sur. Su mayor longitud es de 28 kilómetros y su mayor anchura de 19. A un tercio de su longitud, contada desde el vértice, muestra una estrangulación donde la anchura llega apenas a 7 kilómetros. La totalidad de su litoral es acantilado y rocoso, y en toda su longitud no se abren sino dos o tres playas que ocupan, durante la temporada de pesca de langosta y abulón, los campamentos de los pescadores. El relieve de la isla, en consonancia con su litoral, es sumamente accidentado; de ahí que Vizcaíno intentara cambiar el nombre de isla de Cedros, puesto por Ulloa, por el de isla de Cerros, más de acuerdo con su rugosa fisiografía. En realidad se trata de una verdadera cordillera en miniatura, donde los profundos barrancos suceden a escarpes inaccesibles que alcanzan, en el norte, una altura hasta de 1 060 metros, y en la parte central, en Monte Cedros o Cerro Cenizo, la máxima de 1 203 metros. Este sistema oro-gráfico disminuye sus proporciones en la parte sur, donde se tiende en sentido transversal (E-W) y alcanza sus mayores alturas en Pico Domo y Monte de Tierra, de 460 y 430 metros, respectivamente.

En los declives empinados de las cañadas, en las crestas de la cordillera y en la pendiente costera del noroeste, donde las nubes y las nieblas son frecuentes, crecen los bosques de pinos, mientras en los declives que miran hacia bahía de Vizcaíno la flora se muestra raquílica, con las características desérticas de la parte central de la península.

³ Osorio Tafall, Bibiano F., y Albarrán López, Plutarco: "Isla de Cedros", en *Mares e islas mexicanas del Pacífico*. México, 1949. [Véase también Bibiano F. Osorio Tafall, "La isla de Cedros, Baja California", en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, tomo LXVI, núm. 3, nov-dic. 1948, pp. 367 a 369. (N.E.)]

En general, la isla es árida, pues las zonas boscosas ocupan una mínima parte de la superficie total; mas a pesar de ello, la fauna cuenta con numerosos ejemplares de diversas especies, la mayoría de ellas ejemplares de las especies peninsulares, pero cinco, como excepción, particulares de la isla. Estos son el venado de cola blanca (protegido para evitar su extinción de 1923 a 1928, pero por ahora sin veda), el conejo de la isla, la rata de campo, el ratón de pata blanca y el ratoncito isleño, que abunda por todas partes.

En cuanto a la fauna marina, Cedros es particularmente rica. En sus aguas pueden pescarse 32 especies de peces comestibles, entre los que se incluyen varias de atún, corvina, jurel, lenguado, macarela y sardina. Los fondos marinos son extraordinariamente pródigos en abulón (especies azul, negra y roja) y en langosta, aunque este crustáceo se encuentra en toda la costa del Pacífico de la Baja California, desde Ensenada hasta San José del Cabo, y aun en determinados lugares del golfo de California.



Playa en la bahía de Mal Arrimo. (Foto: Martínez Ruiz)

Segundo intermedio

Una aventura en el canal

Chopo, al aceptar este desafío, se lanzó al agua. Se dejó llevar por las olas, pero no dejó de mantener la calma. Pronto llegó a un punto donde las olas eran más altas y fuertes. Él se inclinó hacia adelante y se dejó llevar por la corriente. En un momento, se encontró en un lugar que parecía un canal estrecho. Allí se detuvo y miró a su alrededor.

—¡Dios, Chopo, ¡parece que estamos en un canal!

—Sí.

—¿Está lo de ahí muy profundo?

—Chopo, ¡está en el agua!

—Sí.

—¡Pero sí, Chopo, se quiere mantener por ahí así. ¡No, ¿Caven una palabra más allá de ahí?

—Y Chopo, así, se apresuró a irse, y se lanzó al agua. Él se inclinó hacia adelante y se dejó llevar por las olas. Pronto llegó a un punto donde las olas eran más altas y fuertes. Él se inclinó hacia adelante y se dejó llevar por la corriente. En un momento, se encontró en un lugar que parecía un canal estrecho. Allí se detuvo y miró a su alrededor.

—¡Dios, Chopo, ¡parece que estamos en un canal!

—Sí.

—¿Está lo de ahí muy profundo?

—Chopo, ¡está en el agua!

—Sí.

—¡Pero sí, Chopo, se quiere mantener por ahí así. ¡No, ¿Caven una palabra más allá de ahí?

—Y Chopo, así, se apresuró a irse, y se lanzó al agua. Él se inclinó hacia adelante y se dejó llevar por las olas. Pronto llegó a un punto donde las olas eran más altas y fuertes. Él se inclinó hacia adelante y se dejó llevar por la corriente. En un momento, se encontró en un lugar que parecía un canal estrecho. Allí se detuvo y miró a su alrededor.

—¡Dios, Chopo, ¡parece que estamos en un canal!

—Sí.

—¿Está lo de ahí muy profundo?

—Chopo, ¡está en el agua!

—Sí.

—¡Pero sí, Chopo, se quiere mantener por ahí así. ¡No, ¿Caven una palabra más allá de ahí?

—Y Chopo, así, se apresuró a irse, y se lanzó al agua. Él se inclinó hacia adelante y se dejó llevar por las olas. Pronto llegó a un punto donde las olas eran más altas y fuertes. Él se inclinó hacia adelante y se dejó llevar por la corriente. En un momento, se encontró en un lugar que parecía un canal estrecho. Allí se detuvo y miró a su alrededor.

XXV

En el que vamos en busca de ballenas

Chepo, el mejor guía cuando de buscar se trata, se presentó ante nosotros poco antes de las ocho de la mañana. Posiblemente no terminaba aún de despertar, porque a pesar de mi deseo por hacerle hablar y comprometerlo en mis proyectos, no conseguí más cosa que hacerle sonreír y decir que sí a todo, indistintamente, lo cual no me inspiraba excesiva confianza.

— Dime, Chepo, ¿crees que encontraremos ballenas?

— Sí.

Y me lo decía muy sonriente.

— Chepo, ¿estarán en el canal?

— Sí.

— Pero mira, Chepo, no quiero pasarme diez días tras ellas. ¿Crees que podríamos verlas hoy mismo?

Y Chepo seguía contestando que sí, y sonriendo muy alegremente, como si buscar ballenas fuera una placentera tarea.

El que Chepo sonría a todo y con todos le hace el ser más simpático que pueda encontrarse en bahía de los Ángeles, bello lugar de posibilidades turísticas que se encuentra sobre el mar de Cortés, justamente donde el paralelo 29° cruza la costa bajacaliforniana. Como marinero que fue, allá en sus años de juventud, Chepo se cubre la cabeza con una gorra de oficial de la marina y el torso con un chaquetón también marinero. En cuanto a los pantalones son de civil; porque el tradicional funcionalismo de los pantalones marineros pierde sentido cuando hay que pasar la mayor parte del día en tierra. Chepo es descuidado en su persona y se rasura solamente cada mes. Es bajo de estatura y singularmente feo. Se dedica a la pesca en los ratos que le deja libre el ocio, y vive solo, en una cabaña

que es la vigésima y última del poblado de la bahía. Si Chepo fumara en pipa y contara historias de aventuras podría pasar por el más genuino lobo de mar de la costa mexicana.

Como nuestro amigo ex marino y pescador nos garantizó el éxito de la aventura y no puso obstáculos a ella, nosotros no pudimos encontrar pretexto para arrepentirnos (porque una cosa es hablar de ballenas acostado en la hamaca y otra salir a encontrarse con ellas). Arreglamos el precio —irrisorio por lo demás—, y Chepo nos dio cita en la playa para veinte minutos después.

Cuando se alejaba rumbo a su cabaña, le grité una broma:

— ¿Vas a escribir el testamento, Chepo?

Y Chepo contestó, sonriendo, naturalmente:

— No. Voy por el motor. El testamento háganlo ustedes; yo no tengo parientes.

Puede parecer curioso, pero el nombre de bahía de los Ángeles no aparece en ninguno de los dos mapas que tengo a la vista, a pesar de que uno de ellos es el mapa en uso por las fuerzas aéreas norteamericanas y no obstante (esto es lo más curioso) que bahía de los Ángeles es seguramente la segunda ensenada, en belleza, de la costa interior de Baja California. (La más bella, para informar por adelantado, es la bahía de la Concepción).

Bahía de los Ángeles no es el lugar más a propósito para encontrar ballenas. Es más fácil hallarlas en bahía Scammon, en bahía de Ballenas o en laguna de San Ignacio, sitios estos sobre la costa del Pacífico, al sur del paralelo 28°. Sin embargo, a consecuencia de esos siempre inesperados cambios de itinerario durante una expedición, mi contacto directo con las ballenas fue en las afueras de la bahía, en las aguas del canal de Ballenas, entre la costa bajacaliforniana y la desértica e inexplorada isla de Ángel de la Guarda.

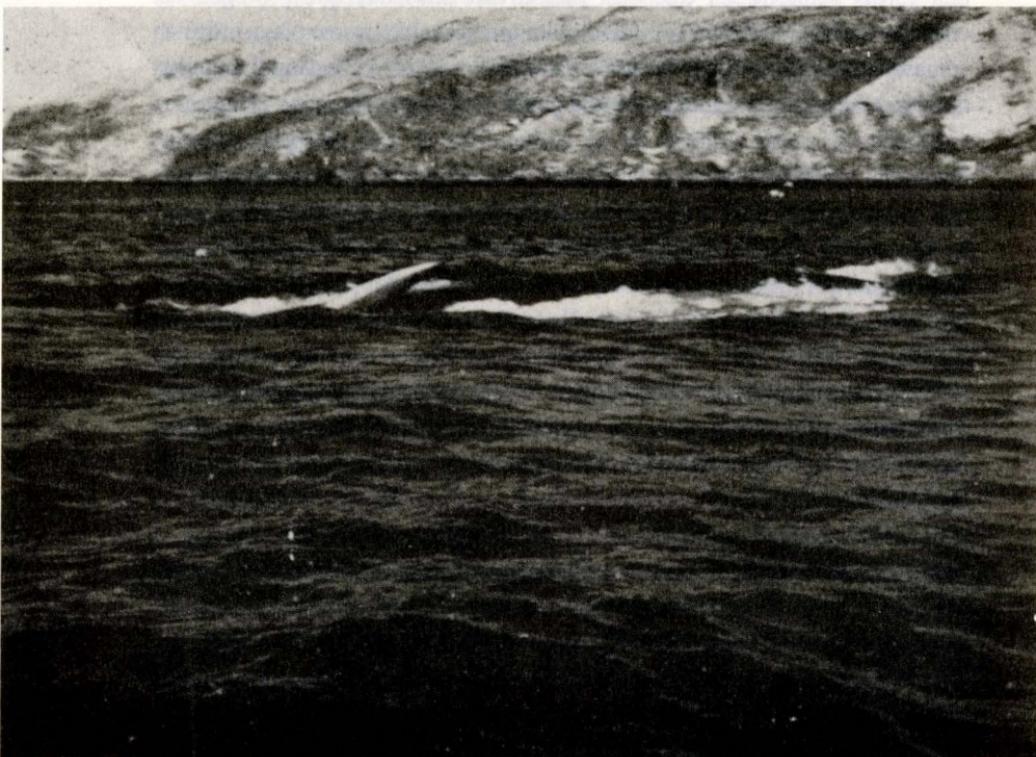
Llegar a bahía de los Ángeles es mucho más fácil que alcanzar bahía de Ballenas, en el Pacífico, lo cual obliga a cruzar totalmente el peligroso desierto de Vizcaíno. En cambio, para llegar al golfo, basta con seguir una desviación de 75 kilómetros que parte del camino real, un poco antes de Punta Prieta. Es una brecha suave, llena de curvas escoltadas de cardones, que cruza la sierra de Calamajué. No tiene señales indicadoras de

distancias, ni pueblos intermedios, pero como es única, basta con seguirla para llegar con seguridad a la bahía.

Como lugar de turismo, bahía de los Ángeles es un sitio de exclusiva belleza, pero de esto sólo se han dado cuenta los norteamericanos. Tiene una forma semicircular que casi cierran las dos islas que protegen la entrada; un mar profundo, muy azul y siempre en calma, y una playa infinita y suave que se prolonga más allá de la punta que hace la bocana. La curva de la bahía está totalmente protegida por la sierra, que franquea el camino siguiendo el curso sinuoso de un cañón. Por el mar, aunque a cierta distancia, también la protege isla Ángel de la Guarda. Las veinte cabañas que constituyen el pueblo se pierden casi en la amplia faja costera recargada en la montaña. El único edificio de mampostería es el de la Compañía Minera de la Baja California, negociación yanqui que explota los jales abandonados por la San Juan Minning Co., compañía también norteamericana que estuvo trabajando hasta 1935. Por la brecha nunca llegan turistas a bahía de los Ángeles; la utilizan exclusivamente los camiones de la mina o los de los fayuqueros; pero, en cambio, por avión llegan cientos de viajeros todos los años; turistas que proceden directamente de las ciudades del sur de California o de Arizona.

A la hora convenida, Chepo se encontraba ya en la orilla del mar, sobre la playa infinita. Se ocupaba de fijar a un bote de cuatro metros de eslora un motor fuera de borda, tan viejo, que se me ocurrió al verlo que era la primera muestra que había salido de la fábrica. Cuando el motor estuvo en su lugar, Chepo metió un par de remos dentro y nos invitó a “subir a bordo”. Mientras nos alejábamos de la playa a fuerza de remos me vino a las mientes el recuerdo de mis paseos de infancia por el lago de Chapultepec; así de pequeña era la embarcación. Luego, el motor empezó a funcionar y nos hicimos a la mar.

Eran las nueve de la mañana cuando empezamos a rastrillar el mar de la bahía en busca de ballenas. Eramos tres a bordo, además de Chepo: Zataráin, que había venido conmigo desde Mexicali, el profesor de la escuela de bahía de los Ángeles y yo. Chepo se encargó del timón, el profesor de atender los curricanes, Zataráin se sentó a popa y yo en la proa. Repartidos así, Zataráin y yo podíamos avizorar todo el horizonte, y teniendo cada quien una cámara fotográfica, era casi seguro que, de aparecer ballenas, podríamos obtener buenas fotografías de ellas.



Ballena gris del canal de Ballenas, frente a isla Ángel de la Guarda.

Alejados ya de la costa, Chepo preguntó descaradamente a dónde íbamos. Como el motor no dejaba oír mis gritos, me conformé con hacer una seña; seña que para él, buen entendedor, significaba: “A donde estén las ballenas”. Chepo cambió el rumbo y enfíló directo a la bocana.

Cabeza de Caballo es el nombre de una de las dos islas que cierran la bahía. Justamente pasábamos frente a ella cuando el profesor, que no por ir atendiendo los curricanes dejaba de mirar el mar, levantó la voz a pesar del ruido del motorcillo: “¡Una ballena!”. Zataráin y yo nos levantamos de golpe con las cámaras apuntadas hacia donde señalaba el profesor, pero no vimos nada. Chepo viró a babor y siguió la dirección indicada. Mientras nos acercábamos empezaron a vibrar nuestros nervios. Yo, personalmente, sentí una indefinible inquietud y me preguntaba cuántas probabilidades habría de tener éxito jugando a perseguir a las ballenas en una embarcación tan frágil.

El profesor no se había equivocado. Justamente por la proa, a media milla de distancia, surgió una ballena que inmediatamente volvió a sumergirse. Chepo, guiándose por la dirección que llevaba el animal, viró nuevamente y empezó a cortarle camino. Transcurrieron varios minutos y la ballena no aparecía. Con bastante temor imaginábamos que la ballena nadaba precisamente bajo nosotros. De repente, a cien metros del bote, hizo otra reaparición. A pesar de estar preparados no nos fue posible cazarla con cámara durante la fracción de minuto que permaceció a flote. Esta vez Chepo redujo la velocidad a media máquina, y virando, siguió la pista por sobre la superficie del mar. Aparentemente, el cetáceo seguía un rumbo paralelo al litoral escarpado de Cabeza de Caballo. Veíamos saltar sobre la superficie del agua cardúmenes de sardinillas que huían; y aunque no tengo noticia de que las ballenas del golfo de Cortés se alimenten de estos pececillos, nos guiamos por los cardúmenes, pensando que huían de la ballena. Varias veces, con intervalos de cinco minutos, el animal reapareció durante segundos. Logramos alcanzarlo con la cámara, pero siempre demasiado lejos. Media hora después de iniciada la persecución, la ballena se sumergió por última vez y desapareció sin dejar rastro, sin habernos permitido ni siquiera una buena instantánea. Chepo seguía sonriendo, pero Zataráin y yo empezamos a desanimarnos.

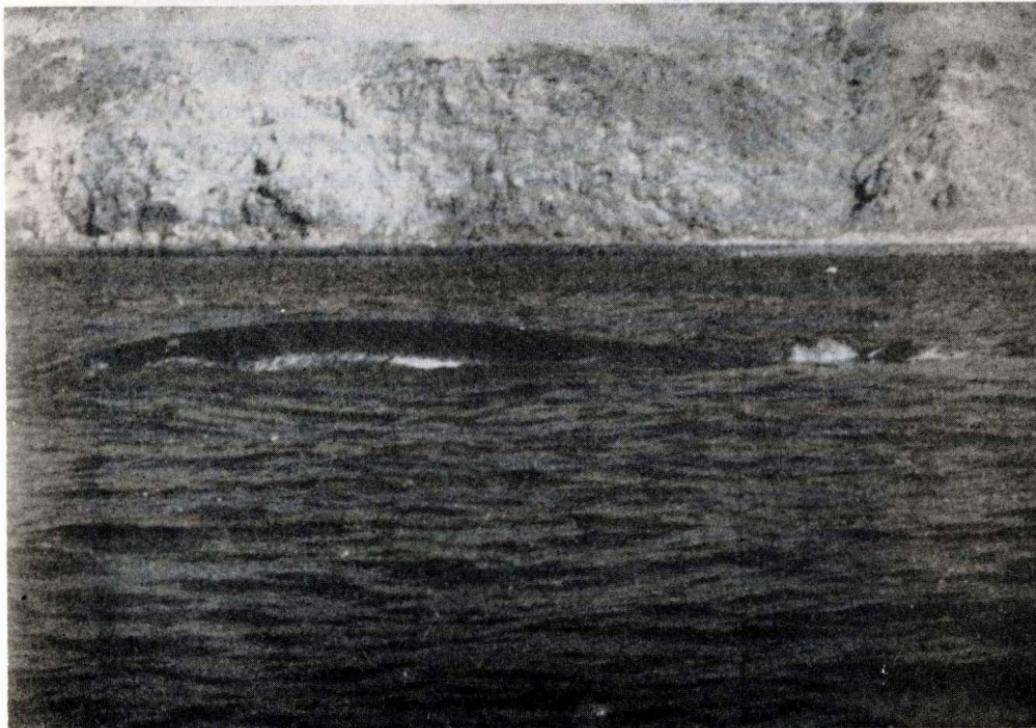
Con los curricanes largados, en espera, al menos, de obtener una buena presa para la cena, dejamos la bahía y nos internamos en el canal

de Ballenas. Las aguas del canal, cuando no sopla el viento noroeste, son seguras y puede uno aventurarse por ellas en cualquier tipo de embarcación; sin embargo, pueden ser peligrosas por la velocidad de su corriente. Nosotros entramos confiados en el canal: confiados en Chepo y en el motor, pero a poco navegar, la máquina empezó a fallar. Chepo se disculpaba diciendo que el tanque del combustible estaba sucio y que por eso se tapaba el conducto o el carburador. Yo me inclinaba a pensar que el motor, de viejo, ya no quería funcionar. Navegábamos doscientos metros y el motor se paraba. Había entonces que desarmarlo, soplarle por el tubo, por el tanque, limpiar el carburador y, finalmente, luchar diez minutos con la cuerda para ponerlo en marcha. Luego funcionaba otros cinco minutos y volvía a fallar. Zataráin dejó la cámara y se puso a desarmar el motor. El profesor recogió los curricanes que se enredaban constantemente, y yo, más de mal que de buen humor, me dediqué a vigilar el horizonte. Estábamos a la deriva, a medio canal, desplazándonos a la velocidad de la corriente. En ese momento, vi dos ballenas que se acercaban a nuestro bote.

La oportunidad venía, por partida doble, acercándose a la embarcación. No quería perderla y se me ocurrió proponerle algo a Chepo. El motor había vuelto a ponerse en marcha, a toda velocidad, y el ruido era ensordecedor. Desde la proa grité a Chepo si me escuchaba. Nuestro timonel hizo un gesto que se traducía: “¡Nada!” Volví a gritarle: “¡Cien pesos de propina si te acercas a las ballenas! ¿Escuchas?” Chepo sonrió de oreja a oreja y me contestó una seña con los dedos de la mano: “¡Un poco!” A partir de ese momento, durante media hora, justamente lo necesario, el motor no volvió a fallar. Ahora que escribo me pregunto si Chepo no prepararía todo el asunto, intencionalmente, para ganarse la propina.

Las ballenas, dos o tres, se acercaban de norte a sur, paralelas a la costa de isla Ángel de la Guarda. Nosotros, de sur a norte, empezamos a acortar la distancia. Zataráin se había puesto de pie y el profesor guardó los curricanes. La embarcación, a toda velocidad, vibraba a tal punto que parecía próxima a desarmarse. Nosotros tres, sin incluir a Chepo, sentíamos vibrar los nervios al ritmo del motor; que lo que es Chepo no conoce el miedo, según lo certificamos después.

El rumbo de las ballenas nos obligó a virar 180 grados y a seguir las. En menos tiempo que nosotros habían girado en semicírculo y se nos



Ballena gris del canal de Ballenas, frente a isla Ángel de la Guarda.
(Foto: Zataráin)

situaban por la proa. Ballenas y embarcación empezaron a correr rumbo al sur. La distancia se acortaba, y a medida que avanzábamos, nos dábamos cuenta de que no era una, ni dos, ni tres, sino seis cuando menos las ballenas cuya marcha intentábamos interceptar. “Un cardumen entero” según la expresión de Chepo.

Cuando tuvimos las ballenas a doscientos metros de la banda de babor, empecé a gritar la maniobra: “¡Chepo, vira por babor! ¡Toda la caña!” Chepo cumplió la orden con precisión; pusimos proa al norte, y así nos colocamos a cien metros de las ballenas. Los cetáceos viraron también y se colocaron paralelos al bote. Zataráin empezó a disparar la cámara, una Speed Graphic, y yo le imité manejando la más rápida Exakta. Nuestros disparos se sincronizaron con las fugaces apariciones de los animales sobre la superficie.

Chepo comprendió el problema fotográfico y realizó, por cuenta propia y riesgo de todos, dos maniobras más. Cuando estuvimos a la altura de la ballena más adelantada, a punto de pasarla en su carrera, Chepo disminuyó la velocidad y, sin previo aviso, dio ochenta grados a estribor. Así inesperadamente, nos situamos a cincuenta metros de las ballenas. Zataráin y yo nos estrechamos a las cámaras y seguimos oprimiendo el disparador.

La última maniobra fue una broma desagradable. Al parecer, las ballenas no se habían dado cuenta de nuestra presencia y continuaban como jugueteando, hundiéndose y emergiendo. Chepo me aseguró después que los cetáceos estaban en celo y que se hacían el amor. Yo no tuve tiempo de comprobarlo ni gana alguna de investigarlo, porque en aquel momento Chepo viró otra vez, hacia dentro, ciento ochenta grados. Y así tuvimos a las ballenas a treinta metros de distancia, por la banda de babor. Recuerdo que apreté, automáticamente, el disparador. Zataráin hizo lo mismo. Luego, por el visor, vi cómo una ballena se sumergía justamente por la proa, en dirección a nosotros. Presintiendo la maniobra aparté la cámara de mi cara y me quedé mirando fijamente el fondo del mar. Bajo la quilla, el cetáceo navegaba a nuestra misma velocidad. Tuve terror. Con toda la fuerza de mis pulmones le grité al timonel: “¡Afuera, rápido, dale, Chepo!” Indudablemente Chepo había visto lo mismo que yo. Por primera vez le vi sin sonreír. Torció la caña con un desesperado gesto y dio toda la velocidad al motor. La máquina también tuvo miedo, rugió

desesperada e hizo saltar la panga por sobre el agua. Yo caí sentado sobre el banquillo de proa. Zataráin seguía de pie, con la cámara en alto, como si hubiese querido salvarla de un inevitable naufragio. El profesor miraba, como hipnotizado, el fondo del mar.

A diez metros de nosotros, por la popa, surgió, resoplando, una enorme ballena; la misma ballena que nadaba bajo nuestra embarcación. De ese momento no hubo fotografía.

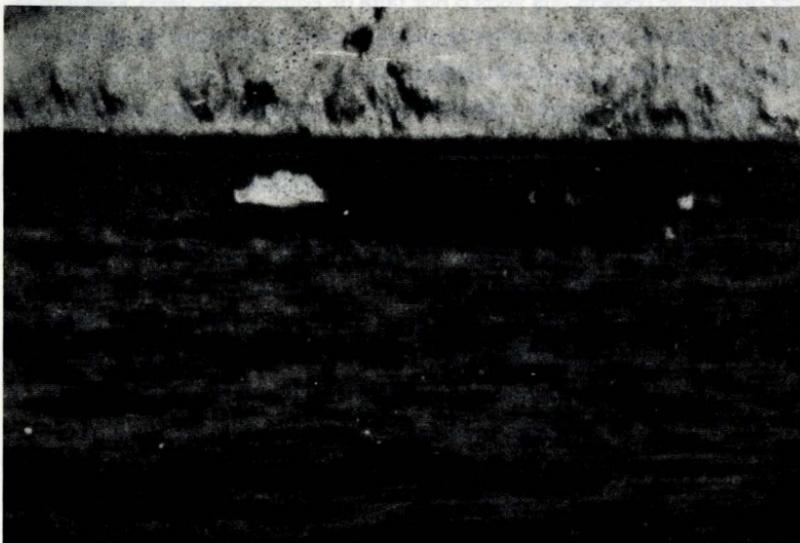
Los enormes cetáceos que se encuentran frente a isla Ángel de la Guarda son de la especie conocida como “ballena gris”. Actualmente, según afirmación de algunos biólogos, parece que esta especie vive exclusivamente en los mares de la Baja California, donde se reproduce con absoluta seguridad.

La ballena gris no es de un tan descomunal tamaño como su pariente ártica o azul. Pueden medir hasta 20 o 25 metros, pero nunca alcanzan mayores proporciones. Es difícil encontrarlas quietas, y parecen estar siempre ondulando entre el fondo y la superficie. En ocasiones —aseguran los pescadores— se las encuentra recostadas sobre las playas, amamantando a los ballenatos. En los mares bajacalifornianos no se les persigue, tal vez porque se respeta una veda o por falta de equipo adecuado. Ocasionalmente, algunos cetáceos se varan en las playas, y entonces los pescadores aprovechan para extraerles el aceite.

El mejor tiempo para encontrar ballenas en bahía de los Ángeles es el verano. Durante los meses de calor se internan hasta ponerse a la vista de los habitantes del poblado. Nada parece atemorizarlas, y los pescadores navegan con cuidado, listos para evitar un peligroso encuentro. En invierno, las ballenas se retiran a sitios desconocidos. Se las puede encontrar en el canal, pero no hay de ello muchas probabilidades. Como estuve en diciembre en bahía de los Ángeles, considero como un verdadero golpe de azar el haber podido retratarlas. Fue cosa de suerte, nada más, y del conocimiento y la habilidad de Chepo, el más pintoresco guía para cuando de buscar ballenas se trata.



Pescadores de caguama en laguna Ojo de Liebre. (Foto: Martínez Ruiz)



Dos ballenas en viaje frente a isla Ángel de la Guarda.

QUINTA PARTE

En el que descubre rasgos de tanta aridez

En el País de los Oasis

Al sur del paralelo 39° —cubierta aquí el desierto por una zona de pequeñas dunas— se abren, hacia el interior y hacia el sur, el Oued de Vindoua de influencia del agua de lluvia del Atlántico, que cubren el resto de la zona en forma de arroyos, y más allá del desierto se abre hacia el sur una alfombra de oasis y lagunas. En el sur se encuentran la zona de oasis de las dunas, pero que tiene poca importancia. Si se firma por ella, y se continúa hacia el sur, se llega al Oued de Vindoua, el desierto africano en su estado más árido, con sus arenales, sus lavaderos de cenizas y la villa ojedra y impresionantemente pintoresca de las aldeas, las alfombras lagunas floridas. Se encuentran algunos oasis de agua dulce por día puntales, al travesar se hace una gran laguna y siempre sobre la presencia de las lagunas de agua de lluvia de las dunas, luego el desierto por las partes más altas y ante el mar el desierto de arena que cubren el desierto sur a la larga de los 2.000 kilómetros.

El desierto de Vindoua no es, en modo alguno, impenetrable. Las zonas de carácter costero que se elevan en su margen occidental que sella el paralelo han situado al hombre a través de los bosques de pinos. En donde septentrional se crean los oasis que van a las lagunas salinas de Oja de Liria, en donde el Oued de la laguna de Saoum, el ministro por el sur y toda la línea del paralelo lo cruzan el centro de las dunas de, que desde las lomas entre punta Abouja y punta Tagma sobre las dunas, las presencias de lagunas se encuentran allí, entre el mar y se van a las partes

* Asimismo, aguas de Liria (N.E.)

XXVI

En el que descansamos de tanta aridez

Al sur del paralelo 28° —señalado sobre el camino por una línea de piedrecillas de cuarzo— se abre, inmenso polvoso y desolado, el desierto de Vizcaíno. Se extiende casi a todo lo ancho de la península, que en esta región alcanza su mayor anchura, y sólo lo interrumpe en su avance hacia el golfo una sierrecita baja y angosta que no ha merecido todavía nombre sobre los mapas, pero que bien podría llamarse de San Ignacio. Si no fuera por ella, y su continuación, la sierra de Santa Lucía, el desierto absoluto se pasearía de mar a mar, con sus arenales, sus bosques de cardones y la vida inquieta e implacablemente perseguida de los berrendos, los antílopes bajacalifornianos. Sobre esta zona, cuya superficie es la de un meridiano por dos paralelos, el camino no tiene ruta que elegir, y aunque busca la protección de los últimos declives de la sierra sin nombre, lanza al viajero por los pasos más duros y ante el más desolado horizonte que ofrezca el camino real a lo largo de sus 2 000 kilómetros.

El desierto de Vizcaíno no es, en modo alguno, impenetrable. Las metas de carácter económico que se alcanzan en su margen occidental que baña el Pacífico han alentado al hombre a tender sobre él brechas de tránsito. Su borde septentrional lo cruzan los caminos que van a las inmensas salinas de Ojo de Liebre, arrinconadas al fondo de la laguna de Scammon,* mientras por el sur y todo su litoral del Pacífico lo cruza el camino de los langosteros, que tienden sus bases entre punta Abreojos y punta Eugenia todas las temporadas. Los pescadores de langosta se mantienen allí seis meses del año, cerca del mar y en torno a las pistas

* Actualmente, laguna Ojo de Liebre. (N. E.)

aéreas donde aterrizan los aviones que transportan el producto a los mercados de California. El avión es para ellos el principal medio de transporte, pero muchos de sus proveedores toman el camino de tierra para acercarse a los campos, y por eso el desierto de Vizcaíno es una región de intenso tránsito, que no alcanzan a detener las escasas posibilidades del terreno.

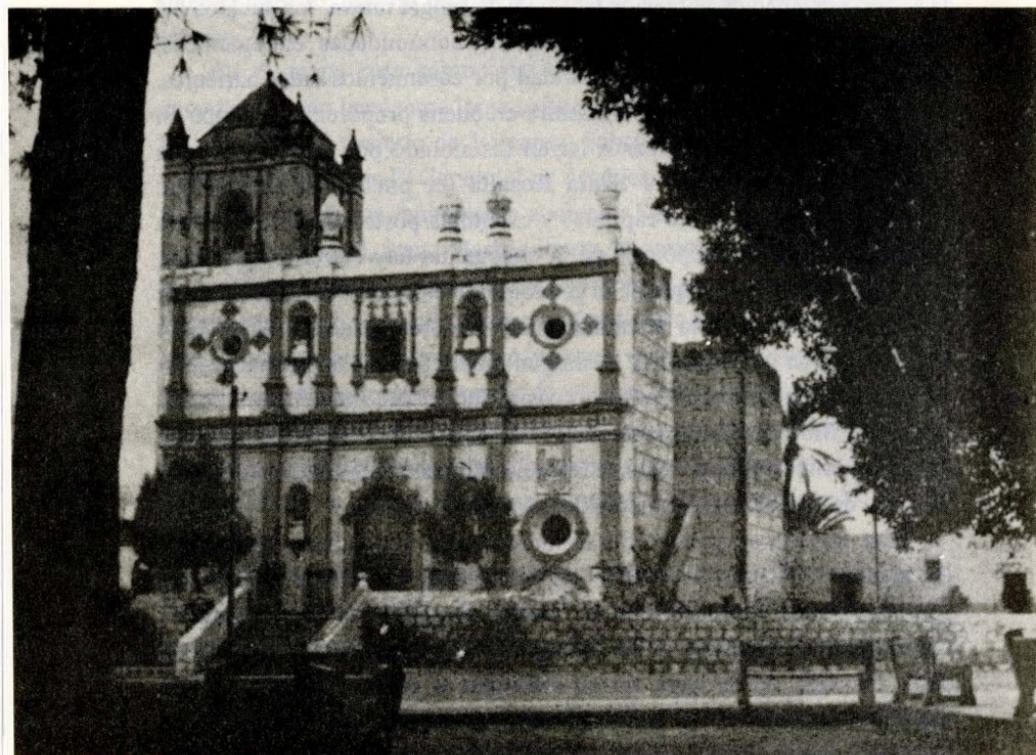
En el mapa más minucioso del Territorio Sur que sea posible encontrar puede leerse una larga serie de nombres alineados a la orilla de los caminos del desierto de Vizcaíno. Sobre el camino real están Cueva Colorada, El Tablón, El Caracol, Los Ángeles, El Porvenir y Los Mártires. Sobre la ruta de los langosteros aparecen San Ángel, Gentiles, Tinaja, Leones, San Rafael, Santa María e Ibarra. Ninguno de ellos corresponde a un pueblo o siquiera a una ranchería; son simples puntos de referencia. Más de acuerdo con la realidad, el mapa para uso de la fuerza aérea norteamericana ha borrado los nombres y dejó la llanura vacía, tal como es. Para explicar mejor el significado de la ausencia de nombre, extendió sobre el espacio en blanco la palabra *desert*, que en este caso no se presta a confusiones, pues lo mismo significa ausencia de vida humana que de vida animal y vegetal, aunque sobre lo último haya que repetir la atenuante de una relativa excepción.

Peró a la orilla oriental del desierto, al centro de una cuña que la llanura lanzó, entre las dos sierras, la que no tiene nombre y la de Santa Lucía, hay un pequeño círculo y un nombre, en todos los mapas. Es San Ignacio, el centro vital del desierto de Vizcaíno.

Por sus características biogeográficas, San Ignacio es el oasis clásico: una mancha de palmeras en el desierto. Por sus características sociológicas, es la primera gran agrupación humana de rasgos netamente mexicanos que se encuentra en la marcha de norte a sur a lo largo de la península. Por su disposición y trazo, San Ignacio es también el primer pueblo mexicano sobre el camino real. Y por lo que se refiere al carácter de sus 1 000 habitantes, el oasis México californiano es uno de los sitios más acogedores, alegres, hospitalarios y sencillos del Territorio Sur. En esto último, San Ignacio no proporciona la excepción; esa es la característica fundamental de todos los pueblos del sur, donde el forastero, desde el primer momento, entra a formar parte de la familia pueblerina, y vive, durante su estancia, sus mismas alegrías y comparte los mismos problemas y esperanzas.

Por otra parte, y ya que hemos mencionado la palabra familia, hay que advertir que todos los pueblos-oasis cuya lista inicia San Ignacio son en realidad comunidades de familia, donde predominan, en proporción notable, uno, dos o a lo más tres apellidos. Tal vez por su aislamiento, por la escasa densidad de población y la falta de sangre nueva, los pueblos del Territorio Sur, exceptuando La Paz, son comunidades endogámicas, donde se tejen lazos de consanguinidad por casamientos entre parientes. Esto no es absoluto, pero se encuentra en buena proporción, aunque en el último medio siglo los casos hayan disminuido por la aportación de sangre extranjera atraída a Santa Rosalía (el pueblo minero al que llegaremos en el siguiente capítulo) y extendida posteriormente a toda la península. Si en esta hipótesis de la endogamia hay cierta exageración, queda entonces, para explicar el predominio de uno o dos apellidos, el recurso de referirse a la fecundidad del hombre bajacaliforniano. Esto tampoco puede generalizarse, de ningún modo; pero es un hecho que encuentra su mejor ejemplo un poco más al sur de San Ignacio, en el oasis costero de Mulegé, donde parece haber recaído sobre la inquietud amorosa de ciertos hombres, hoy viejos, la responsabilidad de repoblar la península después de las luchas agotadoras contra los invasores.

San Ignacio se protege del desierto contra la pendiente desnuda y pedregosa del último declive de esa sierra que, para evitar el dejar de llamarla, hemos bautizado con el nombre de sierra de San Ignacio, y tiende, entre su caserío y la llanura desolada, una cortina de palmeras de dátil. Por eso, desde lejos, no se distingue el pueblo, oculto bajo las elegantes datileras cuyas primeras semillas trajeran los misioneros de Loyola. Las datileras y los habitantes viven gracias a la inagotable fecundidad de un manantial que corre al pueblo convertido en arroyo y dividido dentro de acequias que pasan a alimentar los huertos y viñedos de las casas. Rodeando el manantial hay un gran cañaveral donde llegan cada invierno los patos migratorios del Canadá, y a lo largo de las acequias se tejen los centenarios emparrados cuyo producto, también anualmente, se beneficia en vino. Y como San Ignacio está situado en una cuña del desierto, recibe del Pacífico el viento fresco de los noroestes y del golfo el reflejo cálido atenuado por la distancia; resulta que goza de un clima ideal que sólo supera el oasis meridional de Comondú.



Misión de San Ignacio.

A San Ignacio lo creó una misión construida por el jesuita Juan Bautista Luyando, en 1728, y el pueblo actual vive orgulloso de esta obra arquitectónica que se conserva íntegra, a pesar de que el exagerado afán conservador de los pobladores haya auspiciado la renovación de la pintura original de la fachada, con lo cual perdió el interés histórico de su pátina. Pero el interior, aunque deteriorado por el paso de casi dos siglos y medio, conserva sus características originales, siendo la más notable de ellas el gran altar de madera labrada y chapada de oro. Algunos santos y cuadros han desaparecido, pero en San Ignacio esto ha sucedido en menor proporción que en las otras misiones bajacalifornianas.

Frente a la misión se abre una típica plaza mexicana, con prados simétricos, el emplazamiento vacío de un quiosco central y bancas en la periferia, un paseo exterior amplio y pavimentado, y la sombra generosa de laureles de la India. Es éste el centro de la población, y de aquí parten las calles que forman los ejes perpendiculares de todas las demás. El trazo del pueblo intenta conservar la simetría, pero se lo impide el declive de la montaña, y por eso algunas calles se tuercen buscando su alineamiento inútilmente. En las afueras del poblado, las calles se van desvaneciendo entre las huertas enormes donde las datileras y los viñedos proporcionan el cimiento económico de la población.

En San Ignacio entra uno en contacto con otro espíritu en las poblaciones bajacalifornianas. Pareciera, para quien viaja de norte a sur al través del desierto peninsular, que las inmensas soledades de arena y rocas, los bosques de cardones y las arboledas de mástiles de los cirios, fueran domando a los hombres, haciéndolos más hospitalarios, sencillos y desinteresados (y más perezosos también). Los hombres del norte: Mexicali, Tijuana y Ensenada, aunque francos y sinceros, pecan de fríos. Hacia el sur, cruzando el paralelo 28°, la gente es más pobre, pero más gentil. Tiende manos calurosas y se abre a la confianza y a la amistad sin recato alguno; pide y otorga con humildad, y sonrío más. Tan mexicanos son, en su espíritu de nación, los del norte como los del sur; tan bajacalifornianos unos como otros; pero en el Territorio Sur, los hombres parecen ignorar la dura escuela de los dólares, la disciplina del *time is money*, cuya onda cultural no ha cruzado aún la faja desértica de la Tierra de Nadie, y permanecen fieles a la noble tradición que les heredara el espíritu de los misioneros jesuitas. Este espíritu del pueblo tampoco es

particular de San Ignacio. Va de oasis en oasis, a lo largo de los 700 kilómetros que hay de aquí al extremo, y aunque hace un relativo paréntesis en La Paz (capital al fin), puede afirmarse como la característica esencial del sur bajacaliforniano.

Y con la misma sencillez de su hospitalidad y su amistad, San Ignacio y los otros pueblos son alegres, aunque aparentemente, el bosque melancólico de las datileras y la sombra sentimental de los laureles den la impresión contraria. El pueblo sería triste si no ofreciera más que la dulce ternura de sus huertos, de su plaza central y la sombra secular de su misión; pero tiene a sus habitantes, y sus habitantes son alegres, sociables e inquietos. Pese a lo raquíta que puede ser la vida social de una comunidad de 1 000 habitantes, existe aquí desarrollada fuera de proporción con las posibilidades, sostenida por los largos lazos consanguíneos y el estrecho abrazo de la amistad. Tal vez, como en todos los pueblos, en lo íntimo esta unión se agriete con las pequeñas rivalidades nacidas de los celos y las envidias. Digo esto como una posibilidad, pero ningún forastero podría ratificarlo basándose en observaciones personales; porque en torno suyo, el pueblo es uno, compartiendo con él la alegría de los bailes semanales y de las reuniones familiares.

Además de la misión, San Ignacio tiene una particularidad, notoriamente escandalosa: su escuela. La hizo construir un gobernante del territorio, y pretendió hacer de ella un gran internado para toda la población diseminada en la región periférica del desierto de Vizcaíno. Esto dio como resultado un gran edificio de proporciones gigantescas cuyo fracaso es absoluto. El gobernante no pensó, al imaginar el proyecto, cómo iba a lograr la concentración de todos los niños en edad escolar, aislados por la falta de vías de comunicación y ligados a sus rancherías por la primordial necesidad de hacer fructificar la tierra, de por sí bastante egoísta. Por eso el edificio está vacío y da la impresión de un absoluto abandono. Se ocupa de él la décima parte, y si quisiera cubrirse su cupo, habría necesidad de internar en ella a toda la población de San Ignacio... y quizá, a pesar de ello, sobraría espacio para alojar en ella a los habitantes de otro pueblo del Territorio Sur.

XXVII

En el que la injusticia nos obliga a la crítica¹

Antes de San Ignacio, antes de El Arco, todavía antes de Punta Prieta, ya desde el mismo centro de lo que hemos llamado la Tierra de Nadie, empiezan a escucharse de labios de los hombres largas historias sombrías y dolorosas sobre la formación y vida del pueblo más industrial de la Baja California: Santa Rosalía. En casi todos los pequeños poblados, o en las rancherías o campamentos que viven a orillas de los dos mares, siempre se encuentra alguien autorizado para relatar, con espontáneo dramatismo, algún acontecimiento viejo o nuevo sobre la compañía minera que inició la explotación de cobre en el centro de la Baja California. Todas esas historias tienen como argumento la ambición, el crimen y el fraude. Todas ellas ilustran, con un vergonzoso ejemplo, la desgarrada realidad de la minería en México.

¹ El presente capítulo sobre El Boleo y la población de Santa Rosalía está basado casi exclusivamente en un reportaje del autor publicado el 18 de febrero de 1950 en la revista *Impacto*, de México, D.F. A raíz de su publicación, algunas veladas protestas de los afectados por el reportaje se hicieron públicas en el periódico local, pero ellas no pudieron desvirtuar la objetividad de mis impresiones personales sobre El Boleo. Sin embargo, al incluir aquí ese material, he creído conveniente hacerle algunos pequeños cambios que fueron necesarios conforme al plan de este libro. Por otra parte, he agregado algunas observaciones, injustamente olvidadas, sobre el carácter de la población minera. Por todo esto ha resultado un capítulo donde la trágica verdad sobre Santa Rosalía ha quedado atenuada en atención a mi profundo afecto personal hacia todo lo bajacaliforniano. Estome ha gustado, principalmente por dos razones: porque no quisiera que mi insistencia sobre la dramática situación social en El Boleo se interpretara como el reflejo de una antipatía personal hacia sus dirigentes, lo cual sería totalmente falso, y porque, en todo caso, lo que se me ha quedado en la memoria podrá servirme en el futuro para escribir un tomo más que agregar a la inédita, trágica y desventurada historia de la minería llamada mexicana.

Al llegar a las cercanías de Santa Rosalía ya no se escuchan relatos de esa índole, y eso significa que se ha llegado a la zona donde El Boleo, S. A. controla no sólo las entrañas de la tierra, sino incluso las entrañas de los hombres. Pero si no se mencionan, en cambio las historias empiezan a certificarse. Se pregunta, por ejemplo, de quién son aquellos yacimientos que se ven sobre la montaña, y alguien responde inmediatamente: “De El Boleo, señor.” ¿Y aquel ganado que van arreando esos vaqueros? “De El Boleo, señor”. ¿Y aquella finca que se levanta solitaria en la llanura? “De El Boleo, señor”. ¿Y aquella hacienda... y aquellas minas... y aquellas casas... y aquellos hombres...? La respuesta, siempre, es la misma: “De El Boleo...”

En llegando a Santa Rosalía, capital del imperio minero de El Boleo, no hay ya necesidad de ir inquiriendo por los propietarios. Todo, absolutamente todo: el terreno que da asiento a la ciudad, la iglesia, las casas de los 7 000 habitantes, la fundición, el astillero, el puerto, la fábrica de hielo, la empacadora de productos de mar, la panadería y el tiempo que marcan los silbatos de los talleres, son propiedad exclusiva e inalienable de El Boleo, S.A. Y así, esta compañía francesa, que inició la explotación de los grandes yacimientos de cobre del centro peninsular, ejerce todavía hoy la hegemonía sobre gran parte del norte del Territorio Sur. Su voluntad, ejercida para defender y mantener sus intereses económicos, es ley entre el paralelo 28° y el paralelo 27°, y desde el Pacífico hasta el golfo de California. A sesenta y cinco años de su fundación, el imperio originalmente francés y ahora francomexicano sigue manteniendo su autonomía.

Los yacimientos cupríferos que mantienen la actividad de El Boleo fueron descubiertos en 1868 por un rancharo del vecino pueblo de Santa Águeda. El cobre aparecía entonces superficialmente, en concreciones esféricas que por eso merecieron el nombre de “boleos”. Las primeras explotaciones se hicieron mediante técnicas rudimentarias; pero como pronto el mineral empezó a exportarse a Europa, no faltó alguien, en Francia, que pensara en la posibilidad de organizar una gran explotación de los yacimientos de cobre bajacalifornianos.

En 1870, un geólogo francés, Cummings, rindió el primer informe a Europa sobre las posibilidades del mineral, curiosamente estratificado en

lechos a diferentes niveles bajo la superficie del terreno. La casa Rotschild consideró conveniente hacer una fuerte inversión, y por mediación del Banco Mirabeau otorgó el capital inicial para la organización de una compañía. Esa compañía, desde su primera época, llevó el nombre de El Boleo. Cummings, el geólogo, fue el primer director; le siguieron La Farge, Michot, Nopper (que dirigió los trabajos durante cerca de treinta y cinco años) y finalmente Mayeux, el actual director (1950).

Michot y Nopper fueron los más destacados directores de la empresa. A Michot le debe El Boleo sus grandes perspectivas. Fue quien adquirió los primeros ranchos ganaderos de la compañía minera, construyó carreteras para comunicar entre sí todas las posesiones de El Boleo, perforó pozos en las llanuras desérticas para asegurar la vida del ganado y construyó canales de riego en varios lugares del centro de la península. Con Nopper, en cierto modo, se inició la decadencia de la compañía francesa. Hombre débil, según se afirma, fue desinteresándose paulatinamente de todas las conquistas expansionistas de Michot, y si fue el más mexicanista de los directores franceses, en cambio, bajo su gobierno de siete lustros, se cometieron las peores infamias y se esclavizó a la población de trabajadores de Santa Rosalía.

La explotación del cobre se inició con mano de obra yaqui. De la costa sonoreense fueron importados cientos de indios que fueron los primeros esclavos de los técnicos y capataces franceses. Posteriormente, con el auge de la compañía, los hombres de los pueblos del norte y sur de Santa Rosalía empezaron a emigrar para servir a El Boleo. Mulegé, el siguiente pueblo al sur, perdió con El Boleo no sólo hombres, sino hasta el propio nombre. Originalmente se llamaba Santa Rosalía de Mulegé, pero los franceses se llevaron para la región minera, además de los trabajadores, la primera parte del nombre del pueblo, y ni unos ni otro fueron devueltos jamás.

Hubo una época, infamante en la historia del sur, cuando El Boleo, para sacar mejor provecho de las minas, impuso la más abyecta esclavitud. Tuvo entonces cárceles propias, impuso delegados de gobierno, policías y demás empleados oficiales. Los obreros que se negaban a servir en el fondo de los profundos tiros eran multados y penados con estancias en la cárcel. Por esa misma época (herencia que todavía sufre la población) la silicosis era el mal general, y los hombres morían víctimas de ese cáncer de los pulmones, y de los accidentes en las minas. De esa época son las mil

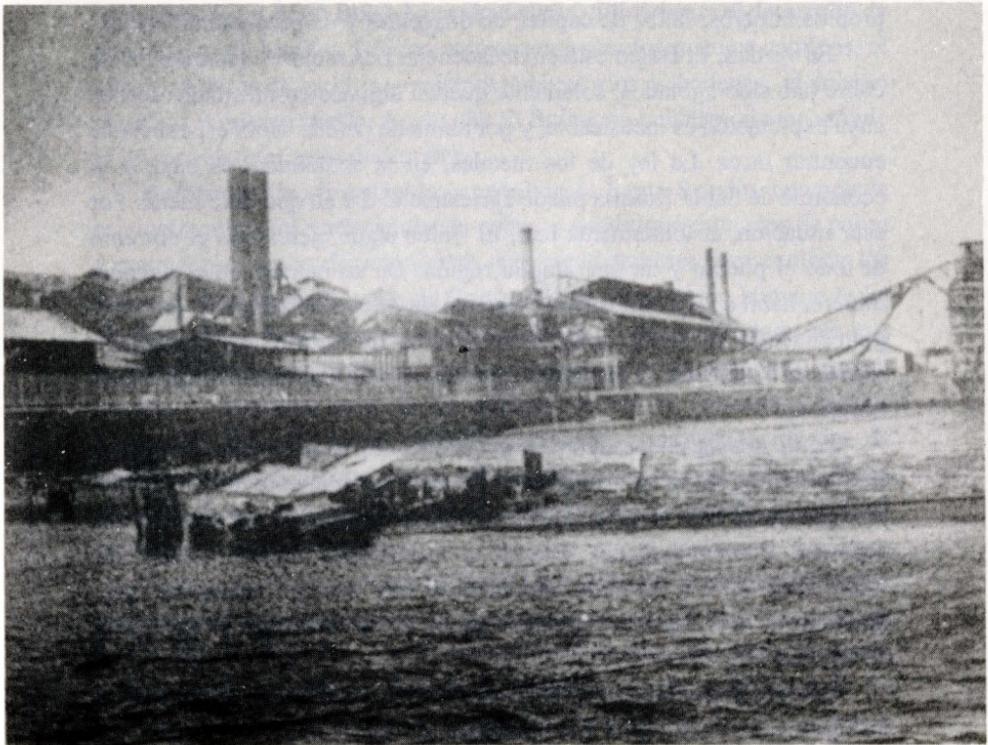
historias que todavía se cuentan, y que por sí solas formarían el material para ilustrar en un libro la dramática historia de la minería bajacaliforniana.

Hasta 1936, ese orden de cosas se mantuvo. Los obreros —iba a escribir esclavos— de El Boleo, olvidados de toda agrupación sindical, aislados por la lejanía de la relativa protección federal, vivían en una obligada sumisión, y solamente de tiempo en tiempo, exaltados por alguna exagerada injusticia cometida en su contra, se rebelaban aisladamente, en sórdidas venganzas individuales que costaban la vida a algún francés. Pero fuera de esos crímenes recíprocos, que la compañía intentaba frenar con una más rígida disciplina, todo seguía su marcha; y El Boleo, mes por mes, arrancaba 1 000 toneladas de cobre de buena ley a las entrañas de la tierra, cobre que, fundido en lingotes, exportaba a Estados Unidos en sus propios barcos.

A dos años del gobierno de Lázaro Cárdenas, tal vez entusiasmado por la política obrerista que extendió por todo el país el presidente michoacano, un líder alzó su voz en Santa Rosalía: Gómez, cuyo nombre se ha perdido en el olvido junto con todas las victorias que obtuvo. Organizó a los obreros en mítines incendiarios, les habló de sus derechos y les describió, en ruda y viril palabrería, la mejor vida que como meta les esperaba después de una justa y conjunta rebeldía. En un principio, El Boleo, seguro de sí mismo, miró con indiferencia las maniobras de Gómez; luego intentó inútilmente un pacto y finalmente acabó rindiéndose a la presión del organizado bloque obrero. Mejoraron entonces las condiciones: El Boleo aumentó salarios y prestaciones, dio mayor seguridad en el trabajo y mejor protección a los trabajadores, y suprimió definitivamente la cárcel y las multas para los faltistas.

Gómez dirigió el movimiento obrerista durante dos años. Al final de ellos fue traicionado por sus propios camaradas que había rescatado de la ignominia y la opresión. El dinero de la compañía pudo más que la voz del líder, y sus colaboradores se vendieron. La situación volvió a ser la misma de antes, aunque atenuada por la experiencia pasada y la evolución obrerista en todo el país. Gómez, el líder, se vió obligado a dejar su tierra natal, pobre y derrotado. Actualmente se encuentra en el manicomio de la Castañeda, porque, como en Don Quijote, su idealismo terminó en locura.

Todavía hay sindicato obrero en Santa Rosalía, pero sus dirigentes se encuentran imposibilitados de hacer algo positivo a favor de la clase



El Boleo. Fundición de cobre.

trabajadora. La compañía se dice en liquidación, y cuando los mineros exigen más de lo que El Boleo quiere otorgarles, amenaza con parar definitivamente los trabajos pretextando un conflicto de orden económico. Ha entregado las minas a los obreros y trabaja sólo la fundición. En esta forma, está más defendido, y todos los riesgos corren por cuenta de los propios mineros, faltos de capital, de dirigentes y de preparación social.

En verdad, El Boleo está en decadencia. Los mejores yacimientos de cobre han sido agotados; solamente quedan algunos en profundos lechos cuya explotación es incosteable, y por ahora no parece haber esperanza de encontrar otros. La ley de los metales, en la actualidad, es baja, y la economía de Santa Rosalía puede agrietarse el día en que falte metal. Por esta situación, absolutamente real, El Boleo sigue ejerciendo el dominio de todo el pueblo y de una amplia región. De su manejo en el negocio minero, hábil o torpe, depende el sustento de 7 000 individuos. Y esto es el gran chantaje. El Boleo, de explotador, se ha convertido hoy, paradójicamente, en benefactor de un pueblo... por más que la explotación siga siendo la misma.

Por lo demás, el decadente Boleo ya encontró sucesor para el imperio: Lucifer, S.A., minas de manganeso. Es éste, seguramente, el yacimiento más grande de este mineral que se encuentra en México. Lo explota una sociedad francomexicana: Mayeux y Quintanilla. Lucifer inició sus trabajos en 1939 y alcanzó rápidamente una enorme capacidad productiva. En 1947 exportó a Estados Unidos 42 000 toneladas de mineral, y 57 000 en 1948.

El auge logrado por Lucifer, S.A., en sólo diez años de trabajos, no ha significado nada en el mejoramiento de las condiciones de la vida obrera; antes al contrario, es posible que hayan empeorado. En las galerías de las minas no hay seguridad para los mineros,² el polvo de manganeso ha hecho estragos en los pulmones de los trabajadores, los ademes de los túneles se encuentran en pésimo estado, y, finalmente, los sueldos son bajos y las indemnizaciones raquílicas. He preguntado a un ingeniero de minas de la compañía si en Lucifer había problema silicoso. Me ha

² Durante mi único día de estancia en Lucifer, S. A., fui testigo presencial de un derrumbe en el interior de un túnel, que tuvo como saldo un muerto y dos heridos. Como no existe servicio de emergencia, tuve que poner a disposición del sobrestante mi jeep, y servir yo mismo de chofer para que una enfermera —enfermera, no médico— pudiera llegar rápidamente a la bocamina.

contestado: “ninguno”, y tras un breve paréntesis agregó: “no hay problema, porque todos están silicosos.”

El manganeso y las minas de Lucifer se encuentran en la misma región donde están los yacimientos cupríferos; en un área de 30 kilómetros de diámetro que tiene como centro a Santa Rosalía. Por esta circunstancia, las instalaciones de El Boleo han sido de gran utilidad para el desarrollo de los trabajos de Lucifer. Utilizan ambas empresas los mismos caminos, el mismo ferrocarril local, los mismos laboratorios y bodegas, el mismo muelle y el mismo puerto. Acaso, sin El Boleo, no hubiera sido tan simple ni tan próspero el auge de Lucifer.

Reforzando la cimentación económica de Santa Rosalía, concretada originalmente a los yacimientos de cobre, y posteriormente a los de cobre y manganeso, acaba de organizarse una nueva empresa para explotar los recursos marítimos del golfo de Cortés (1949). El esfuerzo humano se ha dirigido ahora hacia el mar, en busca de un nuevo e ilimitado recurso industrial. Se ha instalado una moderna empacadora de camarón y está en marcha el funcionamiento de un astillero, donde se construyen barcos pesqueros, todos de metal, soldados, conforme a modernos diseños de arquitectura naval. En esta forma, ya la economía de Santa Rosalía no se basa exclusivamente en la explotación del subsuelo, de los recursos no renovables dignos de mejor suerte.

Lo único malo de esta multiplicidad industrial de Santa Rosalía es que los astilleros y la empacadora están controlados por los mismos capitales que El Boleo y Lucifer. Siguen estas compañías ejerciendo el monopolio industrial en la región central de la península, y es posible que de no introducirse nuevos capitales, desligados totalmente de los que han impuesto la ley a su arbitrio durante más de medio siglo, el imperio, en lugar de derrumbarse, se fortalezca.

Como consecuencia de su vida industrial y de un inevitable fatalismo geográfico, Santa Rosalía, capital del imperio de El Boleo y Lucifer, es el pueblo de más pobres atractivos entre los pueblos y ciudades bajacalifornianos. Santa Rosalía fue edificada en el desierto, en un lugar que carece de agua (la que consume la población llega desde Santa Águeda, a 17 kilómetros de distancia), sobre colinas y entre cañadas desnudas de vegetación, en las que sólo se encuentran manchas verdosas

de una xerófita conocida localmente por el nombre de cachanilla (de aquí que a Santa Rosalía se le designe también con el nombre de “Cachanilla”). El Boleo, al explotar los yacimientos de cobre de los alrededores, puso en constante movimiento todo el polvo de la región, y le añadió, para desgracia de los 1 000 pares de pulmones que ahí respiran, el humo que día y noche escapa por las chimeneas de la fundición. Además, como la compañía nunca se ha preocupado por pavimentar las calles del pueblo, resulta por todo lo anterior que Cachanilla es un pueblo de sucia apariencia, polvoriento y poco acogedor. Inclusive el mar, ese bello golfo de California, se ha afeado al contacto con Santa Rosalía: las playas cercanas a la ciudad son negras, negras por las escorias que El Boleo quiso sepultar en el mar y que la resaca, muy despectivamente, le ha devuelto convertidas en arena.

Santa Rosalía se divide, muy discriminatoriamente, en un pueblo y una aldea. El primero es la Hondonada México, donde se forman, dóciles, la mil casitas de madera, todas de igual estilo, ocupadas por los mineros y sus familias. La segunda es la Mesa Francia, donde se levantan las casas de los dirigentes franceses y mexicanos, las oficinas y el hotel particular de la compañía, exclusivo para los invitados de confianza. Desde la Mesa Francia se contempla a ojo de pájaro el pueblo minero, con su jardín, su escuela de hormigón, sus calles polvorientas, el hotel casi en ruinas y la bella iglesia de Santa Bárbara. Esta iglesia, de estilo europeo, es toda de metal y la adorman hermosos emplomados. Fue importada de Bélgica y pertenece, por supuesto, a la compañía minera.

Entre la Mesa Francia y la Hondonada México, las relaciones se limitan casi exclusivamente al trato en el trabajo. Viven separados por sus intereses, su cultura y sus ideales. Esta separación espiritual de los dirigentes con los trabajadores (aquí cabe en todo su riguroso significado la expresión acuñada por Azuela: *Los de abajo*) estalla ocasionalmente en actos que a pesar de su profundo dramatismo no por eso carecen de una gracia muy mexicana. Durante la guerra, los dirigentes enviaron, desde su colina, la reproducción mimeográfica de un derrotista discurso pronunciado por Pétain: “Los de abajo” contestaron con un discurso inflamable tomado de De Gaulle. En cierta ocasión, los franceses alzaron un pequeño monumento y sobre él colocaron el busto del mariscal Foch (si mal no recuerdo); “los de abajo” contestaron semanas después colocando sobre

El Bolco, Santa Rosalía. Hondonada México. (Foto: Zataráin)

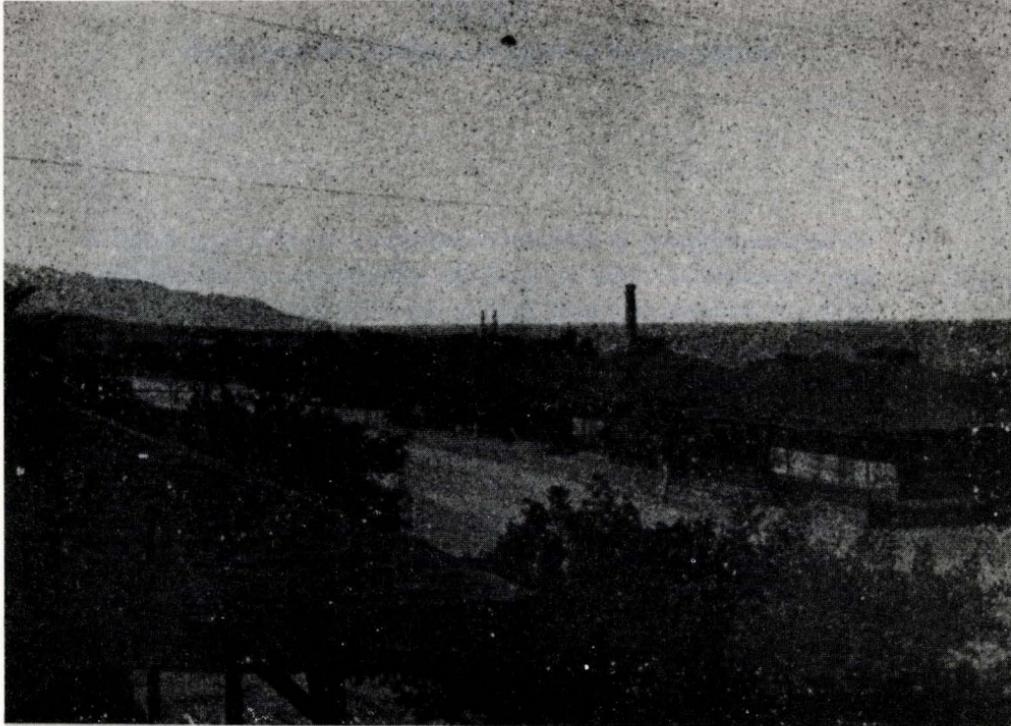


El Bolco, Santa Rosalía. Hondonada México. (Foto: Zataráin)

una base de hormigón el busto de Ignacio Zaragoza, el héroe del 5 de mayo durante la intervención francesa. (Posteriormente, trabajadores y dirigentes llegaron a un acuerdo y ambos bustos fueron retirados).

Sin embargo, esta escisión no se alimenta en prejuicios raciales, sino exclusivamente en la lucha de intereses económicos. Cuando llegan los franceses, la incomprensión se manifiesta en actos como los anteriormente mencionados; pero al poco tiempo, al igual que China hace con los invasores, Baja California se apodera de los extranjeros, los subyuga y los asimila. La mayoría de los franceses traídos para dirigir técnicamente la explotación del cobre han terminado fundiéndose con la población mexicana. Hubo y sigue habiendo mestizaje, y de esa mezcla racial francomexicana ha nacido un buen porcentaje de la actual población bajacaliforniana (nativa, no de inmigración); una población muy mexicana por su espíritu, de estupenda calidad humana y de una singular belleza física.

Tal vez, como una natural reacción contra la fealdad geográfica y la situación social y económica que prevalece, Santa Rosalía tiene un agradable carácter y es una fuente inagotable de alegría. La vida social en la Hondonada México es terriblemente inquieta, y estalla periódicamente en festivales y reuniones que culminan con baile. Es zona fabril y en ella se impone la "ley seca", pero también es puerto, y los contrabandos de licores no son ningún problema. Además, aunque eso faltara, la alegría de Cachanilla no sufriría mengua, porque en sus habitantes es una natural característica. Esta alegría es la válvula de escape a los sinsabores de la realidad, la respuesta generosa, y por generosa muy bajacaliforniana, al egoísmo que caracteriza a los emperadores de El Boleo.



Santa Rosalía, la Mesa Norte, llamada Mesa Francia. Al fondo, la sierra de la Reforma. (Foto: Jacques Bitterlin)

XXVIII

En el que los dátiles nos quitan la amargura

Al llegar aquí empieza a turbarme la escritura el presentimiento de un malentendido; un malentendido del lector, no mío. Voy llegando a otro oasis, a otro gran oasis por el que se puede hacer una escapada de paisaje alegre después de haber consumido una reserva espiritual frente a la árida amargura de Santa Rosalía. Ya pasamos uno: San Ignacio; después llegaremos a otros. ¿Qué haré para hablar de ellos sin cansar al lector? Supongo que tendré que clasificarlos, decir de cada uno lo mejor, distinguirlos entre sí basándome no sólo en su situación geográfica, sino en su más definida característica. Pero (y ésta es la duda) ¿me irá a creer el lector? El lector mexicano, ¿estará dispuesto a aceptar la existencia de lugares así, tan singulares, bellos y apacibles? ¿En ese territorio desconocido que es la Baja California?

Afirmo, por lo demás, que si estos lugares no existieran yo no me hubiese ocupado de escribir un libro sobre Baja California. Lo malo es que no cuento con testigos. El conocimiento del interior bajacaliforniano es un privilegio que a muy pocos nos ha sido concedido. Recuerdo un día, en el mejor cabaret de Ensenada, la reacción del patrón cuando le dije que yo había estado dos veces en Mulegé. El patrón es nativo de este pueblo, cosa que yo ignoraba. Se levantó del asiento, me estrechó la mano, se conmovió cuando le dije que aquél era el pueblo más bello de la Baja California, y terminó ordenando al *maitre*, al encargado y a los meseros, que desde ese día en adelante todos mis consumos serían por cuenta de la casa. Benson, desde entonces, ha cumplido su ofrecimiento, y yo soy el eterno invitado de su cabaret. Así me premió por conocer su pueblo. ¡Cuando en realidad debió ser a la inversa! Y es que Mulegé, San Ignacio, Comondú, Loreto

y La Purísima son pueblos que no conocen ni las más especializadas geografías.

¡Esto es lo que me intimida! Si fueran sitios tan frecuentados como Tijuana, Mexicali o Ensenada, habría miles de personas dispuestas a confirmar mis impresiones (y miles de personas, también, dispuestas a rechazarlas o a discutir las); pero, que yo sepa, Mulegé es un pueblo que conocieron únicamente el almirante Cochrane, Ignacio Ramírez (*El Nigromante*), el doctor William Massey, de The University of California; Earle Stanley Gardner, célebre escritor de *mystery stories*; un gran productor de Hollywood cuyo nombre he olvidado y, naturalmente, cuatro o cinco funcionarios del gobierno del Territorio Sur. Fuera de ellos, nadie más que hubiera pasado por Mulegé sería un buen juez de mis impresiones, porque se trata de nativos, y como nativos, apasionadamente parciales. Ante esta situación no me queda sino un recurso: jugarme el honor y continuar escribiendo bajo juramento; juramento de decir la verdad, de no exagerar, de no imaginar, de no agregar nada fantástico a la realidad de lo que es. Y si falta algo, si algo se me queda en puntos suspensivos, será por torpeza mía, por flaqueza de memoria. En este caso, que me disculpen los nativos.

Mulegé está a 75 kilómetros al sur de Santa Rosalía, siguiendo la huella del camino real que desde el paralelo 28° se ha convertido en la ruta de las misiones. Mulegé se esconde (porque todos los oasis, sin excepción, se esconden por temor a los forasteros) al fondo de un largo y estrecho estero que canalizaron, en trabajo de cooperación, un manantial y el golfo de Cortés. Desde tierra no puede apreciarse el conjunto, porque los datileros, los plantíos de caña de azúcar, los huertos de naranja y otros frutales impiden toda perspectiva. Pero desde el aire (precisamente por encima pasa dos veces por semana el avión que cubre la ruta La Paz-Santa Rosalía-Ensenada-Tijuana) se mira como una cuñita de verdor metida en el desierto. Un desierto que aquí no se abre en llanura, sino que se levanta y campea sobre las desoladas sierras de Santa Lucía (al norte) y de Zacatecas (al sur).

En el vértice de la cuña hay un bosque de palmeras de dátil y en el centro del palmar un manantial de aguas termales. Sus aguas son constantes y su relativa abundancia justificó la construcción de una cortina



Estero de Mulegé, con la misión al fondo.

que las represa y permite su total aprovechamiento. Los muleginos le llaman “la presa”, y aunque la proporción de las obras de irrigación no es tanta como para utilizar tal nombre, no puede tampoco menospreciarse la pequeña cortina de hormigón, puesto que es la única construcción de este tipo realizada en el interior peninsular, desde Ensenada hasta El Cabo. Por los vertederos de la cortina un arroyo se desliza en busca del estero, bordea una pequeña colina donde se levanta la misión y se acerca al pueblo por la ribera contraria; se va abriendo en varias pozas rodeadas de cañaverales habitados por patos migratorios y cruza por fin bajo un puente que comunica el poblado con las huertas que rodean la misión. Pasado el puente, las aguas termales se mezclan a las aguas del mar, porque ahí empieza el estero. El arroyo, desde el manantial hasta el puente, cubre dos kilómetros; el estero es tres veces más largo desde el puente hasta la playa. El pueblo empieza precisamente frente al puente y se alarga por una sola calle paralela al estero; sin embargo, desde aquí no se distingue porque queda emboscado tras la espesura de las huertas de dátiles, naranjos o caña de azúcar. Vigilando la boca del estero se levanta una colina cónica en cuya cumbre un primitivo faro de gas hace señas nocturnas a los escasos navegantes en el golfo. A los pies de la colina está un fondeadero magníficamente protegido. Los barcos de algún calado se quedan aquí, pero los pesqueros pequeños se internan por el estero y fondean casi sobre el puente que lleva a la población.

Por supuesto, muy escasos son los barcos que tocan Mulegé, y tengo entendido que la población no ha llegado a ver jamás que algún vapor atiende las gentiles y hospitalarias llamadas del faro. Una o dos veces al año algún yate de lujo de ocioso potentado americano fondea a respetable distancia de la colina del faro (colina que los muleginos llaman “El Sombrero”) y su pasaje alcanza la orilla en rápida lancha de motor. Desembarcan tres o cuatro parejas vestidas de *slacks* y camisetas decoradas con motivos marinos en colores chillones y se acercan al pueblo por la senda que bordea el estero. Pasean por la calle principal saludando a los moradores que los observan con discreción, y como no encuentran carteles en inglés ni saben español, regresan desconcertados a su nave, sin haber cambiado impresiones con nadie, porque en Mulegé tampoco se encuentra alguien que hable inglés. Cuando zarpan nuevamente, llevan en el recuerdo la visión de un pueblo africano, o en el mejor de los casos

polinésico, donde el paisaje y la placidez de la población dan una apariencia edénica a la vida, pero a la cual el confort moderno, la era de la máquina y el idioma inglés no han llegado todavía. Y hay algo de esto; sobre todo lo de la existencia edénica, que no es una apariencia, sino una realidad.

Los otros barcos que tocan el puerto de Mulegé son las embarcaciones a vela de los pescadores, y el prehistórico paquebote *Abel Miranda*, que constituye la más fuerte tradición marítima de Mulegé. El *Abel* navega, por supuesto, a la vela, y hace viajes de carga entre Guaymas y este puerto. Originalmente tenía máquinas auxiliares, pero su capitán se las hizo quitar porque no se diría marino si tuviera que ayudarse con el invento del diesel. A menudo tarda hasta un mes en hacer el viaje a Guaymas, a causa de los vientos contrarios y las tempestades, pero eso lo considera perfectamente lógico y aceptable. Hace algunos años, El Boleo, apreciando en lo justo su habilidad como marino, ofreció al capitán del *Abel* un nuevo navío de motor para que le ayudase en su tráfico marítimo. El viejo lobo de mar declinó el ofrecimiento y sigue fiel a su paquebote, que, en crisis de escasez de gasolina, resuelve el problema trayéndola de Sonora en menos tiempo del que se espera.

He contado lo del *Abel Miranda* no para referir anécdotas, sino porque ejemplifica claramente el espíritu mulegino, fortalecido en una añeja tradición e indemne a todo lo que sea civilización moderna. Esto no le daña, y creo, por lo contrario, que le beneficia. Vive así de acuerdo con su situación geográfica, de isla de tierra firme, y dentro del marco de su economía. Pero esto tampoco quiere decir que esté atrasado culturalmente: en Mulegé no hay más analfabetos que los niños de pecho, y a falta de escuelas superiores poseen una extraordinaria institución de formación humana: La “universidad” de Sanginés, la prisión territorial del sur bajacaliforniano.

Tal vez, entre todas las historias del País de los Oasis, ésta de la prisión de Mulegé sea la más hermosa. Los hechos que me llevan a escribir tal afirmación son bien simples. He aquí una cárcel donde van a parar todos los criminales del Territorio Sur; una cárcel igual a todas, rodeada de grandes muros exteriores aserrados en aspilleras y adornados en las esquinas por almenas agresivas. La entrada la defienden dos imponentes puertas enrejadas.

Es una prisión, físicamente, igual a todas, pero...

Pisando el umbral viene la primera sorpresa: no hay celador de guardia, las puertas están abiertas y se pasa por ellas tan libremente como por las de una biblioteca pública. Las celdas interiores están vacías y es necesario internarse por los corredores para poder encontrar a un informante.

Si se le encuentra, puede sostenerse con él un diálogo semejante al que sigue:

— Buenos días, amigo, ¿es usted empleado de aquí?

— No señor, soy preso.

— ¿Es usted el único?

— No señor, somos cuarenta.

— ¿Y dónde están los demás?

— Trabajando.

— ¿Pero dónde?

— Bueno... Unos cortando dátiles, otros pescando, algunos están precisamente detrás de esta loma, construyendo un hospital.

— ¿Y los guardias?

— También se fueron a trabajar.

— ¿Escoltando a los presos?

— No, señor, los presos no necesitan escolta. Nosotros tenemos nuestras labores y los guardias las suyas. En ocasiones trabajamos juntos.

— ¿Pero quién los vigila?

— Nosotros mismos.

— ¿Y nadie escapa?

— Nadie escapa.

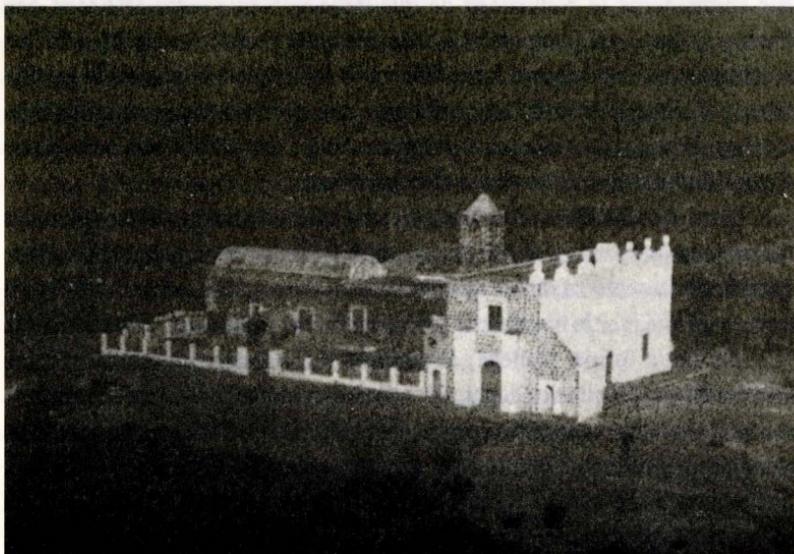
— ¿Y tú? ¿No trabajas?

— Yo trabajo aquí, señor. Cuido de la prisión.

A las seis de la tarde de todos los días el preso que cuida de la prisión hace sonar un caracol. La llamada reúne a la guardia, que viene armada, no de rifles, sino de picos y palas. Después viene un oficial y pasa lista, y veinte minutos después llegan en fila india los 40 presos. Un sargento comprueba que no falte nadie y un soldado recoge por inventario las herramientas que traen los presidiarios. A una llamada, los presos se forman y marchan hacia la prisión; tras ellos, las puertas se cierran. De noche, la penitenciaría territorial no tiene las puertas abiertas.



Prisión territorial del sur bajacaliforniano, en Mulegé.



Misión de Mulegé.

Entre los jefes, guardias y presos, la prisión no lleva ese nombre. La conocen por la “universidad”: “Universidad de Sanginés”, ya que con el nombre de ese general fue construida hace poco más de veinte años. Lo de “universidad” se dice en broma, pero también en serio; posiblemente más en serio de lo que se supone. El alcaide me ha dicho: “¿No piensa usted que el hecho de quitarles toda idea de que son penados es un factor psicológico de importancia en su regeneración?”

La “universidad” de Sanginés tiene su reglamento y sigue un sistema exclusivamente suyo en el manejo de sus “estudiantes”. Todo sentenciado que llega a la prisión de Mulegé pasa por una etapa de observación. Durante este periodo, a pesar de lo que pueda imaginarse, no son los guardias quienes vigilan al recién llegado; son los presos mismos. Se le concede igual libertad diurna que a todos los demás, y sale, al igual que ellos, a las cinco de la mañana. Naturalmente, cuando el preso sale, es porque tiene algo que hacer, un trabajo que desempeñar. La ocupación se la consiguen sus compañeros o sus jefes, lo mismo da. El primer día de salida es observado celosamente por los otros penados. Si a las seis de la tarde, al son del caracol, regresa voluntariamente, en tal sentido rinden un informe verbal al jefe de la guardia; si por el contrario, el preso quiere aprovechar la noche para huir, sus compañeros le convencen de que debe volver, y esto lo hacen con buenas o con cualquier otro tipo de razones, puesto que ellos son los responsables. Con base en los informes de los presos, el jefe de la prisión decide si es merecedor de su confianza o si su comportamiento merece un castigo de encierro. Casi por costumbre, todos los presos son acreedores a una ilimitada confianza desde el primer día.

Y así, condenado a dos o a veinticinco años de prisión, el reo sale todas las mañanas para volver al anochecer, nadie lo vigila, hace su trabajo a gusto, gana honestamente su dinero, y si continúa comportándose bien, no llegará a sentir que un juez le ha condenado a pasar buena parte de su vida en prisión.

En cierta forma, Mulegé, el poblado, es la verdadera prisión de los criminales del Territorio Sur, aunque ocasionalmente la libertad parcial que se les concede sea más amplia que los límites del poblado. Los muleginos han visto siempre este estado de cosas con una tal naturalidad, que explica por sí sola la generosidad de este pueblo bajacaliforniano. Para ellos, estos hombres no son criminales ni enemigos de la sociedad; son, simplemente hombres a quienes circunstancias colocaron en una situación

de pugna contra los preceptos de la ley. La actitud de los muleginos hacia los reos de Sanginés tampoco es de piedad o de lástima. Por lo que puede observarse, los tratan como a braceros, y les tienden las manos proporcionándoles trabajo que justifique sus salidas diurnas y les deje dinero para sus gastos personales. En algunos casos, entre nativos y reos se ha creado una atmósfera de confianza, y se tratan entre sí como verdaderos amigos.

Por esa noble actitud de los muleginos, los “universitarios” de Sanginés tienen empleos casi fijos como cortadores de dátiles, ayudantes de pescador, albañiles, peones, etc. No se les explota en forma alguna, porque además de que los muleginos no acostumbran hacerlo con nadie, el jefe de la prisión se encarga de comprobar que les paguen salarios justos. En Mulegé y alrededores, los reos devengan, por lo menos, el salario mínimo que corresponde a la región.

Los muchachos de Sanginés, por su parte, corresponden a esta confianza. Desde que el extraordinario régimen fue puesto en práctica, en el pueblo no se ha registrado jamás el menor delito. Por lo general, es cosa harta sabida que cualquiera de los presos que haya obtenido la confianza del jefe y que por tanto sale de día, es persona absolutamente honorable y puede confiarse en ella ciegamente.¹

Por lo que se refiere al mutuo trato entre pobladores y reos, hay dos únicas y terminantes prohibiciones: no beber, no bailar. Quien comete una violación a esta disposición se expone a perder definitivamente la parcial libertad. Los días de baile en Mulegé, los presos, si lo desean, pueden obtener permiso para acercarse a escuchar la música. Esas noches puede encontrárseles sentados sobre la banquetta, frente a la casa donde hay celebración, charlando entre sí mientras las parejas, a sus espaldas, danzan.

En cierta ocasión, un preso, que además de criminal era un desequilibrado mental, aprovechó una oportunidad y se fugó. ¿Queréis saber lo que hizo en aquella ocasión el jefe de la prisión?

La cosa fue muy sencilla. Al día siguiente, antes del amanecer, hizo ensillar el mejor caballo que se pudo conseguir en el pueblo, bajo el arzón colocó un rifle 30-30, alimentos en las cantinas y unas mantas a manera

¹ Durante los días de mi primera visita a Mulegé, el jefe de la prisión dispuso que uno de los reos me sirviera de ayudante, comisión que cumplió a mi entera satisfacción.

de tiento. Una vez que estuvo listo el caballo hizo llamar a uno de los reos que en sus días de libertad había sido un magnífico vaquero y cazador.

— Oye—le dijo—, ¿sabes que se fugó anoche Manuel?

— Sí, señor.

— ¿Crees que podrías localizarlo y traerlo si tuvieras manera de alcanzarlo?

— ¡Sí, señor!

— En ese caso, ahí afuera te espera un buen caballo, listo con armas de defensa contra las fieras, agua, comida y cobija. ¿Te bastará con eso?

— Sí, señor.

— Pues entonces, vete a buscarlo. Cuanto más pronto vuelvas será mejor.

Y el preso se fue tras el prófugo. Siguió su huella varias horas. La perdió, la volvió a encontrar. En veinticuatro horas recorrió más de doscientos kilómetros sobre la sierra y el desierto. A los dos días exactamente regresó el preso-cazador. Sobre las ancas del caballo, cabizbajo y arrepentido, venía el prófugo. Desde entonces hasta su muerte (hace un par de años) nunca más intentó otra fuga.

En cuanto al preso convertido en sabueso, entregó caballo y rifle y volvió a su vida cotidiana: mitad prisión, mitad libertad. Por su trabajo recibió 20 pesos que el jefe de la prisión cargó en la cuenta de gastos como “horas extras del penado X”.

Me olvidaba decir: el ex cazador devolvió todos los cartuchos. No tuvo necesidad de disparar un solo tiro.

Aunque no dispongo de datos estadísticos sobre la criminalidad en el Territorio Sur de la Baja California, puedo asegurar a *priori*, con muy pocas posibilidades de error, que es sumamente reducida y que no se incrementa en relación con el aumento de población, sino que se mantiene estacionaria. Los delitos que se cometen en las comunidades terrisurenas son principalmente crímenes pasionales o de *vendetta*. Pocas veces se registran robos o asesinatos. De aquí que los delincuentes bajo sentencia en la prisión de Mulegé sean, en realidad, ocasionales y de ningún modo criminales natos.

Aunque parezca increíble, puede también asegurarse que en el sur de la península no hay ambiente propicio para el crimen. La bondad de la gente, de la tierra, de su áspera y acogedora geografía, no permiten

hombres colocados al margen de la sociedad. Los sureños dicen, con orgullo y justa razón, que en su territorio hasta los criminales que llegan huyendo de otras partes del país se regeneran al entrar en contacto con el ambiente peninsular.

Por otra parte, el sistema *sui géneris* de la prisión de Sanginés ayuda a disminuir la criminalidad, y por eso puedo calificarlo como el régimen penitenciario más avanzado de México. Aunque a primera vista pudiera juzgarse que lo que sucede en Mulegé es totalmente anómalo y fuera de la ley, hay que reconocer que tal sistema rinde sus frutos. Su más bella consecuencia, sin duda alguna, es la de evitar la formación de inadaptados sociales. Los reos de Sanginés, al cumplir su sentencia, vuelven al seno de la sociedad sin complejos ni rencores. Muchos de ellos han regresado a sus hogares de origen a trabajar la tierra o a cuidar del ganado. Para ninguno de ellos es un sello infamante el recuerdo de los años de prisión, y si alguien les pregunta qué hicieron durante los años de ausencia, con toda seguridad responderían sonrientes: “estuve en la Universidad de Sanginés”.²

Mulegé, por cuyo paisaje de tierra y mar en armonía perfecta lo considero el pueblo más bello entre los bellos oasis de Baja California, está ahora en decadencia. Tuvo enorme importancia cuando por el aislamiento con el resto de México era el principal abastecedor de verduras, azúcar, dátiles y otras variedades de fruta, así como de ganado, en toda la región central de la península. La competencia, la malaria y una inundación pusieron en peligro su existencia. La inundación ocurrió en 1938, y tuvo efectos catastróficos. Fue ocasionada por una tormenta que hizo crecer desmesuradamente todos los arroyos que descienden de la montaña, colocada precisamente a espaldas del pueblo. El estero no fue suficiente para dar salida a las aguas broncas, y la corriente arrasó la población y se llevó cultivos y tierras. De esa catástrofe aun no puede reponerse el poblado y muchos de sus habitantes se vieron obligados a emigrar. La malaria, que solamente se encuentra aquí y en el extremo peninsular, causó también daños importantes e impidió una mayor concentración

² Durante mi última visita a Mulegé he visto con tristeza que las cosas han cambiado parcialmente al ser relevado el jefe de la prisión. Actualmente se permite la salida de los presos, pero no con tanta libertad como hace dos años. Ahora empieza a tratarseles como a los reos de cualquier penitenciaría.

humana. Actualmente se ha logrado desterrarla y no se presentan casos de paludismo; pero aun tiene fama de ser un paraje palúdico. En cuanto a sus productos, ya no encuentran fácil salida: Santa Águeda, que construyó huertos de cultivo a base de pacientes acarreos de tierra vegetal, surte ahora a Santa Rosalía de legumbres y fruta, y como está mejor situada, ha quitado totalmente esa posibilidad a Mulegé, que ha quedado obligada a vivir de sus dátiles, sus vides, su azúcar sin refinar y, en muy poca escala, de la pesca.

Pero su humildad económica no resta nada de interés y belleza a su fantástico escenario de oasis, de paradisiaca isla tropical y de apacible y seguro refugio en el desierto.



Pinturas rupestres preguaycuras en la cueva de San Borjita, cerca de Mulegé.

XXIX

En el que llegamos a la bahía más bella

Al sur de Mulegé, apenas saliendo del pueblo, la costa de Baja California se desgarra y da una vuelta inmensa sobre sí misma. Forma una bahía: bahía de la Concepción. Esta manera de abrirse de la costa es a todas luces irregular. Yo no recuerdo haber visto en los mapas un accidente semejante en ninguna otra parte del litoral mexicano. La bahía de la Concepción es como un inmenso invaginamiento del golfo de Cortés, abierto de norte a sur, y separada de él por una franja de tierra que se desprende de la península en sentido contrario. Su entrada mide apenas cinco kilómetros, pero su longitud es ocho veces mayor. El desarrollo de su costa es casi de 150 kilómetros, y su superficie aproximadamente, de 400 kilómetros cuadrados. Tamaño mar interior solamente es superado por la gigantesca bahía de la Magdalena, situada un poco más al sur y sobre la costa del Pacífico. Pero en cuanto a la belleza no hay punto de comparación, ni en Baja California ni en parte alguna del Pacífico americano. Humboldt, después de recorrer la costa sudamericana, afirmó que Acapulco era la bahía más bella de América. Sin exagerar, simplemente obligado por la necesidad de buscarle un punto comparativo a bahía de la Concepción, podría decir que Acapulco, junto a ella, pierde toda su singularidad y se convierte en una bahía más de la costa mexicana. Eso es lo único que puedo agregar para explicar la belleza de este mar interno. Cuando más, podría repetir lo que he pensado cuantas veces he pernoctado en alguna de sus playas: que es de una belleza increíble e indescriptible.

Por supuesto, la bahía de la Concepción es tan desconocida como Mulegé. Los únicos que parecen haberse fijado en ella fueron los constructores del camino transpeninsular, que al llegar aquí lo hicieron pasar

por el mismo borde de ella, sobre una muesca abierta en los acantilados que va haciendo verdaderos equilibrios a 30 metros sobre las aguas, cuando no encuentra pista en las playas. Los viajeros del camino consideran este tramo el más peligroso en las carreteras del Territorio Sur, pero ninguno de ellos aconsejaría un rodeo para evitarlo: el peligro se olvida contemplando esa quieta laguna de aguas tan profundas como transparentes, donde los peces de colores y toda la demás fauna marina se mira claramente al trasluz, como en la pecera de un inmenso acuario.

Cerca de la costa flotan algunas islas convertidas en bases inaccesibles de las aves marinas. Sus orillas caen a plomo sobre las aguas y dan la impresión de ser rocas arrojadas ahí por la fuerza de un antiguo sacudimiento tectónico. Solamente una de ellas se une a tierra: "El Requesón", donde algún viajero con ambiciones de negocios turísticos ha soñado la construcción de un gran hotel. Su liga a tierra es una angostísima franja de playa doble que se cubre con las altas mareas. En ciertos lugares de la costa se han formado esteros donde se abrazan los manglares en una infranqueable espesura. Hacen ellos las inagotables despensas de los esporádicos turistas, son riquísimos en ostiones (de esa pequeña especie que se llama "de mangle"), en almejas y en callo de hacha: un bivalvo nacarado, de concha sumamente delgada, que encierra un molusco de tamaño y calidad insuperable. Nadie explota estas riquezas, que son patrimonio de los fayuqueros y de los muchachos de Mulegé. En ocasiones, aprovechando el viaje de camiones de tránsito, los chicos muleginos llegan a la bahía y en diez minutos llenan de almejas un saco; luego esperan el paso de algún vehículo contrario (que puede tardar todo el día) y vuelven al pueblo a vender a precio irrisorio su cosecha. Los pescadores con base en Mulegé también recogen almejas en determinadas ocasiones, pero no lo hacen periódicamente por falta de demanda. Tal vez por ello la abundancia de almejas es excesiva, y, que yo sepa, es el único lugar de México donde la comida puede recogerse con pala.

Fuera de la costa, la bahía es criadero de peces y refugio de especies perseguidas. Se encuentran en ella desde tortugas hasta ballenas. Las primeras buscan estas playas para depositar sus huevos bajo la arena, y las segundas han elegido el sitio como cementerio. Hacia el fondo de la bahía, las gigantescas osamentas de los cetáceos se limpian bajo el sol, y en el ranchito cercano utilizan las vértebras a manera de bancos, en torno a la

mesa familiar. Abunda también en la bahía una curiosa especie de camarón que muere a millares durante cierta época. Por entonces, la breve resaca los arroja a las orillas y ahí se tuestan al sol. Toma entonces la arena un color casi granate y por kilómetros no se distingue una sola partícula de arena, cubierta toda la playa por la alfombra roja de los camarones muertos.

Como no hay incursiones de pescadores en las aguas de bahía de la Concepción, los delfines la consideran un propicio paraje para entrenamiento, y a todas horas puede vérselos recorriéndola de norte a sur, y viceversa, paralelos a la orilla, ensayando formaciones y saltando alegres y despreocupados.

En el litoral de la bahía solamente acampan tres pequeños ranchos, todos monofamiliares. Uno está a pocos kilómetros de Mulegé y se llama Santispaquis (cuya etimología me ha sido imposible descubrir). El siguiente, a media bahía, se llama El Coyote. El tercero vigila el fondo y me he olvidado de su nombre; es el mismo donde la familia se sienta sobre vértebras de ballena y donde un joven holgazán y despreocupado detiene a todos los viajeros para pedirles cigarrillos. El primer rancho vive principalmente de una primitiva agricultura y de una igual ganadería; el segundo se mantiene de la pesca y de la cría de cabras; el tercero ignoro de qué viva, porque sus habitantes no tienen bote de pesca, ni cabras, ni siquiera una vaca. Aunque todo el paisaje de tierra en bahía de la Concepción es de desierto, los tres ranchos han logrado encontrar agua en el subsuelo, mediante la perforación de pozos cuya agua absorben motores de viento. El agua es salobre, pero no tanto como para despreciarse en esta región, donde no corren arroyos ni fluyen manantiales.

Aunque actualmente la bahía de la Concepción está poco menos que olvidada del hombre, en tiempos tan remotos que de su existencia los sabios no tienen la menor idea, una tribu, un pueblo o una nación supo apreciar la belleza de este paraje y vino a vivir en él. Si se mantuvieron exclusivamente de la caza o de la pesca, nadie podría decirlo. Si en sus tiempos los arroyos corrían por las hoy secas vertientes, tampoco hay manera de saberlo. En todo caso, eso sucedió hace tantos siglos que en el transcurso bien pueden haber cambiado todas las características y las posibilidades hidrográficas.¹ Se conoce la estancia de aquellos hombres

¹ En verdad han sido muchos los cambios climatológicos en la península. La mejor prueba de ello está en los volcanes de la región central, que muestran todos ellos derrames de lava sólo

porque cerca del rancho de Santispaquis dejaron escritos algunos mensajes para la posteridad. Son petroglifos, escritura ideográfica labrada en las piedras de la montaña. Se encuentran por millares esos extraños signos, hechos posiblemente con cinceles de piedra y logrados con un sorprendente detalle. A veces son siluetas de peces o de mamíferos, pero la mayoría parecen expresar una idea hasta ahora indescifrable. Hay, entre todos los signos, uno que se repite hasta la obsesión: una pequeña elipse con su eje mayor. A menudo se presenta en una variante y se convierte en una herradura bisectada por una línea recta. Su significado es un misterio; cuando los jesuitas llegaron a esta tierra los indios habían olvidado el sentido de los mensajes, y los arqueólogos modernos no han encontrado, ni encontrarán jamás con toda seguridad, una Piedra Roseta que les sirva para traducirlos.

Eso en cuanto al pasado que, respecto al futuro, las posibilidades son menos oscuras. Bahía de la Concepción será pronto la meta de grandes caravanas turísticas. Muchos promotores oficiales han puesto sus ojos en ella para auspiciar un fantástico negocio que hasta hoy los capitalistas no han querido aceptar. Les detiene la falta de agua y la lejanía. La técnica moderna y la evolución de los medios de transporte quizá den pronto la solución a ambos problemas. Cuando se encauce el turismo y grandes hoteles ocupen los promontorios rocosos, cuando miles de bañistas se tiendan sobre las suaves playas, cuando los yates de recreo descubran el encanto inédito de todos los recodos de la bahía, y los pescadores inicien la explotación sistemática de los vírgenes bancos de almejas, entonces, los delfines emigrarán en busca de otro campo de entrenamiento para sus desfiles, El Coyote será “Coyote Beach”, Santispaquis cambiará su nombre por otro más fácilmente pronunciable en idioma inglés, y el muchacho que pide cigarrillos a los viajeros emigrará a otra parte con su soledad y sus bancos hechos de vértebras de ballenas. Desde este punto de vista, el futuro de la bahía de la Concepción es más complejo e incomprensible que su pasado de la edad de piedra.

Si los delfines se van, tendrán dos rumbos para elegir. Uno al norte y otro al sur. Nosotros podemos hacer lo mismo y aprovechar nuestra salida de la bahía para dar un paseo por el mar.

por el lado norte, lo cual quiere decir que antiguamente el viento dominante era del sur; exactamente al contrario que hoy en día.



Petroglifos de origen preguaycura, cerca de bahía de la Concepción.

Hacia el norte, a la vista de la costa, y casi a media distancia entre Mulegé y Santa Rosalía, hay una isla que vale una mirada. Se llama San Marcos y está hecha de yeso, lo cual justificó la solicitud de una concesión que explota el multimillonario Kayser, fabricante en serie de los barcos *Liberty* y de los automóviles que llevan su nombre. La industria mantiene en la isla una pequeña población de mineros que se pasan los días cortándole tajadas a la isla y embarcándolas en poderosos barcos de carga que las llevan a puertos de California, en Estados Unidos.

Rumbo sur, también frente a la costa peninsular, pero a casi 100 kilómetros de distancia de la bocana de la bahía de la Concepción, hay otra isla interesante, seguramente más que la de San Marcos. Es la isla del Carmen y, de acuerdo con lo que se ve, parece estar hecha totalmente de sal. Por ello se le considera la salina más grande del mundo, y todas las explotaciones de que ha sido objeto desde tiempos de Benito Juárez no han logrado disminuir absolutamente en nada su capacidad productiva. Actualmente, la producción, bajo el control de una sociedad mexicana, alcanza a 50 000 toneladas anuales de sal, molida en varios tamaños y empacada en sacos de yute o manta. En caso necesario, esta cantidad podría llegar a medio millón de toneladas. Su actual producción va casi toda a Estados Unidos, y muy poca al interior de México. Esta situación es inexplicable (a menos que tenga que traerse a colación el espinoso asunto de los monopolios), pues en todo el país la sal escasea en frecuentes ocasiones y siempre mantiene un precio injustificadamente elevado. Con el mercado abierto a la libre competencia, isla del Carmen podría abastecer de sal de primera calidad a toda la república, y esto a un precio notablemente bajo.

La historia de las salinas es interesante. Fueron descubiertas en la época de la conquista espiritual de la Baja California, y su primera concesión fue solicitada por el padre Salvatierra. Desde principios del siglo XVIII, las salinas quedaron abandonadas, hasta que en tiempos de Benito Juárez la concesión fue otorgada a Fortunato de la Vega. Posteriormente esta concesión pasó a poder de la Casa Viosca, de La Paz, cuyos directores la vendieron poco después a la Santa Fe Rail Company.

Durante el tiempo que las salinas pertenecieron a esta compañía, permanecieron sin explotación. Por eso tal vez cedieron sus derechos a la compañía ferrocarrilera Pacific Ltd., en cuyo poder quedaron hasta 1944,

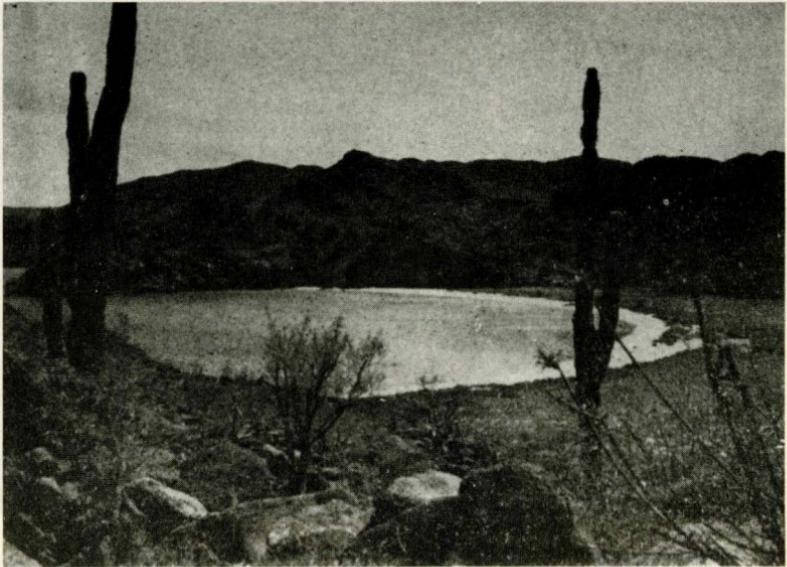


Pinturas rupestres preguaycuras. Cueva de San Borjita, cerca de Mulegé.

sin beneficio aparente. Finalmente, la concesión fue comprada por Salinas del Pacífico, S. A., compañía que actualmente las explota.

Las salinas proporcionan trabajo a un promedio de 140 hombres que forman el pequeño pueblo isleño. La compañía les ha construido casas-habitación y mantiene una escuela a la que asisten cerca de 40 niños. La isla tiene un muelle en el que atracan los barcos que se encargan del transporte del producto —cuando son de gran calado fondean a cierta distancia y lanchones especiales acarrear la sal— y cuenta con un magnífico campo de aterrizaje, cuya pista está considerada como una de las mejores de la península.

La isla del Carmen está separada de la tierra peninsular por un angosto canal cuya menor anchura es de tres millas. Frente a ella está el bello pueblo de Loreto, la primera capital de las Californias. Podríamos cruzar el canal y llegar a él desde el mar, pero lo más lógico es alcanzarlo por tierra, lo cual haremos en el siguiente capítulo.



Pequeña ensenada en la bahía de la Concepción.

XXX

En el que todas las rutas llevan al paraíso

Las características biogeográficas de la región de bahía de la Concepción parecen empeorar cuando se avanza al sur. El camino que parte de Mulegé rumbo a La Paz y que bordea la bahía abandona la costa del golfo una vez que ha agotado los maravillosos paisajes del mar de los delfines. Aunque una de sus desviaciones lleve nuevamente a orillas del golfo de California, en realidad el camino real no vuelve a buscarlo por una enorme distancia, hasta La Paz, después de cruzar 400 kilómetros sobre las llanuras.

Pero a poco andar después de la bahía y aunque la carretera transpeninsular siga firme en su idea de llegar al extremo de la Baja California, hay un punto donde el desierto la hace dudar y se trifurca, ofreciendo tres posibilidades: Loreto, sobre el mar de Cortés; La Purísima, sobre la llanura del Pacífico, y Comondú, sobre la meseta montañosa del centro. Para un viaje geográfico, no hay duda posible: hay que ir primero a Loreto, después a La Purísima, y finalmente a Comondú. Los tres pueblos, con Mulegé y San Ignacio, completan la lista de los sitios paradisiacos del País de los Oasis.

Loreto es notable principalmente por su misión, la primera que levantara la fe cristiana en tierras peninsulares. Fue obra de Juan María de Salvatierra, el misionero de la Tarahumara y de la Baja California, quien llegó aquí el 19 de octubre de 1697, “bajo la protección de la Santísima Virgen y San Francisco de Borja”, en cuyo día abandonaron las costas de Sinaloa.

Su flota para aquella gran conquista —cuenta el historiador Clavigero— se componía de un bastimento pequeño y una galeota presentada, y sus tropas

eran nueve hombres, a saber: tres indios, un cabo y cinco soldados de diferentes naciones. Apenas habrían navegado media legua cuando sobrevino una borrasca que arrojó la galeota a la playa y la dejó encallada en la arena; mas con el trabajo de aquellos pocos hombres y con el auxilio de la marea, la sacaron del peligro, y haciéndose de nuevo a la vela, vieron al tercer día la tierra de California. Arribaron primero al puerto de la Concepción y después al de San Bruno, donde había estado el almirante Atondo; mas pareciéndoles ambos incómodos, escogieron por consejo del capitán de la galeota, hombre práctico en aquella costa, el puerto de San Dionisio, situado a 25° 3' de latitud septentrional, en un seno circundado de la tierra en forma de un semicírculo, cuyos dos cabos forman una boca de cinco leguas de ancho. El terreno se manifiesta allí vestido de verdura y adornado de arbustos, con la ventaja tan buscada en aquella árida península de tener abundante agua dulce.

El 19 de octubre desembarcaron allí y fueron bien recibidos por cincuenta indios que habitaban en aquella playa y por otros, de la de San Bruno, los cuales, puestos de rodillas, besaban las imágenes del Crucifijo y de la Virgen. El padre Salvatierra los acarició con mucha afabilidad, valiéndose de las voces y frases que de aquella lengua había aprendido en los escritos del padre Copart. Se buscó después un cómodo lugar para la habitación y se halló, en la misma playa, cerca de una fuente de buena agua; allí desembarcaron los animales, las provisiones y todo lo que llevaba la galeota, dando ejemplo a todos el padre Salvatierra en la fatiga de llevar a cuestras los fardos. Formaron su campamento abriendo una trinchera alrededor y valiéndose para su defensa de todos los reparos que pudieron. En el centro de aquel pequeño campamento pusieron un gran pabellón regalado al padre Salvatierra por un piadoso caballero mexicano, y destinado a servir interinamente de capilla, delante del cual plantaron una cruz adornada de flores; y dispuesto todo en el mejor modo posible, llevaron la imagen de la Virgen de Loreto en procesión de la galeota al pabellón, donde fue colocada el 25 de octubre, se hizo después la ceremonia, practicada otras veces inútilmente en aquella tierra, de tomar posesión de ella en nombre del rey católico. Desde entonces recibieron el nombre de Loreto tanto el puerto como aquel miserable campamento, que después llegó a ser la capital de toda la península.*

* Es muy probable que Jordán haya tomado esta cita de la *Historia de la antigua o Baja California, obra póstuma del Abate Francisco Xavier Clavigero de la Compañía de Jesús*, traducida del italiano por el Pbro. D. Nicolás García de San Vicente, México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1933, pp. 85 a 86, que era la versión que circulaba en esa época, reimpresión de la primera edición mexicana de la obra que se hizo en el año de 1852. (N.E.)

Loreto alcanzó un limitado esplendor que conservó hasta mediados del siglo XIX, cimentado principalmente por las pesquerías de perlas y su condición de capital; pero poco después empezó su decadencia. El centro perlífero de Baja California se trasladó a La Paz, donde los pescadores descubrieron mejores criaderos, y el auge de la orchilla (que trataremos en detalle posteriormente) también tuvo a La Paz como campo de operaciones comerciales. El camino al norte eludió a Loreto y dejó a la antigua capital aislada, frente a un mar donde el tráfico de veleros había casi desaparecido.

Por eso, de gran capital de las dos Californias, Loreto ha pasado a ser un pueblo de segunda categoría en el Territorio Sur. Su principal atractivo, la misión, se encuentra semiderruida a consecuencia de reciente temblor. Siempre se ha pensado en reconstruirla, pero como no hay planos detallados de su estilo original, no han podido iniciarse los trabajos. Cerca de Loreto, sobre la sierra que se levanta a sus espaldas, está la misión de San Javier. Se encuentra en perfecto estado de conservación, pero no hay camino para llegar a ella. Su vista obliga a la organización de una expedición a caballo que lleva tres jornadas en viaje de ida y vuelta. Por eso son escasas las personas que se deciden a llegar a ese sitio, en el que antes hubo un gran pueblo y hoy solamente una ranchería. También cerca de Loreto, sobre el golfo de Cortés, hay otro sitio de notable interés: Puerto Escondido. Como su nombre lo indica, es un casi imperceptible accidente del litoral: una pequeña bahía cuya entrada es difícil de localizar desde el mar. Tiene un bello paisaje y constituye el principal atractivo, como escenario natural, en las cercanías de la vieja capital californiana.

Otros factores que determinaron el decaimiento de Loreto se encuentran en los inconvenientes de carácter geográfico que la amenazan, tanto desde el mar como desde la montaña. Desde ésta, y durante la época de lluvias, avenidas brutas se deslizan rumbo al golfo y se encauzan precisamente por el centro del pueblo. Numerosas veces los torrentes han colocado a Loreto al borde de la desaparición, y aunque hasta ahora ha escapado a un total desastre, sufre siempre daños de consideración. Por lo que respecta al otro peligro, la situación no es más consoladora. El mar avanza inexorablemente hacia tierra firme. Durante los últimos veinticinco años ha socavado buena parte de la costa, obligando al pueblo a marchar en una lenta pero continua retirada. Si no se hubiera decidido ya poner

remedio a esta situación construyendo un malecón de concreto, Loreto estaría condenado a desaparecer.

A pesar de todos estos fatalismos, Loreto conserva su supremacía demográfica y económica en el País de los Oasis. Vive con humildad, pero se mantiene orgullosa de su tradición de ex capital y se da aires de ciudad. Tal vez como en ninguno de los pueblos terrisurenos, se nota aquí una decisión de evolución y progreso. Se ha empezado a construir el malecón y un canal que salve al pueblo de inundaciones; se ha edificado la mejor casa municipal de todo el territorio y sus calles se han ampliado reformando el trazo original. Hacia las afueras de la población, algunas casas sencillas, de moderno estilo, hacen notorio el nuevo espíritu de los loretanos, que tratan de olvidar su aislamiento y sus posibilidades de vida contemplativa de oasis, para lanzarse de lleno a la vida moderna.

La Purísima, en cambio, es el oasis clásico. No tiene, como Loreto, una tradición a la cual responder. Está alejada de la carretera transpeninsular y duerme los mismos años pasados, tendida en el declive del Pacífico. Vive de lo que produce, es decir, de dátiles, uvas, higos, naranjas y de lo que rinde una pobre ganadería. Tiene una escasa población, y para no perderse en el desierto se mantiene a la sombra de un cerro cónico que señala su presencia en medio de la llanura desolada, que aquí se tiñe de verde por la afluencia generosa de un manantial que corre en arroyos. Me han asegurado que La Purísima es de singular belleza, lo que no dudo, pero que tampoco puedo asegurar, porque nunca llegué a este oasis, cuyo camino perdí al distraerme por los saludos cariñosos de los cardones.

Por lo que respecta a Comondú, creo que su descripción bien merece un capítulo aparte. No será el más grande de los oasis, ni el más antiguo en la historia bajacaliforniana, ni el más retrasado culturalmente, ni el más alegre... pero es indudablemente el más extraordinario por muchas razones que veremos en seguida.

XXXI

En el que se comprueba la existencia de Shangri-La¹

Desde el mediodía, que dejamos el *cul-de-sac* de la bahía de la Concepción, la brecha transpeninsular —rumbo sur-suroeste— nos ha empujado hacia la montaña, por una pendiente suave, arenosa y prolongada. Durante horas, todo el panorama ha sido de cardones, chollas y huizaches: el desierto bajacaliforniano. Ahora, sobre la meseta, la desolada llanura parece prolongarse hasta lo infinito.

— ¿Estaremos ya cerca de Comondú?

— Debemos estar. Así lo indica el cuentakilómetros.

Pero el marcador anda mal, o nosotros estamos equivocados. No hay señales de Comondú. Ascendemos a una pequeña colina y nos detenemos sobre la cumbre. De pie sobre el *jeep*, nuestro campo visual alcanza 30 kilómetros por lo menos: desierto hasta el horizonte. Por ninguna parte se ven señales de vida; ni pueblo, ni casas, ni hombres.

— ¿Estaremos perdidos?

— Tal vez. De todos modos, estamos sobre una brecha. Nos llevará a alguna parte.

Otra vez la meseta.

Un kilómetro adelante la planicie se quiebra. Frente a nosotros se ve una línea negra que es como una amplia grieta atravesada en el camino. Un barranco seguramente. Tal vez otro cauce seco que vadear.

¹ Este capítulo fue escrito con otros fines que no fueron los de este libro precisamente, durante mi primera estancia en Comondú. Por su intención y estilo, es posible que rebasa el marco de objetividad que he intentado conservar en los capítulos anteriores. Aun a riesgo de ello, prefiero dejarlo en su forma original, sin cambiarle nada, porque acaso así explique mejor la impresión inmediata que sigue al “descubrimiento” del último paraíso.

El camino se empina al llegar al barranco, hay que poner el motor en primera y vigilar los frenos, pues la ruta parece tener intenciones de saltar al vacío. Al salir de la primera curva, el ángulo de la pendiente nos permite ver el fondo...

—¿El fondo?

He dicho mal. No hay fondo. Lo que está a nuestros pies, cien metros abajo, es una alfombra verde, una cúpula de palmeras que no deja ver el cauce del supuesto arroyo. A lo largo de toda la grieta, larga en varios kilómetros, todo es follaje. A trechos amplios, mal disimulados por el camuflaje de palmeras, vense techos de palma y azoteas de ladrillo. Se distinguen cercos de piedra.

Un pueblo.

—¡Comondú!

¡Vaya escondrijo! Ahora es posible saber por qué el pueblo no se puede ver a un kilómetro de distancia. Hay que llegar a Comondú para saber que existe... en medio del desierto.

Termina el descenso. El camino se abre paso por entre las palmeras de dátíl, se sitúa al lado de un arroyo de aguas cristalinas y serpenteando busca su ruta hacia el pueblo. A derecha e izquierda empiezan a desfilar huertos en eterno verdor. Aparece una casa emboscada entre lo verde, y otra más adelante. Por el camino viene un chiquillo, a pies descalzos, comiendo una naranja. Entre él y nuestro *jeep* dos ardillas acorraladas buscan refugio a media altura de una datílera. El chico nos saluda con la mano al pasar y las ardillas permanecen quietas, curiosas, asomando las cabecitas por entre las asperezas del tronco.

Un olorcillo penetrante nos llega a la nariz.

—¿Hueles?

El olor es agradable, pero no acertamos a definirlo ni a calcular de dónde sale impregnando el aire de toda la cañada. Dos kilómetros adelante, todavía el olfato sigue interrogante.

—¿Sabes? Huele a vino.

Huele a vino y a aceite de oliva. Comondú, como el paraíso de Alá, tiene un arroyo de aceite y otro de vino, que, metafóricamente, cruzan toda la tierra fértil de la hondonada donde se esconde el pueblo. Comparándolo con el edén de los musulmanes, a Comondú sólo le falta el río de leche, ya que le sobran cascadas de dátiles y torrentes de higos y naranjas.

Comondú afirma su edénica realidad a lo largo de 16 kilómetros de cañada: desde el sitio donde nace la primera de las cinco fuentes que dan vida al arroyo hasta el sitio donde la última gota de agua se aprovecha para fecundar la tierra. El hecho de que tenga 16 kilómetros de longitud no significa forzosamente que el pueblo disponga de una gran superficie. Su anchura media no pasa de 500 metros, y en ciertas partes es tan angosto, que los nativos comentan que sería conveniente techarlo y convertir a Comondú en un invernadero.

La población total es reducida, no pasa de 1 000 habitantes, y esto sumando los dos poblados: el viejo Comondú y el nuevo, o San José y San Miguel, para decir sus nombres españoles. En el viejo Comondú queda todavía en pie uno de los muros de la misión que edificara en 1708 el padre Mayorga. Entre ambos poblados hay una distancia de 4 kilómetros, pero permanecen estrechamente unidos por la cinta del arroyo, el parentesco entre familias y el trato continuo.

Para el viajero, para quien llega de paso y vive en la ciudad, Comondú es sin duda el último paraíso que existe sobre la Tierra. Ya sin metáfora, planteando una situación real, Comondú es el verdadero Shangri-La, el país mítico que soñara Hilton. Acaso cambie un poco la situación geográfica, pero en todo lo demás llena los requisitos.

Comondú-Shangri-La es, sin lugar a dudas, el pueblo más aislado de México. Desde Mulegé, el pueblo más cercano hacia el norte, hay 180 kilómetros por cruzar a través del desierto. Hacia el sur, 400 kilómetros lo separan de La Paz; cuatrocientos kilómetros de desierto, naturalmente. Y sin embargo, como gran oasis que es, vive y se mantiene perfectamente en su soledad; se basta a sí mismo, y si no fuera por ciertas necesidades creadas a consecuencia de la difusión cultural, no tendría necesidad de importar nada del mundo exterior.

En Comondú se produce todo lo necesario para alimentar a la escasa población, y aun un exceso que en ocasiones logra llevarse a otras partes del país. Los productos principales son aceitunas y uvas. De las primeras se clarifica magnífico aceite. De las segundas se obtiene un vino para consumo local. Tanto las vides como los olivos datan del tiempo en que los jesuitas fundaran la misión.

Como aquí no se conoce el invierno, los productos de la tierra son sumamente variados. Lo mismo se corta caña de azúcar y se fabrica panela

que se pizcan higos, manzanas, naranjas, aguacates y otros frutos. Se siembra maíz, calabaza y frijol. Sobre las mesetas que se levantan por encima del pueblo, pace el ganado, vacuno y caprino, y de su leche se fabrican quesos de primera calidad. El fruto de exportación más común es el dátil, y cada año va buena cantidad a los mercados del interior, en sacos manufacturados con pieles de chivo. El clima y la tierra son tan nobles en este oasis, que en diciembre y enero pueden cortarse sandías en cualquiera de los huertos. Lo único que hasta ahora no fructifica en Comondú es el café, pero continuamente se están haciendo ensayos para aclimatarlo.

¿Y qué más le falta para ser el Shangri-La de Hilton?

¿Paz? La hay en exceso puesto que no hay diarios, ni bancos, ni juzgados. ¿Felicidad? La misma que en cualquier paraíso; la que puede albergar el corazón de cada hombre. ¿Vida eterna? Casi: los longevos son numerosos. ¿Belleza? Extraordinaria: tanto en sus paisajes como en sus mujeres.

¿Puede pensarse ahora que exagero al decir que Comondú es el último paraíso sobre la tierra?

Pero si Comondú fuera analizado por el hombre de acción, por el muy industrial siglo xx, seguramente se sublevaría contra esa población que vive, desde hace dos siglos y medio, la misma vida contemplativa. El comondeño no trabaja en exceso ni parece dispuesto a hacerlo alguna vez. Actúa apenas lo suficiente para asegurar su existencia. Como tiene tiempo de sobra y no hay cine, ni biblioteca, ni billar en el pueblo, padece cierta afición a la bebida, afición que cultiva en su propia casa y con su propio vino, puesto que tampoco hay cantinas públicas. A pesar de esto, en armonía con el ambiente de todo el poblado, los bebedores que llegan a la embriaguez nunca pierden la ecuanimidad. Puede encontrárseles en grupo o en parejas, bebiendo y discutiendo; pero nunca, bajo pretexto de la ebriedad, se les verá epilogar las discusiones con reyerta. Nadie porta armas (característica común a todos los pueblos bajacalifornianos), y además, los ebrios parecen apurar con el vino el espíritu tierno y filosófico de Omar Khayyam, el borracho más inspirado que haya conocido la humanidad.

Además del vino, el baile es otro escape a la monotonía, y se organizan fiestas a menudo. Ya sea en San Miguel o en San José, no pasa semana

sin que falte celebración a propósito de cualquier acontecimiento. Y como en todo, al mismo ritmo de la vida diaria, los bailes parecen desarrollarse en épocas pasadas. La orquesta del lugar (de instrumentos de cuerda) nada sabe de música moderna, y su repertorio se detiene en el vals. Ni *big apple*, ni *swing*, ni *jazz*. Ocasionalmente rima un danzón, que acaso por contagio ambiental suena de todos modos como vals.

No hay cines ni sinfonolas, las cantinas no existen porque no podrían soportar la competencia del vino hogareño. ¡Vaya! Ni siquiera hay luz eléctrica en el pueblo. Es cierto que algún gobernante envió hace años una fábrica de luz y que el pueblo en masa se entusiasmó por la novedad y pagó su cuota para instalarla y tender cables por todas las calles; pero también es cierto que nunca se utiliza. Desde el mismo día en que se puso a funcionar, un corto circuito arruinó la instalación. De eso hace varios años. Algunas veces, cuando para celebrar mejor un suceso extraordinario quisieran poner a marchar la fábrica, buscan el lugar donde los cables cierran el circuito; pero hasta ahora no han podido localizarlo. El fallido intento de arreglar la luz es casi tradicional y tal vez forme parte, como un rito moderno, de los preliminares de la fiesta, puesto que nunca se encuentra el corto circuito ni se encontrará jamás. Esto bien lo saben los comondeños.

Por lo demás, ¿para qué hace falta la energía eléctrica? La fiesta se lleva a cabo con o sin ella. Además, sobran lámparas de petróleo. ¿Y acaso hay mejor iluminación que la del vino?

Me pregunto si estoy idealizando Comondú y dando una falsa idea de su vivir.

Para mí, éste, y ningún otro pueblo de México, rivaliza tan cabalmente con el edén soñado. Tal vez en él desearan vivir muchos hombres de este siglo del átomo y pasar en la dulce soledad el resto de sus días. Pero... ¿esos afortunados que viven en Shangri-La piensan lo mismo?

No. La mitad de toda la población comondeña quisiera salir huyendo de su paraíso.

Esta es la triste realidad de los edenés, de todas las tierras de promisión. Si Eva no hubiera encontrado en su propio huerto la manzana, hubiera salido de él en busca de ella.

Preguntad a un viejo comondeño lo que piensa de su propio pueblo. Lo veréis erguirse con orgullo, satisfecho de la pregunta. Responderá

alabando, sin exagerar, las bellezas naturales, el clima, los múltiples frutos de la tierra, la tranquilidad que se disfruta, el vino y la indiscutible belleza de las mujeres.

Preguntad también a un joven si se siente contento de vivir en Comondú. Acaso, por decoro y orgullo provincianos, no responderá inmediatamente que se siente allí tan bien como en una cárcel. Pero seguramente le veréis hacer un gesto de resignación, de aburrimiento, y, ya en plan de desahogo, le escucharéis decir que no es ésa la vida que desea, que no tiene horizontes, que quisiera conocer la ciudad, sacudirse los nervios al ritmo de las capitales febriles, ir a una escuela superior, ganarse el dinero en otra forma que no sea labrando el huerto de su padre, que fue antes de su abuelo, antes de su bisabuelo y todavía antes de su tatarabuelo. En una palabra, que quisiera conocer, salir, huir...

Decididamente, los paraísos no son lugares convenientes para la juventud. Hastían.

Muchos jóvenes han logrado escapar, y eso ha creado un serio problema local: exceso de mujeres casaderas.

He dicho que las jóvenes comondeñas son bellas y hacen un perfecto juego con el paisaje. Exceptuando La Paz, donde la belleza de las mujeres es tradicional, y Ensenada, en el Territorio Norte, las mujeres más bellas de toda la Baja California se encuentran precisamente en Comondú. Pero esas flores humanas de Shangri-La tienen el mismo destino de algunos frutos de sus propios huertos: se marchitan en la misma rama, entre los abrazos estériles de sus propios sueños; sueños de vida, de amor, de inquietud y de felicidad...

Lo mismo que al viejo y que al joven, he preguntado a la muchacha comondeña.

Me ha dicho: "Usted, claro, ha vivido un poco y quisiera disfrutar la paz de este pueblo. Nosotras... nosotras quisiéramos vivir..."

No hubo necesidad de que completara su pensamiento. Lo dijo bien claro. ¿No? Las Evas del último paraíso terrenal no encuentran la manzana en su propio huerto y quisieran salir a buscarla. No es afán de pecar. No. Ellas lo han dicho: es simple deseo de vivir...

SIXTA PARTE



Muchachas de Comondú cortando toronjas.

XXXII

En el que nos arrepentiremos de haber dejado Comondú

Cuando se disipa el aroma de olivos y de vino, cuando el arroyo se pierde absorbido por la tierra sedienta, es tiempo de decir adiós a Shangri-La. Hacia el sur aparece nuevamente la llanura.

En cierta forma, por sus características generales, los llanos de Hiray o llanos de la Magdalena (que con ambos nombres los designan unos u otros mapas) recuerdan el desierto de Vizcaíno, que cruzamos antes de llegar al País de los Oasis. Son ellos una inmensa planicie cuyo límite se pierde en el horizonte o se confunde con la línea del mar. Su vegetación es, con pequeñas variantes, la misma del desierto: cactáceas principalmente, y la ausencia de vida es tan aparente como en aquél. Sin embargo, entre los llanos de Hiray y el desierto de Vizcaíno hay una diferencia fundamental. Aquí el suelo no es una cubierta arenosa y estéril, sino una gruesa carpeta de tierras de aluvión, ricas en humus, cuyo grosor alcanza a veces hasta doce metros, lo cual es verdaderamente excepcional. Lo único que le falta para ser una tierra productiva son ríos o lluvias, pero ni unos ni otras vienen a fecundar nunca sus latentes posibilidades. Si el agua, aquí, fuera tan generosa como la tierra, los llanos de Hiray se convertirían en la base agrícola de México. ¿Imagináis lo que serían 20 000 kilómetros cuadrados de tierra sembrada de trigo?

Pero la tierra de los llanos de Hiray es engañosa, promete mucho y no da nada. Hace casi un siglo que se intentó por vez primera ponerla en producción y desde entonces el hombre ha fracasado. Aquella primera vez fue en 1864, y, hablando con la verdad, no fue realmente la tierra la que defraudó las esperanzas de Benito Juárez, sino la mala fe de los concesionarios, los señores Jacobo P. Leese y Santiago Viosca. En cambio, la

compañía norteamericana a la cual Leese y Viosca vendieron las concesiones, The Lower California Company, se benefició con la explotación ilegal de productos que no fueron de siembra.

La historia de los llanos de Hiray es otro ejemplo más del triste sino que ha sufrido Baja California por la ambición extranjera y el olvido gubernamental. Ha sido esta región, comprendida en ella la isla Margarita, la presa más codiciada por aventureros y países extranjeros. Y, a pesar de eso, sigue aún abandonada a su propia suerte, confiada a un destino que parece ser, afortunada pero inexplicablemente, el de conservarse mexicana hasta el día en que los mexicanos puedan hacer algo con ella, en provecho propio y de la nación.

El fraude de Leese se inició con la solicitud de una concesión para colonizar los terrenos baldíos de la península “comprendidos desde los 31° latitud Norte hacia el sur hasta los 24° 20' latitud Norte, formando un ángulo recto con el extremo norte de la isla de San José en el lado del golfo... Y que ésta se haga con todos sus límites, costas, islas y pertenencias, privilegios, exenciones, prerrogativas y demás derechos de toda clase, y muy particularmente los terrenos e islas inmediatas o adyacentes que circundan la bahía de Magdalena”.

Lo que resultó de esa solicitud vale la pena de contarse. Sobre el particular ha hecho una minuciosa investigación el geógrafo Ramón Alcorta, quien resume lo mejor de la historia en esta forma:¹

Después de diversas gestiones por parte de los interesados, el gobierno del presidente Benito Juárez, que se encontraba entonces en Saltillo en difícil situación económica para proseguir la lucha contra los imperialistas, celebró contrato por medio de Fomento, Lic. D. José María Iglesias, otorgando a Jacobo P. Leese, en representación de la Compañía Colonizadora de la Baja California, la concesión de los términos solicitados, el 13 de marzo de 1864. Por este contrato se facultaba a Leese para colonizar la extensión indicada, con la reserva de respetar los derechos de propiedad y posesión adquiridos anteriormente por los habitantes de la región. Se facultaba al contratista para explotar los minerales que hubiese dentro de su concesión, así como para la pesca de la ballena y lobo marino, conformándose en esto a lo dispuesto por las leyes de México. El sitio de ganado mayor lo pagaría el concesionario a una tercera parte menos de su valor según la tarifa de baldíos: levantaría el plano de las poblaciones establecidas y en el transcurso de cinco años

¹ Ramón Alcorta Guerrero, *op. cit.*, pp. 381-385.

introduciría a la concesión doscientas familias. Además, se le arrendaban las salinas de Ojo de Liebre y San Quintín, en cuanto terminase el arrendamiento que a la fecha existía, pagando la cantidad de \$2.50 por tonelada de sal. A los veinte años se dividirían los colonos individualmente los terrenos, pero sin que tocara a cada uno mayor extensión de la correspondiente a tres sitios de ganado.

La compañía se obligaba a entregar al gobierno la cantidad de \$100 000 en el plazo de ciento veinte días contados desde la fecha del contrato, y si no cumplía con las estipulaciones señaladas, este contrato caducaba.

Los concesionarios no pudieron cumplir con la condición de entregar la suma que les había sido fijada sino hasta mucho tiempo después del señalado y en abonos, y tampoco pudieron cumplir con sus obligaciones relativas a la colonización de los terrenos adjudicados, dedicándose, en cambio, a ejercer el contrabando en gran escala, a esquilmar los recursos naturales del territorio, sin pagar un solo centavo al fisco, y a perseguir a los propietarios legítimos de terrenos situados dentro de la concesión. Se apoderaron también, sin derecho a hacerlo todavía, de las salinas de Ojo de Liebre, cuyo producto se dedicaron a exportar en cantidades importantes, sin pagar tampoco la cuota de \$ 2.50 por tonelada que se habían obligado a entregar.

Otro producto que explotaron intensamente sin ningún provecho para la nación fue la orchilla, encontrada en los alrededores de bahía Magdalena por el capitán Howland, y cuyas propiedades tintóreas tenían entonces un gran uso en la industria textil inglesa de casimires. El mismo capitán Howland se encargó de comunicar su descubrimiento en la casa de Cobos y Monroy, de Guayaquil, Ecuador, que se dedicaba al comercio de este producto, y la que se apresuró a enviar un representante que celebró contrato con la compañía de Leese, a fin de explotar el líquen mencionado, para lo que no estaba facultado el concesionario.

La exportación de orchilla durante toda esta época, que se hacía por el puerto de la Magdalena, habilitado para el efecto como puerto de altura, fue cuantiosa, haciendo bajar esta enorme producción el precio del artículo en los mercados internacionales, pues de \$300.00 que valía la tonelada en 1869, puesta en Inglaterra, llegó en 1872 a \$175.00. Cada sitio de ganado menor producía por término medio 150 toneladas de planta. No se tienen datos exactos acerca del valor real de las exportaciones que se hicieron por el puerto de la Magdalena, todas ellas fraudulentas.

La falta de cumplimiento del contrato por parte de la compañía, así como los numerosos abusos de todo género cometidos por ésta, dieron lugar finalmente, después de diversos incidentes, a que el gobierno nacional cancelara aquella concesión con fecha 29 de julio de 1871, pero celebrando después un nuevo contrato con ella el 1° de diciembre de 1871, por medio del cual sus dirigentes renunciaban a los 500 sitios de ganado mayor que les correspondían por la caducidad del anterior contrato y prescindían de la

reclamación que habían presentado a la Comisión Mixta reunida en Washington, recibiendo en compensación el arrendamiento por seis años de una faja de una legua de ancho, situada entre el cabo San Lucas y el paralelo de los 27° de latitud Norte, para seguir dedicándose a la explotación de la orchilla, comprometiéndose a pagar \$5.00 por tonelada de la que se exportaba y a establecer almacenes en el puerto de la Magdalena, único lugar autorizado para hacer las exportaciones, adelantando a cuenta de esa obligación \$25 000.00. Además, la compañía se sujetaba en todo y por todo a las leyes y tribunales del país.

No mejoró con esto el estado de las cosas, pues la compañía seguía haciendo su voluntad en el territorio, robando al fisco y talando, después de agotarlos, los campos de orchilla.

Esta explotación llevó a los llanos de Hiray buena cantidad de trabajadores contratados por la compañía, la mayoría de ellos de origen ecuatoriano. Cuando la orchilla dejó de ser un negocio y se esfumaron todos los ambiciosos proyectos de los concesionarios, los colonos emigraron, sin dejar en la llanura ni la más leve huella de su presencia; así fue de provisional la prometida colonización.

Sin embargo, la compañía de Leese dejó buen rastro de su paso: el agotamiento de los campos orchilleros y un plano de las “ciudades” que habrían de levantarse sobre la planicie. El proyecto de urbanización, usado posiblemente como argumento para reafirmar su posición en Baja California, muestra la localización de 46 pueblos que rodeaban una fantástica ciudad cuyo nombre iba a ser el de “Ciudad de Moctezuma”.

Alcorta, al comentar el proyecto, escribe con ironía:

...planes que, de haberse concebido de buena fe, hubieran merecido el piadoso calificativo de utópicos, en vez del de fraudulentos que en legitimidad les corresponde. Viendo el delirante proyecto de urbanización de toda la región, trazado por el ingeniero Ph. de Rougemont, nos vienen a la memoria las palabras del canciller Tomás Moro: “La isla de Utopía contiene 54 ciudades espaciosas y magníficas. Los planos de edificación de las 54 ciudades son también semejantes, poseen los mismos establecimientos, los mismos edificios públicos...” Si Rougemont situó sólo 46 ciudades en los “terrenos fértiles de bahía Magdalena” debió de haber sido porque no le cupieron en el papel las otras ocho. Pero lo que a Moro le sobra de idealismo le faltaba de honorabilidad a Rougemont y su compañía.*

* Ramón Alcorta Guerrero, *op. cit.*, p. 391. (N.E.)

La compañía de Leese desapareció, pero vino a sustituirla algunos años después la de Flores Hale, que cedió posteriormente sus derechos a The Chartered Company of Lower California, la que a su vez traspasó en hipoteca a The American Trust Co. Estas concesiones caducaron, como hemos anotado ya en otra parte del libro, en tiempos de don Venustiano Carranza.

Durante todo el periodo posrevolucionario, los llanos de Hiray permanecieron en el olvido; pero en tiempos de Manuel Ávila Camacho volvieron a depositarse en ellos esperanzas agrícolas. El partido político de los sinarquistas decidió, en un arranque de sospechoso patriotismo, enviar colonos a Baja California, como primer intento de mover masas campesinas hacia esa olvidada y deshabitada región de la república.²

La colonización sinarquista se pareció mucho a la que se pretendió llevar a cabo en los terrenos de San Quintín, en el Territorio Norte, con mexicanos repatriados de Estados Unidos. Como en aquel intento, en éste los agricultores llegaron a tierras desconocidas, lejanas de los centros de producción y consumo, a cultivar los campos con sólo la fuerza de sus brazos y de su fe. Corrieron mejor suerte que los de San Quintín, pero no puede decirse que tuvieron éxito. Muchos se vieron obligados a volver, imposibilitados para hacer rendir una tierra donde el agua es tan escasa y a la que nunca les llegaron adecuados utensilios de labranza. Otros quedaron allí, manteniéndose a despecho de todas las desfavorables circunstancias. Estos colonos parece que avizoran el éxito, y el gobierno territorial les está prestando ayuda para asegurarles la victoria.

² El periodista Mario Gill, en su documentado libro *El sinarquismo* (Ediciones Club del Libro "México", 1944), denuncia como un conato de traición la colonización sinarquista, y acusa al jefe Salvador Abascal de haberla organizado para cumplir un compromiso contraído con los países del Eje, concretamente con el Japón. Gill presenta pruebas y analiza minuciosamente las diversas circunstancias sospechosas que llevaban a Abascal hacia California y principalmente a las regiones cercanas a bahía Magdalena, cuya posesión hubiera sido indudablemente preciosa para los nipones. Como su exposición no deja lugar a dudas, puede concluirse que esta vez fue la enésima que se hicieron planes para entregar la Baja California a una potencia extranjera. El periodista Gill termina así su análisis: "Del examen de los hechos y antecedentes es inevitable deducir que la colonización de Baja California por la UNS no fue sino el resultado de una maniobra política puesta en marcha por los agentes falangistas encargados de dar cumplimiento en México al Pacto Madrid-Tokio. Ninguna otra explicación podría dársele a esa farsa que tanto dolor ha traído a ese grupo de familias mexicanas que se dejaron engañar". [Mario Gill, *op. cit.*, pp. 195 y 196. Mario Gill era el seudónimo de Carlos Manuel Velasco Gil, director del periódico *La República*. (N.E.)]

La colonia de los sinarquistas está situada al norte de la región de Hiray, en Santo Domingo, y hacia ella corre la nueva carretera que unirá La Paz con los pueblos del País de los Oasis.

Exceptuando Santo Domingo, colocado casi al límite septentrional de los llanos, el resto es de desolación absoluta. Quizá alguna vez se levanten en ellos algunas de las ciudades que para timar proyectó Rougemont; porque si bien es cierto, como afirma Alcorta, que el tal proyecto es fraudulento, también es cierto que hay potencial fértil en los llanos de Hiray, que hay enormes posibilidades ganaderas, y que bajo ellos, a una profundidad media de 20 metros, se encuentra un enorme manto freático que asegura el riego por medio de pozos.

Lo verdaderamente sorprendente en la inmensidad de Hiray es que la llanura nunca estuvo tan deshabitada como desde que la historia se fijó en ella. Antes de esa época, fue una región de cierta densidad demográfica, a juzgar por dos hechos que no pueden pasar inadvertidos. El primero es la existencia de enormes concheros cerca de la costa, que demuestran palpablemente que no lejos de ellos hubo grupos tribales que vivían principalmente de la pesca y la recolección de mariscos ("concheros" es una palabra de la terminología arqueológica que designa, como el nombre lo indica, pequeños cerros hechos de conchas depositadas allí, como en un basurero, por ciertos grupos indígenas de la América precortesiana). El segundo hecho es posterior y se trata de la misión de San Luis Gonzaga, todavía en pie un poco al sur del paralelo 25°, junto a los contrafuertes de la sierra de la Giganta. El padre Baegert, que la atendió durante veinticinco años, cuenta que ella reunía 500 indígenas, pertenecientes a once diferentes tribus. Se puede suponer, sin temor a errar, que los quinientos feligreses del padre Baegert eran los supervivientes de una mayor población, pues de otro modo no podría comprenderse el sentido de "once tribus diferentes".

Y si antes esa región de los llanos de Hiray fue capaz de sostener una población que hoy no puede albergar, a pesar de la evolución en materia de comunicaciones, técnica y agrícola, ¿qué es lo que ha sucedido en Baja California?

Según todas las probabilidades, lo que ha sucedido es una desertización progresiva e incontrolable de estas tierras, que acaso en siglos anteriores fueron más acogedoras por el paso de arroyos de los que hoy sólo quedan

sus cauces vacíos. Esta es una hipótesis científica que no ha sido lanzada exclusivamente para explicar el cambio de clima y de paisaje bajacalifornianos, sino que, por desgracia, viene a la medida de todas las tierras del mundo, amenazadas por sequías que tienden a convertirlas en desiertos. Es válida para la península, y principalmente para su mitad meridional, porque en ella no es raro encontrar el recuerdo de antiguos bosques en enormes cilindros de árboles petrificados.

Por supuesto, esta espantosa posibilidad no parece de efectos inmediatos. Acaso tampoco puedan cambiar ya más las características de los llanos de Hiray. Y si es así, bien puede ser que el hombre bajacaliforniano actual sea capaz de aprovechar totalmente los recursos vírgenes de esta región, que hasta hoy sólo han servido para despertar la codicia de aventureros extranjeros.



Estribaciones de la sierra de La Giganta.

XXXIII

En el que llegamos a la bahía más grande

El contrabando de la orchilla en los llanos de Hiray se embarcaba rumbo al extranjero por el puerto de la Magdalena. Hoy, tal puerto no existe. Y como los bajacalifornianos de este tiempo intentan hacer producir la llanura que parece desierto, han localizado ya el puerto de salida de los posibles productos. No se construye aún, pero ya tiene nombre. Será puerto Ulloa, y sus muelles no se lanzarán al mar abierto, en el océano Pacífico, sino a la bahía más grande de la Baja California: bahía Magdalena.

Al hablar del viaje de Sebastián Vizcaino hemos dicho cómo se forma este mar interior “en el cual podrían refugiarse todas las escuadras del mundo”, según las geografías escolares. Se alarga por medio grado, desde los 24° 20' hasta los 25° de latitud Norte, y lo encierran las islas Magdalena, Margarita y Creciente, que, por lo que respecta a canales navegables, sólo dejan uno entre las dos islas primeramente citadas. En realidad, las islas y la costa forman dos bahías: una septentrional, que es la de Magdalena, y otra meridional, que es la de Almejas. Entre ambas, hace de división la isla interior de los Manglares. La primera bahía tiene una longitud de 50 kilómetros y la mitad de anchura. Almejas es un poco menor, y sus dimensiones son aproximadamente, de 40 kilómetros de largo por 30 de ancho. Juntas, puesto que las une un amplio canal navegable, hacen una inmensa bahía de cerca de 3 000 kilómetros cuadrados, perfectamente protegida de los vientos dominantes, con buenos fondeaderos y numerosas posibilidades de explotación tanto en sus aguas como en las tierras circundantes.

Las proporciones, la seguridad y las riquezas naturales de esta bahía, que no tiene igual, en amplitud, en la costa americana, tentaron durante

largo tiempo la codicia de potencias navales. Las vicisitudes de este refugio marítimo han sido también minuciosamente descritas por Ramón Alcorta, cuyo estudio sobre isla Margarita es básico para el conocimiento y la comprensión de esta región bajacaliforniana. Dice en él:

A partir de la anexión de la Alta California a los Estados Unidos por el Tratado de Guadalupe Hidalgo en 1848, buques mercantes de aquella nación comenzaron a frecuentar las aguas mexicanas de la Baja California, realizando en ellas y en las tierras inmediatas constantes actos de piratería. A esos buques mercantes les siguieron bien pronto barcos de guerra de la misma nación, que se dedicaron a levantar cartas hidrográficas de nuestros litorales, a efectuar prácticas y ejercicio de tiro en nuestras solitarias bahías y también a proteger las actividades ilícitas de los filibusteros, entregados a un concienzudo saqueo de nuestros recursos naturales. Comenzaron entonces estos barcos a usar temporalmente para su refugio y para sus maniobras bahía Magdalena, pues ni siquiera se preocupaban por solicitar la autorización correspondiente.

En los primeros años del presente siglo, nuestras autoridades empezaron a tomar nota de tales abusos y a tratar de remediarlos. El cónsul mexicano en San Diego frecuentemente informaba sobre las violaciones a nuestra soberanía llevadas a cabo por los buques de guerra norteamericanos. En una de estas comunicaciones notificaba haber salido de ese puerto el día 18 de marzo de 1902 el crucero *Adams*, con destino a bahía Magdalena, y un día antes, el de igual clase *Mohican*, ambos buques-escuela de la Armada norteamericana, el primero de los cuales ni siquiera se proveyó de la patente de sanidad necesaria.

Pero no sólo barcos de guerra norteamericanos llegaban a bahía Magdalena, sino también de nacionalidad inglesa, como informaba el mismo cónsul con fecha 21 de marzo de 1903 a la Secretaría de Relaciones, al mismo tiempo que solicitaba instrucciones de nuestro gobierno a fin de procurar evitar se siguieran repitiendo estos atentados. Estimando el gobierno mexicano que por lo pronto sería difícil cortar de raíz esos abusos, pues ya la Marina norteamericana se había acostumbrado a considerar la citada bahía como si fuera suya, y de adoptar una actitud radical a este respecto se podría producir algún incidente internacional, se propuso entonces ir restringiendo gradualmente y con el mayor tacto posible esas molestas visitas, para cuyo efecto principió por exigir a los barcos extranjeros solicitaran el permiso correspondiente, en la inteligencia de que no se les negaría, para lo cual encargó a nuestro embajador en Washington presentara una nota al gobierno de aquel país en el sentido indicado, lo que hizo con los mejores resultados, el 23 de enero de 1903.

Dentro de esta nueva modalidad, los buques de los Estados Unidos siguieron haciendo uso de nuestras aguas territoriales, si bien sometiéndose a una formalidad que significaba ya un reconocimiento a nuestra soberanía. Así, el 10 de marzo del mismo año el Departamento de Estado del gobierno norteamericano solicitó permiso para que una escuadra norteamericana mandada por el contraalmirante Glass y compuesta por los barcos *New York*, *Boston*, *Marblehead* y *Range* hicieran sus prácticas habituales en bahía Magdalena, lo que les fue concedido por acuerdo del presidente Díaz de fecha 12 de mayo. Dicha escuadra, previo nuevo permiso, volvió otra vez a visitar la bahía en diciembre de ese año, cometiendo entonces sus tripulaciones algunos desmanes, que obligaron al gobierno de México a dar otro paso más en defensa de sus intereses, prohibiendo a los marinos estadounidenses establecer cuarteles en tierra, condición a que en adelante se sometieron también. Con fecha 16 de marzo de 1907, el cónsul mexicano en San Diego volvió a informar de nueva salida de barcos norteamericanos, esta vez los cruceros *Milwaukee* y *Yorktown*, que presentaron para su certificación las patentes de sanidad.

Sin embargo, como el gobierno norteamericano mostraba cada día más interés por asegurarse el uso de la citada bahía en forma absoluta y permanente, considerándola necesaria para mantener su posición en el Pacífico, entre otras razones por estar más cerca de Panamá, cuyo canal interoceánico estaba entonces construyéndose, inició una insistente política de presión sobre México a fin de obtener su traspaso. Con este objeto envió a nuestro país como embajador especial al mismo secretario de Estado, Root. Poco tiempo después parecía que esos deseos se cumplían a satisfacción, pues *The San Francisco Call* y otros periódicos de los Estados Unidos anunciaban profusamente en sus ediciones de fecha 18 de noviembre de 1907 que se empezaban a recoger los frutos de la visita del secretario de Estado en el gabinete del presidente Roosevelt, pues el día anterior, México, según esos periódicos, había cedido la bahía a los Estados Unidos como estación naval. En la misma fecha, el subsecretario de Estado confirmaba oficialmente esa noticia.

Sin embargo, lo que se había logrado era bastante poco, en comparación con lo que se pretendía, y no era desde luego para justificar el optimismo norteamericano. Lo que se presentó a los ojos de la opinión pública de ese país como convenio de cesión era sólo un permiso concedido por el presidente de la república, previamente facultado por el Senado, con fecha 14 de diciembre, para dar en uso por el término de tres años, a partir del 1 de diciembre de 1907, la citada bahía, concediendo autorización a la Marina norteamericana para instalar ahí durante ese tiempo dos buques carboneros de 2 500 toneladas cada uno, a fin de surtir de carbón a los otros barcos que fueran a hacer sus prácticas en ese lugar, con la condición expresa de que

solicitaran en cada caso el permiso correspondiente para efectuar las referidas prácticas y de no bajar marinos armados a tierra ni izar bandera.

A esto se redujo el convenio que tantas ilusiones creó en los medios oficiales norteamericanos y tanto pesimismo y descontento en la opinión pública de México, alarmada sin fundamento por una prensa de oposición.

Poco antes de que se llegara a ese acuerdo, el 27 de noviembre, el Departamento de Estado volvió a solicitar, por conducto de la Embajada en México, licencia para que la escuadra norteamericana se pudiera dedicar a sus prácticas rutinarias en la bahía, de enero a abril de 1908, la que le fue concedida, pero sólo por un mes. Se había pensado hacer para esa fecha una gran demostración naval, concentrando ahí las flotas de guerra del Pacífico y del Atlántico. Por motivos que no se indicaron, acaso representaciones del Japón, esas gigantescas maniobras no se llevaron a cabo. Pero el 13 de marzo, 16 acorazados norteamericanos hicieron su entrada a bahía Magdalena, llegando hasta el fondeadero en columnas de cuatro unidades. Eran éstas: el *Connecticut*, buque insignia, de 16 000 toneladas; los de igual tonelaje *Kansas*, *Louisiana*, *Vermont*, *Georgia* y *Minnesota*; *Virginia*, *New Jersey* y *Rhode Island*, de 14 948 toneladas cada uno; *Maine* y *Ohio*, de 12 440; *Missouri*, *Illinois* y *Alabama*, de 11 565, y *Kentucky* y *Keasarge*, de 11 540 cada uno. Conducían cerca de 15 000 hombres de tripulación y estaban mandados por el almirante Evans.

A partir de esa fecha un estruendo ensordecedor, que se repite noche y día y que prolonga sus ecos hasta la lejana ciudad de La Paz, se apodera del silencio solemne en que dormía la bahía. Anclados y en marcha, los acorazados se dedicaron a disparar sin cesar su artillería durante todo el tiempo que permanecieron en esas aguas. Algunos proyectiles cayeron en los cerros altos de isla Margarita.

Al anoecer del mismo día arribó el cañonero nacional *Tampico*, encargado de hacer los cumplimientos de rigor a los visitantes, y que afortunadamente llegó tarde. El 5 de abril se presentó una flotilla de seis torpederos, acompañados del transporte *Buffalo*. La escuadra dio por concluidas sus operaciones el 11 de abril, saliendo ese día los acorazados y hasta el 25 de mayo los torpederos.

Antes de expirar el plazo señalado por el convenio, y no obstante algunos editoriales de la prensa norteamericana, como el publicado el 14 de abril de 1908 por *The Times*, de Los Ángeles, exponiendo la necesidad de que los Estados Unidos se quedaran en forma definitiva con la bahía, el gobierno de México hizo gestiones para hacer desistir a los Estados Unidos de toda idea de prorrogar el permiso, lo que obtuvo mediante una declaración en tal sentido de parte del presidente Taft y de su secretario de Estado, Knox, días antes de que se iniciara la entrevista de los dos presidentes, verificada en El Paso el mismo año de 1909.

No por esto los barcos norteamericanos dejaron de visitar de cuando en cuando bahía Magdalena. El 11 de enero de 1919, el capitán del puerto de la Magdalena comunicaba por vía telegráfica a la Secretaría de Relaciones haber entrado ese día tres submarinos y el destructor norteamericano *Beaver*, fondeando los primeros en el puerto y el último como 10 millas al este de aquéllos. Poco después, los tripulantes desembarcaron a tierra armados, entregándose a ejercicios de tiro con rifles Springfield. Habiéndoles llamado la atención las autoridades del puerto acerca de lo indebido de su actitud, ofrecieron presentarse al día siguiente a dar excusas sobre su conducta, lo que no hicieron, pues en las primeras horas de la mañana abandonaron la bahía sin dar aviso. El 30 de marzo de 1920 encalló frente a puerto Cortés un submarino de la Armada norteamericana, el *H-I*, muriendo ocho de sus tripulantes, entre ellos el comandante. Barcos de salvamento de la misma Armada intentaron ponerlo nuevamente a flote, y lo lograron, a costa de grandes trabajos, el día 7 del mes siguiente, pero inmediatamente se fue a pique definitivamente.¹

El interés norteamericano por bahía Magdalena no fue exclusivamente de carácter naval. Al mismo tiempo que las escuadras iniciaban sus periódicas visitas, los recursos de las tierras circundantes eran presas de ilegal saqueo. La piratería en la bahía prestó mayor atención a la explotación de los yacimientos de magnesita de isla Margarita y posteriormente a los criaderos de almeja gigante en la isla de los Manglares.

La magnesita es un mineral sumamente apreciado por la industria moderna. Se emplea en grandes cantidades en forma de ladrillos refractarios para el revestimiento de los hornos de fundición, reverberos y de aceración, o en forma de pasta para cubrir tuberías. "Además, la industria química emplea gran cantidad de sales de magnesio en forma metálica, de cloruros, sulfatos o carbonatos, cuyos compuestos tienen considerable uso en la elaboración de medicamentos, lo mismo que en las industrias azucarera, papelera, de cemento, manufactura de hule, fertilizantes, curtiduría, pinturas, cosméticos, etc. Por otra parte, el magnesio metálico es tres veces menos pesado que el aluminio, teniendo, por tanto, gran importancia en las industrias de guerra, por lo que ha sido clasificado como mineral estratégico."²

¹ Ramón Alcorta Guerrero, *op. cit.*, pp. 386 a 390.

² *Ibid.*, pp. 395 y 396.

México no cuenta con grandes yacimientos de magnesita, exceptuando los de isla Margarita, que tiene en absoluto abandono, a pesar de que varias industrias mexicanas se ven obligadas a importarla de los Estados Unidos.

La explotación fraudulenta de estos yacimientos se inició en 1915 y se prolongó hasta 1920. El mineral robado era comprado por la Durostone Company, de San Diego, California. Se ignora el tonelaje de magnesita enviado a la compañía norteamericana, pero con base en informaciones verbales recogidas por el ingeniero Genaro González R., de personas radicadas en la isla que habían prestado sus servicios como trabajadores de esa compañía, se calcula que fue de 30 000 a 48 000 toneladas. En cambio, de 1933 a 1945, México importó cerca de 19 000 toneladas, que representaron un gasto de más de dos millones de pesos.

En un intento por evitar definitivamente esos actos de piratería, el gobierno del presidente Calles decidió fundar en la isla una base naval; proyecto realizado, que de paso fue una respuesta a la enésima proposición norteamericana para comprar la Baja California.

La base naval de puerto Cortés fue instalada sobre la costa interior de isla Margarita, frente a la isla de los Manglares. Las obras se iniciaron en 1934 y quedaron concluidas en 1936. En la actualidad, la base cuenta con varios edificios para oficinas, casas-habitación de la oficialidad y bodegas. En torno a éstos, que forman el grupo central, se alinean las barracas de la infantería de Marina. La población total es de 800 habitantes, que cuentan con comodidades muy relativas y cuya comunicación a la capital del Territorio Sur está asegurada por un servicio regular de aviones comerciales.

A pesar del avance que representa el sostenimiento de una base permanente en bahía Magdalena, no podría asegurarse que es adecuada a las proporciones e importancia estratégica de la zona. No se cuenta en ella con navíos de patrulla ni con aviones militares para la vigilancia de los mares interior y exterior, el presupuesto de que dispone es raquítico y las condiciones de vida, determinadas por el medio geográfico, son ásperas y crueles para los oficiales marinos.

Isla Margarita y bahía Magdalena, por su posición estratégica de primera importancia y sus recursos naturales, son el centro vital de toda la parte central del Territorio Sur. Esto lo saben perfectamente bien

XXXIV

En el que un nombre explica la ciudad

En el verano, la ciudad muere todos los días. Hay cierta hora, hacia las tres de la tarde, en que el tiempo se queda detenido, sudando, y el pueblo deja dormir sus pensamientos, embotado por una marea caliente que suspende la vida. Dentro de las casas, los niños se desnudan, y hombres y mujeres se tienden a la sombra, sobre los lechos ardientes. Por las calles, todo es silencio. No sopla el menor hálito de viento y de las piedras se desprende un vaho que a la distancia distorsiona las rectas y hace aparecer árboles y casas como visiones reflejadas en espejos cóncavo-convexos. Las palmeras se duermen inclinadas y sedientas, y los laureles de la India abren sus brazos de follaje, en una inmóvil espera de aliento que parece no llegará nunca. Frente a la ciudad, el mar de la bahía es de plomo y arde bajo el sol brutal, que no permite sombras. Pegado al muelle, un barco duerme en la modorra una siesta eterna, como duerme una siesta de muerte un marinero renegrido, desnudo bajo la toldilla inútil. Entre mar y tierra, el silencio se pasea a pasos lentos, ahogando los murmullos, callando las palabras viscosas, poniendo arena en todos los párpados de las ventanas abiertas. En las afueras, donde el desierto refleja implacablemente el fuego de la ciudad que arde, las chicharras cantan desesperadas, reinas del silencio y del ruido, haciendo vibrar la atmósfera cargada de emanaciones, de suspiros y de deseos sudorosos.

A las cinco de la tarde, y hacia el lejano fondo de la bahía, una diminuta mancha blanca se pone de pie anunciando el regreso de la vida. Es un velero pescador que vuelve a puerto. El marinero de piel oscura que duerme bajo la toldilla presiente en sus poros el regreso del viento y se levanta para mirar el mar y la canoa de vela triangular que vuela al ras de

lataguas. El mar se quiebra en pequeñas ondulaciones y avanza vibrando, tembloroso por la caricia que sopla desde tierra. Su superficie de metal se encrespa y corre hacia la ciudad dormida, en una ola continua, que va a estrellarse contra el muelle y el malecón. Las palmeras agitan su penacho, alegres, y los laureles de la India se desperezan en un sensual sacudimiento de ramas. En la ciudad, el viento levanta el corazón de los niños, que empiezan a jugar. La ciudad entera se sienta sobre las camas, y las mujeres, siempre hermosas, contemplan su propio despertar ante el espejo. La ciudad se yergue y sale a la calle. Los almacenes comerciales se abren, y un coche que dormía en una esquina parte a buscar al cliente olvidado en un hotel.

El viento-vida se llama “Coromuel”.¹ La ciudad que muere todas las tardes de verano es La Paz, capital del Territorio Sur de la Baja California.

Todas las ciudades tienen nombre, pero he aquí un nombre que tiene una ciudad. Cuando los conquistadores entraron en la bahía y desembarcaron frente al desierto, los indios huyeron a esconderse tras las dunas y los montes áridos. No hubo pelea, y los arcabuces sirvieron únicamente para afianzar un toldo, bajo el cual los soldados del rey oraron con fervor y agradecimiento a Nuestra Señora de la Paz.

Trescientos años después, Nuestra Señora de la Paz sigue reinando en este pueblo, fundado posteriormente bajo su protección y amparo. Por abreviatura, la ciudad se llama La Paz, simplemente, y el nombre que en un principio fue símbolo de posesión sin violencia se convirtió a la larga en norma de carácter de la población. No se llama La Paz porque sea un pueblo pacífico, sino que es quieto y pacífico por haberse llamado La Paz.

La ciudad (en realidad sería pueblo si no se tratara de la capital territorial) se esconde en la más profunda rinconada de la bahía que lleva el mismo nombre. Está tendida junto al mar, y su última calle se sostiene,

¹ La palabra “Coromuel” es una corrupción del nombre inglés Cromwell. En La Paz se explica su origen haciendo de Cromwell un feroz pirata del siglo XVIII que aprovechaba el viento de las tardes de verano para entrar en la bahía y tomar la ciudad a sangre y fuego. Esta es una bella leyenda; pero Cromwell, el pirata, no existe en la historia y, por otra parte, el viento es un monzón que sopla de la tierra y no del mar. Según informaciones recabadas personalmente entre viejos residentes, el nombre del viento proviene de un navío a la vela, llamado *Cromwell*, que lo aprovechaba para poder salir “viento en popa”.

por un escalón, sobre las aguas. Cuando hay mareas muertas y la luna hace ascender al máximo la superficie del mar, la calle del malecón, la más larga y bella de La Paz, parece amenazada por una inundación. Las calles perpendiculares al paseo del malecón ascienden por una pequeña loma en cuya cumbre se levanta la iglesia, que hubiera sido misión si el padre Ugarte hubiera podido llevar a cabo un proyecto soñado en 1720. El trazo de la ciudad es perfecto. Exceptuando algunos callejones obligados por la topografía, la ciudad parece trazada por un moderno urbanista, con amplias avenidas que, sin desviaciones, van del mar al desierto o corren paralelas a la línea costera.

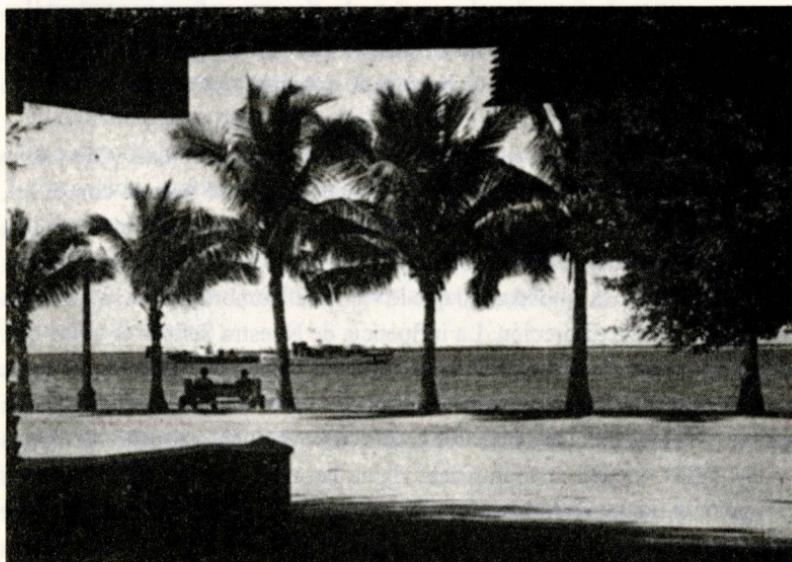
En el paseo junto al mar, palmeras y laureles de la India hacen de filtro al reflejo del sol sobre la bahía; bordean la banqueta del malecón las primeras y los segundos ponen sombras en las fachadas de las casas. En todas las calles, los laureles aparecen a la orilla de las banquetas, y donde no los hay, ocupan el sitio jacarandas, flamboyanes, paraísos y acacias, que de la primavera al otoño se cubren de flores.

Frente a la iglesia está la plaza central, donde el pueblo se reúne durante las primeras horas de la noche y baila los domingos, después del atardecer. Frente a la plaza está el palacio de gobierno, con oficinas abiertas en torno a un gran jardín interior y sobre corredores de estilo colonial. Al igual que en el palacio, en todas las casas de La Paz hay patios y jardines interiores, que a menudo se convierten en huertos de naranjos y otros árboles frutales propios del trópico.

En la ciudad impera siempre un ambiente de serenidad y de calma perpetuas, y esto no sólo en verano. El pueblo, que se levanta con el sol, hace su vida en silencio, discretamente, como si se moviera en una metrópoli sagrada. Y nunca está triste. Es alegre por excelencia y sonríe. Pero hay algo en la ciudad, algo que le viene del nombre mismo, que obliga a esa paz y a esa discreción. La influencia de Nuestra Señora es tanta, que aún en los días de fiesta, cuando el carnaval pone mascaritas en las caras y se ríe una continua risa, nadie osa romper el rito musical de la fiesta con gritos o carcajadas. Después del crepúsculo, el pueblo paceño se recoge y las calles quedan abandonadas. Hacia las nueve de la noche, todo es silencio, y la ciudad duerme. En los pocos cafetines y cantinas que permanecen abiertos, los parroquianos beben en voz baja y se embriagan sin riñas. A las once de la noche, dos avenidas de noctámbulos salen de



Vista aérea de La Paz.



Paseo del malecón en la ciudad de La Paz. (Foto: Mayo)

los dos cines de la población, y en su trayecto, del salón de espectáculos a casa, sólo dejan el eco de un rumor de pasos y murmullos. Después, el silencio se recobra y ya nada lo turba, hasta la mañana siguiente.

Diréis que mi interpretación de la calma paceña partiendo de la influencia secular del nombre es falsa o puede serlo. Pero si los nombres no pueden normar el carácter de las cosas, ¿cómo explicar entonces esa quietud nostálgica de la bahía, que también se llama de La Paz? En ella, como en la ciudad y su gente, impera el mismo ambiente de serenidad y de tiempo lento.

La bahía es lago de pescadores, cuna de alto porcentaje de los marinos de todos los mares mexicanos y nido de piratas en potencia. Todos los pescadores son marinos, y serían piratas si los tiempos no hubieran cambiado. Pescan en el golfo de California y navegan a la vela, en unas pequeñas canoas labradas de una pieza en el tronco de un árbol (industria de Sonora y Sinaloa, no de Baja California). Por las mañanas, cuando se levanta la brisa, despegan de los fondeaderos cercanos al Palmar de Abaroa —nombre de una tradicional familia de armadores que aquí tienen uno de sus mejores astilleros— y se van deslizándose hacia la bocana, con ayuda de sus velas triangulares. Pasan frente al balneario de Coromuel y luego se pierden en el mar, por las cercanías de la isla del Espíritu Santo. Vuelven todas las tardes, semihundidas por el lastre de las deliciosas totoabas, cabrillas, caguamas o peces sierra, navegando a la vuelta y vuelta (o de bolina) contra el vientecillo de tierra que por las tardes rescata a la ciudad de su marasmo.

Los veleros pasan frente a la ciudad en busca de su fondeadero. Cuando desfilan paralelos al malecón, su silueta se recorta contra los manglares del Mogote, la isla de arena que tiene las mejores playas de La Paz y donde pronto se levantará una ciudad turística. Durante los meses de primavera ocupan este corredor marítimo los yates de placer. Porque si México desconoce las posibilidades y bellezas turísticas de este puerto, los norteamericanos bien las saben, y no pasa año sin que venga aquí una buena parte de la población de California.

El espectáculo más extraordinario que disfrutaron los turistas en La Paz es el de los ocasos. No hay parte alguna del país donde el crepúsculo ofrezca tan variadas y hermosas características. Al filo de la tarde, mar y tierra parecen hacer preparativos para acoger la puesta del sol, y el cielo



Veleros de pescadores en el balneario de Coromuel, cerca de La Paz.

se cubre de nubes en un intento inútil de ocultar la luz. Cuando el astro toca la línea del horizonte, empieza una lucha. Las nubes se aglomeran en el poniente, desde el mar hasta el cenit, y todo da la impresión de que el sol se habrá de ocultar inadvertido. De repente, el horizonte se abre y el sol muestra medio círculo por sobre la línea baja de tierra; ríela el mar desde el infinito hasta el malecón, y la superficie de las aguas se tiñe de rojo. En oriente, una nubecilla recibe el reflejo y se pone escarlata. Comunica su color a una nube vecina que se pinta de guinda. Como si ésa fuera la señal, todo el poniente empieza a arder en mil tonos de rojo, amarillo y azul. Las nubes se retuercen sangrientas y se apartan, huyendo, hacia el oriente. A medida que el sol se hunde en el mar de sangre, los celajes cambian sus tonos de lujuria, las nubes sufren la angustia de la derrota y se desvanecen, consumidas en colores ardientes. Cuando el sol da el último salto y se pierde, lanza una saeta que se levanta perpendicular sobre el horizonte. Es el rayo verde, cuyo color resalta cortando los celajes, hasta lo alto, confundiendo en el fondo azul del espacio. La visión esmeralda del último rayo es instantánea, pero quien logra verla se hace acreedor a una distinción futura de la suerte, según afirman los pacaños. Después del rayo verde, el crepúsculo sigue agonizando, durante horas, y la noche llega imperceptiblemente, envuelta en túnica de colores. El espectáculo es imponente, nunca igual, y La Paz goza fama de ser la tierra de los 365 ocasos anuales diferentes.

La Paz fue tierra de conquista y presa codiciada por los piratas porque de su mar se extrajeron las mejores perlas del mundo. Desde su descubrimiento y posesión, los concesionarios de la Corona iniciaron la explotación del tesoro que guardaba el fondo de mar californiano. Los años de auge de la ciudad adormecida se cimentaron en las preciadas perlas y en la exportación de la concha de madreperla.

Hasta principios de este siglo, la industria de las perlas con centro en La Paz (Loreto perdió el lugar hacia 1880) seguía cobrando impulso. En sus últimos años, su explotación empezó a organizarse sobre bases rigurosamente científicas y se instalaron criaderos para propiciar la reproducción de la especie. Se llegó a proyectar, incluso, la instalación de fábricas para transformar la concha en botones y en otros artículos que sólo se producían en el extranjero con la materia prima nacional. Por esos años,

grandes escuadras de veleros —“armadas” las llamaban— se hacían a la mar y durante meses recorrían la costa interior de la península, llenando sus cofres con las perlas y sus bodegas con las conchas que buzos con escafandras arrancaban en los placeres submarinos.

Con la Revolución, la industria perlera de La Paz sufrió un colapso y se desorganizó. Cuando quisieron reanudar las actividades, los pescadores descubrieron con trágica sorpresa que las perlas habían desaparecido. Nunca, hasta hoy, se ha podido encontrar una satisfactoria explicación a este fenómeno, que desvaneció muchas esperanzas y arrastró a la ruina a docenas de familias. Sin embargo, se cuenta una historia que parece verosímil: la de que los japoneses, descubridores de la técnica para el cultivo artificial de la madreperla, envenenaron los criaderos para asegurarse el monopolio de la industria. Hay posibilidades de que esto sea verdad, porque durante muchos años, hasta que la segunda guerra mundial obligó a México a controlar los grupos de extranjeros enemigos, Baja California, y principalmente el mar de Cortés, fueron lugares de grandes colonias niponas, de pescadores y agricultores. Entre ellos, como lo comprobó el contraespionaje, se hallaban técnicos y agentes del Imperio del Sol Naciente.²

Todavía se encuentran perlas en La Paz, pero las que actualmente se consiguen no son de la misma clase que las antiguas, que llegaron a valuarse hasta a 500 pesos quilate. Son perlas de conchanácar, de un precio diez veces menor y, por supuesto, de inferior calidad. Algunas pueden ser de gran belleza, pero tienen el inconveniente de que no duran mucho, pues se resquebrajan después de algunos años.

De la madreperla sólo quedan como recuerdos una leyenda y un punto en el mapa. Al norte de La Paz penetra en el mar una pequeña península que se llama El Mechudo. El sitio, a fines de siglo, era placer de perlas, y en él se reunían cientos de buzos todos los años. Al final de cada temporada, antes de que el frío y los vientos del noroeste hicieran imposibles las maniobras de buceo, los pescadores acostumbraban sacar una última perla “para la Virgen”. En cierta ocasión, un buzo se dispuso a tirarse por última vez al mar. Alguien, advirtiendo el intento, le gritó:

² Un antiguo comprador de perlas extranjero, radicado en Los Ángeles, niega validez a esta historia, y me ha asegurado que la muerte de los criaderos de perlas se debe a un fenómeno natural, inexplicable, que ha tenido lugar solamente en México, sino en otros países cuyos mares son productores de madreperla.

— No bucees más. Ya tenemos la perla de la Virgen.

El pescador, irónico, hizo un gesto de desdén y respondió con burla:

— Yo no voy por la perla de la Virgen, voy a buscar una perla para el Diablo.

Y se lanzó al agua.

Satanás le tomó la palabra y el pescador no reapareció más ni nunca las aguas devolvieron su cadáver. El lugar, ahora, es tabú y nadie va allá a buscar perlas. Quienes lo han hecho encontraron en el fondo al fantasma del buzo blasfemo, a quien le ha crecido una enorme cabellera y una luenga barba. Parece vivo y en sus manos sostiene una enorme concha de madreperla. Es la perla del Diablo, dicen. Y como el fantasma lleva cabellos largos, se le ha dado el nombre de El Mechudo.³

A pesar de los años de auge de las perlas y de la orchilla (cuya explotación resultó incosteable al descubrirse en Alemania las anilinas sintéticas), La Paz sufrió hambre siempre, y su población vivió generaciones de tuberculosos. Un poeta cruel la llamó “La Tísica”, y en verdad, considerándola como un ser vivo, la ciudad, con sus pulmones corroídos, traía a las mentes la imagen de otra dama de las camelias, bella, tierna y enferma.

El origen del mal fue la escasez de alimentos, principalmente legumbres. Durante los bochornosos veranos, el desierto se negaba a producir sustento para las estoicas vacas bajacalifornianas que viven por lo regular de chollas y corteza de cardón. En los pocos huertos fértiles a base de riego no se producían verduras en cantidad suficiente para la población, y los pueblos cercanos, que durante los inviernos enviaban a la capital sus productos, por los meses de verano no se bastaban ni a sí mismos.

Actualmente, la ciudad parece restablecerse de su prolongada enfermedad. Ha encontrado granero en los valles del sur. Ha hecho brotar el agua de las más profundas venas de la montaña y de las capas del subsuelo. Desde hace un par de años el trigo se aclimata en la llanura, se produce tomate de excelente calidad que en gran parte se exporta, por avión, a los

³ Por ciertas informaciones de los compradores de perlas y de los pescadores, todo parece indicar que están próximos a volver los años de auge. Se han descubierto algunos nuevos placeres de madreperla, y empiezan a organizarse flotas de barcos, a motor y a la vela, para sacar las conchas del fondo del mar.

Estados Unidos, y La Paz, en el verano y en el invierno, come fruta y legumbres, y bebe leche. Parece que el hambre ha terminado y que La Paz deja de ser "La Tísica".

Al paso que fortalece sus pulmones y su estómago, la ciudad se embellece el rostro. El paseo del malecón ya no es el polvoso paseo de antaño, y hoy bordea el mar una avenida de hormigón que parte del Palmar de Abaroa y que pronto llegará, convertida en carretera, hasta el balneario de Coromuel. Los "papalotes" (aeromotores), típicos que fueran de La Paz y que servían para bombear el agua de los pozos, van desapareciendo por la introducción del agua potable. Nuevas construcciones se levantaban a paso rápido donde antes se acumulaban basuras o se abrían lotes baldíos, y el pueblo, despertando de su ensueño secular, va abriendo los ojos para mirar el futuro.



Rocas curiosamente erosionadas, en las cercanías de La Paz.

XXXV

Donde la tierra termina

Sobre el brazo amputado que semeja la Baja California, La Paz ocupa la posición de la muñeca, como si estuviera tomando el pulso de la península. Está asomada al golfo de Cortés, pero con poco que se desplazara hacia occidente podría caer en la vertiente del Pacífico; así de angosta es la tierra en esta latitud, sin embargo, un poco más al sur, la distancia entre los dos mares se alarga, conservando la misma amplitud hasta donde la tierra termina. Se forma así el puño peninsular: el *finis terrae* de la Baja California.

Aunque los geógrafos se hayan complacido en llamar *finis terrae* a todas las extremidades de todas las penínsulas, en realidad es en Baja California donde se encuentra el único *finis terrae* del mundo. Después de Cabo San Lucas, o más exactamente, después de Cabo Falso, la península no tiene continuación alguna. Kamchatka se prolonga por las islas Kuriles, Malasia por las islas Holandesas y Alaska por las Aleutianas. Pero Baja California no se prolonga en parte alguna, termina de pronto, y si acaso las islas Marías fueran —como aseguran los expertos— la continuación geológica de ella, están tan lejos y su paisaje es tan distinto, que la lógica, tal vez torpemente, se niega a aceptar esta conclusión.

Esta interrupción territorial sin puntos suspensivos ha sido el escollo en la evolución cultural del extremo bajacaliforniano. La cultura indígena —muy pobre cultura— que llegó del norte en los siglos del poblamiento de América se refugió aquí, extendiéndose por este puño de 60 000 kilómetros cuadrados de superficie, y se encontró separada de todo el mundo de entonces, sin contacto ni influencias que la ayudaran en su evolución. En los últimos siglos, después de iniciada la conquista espiritual,

el aislamiento y sus efectos fueron los mismos, y los hombres que repoblaron la península fundaron pueblos en algo muy parecido a una isla, lejos del cerebro del centro y de las ondas culturales del norte, amortizadas y perdidas en todo ese largo desierto que cruza a duras penas la brecha transpeninsular. El Pacífico mexicano, pobre en rutas de navegación, ha sido una muralla líquida que separa toda esta región del México continental, que nunca ha podido hacer llegar a la península un saludo fraternal con cuyo calor comunicárale inquietud de progreso nacional. En los últimos años se ha tendido una liga por la vía aérea, pero ésta representa muy poco en el incremento de intercambios materiales y culturales. Por todo lo anterior, y por tener más cerca Estados Unidos, el extremo bajacaliforniano vive un poco, en lo económico, de lo que traen los vecinos rubios; que en cuanto a lo cultural, lo recibe, aunque muy racionado, de la capital de la república.¹

Donde termina la Baja California se levantan tres misiones jesuíticas. Una al este, que mira al golfo de California: la de Santiago; otra al sur: la de San José del Cabo, y la última al oeste, de cara al Pacífico: la de Todos los Santos, que originalmente llamóse de Santa Rosa. La distribución de estas tres misiones, que son las más meridionales, obligó a tender entre ellas un camino de circunvalación de 400 kilómetros de longitud total. El camino parte de La Paz, se bifurca antes de San Antonio, a 35 kilómetros del punto de partida, y vuelve a encontrarse en San José del Cabo. Una ramificación costea por el Pacífico, y la otra, un poco lejos de la costa, sobre la vertiente

¹ A pesar de las optimistas observaciones que siguen, referentes al presente y futuro del "puño" bajacaliforniano, ciertas circunstancias recientes vuelven a convertirlo en una isla, separada de México por el mar, la falta de vías de comunicación y la incomprensión gubernamental. A punto de imprimirse este libro, un buen amigo del extremo peninsular me escribe: "Debes hacer algo por ayudarnos, escribir cuál es la verdadera situación en La Paz y pueblos terrisurreños. Vivimos en un aislamiento criminal. Hasta hace poco nuestros "lobos de mar" con sus pequeños barquitos se encargaban de traer de la "tierra firme" los artículos de primera necesidad que no podemos producir aquí, como es el azúcar. Recientemente, el gobierno federal ha otorgado al hijo del general Obregón la concesión del correo Líneas Aéreas Obregón y los marineros han perdido su fuente de ingresos y su motivo principal para navegar. Viven ahora su vida de pescadores y los barcos permanecen amarrados a los muelles. El pueblo ha sufrido las mayores consecuencias porque la línea aérea no alcanza a traer todo lo que necesitamos, principalmente café y azúcar. Nos queda la damiana para tomarla en té, pero por ahora estamos endulzándola con el escaso piloncillo que se produce en el Territorio Sur".



Misión de San José del Cabo.



Rocas de cabo San Lucas, punto más austral de la península.

del golfo. Forma como un anillo en torno al macizo montañoso de la sierra de San Lázaro, uniendo, además de los pueblos de las tres misiones, dos pueblos más: San Antonio y cabo San Lucas, y dos docenas de rancherías.

Las tres misiones son tardías, y fueron fundadas al terminar casi el primer tercio del siglo XVIII, entre los indios más agresivos de la península, quienes, por otra parte, eran los que a todo lo largo de la Baja California, poseían la más avanzada cultura material a la llegada de los españoles.

El héroe cultural y espiritual entre los pericúes fue el padre Tamaral, quien resume las dificultades para evangelizarlos en una corta misiva que envió al marqués de Villa-Puente. La nota, a pesar de su brevedad, presenta gran interés porque, en lo que a pereza y falta de iniciativa se refiere, el carácter de los hombres que sucedieron a los pericúes es el mismo, no obstante que pertenecen a otro grupo racial. Tal parece que no es tanto el aislamiento geográfico como acaso las condiciones climáticas de esta tierra, la más exuberante y mejor irrigada de la península, las que han invitado a los hombres del sur a una suave indolencia.

Decía el padre Tamaral:

Es sumamente difícil reducirlos a que dejen el gran número de mujeres que tienen, porque entre ellos es muy numeroso el sexo femenino. Basta decir que los hombres más ordinarios tienen cuando menos dos o tres. Este es el obstáculo más invencible, tanto para los hombres como para las mujeres; para éstas, porque se ven repudiadas de sus maridos, no hallando quien las quiera, y para aquéllos, porque cuanto mayor es el número de sus mujeres, están tanto mejor provistos de todo lo necesario, pues yacen en un ocio perpetuo a la sombra de los árboles, y sus mujeres trabajan buscando en los bosques las raíces y frutas silvestres de que se alimentan, y cada una procura llevar al marido lo mejor que encuentra, para ganarse el afecto con preferencia a las otras. Es, pues, un milagro de la Divina Gracia conseguir que estos hombres perezosos y acostumbrados a una vida bestial se resuelvan a contentarse con una sola mujer, a buscar los alimentos para sí mismos y para sus hijos y a tener una vida racional.*

El panorama étnico, lo he dicho ya, ha cambiado radicalmente. En lugar de aquellos feroces y polígamos pericúes habita la región gente

* Véase: Carta de Nicolás Tamaral al Marqués de Villa-Puente, 15, junio 1731, en Miguel Venegas, *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente*. Edit. Layac, México, 1944, Vol. II, pp. 268 y 269. (N.E.)

blanca, casi exenta de mestizaje indígena. Seguramente el matrimonio es hoy una respetable institución y la concupiscencia no existe más. Pero en la memoria subconsciente, los hombres —los perezosos, que no todos lo son— añoran aquella cómoda costumbre que les evitaba el trabajo. Por otra parte, las mujeres son aún, a mi entender, la piedra angular de la vida económica y social de todos los pueblos que se extienden desde Ensenada hasta San José del Cabo.²

Los habitantes de los pueblos-oasis del *finis terrae* peninsular conservan las características físicas más europeas de toda la población bajacaliforniana, exceptuando el grupo ya asimilado, aunque recién importado, por El Boleo, en Santa Rosalía. Cerca de Miraflores, 160 kilómetros al sur de La Paz, parece encontrarse el centro difusor de la población blanca meridional y de los apellidos extranjeros. Desde aquí hasta San José del Cabo abundan rubios, rubias y pelirrojos, ojos verdes y azules. Y cuando los nombres no indican una clara procedencia española, denuncian antepasados tan ingleses como pueden ser los Collins, Heart, Davis y otros que se encuentran profusamente.

La historia de la llegada de los ingleses a tierras sureñas es una romántica leyenda. Según ella, la emigración empezó con un romance en alta mar, sobre la cubierta de un barco pirata.

Era en los años aquellos en que la piratería era una profesión casi tan honorable como la de abogado, hoy en día. Los corsarios eran, además de valientes, honrados consigo mismos, disciplinados y generosos. Eran los gentiles hombres del mar. O, cuando menos, así eran los de la tripulación de un navío inglés, con patente de corsario, que merodeaba en aguas de California. El mismo a que se refiere esta historia. Una de las aventuras de esta tripulación consistió en abordar un galeón procedente de Filipinas, del que obtuvieron un magnífico botín, en el cual iba incluida una bellísima mujer, muy rubia, muy altiva y muy inteligente. Se asegura que toda la mercadería valía bien poca cosa junto a la mujer capturada.

Pero siendo mujer, siendo bella y siendo inteligente, la cautiva era indudablemente peligrosa.

² Por timidez imperdonable he arrancado a este libro un capítulo sobre la mujer bajacaliforniana. Lo reduzco a esta nota, donde me atrevo a afirmar que es ella el elemento más valioso en la historia, la personalidad, la belleza y la evolución peninsular. Decir esto es hacerle justicia, aunque en verdad no tanta como merece.

Mientras la nave costeaba frente al sur de la península, la tripulación empezó a inquietarse y las riñas entre los piratas se hicieron frecuentes, a tal punto, que el capitán se preocupó y púsose a investigar el origen del descontento. Lo descubrió pronto. La rubia presa, que durante varias horas del día gozaba del permiso para pasear sobre cubierta, había seducido con su hermosura y sus sonrisas a toda la tripulación, y por ello los piratas se disputaban, con deseo y celos, las miradas y escarceos de la dama. El capitán, muy sabiamente, decidió arrojar a su cautiva por la borda y dejar a los tiburones esa presa más peligrosa que un cargamento de pólvora. Los piratas se rebelaron contra la voluntad del jefe y estuvieron a punto de amotinarse, por lo que éste, espada en la diestra y trabuco en la siniestra, comunicó a sus hombres que quienes estuvieran enamorados de la mujer correrían la misma suerte. Hecha la advertencia, retó a quienes quisieran compartir el sacrificio a dar un paso al frente. Sólo un hombre avanzó: un mocetón de escasos veinte años, rubio también, bello y fuerte. Era el hijo del capitán. El pirata tal vez se arrepintió de su amenaza, pero como los piratas antiguos eran hombres de honor, no podía retractarse. Vio acercarse a su hijo y acalló todo gesto y comentario de dolor. Fingiendo indiferencia, guardó sus armas y se desprendió del cinto un pequeño puñal italiano que puso en manos del muchacho enamorado. Este aceptó el regalo, dio la espalda a su padre, tomó en los brazos a su amada, y sin volver la vista avanzó algunos pasos. Luego saltó con ella por sobre la borda.

El salto no fue a la muerte. Los héroes de la leyenda lograron llegar a nado hasta la playa y luego se perdieron en el interior. Fundaron un pueblo, bajo las datileras que años antes habían plantado los misioneros jesuitas en los alrededores de Miraflores. A este pueblo, años más tarde, llegaron otros corsarios del mismo navío, supervivientes de un naufragio.

Y así—me contó Ozuna— fue como llegaron los Collins, los Heart y los otros ingleses del sur bajacaliforniano. Ozuna mismo, a quien puede hallarse en Miraflores, trató de certificarme el cuento afirmando que él fue el único poseedor del puñal que regalara el pirata a su hijo.

Pese a tanta buena voluntad por hacerla verosímil, la historia adolece de varias fallas. Además, es demasiado hermosa para ser cierta, y hay que recordar también que desde Mulegé hasta el Cabo los hombres acostumbran trabajar más con la imaginación que con los brazos, lo cual no significa forzosamente que trate de llamarlos mentirosos.

Hasta hace algunos años, el puño de la Baja California padecía hambre. Se le conocía por la tierra de los perros hambrientos, porque cuando los forasteros llegaban a las rancherías, los perros no podían, por su debilidad, ponerse en cuatro patas a ladrar. El hambre colectiva se debió, sin lugar a dudas, más que a otra causa a la falta de iniciativa de los habitantes de esta región, porque aquí, como antes lo hice notar, se encuentran las mejores condiciones para hacer productiva la tierra. De la sierra de San Lázaro se deslizan algunos arroyos de los cuales bastante agua se vierte inútilmente al mar; donde no hay arroyos, el manto freático se encuentra a pocos metros bajo la superficie, y entre los contrafuertes de la sierra, o sobre la llanura costera, se abren innumerables valles donde no falta tierra vegetal. Pero nunca se había pensado en aprovechar extensivamente esta riqueza potencial, y los hombres se conformaban con la explotación de la hierba perfumada llamada *damiana*, que tiene buen mercado en Europa, donde se utiliza para la confección de cremas como el benedictino, y que crece en estado silvestre con abundancia tal, que embalsama el ambiente y justifica con su aroma el nombre que también lleva el *finis terrae*: el de La Tierra Perfumada.

Pero en los últimos años, algo como un despertar sacude la pereza tradicional del sur. A 50 kilómetros al sur de La Paz, se ha desembarazado al desierto de sus bosques de cardones y en su lugar se plantan tomates y legumbres, principalmente para exportación. El ejemplo ha cundido y la experiencia se repite con augurios de éxito en muchos de los valles meridionales. El trigo empieza a aclimatarse, y por primera vez en doscientos cincuenta años de historia, el Territorio Sur empieza a producir su propia harina. Sin embargo, la fiebre agrícola que sacude a la población del sur no ha encontrado respaldo financiero del centro de la república, y los agricultores, faltos de dinero, han empezado también a entregar sus tierras en usufructo, o a comprometer las cosechas por adelantado, a dos grandes compañías norteamericanas, una de las cuales es la Gentry Incorporated, de Los Ángeles, California. Estas maniobras, obligadas por la falta de crédito agrícola, han tenido lugar principalmente en la región agrícola de Los Robledales, en las afueras de La Paz, y en Los Planes, al sur de la capital territorial.

De todos modos, aunque con el despuntar agrícola aparezca simultáneamente el intervencionismo extranjero —del cual parece destinada a

no escapar jamás la Baja California—, el trabajo ha despertado el ánimo y lanza al extremo peninsular hacia una nueva vida. Con fallas o con aciertos, la Tierra de los Perros Hambrientos que fuera, o La Tierra Perfumada que es, con sus enormes campos de damiana y sus montes de orégano, se abraza con su nuevo espíritu al México continental.

Por eso, cuando desde la plataforma arenosa del faro del Cabo Falso he visto su luminoso parpadeo perderse en la infinita superficie del mar, he pensado que sus haces de luz no son una señal de alerta, sino de acogida; no de temor, sino de esperanza. Creo que son como un signo que se enciende por las noches para avisar a todos los puntos de la rosa de los vientos; que hacia el norte, desde La Tierra Perfumada hasta los bastiones de la patria, a todo lo largo de un cuerpo de desierto, hay un otro México de bellezas, de promesas y de futuro. Un otro México que cuida un flanco de la nación y se ofrece a ella con un abrazo filial, cálido y generoso, olvidando los siglos de abandono; olvidando, inclusive, lo más difícil de olvidar: aquella frase de compasión y desprecio que escuchara de labios de un presidente dictador: “¡Pobre Baja California!”.³

³ Frase atribuida a Porfirio Díaz.

APÉNDICE

La fauna y la flora

La fauna y la flora de la Isla de la Unión, y de la zona que rodea a la zona de explotación de explotación petrolera, se caracterizan por ser muy ricas y diversas. En esta zona se encuentran una gran variedad de especies de animales, plantas y hongos, así como también una gran variedad de especies de aves y mamíferos. La zona de explotación petrolera y sus alrededores son muy ricas en especies de aves y mamíferos.

En la zona de explotación petrolera se encuentran una gran variedad de especies de aves y mamíferos. En esta zona se encuentran una gran variedad de especies de aves y mamíferos. En esta zona se encuentran una gran variedad de especies de aves y mamíferos.

— Las aves más comunes en esta zona son el gaviotón (Larus argentatus), el gaviotón negro (Larus marinus), el gaviotón común (Larus delawarensis), el gaviotón de la zona (Larus delawarensis), el gaviotón de la zona (Larus delawarensis).

— Las aves más comunes en esta zona son el gaviotón (Larus argentatus), el gaviotón negro (Larus marinus), el gaviotón común (Larus delawarensis), el gaviotón de la zona (Larus delawarensis), el gaviotón de la zona (Larus delawarensis).

— Las aves más comunes en esta zona son el gaviotón (Larus argentatus), el gaviotón negro (Larus marinus), el gaviotón común (Larus delawarensis), el gaviotón de la zona (Larus delawarensis), el gaviotón de la zona (Larus delawarensis).

— Las aves más comunes en esta zona son el gaviotón (Larus argentatus), el gaviotón negro (Larus marinus), el gaviotón común (Larus delawarensis), el gaviotón de la zona (Larus delawarensis), el gaviotón de la zona (Larus delawarensis).

* Este estudio fue financiado por el Ministerio de Recursos Naturales y Ambiente de la Isla de la Unión.

FAUNA¹

La fauna y la flora de la Baja California se resienten de la aridez y de las condiciones de existencia bastante precarias con que se tropiezan gran parte del año en toda la extensión de la península. Así es que en este país, desolado por largas sequías, el número de especies animales y vegetales que se pueden encontrar en tiempo ordinario es muy reducido.

Por lo que hace a los mamíferos, los carnívoros están representados por el puma (*Felis concolor*); el gato montés (*Felis rufa*); el coyote (*Canis latrans*); el zorro (*Canis virgianus*); el zorrillo (*Mephitis interrupta*); el bisuri (*Bassaris astutus*); el tejón (*Taxidea americana*).

Los herbívoros comprenden tres especies: el venado (*Cariacus mexicanus*); el borrego silvestre (*Ovis montana*); el berrendo (*Antilocarpa americana*); de estas dos últimas especies, la primera es peculiar de los parajes escarpados de los picos volcánicos; la segunda, de las vastas llanuras de la vertiente del Pacífico.

Los roedores comprenden: la ardilla (*Spermophilus grammurus*); el juancito (*Spermophilus harrisi*); la tuza (*Tomomys bulbivorus*); la comadreja (*Perognatus penicillatus*); la rata de las islas (*Neotoma fuscipes*); un musgano (*Hesperomys californicus*); el conejo (*Lepus tromlaiger*); la liebre común (*Lepus californicus*) y otra especie de liebre de pelaje negro propia de la isla del Espíritu Santo (*Lepus insularis*).

Los quirópteros están representados por cinco especies: *Ischnoglossa nivalis*, *Vespertilio nitidus*, *Macrotus watherousi*, *Anthouzous pallidus* y el *Miotis vivesi*, peculiar de las costas de ciertas islas.

Un solo insectívoro representado por una musaraña se encuentra en la parte meridional de la península, donde se le designa con el nombre de topo ciego, es el *Notiosorex grawfordi*.

¹ Estudio de León Diguët, tomado de "Rapport sur une mission scientifique dans la Basse-Californie". *Nouvelles archives des missions scientifiques*, tomo IX, 1899. [Este capítulo tam-

Como focas se conocen: el otari (*Otaria californica*), que se encontraba antaño en casi todas las islas del golfo de California, pero que ahora es raro a causa de las cazas destructoras de que ha sido objeto; el elefante marino (*Macrorhynchus angustirostris*); este último es peculiar de las aguas del océano Pacífico.

Los cetáceos son muy numerosos en las costas del golfo de California; entre los de gran talla se cuentan dos especies de ballenas y el cachalote. Varias especies de delfídeos, tales como la quila (*Berardius arnoulxi*); la tonina (*Lefenorchinus obliquoidens*); el bufeo (*Globicephalus scamoni*); el mascarillo (*Orca gladiator*) y varias especies de delfines.

La fauna ornitológica está bastante bien representada, pero en su conjunto no reviste un carácter propio del país, sino que se acerca principalmente a la de las regiones desérticas de los Estados Unidos. Abundan las águilas y las aves de rapiña de todos los tamaños; las palmípedas y las zancudas, generalmente de paso, se encuentran en gran número durante el invierno en todo el litoral, principalmente en los parajes donde hay lagunas.²

Siendo tal la naturaleza desértica de toda la comarca, la clase de reptiles está muy bien representada.

Los saurios y los ofidios comprenden numerosas especies, que en su conjunto poseen, como las aves de esta comarca, los caracteres de especies propias de las regiones desiertas del sur de los Estados Unidos. Hay que exceptuar, sin embargo, una sola especie de saurios, que es la *Ctenosaurus hemilopha*, la cual habita la parte austral de la Baja California: este lagarto de gran tamaño, que los nativos designan con el nombre de iguana, se encuentra generalmente en la costa opuesta del golfo desde el sur de Sonora hasta el istmo de Tehuantepec. Los ofidios están representados sobre todo por dos culebras de tamaño regular; como reptiles venenosos no se conocen más que dos especies de serpientes de cascabel, el *Crotalus confluentus* var. *michelii* y el *Crotalus tigris*.

En la península no hay más que una sola especie de tortuga palustre (el *Emys scripta* var. *cuperlandensis*), que habita las aguas dulces de la vertiente del Pacífico.

bién aparece en la obra en español del mismo autor, ya citada, *Territorio de la Baja California...*, pp. 8 a 10. (N.E.)]

² Curiosamente, León Diguete se olvida del gavilán pescador, que, según los ornitólogos norteamericanos, es un ave peculiar de la Baja California.

Las cuatro especies de tortugas marinas, *Sphargis coriacea*, *Talassochelys caretta*, *Chelone imbricata* y *midas*, se encuentran en ambas vertientes: la *Chelone midas*³ sobre todo se halla muy esparcida y es objeto de una pesca muy seria por ser muy apreciada en la alimentación de los pescadores: en cuanto a la *Talassochelys caretta*,⁴ es muy buscada por su concha.

Los batracios anuros comprenden tres especies: el *Bufo coccifer*, el *Hyla regilla* y el *Scaphiopus conchii*; una especie de batracio urodelo ha sido señalado en la parte austral de la península.

Siendo tal la exigüidad de los ríos y en general de las aguas de superficie, la fauna ictiológica no comprende más que dos especies de peces: un *Cyprinodon* y un *Mújol* designado vulgarmente con el nombre de trucha; el primero se encuentra en los manantiales y arroyos de las vertientes del Pacífico; el segundo parece ser exclusivamente peculiar de la región austral de la península.

Si la fauna ictiológica de las aguas dulces es pobre, no sucede así con la que se halla en las zonas marítimas del país, en la que se encuentran en gran abundancia la mayor parte de las numerosas especies de peces propios de los mares cálidos, y la explotación de la pesca podría ser una industria importante si fueran más regulares los medios de comunicación con las otras comarcas. Los habitantes de la Baja California, poco ictiófagos, sólo pescan las grandes especies por ser más fáciles su conservación y transporte. Entre éstas se pueden citar como ejemplo algunas especies como la garopa (*Epynephelus rosaceus*); la cabría (*Serranus maculofasciatus*); la totoaba (*Cynoscion Macdonaldi*); el mero (*Stereolepidus gigas*), etcétera.⁵

Los escualos están representados por varias especies de rayas y de tiburones; entre las primeras, pertenecientes al grupo de los cefalópteros, es notable por su gran tamaño esta especie, que se designa en el país con el nombre de *manta* (ceratoptera birostris); se encuentra con frecuencia nadando en bando en la superficie del mar cuando las aguas están

³ La tortuga conocida por caguama.

⁴ La tortuga carey. (Notas de F. J.)

⁵ Las apreciaciones de Digué sobre el poco desarrollo de la industria pesquera en Baja California debentomarse en consideración recordando la época en que fueron escritas, antes de que se iniciara en firme la explotación de los mares bajacalifornianos, constituidos hoy en el recurso económico más importante de la península.

tranquilas. Esta raya gigantesca alcanza a veces doce metros de envergadura. Los tiburones que se pescan con más frecuencia son las cornudas (*Sphyrna tudes* y *Tiburo*); la tonina (*Oxirhyna spalanzani*); el tiburón (*Carcarias fronto*); la tintorera (*Galeocerdo tigrinus*); éste es el más terrible y el más temido por los pescadores; se han encontrado ejemplares cuyo diámetro de la boca medía noventa centímetros.

Los crustáceos están representados en las aguas de río por varias especies de camarones comestibles. Los crustáceos de mar son muy numerosos; pero a excepción de una langosta (*Palinurus inflatus*), no dan motivo de una pesca seria.

Los insectos, los arácnidos y los miriápodos son raros en tiempo ordinario; pero abundan mucho al iniciarse las estaciones pluviales. En suma, la fauna entomológica de la Baja California está caracterizada en sus formas por las especies que habitan las regiones desérticas situadas más al norte, como Arizona y Sonora.

En cuanto a la fauna malacológica, puede ser considerada como muy rica y está representada sobre todo en el golfo de California por formas pertenecientes a los mares cálidos. Tienen gran analogía con la que es peculiar de las regiones situadas más al sur siguiendo las costas de la América Central.⁶

El molusco más importante del golfo de California es la ostra perlera, cuya pesca, por las perlas y la explotación de la concha nácar, ocupa a una gran parte de la población de La Paz, capital del Territorio Sur de Baja California.

FLORA⁷

Teniendo en cuenta la aridez del suelo de la Baja California, resulta que la flora sólo está representada en tiempo ordinario por árboles y arbustos que tienen el aspecto propio de la vegetación desértica. Sin embargo, gracias a condiciones mejores y a cierta humedad se pueden encontrar en

⁶ El lector interesado especialmente en malacología de la Baja California puede recurrir al libro de Steinbeck y Ricketts: *Sea of Cortez*, Nueva York, Viking, 1941, 548 pp. (Nota de F.J.) [También véase John Steinbeck, *Por el mar de Cortés*, trad. de María Teresa Gispert. Barcelona, Ediciones G.P., 1968, 444 pp. (N.E.)]

⁷ León Diguët, *op. cit.*, pp. 10 y 11.

los puntos elevados del país algunas raras localidades en donde la vegetación se muestra más vigorosa y menos triste.

En esos puntos elevados de la sierra se encuentran encinos, pinos, arbustos y a veces "dasyliirión"; en las barrancas contiguas a sitios privilegiados y donde existen manantiales se encuentra un álamo de mucha altura llamado huirivo (*Populus cordata*) y con frecuencia grupos de palmeras (*Washington filifera*).

Las especies vegetales que constituyen la flora arborecente de la región desolada por la sequía son: en las leguminosas: el mezquite amargo (*Prosopis pubescens*), árbol bastante alto, de madera muy dura y delgado follaje que se usa como forraje en tiempos de sequía. Las parkinsonias están representadas por cuatro especies bien caracterizadas por su tronco y sus ramas siempre verdes: el palo verde (*Parkinsonia florida*), el junco marino (*Parkinsonia aculeata*), el palo brea (*Parkinsonia microphilla*) y el dipua (*Parkinsonia torreyana*), la cual sólo florece en tiempo de lluvia, y por eso constituye un excelente alimento para el ganado en épocas de sequía por tener sus ramos repletos de agua; el palo blanco (*Lysiloma candida*), cuya corteza se usa en tenería, y por eso es objeto de exportación: la uña de gato (*Olneya tesota*), el vino-rama (*Acacia farnesiana*); estas tres últimas leguminosas se encuentran principalmente en las barrancas.

La familia de las urticáceas está representada por una higuera silvestre llamada por los nativos zalate (*Ficus palmeri*), que es un árbol que puede alcanzar grandes proporciones, y crece de ordinario en las faldas de las barrancas; sus raíces adventicias se extienden entonces por las rocas, dando a la planta un aspecto extraño; los frutos son pequeños, pero comestibles y, según los mismos misioneros, eran muy apreciados en otro tiempo por las tribus nómadas que ocupaban el país antes de la conquista.

En la familia de las annacardiáceas se distingue el copalquin (*Veachia cedranensis*), árbol de madera blanda y forma compacta que tiene cierta analogía de forma con el zalate, y, como éste, crece en los parajes rocallosos y abruptos.

La familia de las burseráceas, que comprende gran número de especies mexicanas, no tiene en la península más que dos representantes: el copal (*Bursera hindsiana*) y el torote (*Bursera microphilla*); esta última especie es uno de los árboles más extendidos en la región; es siempre de

poca altura, pero tiene un tronco voluminoso con ramas en forma de parasol; su corteza se usa en tenería a pesar de que contiene fuerte proporción de goma resinosa.

Las euforbiáceas arborescentes están representadas por algunas especies, de las cuales las dos principales y más comunes son: el lomboy (*Jatropha canescens*) y el matacora (*Jatropha spathulata*).

Las euforbiáceas buxáceas presentan una especie que probablemente dará buen resultado en los parajes desérticos, y es la jojoba (*Simmondsia californica*), planta dioica que crece en los sitios más áridos y puede soportar largas sequías sin desmerecer; este arbusto, cuya talla no pasa habitualmente de un metro de altura, se cubre literalmente de frutos en otoño cuando han caído abundantes lluvias durante el año. Su fruto es una especie de almendra de la forma y grosor de una bellota de encina, y se le ha empleado en otro tiempo como sucedáneo del cacao. Produce un aceite comestible que no se enrancia jamás.

Uno de los árboles más extendidos y que se encuentra aun en los parajes más desiertos es el designado con el nombre de palo Adán (*Fouquieria spinosa*), cuyas ramas florecen poco tiempo cuando la lluvia o la bruma vienen a humedecer la comarca; este árbol curioso pertenece a la familia de las fouquieráceas, que tiene además dos representantes en la península: el ocotillo (*Fouquieria splendens*) y el cirio (*Idria columnaria*); este último es exclusivo de la Baja California, donde se encuentra localizado en una superficie de 500 kilómetros cuadrados hacia el paralelo 29°. Está formado de un solo vástago, rara vez bifurcado, que puede llegar a quince metros de altura; a lo largo de este vástago, que en su base puede tener unos treinta centímetros de diámetro y que termina en punta, aparecen de trecho en trecho ramificaciones delgadas y espinosas. Como el palo Adán, el cirio sólo vegeta y florece en tiempos de humedad.

La familia de las cactáceas está representada en la Baja California por un gran número de especies, de las cuales algunas pueden alcanzar proporciones colosales, tal como el cardón (*Cereus prenglei*), especie gigantesca ramificada en candelabro. Este *cereus*, que está muy extendido en la Baja California, parece que no se encuentra en gran abundancia fuera del país, exceptuando el norte de Sonora. Éste y el *Cereus giganteus* de las regiones del norte de México son las especies más colosales de la familia de las cactáceas. Hay ejemplares que llegan a una altura de casi

veinte metros. Sus frutos son poco comestibles, pero cuando aún están tiernos, pueden, así como las flores, servir de forraje para el ganado.⁸ Cuando el tronco está bastante leñoso da excelente madera de construcción. Otro gran *cereus* es el hecho (*Cereus pectenarborigenium*), que exclusivamente se encuentra en la parte central de la península, pero que en cambio abunda en el litoral opuesto del golfo de California, desde Sonora hasta el Istmo de Tehuantepec, donde los indios utilizan su fruto muy espinoso para hacer cepillos para el pelo. Dos *cereus*, conocidos con los nombres de pitahaya dulce y pitahaya agria, son muy apreciados de los indígenas por sus sabrosos frutos. El primero es una especie de bastante altura con ramas de candelabro; el segundo es de poca altura, pero de ramas colgantes formando de trecho en trecho espeso ramaje. Otras muchas especies de *cereus* dan frutos comestibles, aunque pequeños. Entre éstos hay dos especies conocidas con el nombre genérico de carambullos (*Pilocereus Schottii* y *Cereus geometrizans*); el primero, que también se encuentra en Sonora, está muy extendido en la península; el segundo, que es muy común en las mesetas mexicanas, se encuentra aquí acantonado en las llanuras del Pacífico.

Otro *cereus* bastante curioso por su forma y restringida localización es el designado por el nombre de chirinola (*Cereus crucea*). Este cactus es particular de la Baja California y se encuentra únicamente en las dunas que rodean las grandes llanuras de la vertiente del Pacífico.

Las opuntias de raquetas, son muy raras en el país, y lo más que se encuentran son especies de pequeña altura, especialmente en la región del Pacífico; por el contrario, las opuntias cilíndricas, que se conocen con el nombre de chollas, son muy abundantes y forman en ciertos sitios verdaderos matorrales. Estas chollas están representadas por muchas especies, dos de las cuales muy conocidas: *Cylindropuntia cholla* y *Alcaes*.

El grupo de las pereskopuntias está representado por una sola especie, que está localizada en la región austral de la península, y es el *Pereskopuntia rotundifolia*, especie trepadora que presenta cierto peligro por la abundancia de sus espinitas urticantes (ahuates). Los equinocactus que llaman vulgarmente biznagas son abundantes en todo el país. La especie más extendida es el *Echinocactus peninsulæ*. Su pulpa carnosa, que constituye el

⁸Diguetecha en olvido lo referente a la sabrosa miel que los nativos extraen, para consumo propio, de las flores del cardón. (N. de F.J.)

tronco de las biznagas, suele ser un gran recurso para el país cuando vienen grandes sequías y faltan completamente los forrajes ordinarios. Esta pulpa sirve entonces para alimentar y sostener el ganado durante varios meses.

La familia de las liliáceas cuenta una especie del género yuca, que con los años suele tener una talla y un desarrollo considerables, tal como el que designan con el nombre de dátil cimarrón (*Yucca valida*). De esta planta, de cuyas frutas la pulpa es comestible y se parece algo a la del datilero, los indígenas sacan de la parte medular una masa fibrosa que sirve para hacer colchones, alfombras, sudaderos para los caballos, etc. La masa fibrosa se obtiene de la manera más sencilla: se limpia el cuerpo del troncón o médula de las materias gomosas que contiene por medio de una maceración en agua y luego se la bate; después de esta operación, la fibra se presenta en forma de una masa esponjosa, y por fin se reúnen los pedazos cosiéndolos.

En la familia de las amarilídeas se cuenta cierto número de agaves que se utilizan, sea para preparar el mezcal, sea para obtener la fibra y aun para alimentar el ganado en tiempo de sequía. Una especie pequeña, que se encuentra en el norte de la península y cuyos tallos centrales son muy tiernos, sirve a veces para alimento de los caballos. A excepción de una especie de gran talla que se designa con el nombre de maguey del campo (*Agave aurea*), los agaves de la Baja California son de poca talla. Las especies más conocidas son los agaves *deserti*, *sebastiana*, *datylio*, *aurea*, que se cosechan en estado salvaje, sea para preparar el mezcal, sea para obtener la fibra.

La vegetación herbácea, que en tiempo ordinario falta completamente, es al contrario muy abundante cuando vienen las lluvias. Entonces se ve que el suelo árido y desolado se cubre súbitamente de espeso césped de verdura compuesto en gran parte de gramíneas, de amarantáceas, de escrofularíneas, de euforbiáceas, de crasuláceas, etc.⁹

⁹ Lo que viene a corroborar la inspirada observación del ranchero anónimo: "En Baja California, no es la tierra la malagradecida; el ingrato es el cielo."

Aunque considero el presente estudio de León Diguet como la mejor síntesis que sea posible encontrar sobre flora y fauna bajacalifornianas, debo advertir que el especialista la encontrará bastante incompleta. Para un estudio más detallado sobre el particular pueden consultarse: Edward W. Nelson: *Lower California and its Natural Resources*, [National Academy of Sciences, vol. XVI, First Memoir, 1922. (N.E.)]; y el libro ya citado de Steinbeck y Ricketts. (N. de F.J.)

Calafia

A ti, conquistador
—habló el guaycura—,
que tienes la piel blanca,
el alma dura,
una llama de sol en la rizada hierba
y en la mirada
el odio y la ambición;
a ti, conquistador,
yo te ofrezco la tierra.
Quédate aquí pues has venido.
Si en la persecución de una ilusión
el viento te ha traído,
no hubo escala mejor para tu nave
que el de mi tierra de ilusión.
¡Quédate aquí conquistador
y dale un nombre!
Un nombre legendario, como el mito
que antes que tú la hallara.
Es la tierra del sol y del desierto,
de la ternura y el amor.
Quédate aquí conquistador,
que toda es tuya.

Poema escrito por Fernando Jordán, con el que ganó los Juegos Florales de La Paz, con motivo del 420 aniversario de la fundación de esa ciudad, 3 de mayo 1955.

Tuya es la costa mágica
de perlas y de arena,
los bosques de cardones,
la sierra que se eleva
para mirar el mar,
las fuentes que recortan esmeraldas
sobre la tierra seca,
los valles donde el sol
duerme la siesta,
las islas de misterios y de peces
y las vetas;
estas vetas fundidas por el diablo
con el fuelle de Dios.
Tuyo todo es, conquistador
pues has venido.
Las mil generaciones de mis padres
te esperaban
en las noches sin fin
y sin estrellas,
y es tan sólo por ello
que en nombre de mi pueblo,
hoy te ofrezco la tierra.
El guaycura cayó.
Y Cortés,
que escuchaba,
una mirada vaga dedicó a la tierra.
Los ojos entornó y abrazó de un vistazo
al indio
almar
y al infinito.
Con lo labios reseca por la angustia
de la tierra sedienta
al indio respondió:

Nombre sí te daré; no mi presencia.
Tu tierra un nuevo galardón

será para mi gloria.
 La llamo California,
 la del mito,
 para ligar así con mi leyenda.
 Mas no puedo quedarme.
 Mi pasión y mi espada
 mi arcabuz y mi alma
 hánse quedado al sur,
 con la Malintzin y con Guatimoc.
 Aquí no soy conquistador,
 soy el descubridor...
 y el conquistado.
 Levo anclas otra vez,
 regreso al pueblo
 con cuya sangre
 decoré mi escudo.
 Mi espíritu es guerrero...
 y esta es tierra de paz,
 indio
 ¡tu tierra!

II

Hombre que marchas con la cruz
 —pidió el guaycura—,
 monje de la sotana,
 misionero,
 apóstol,
 peregrino de Dios;
 detente y salta el mar.
 Te necesito.
 Hace un millón de lunas
 que abandonado estoy
 perdido en los caminos
 que siguiera la raza.

Mis hermanos de ayer llegaron
a la tierra prometida
arrastrados por Tláloc
y por Quetzalcóatl.
Yo solo estoy aquí,
solo sin Dios,
sin esperanza
sin sino y sin fortuna.
Huitzilopochtli
(el de ellos)
me negó la enseñanza de la guerra;
Chac me ocultó la lluvia,
no hubo dios de las mieses
ni una Xóchitl de vino.
Pero la tierra es buena,
es noble,
es tierna.
Te espera y nos espera.
Sólo nos faltan guías
y una pizca de fe.
Hombre de la sotana
¡salta la mar y ven!
Peregrino de Dios
¡te necesito!
El monje de la cruz oyó el llamado
y vino.
Habló al indio de cerca,
cara a cara.

Por tu esperanza,
hijo de aborígen—dijo—
por playas y por tierras;
indio extraviado,
yo te daré la fe
la voluntad
la facultad de crear

y el anhelo de ser.
 Ocuparé tus brazos
 y tu espíritu
 te llevaré conmigo
 por playas y por tierras;
 dejaremos jalones
 en la tierra desierta
 y plantaremos juntos
 el ejemplo.
 Habrá sombra
 de Dios en las misiones
 (asilos en la tierra calcinada)
 sangre nueva en el fruto de las vides,
 carne dulce de trigo,
 miel de dátil
 y de aroma de jardines.
 Te dejaré una herencia,
 crearé tu tradición y otra leyenda;
 de tierra generosa y misteriosa.
 Ven conmigo, guaycura,
 por un tiempo.
 Te dejaré después,
 cuando tengas la fe y no extrañes
 ni dioses
 ni tutelas.

III

En este amanecer habló la tierra misma.
 Ya no hay guaycura que tome la palabra
 (pues murió en la espera).
 La raza se ha perdido creando la nueva raza
 y de indio y misionero sólo quedan recuerdos.
 Se han fundido los cuerpos
 y el anhelo guaycura fue mezclado

a la ambición del blanco.
 En el hombre moreno,
 fustigado por guerras y tragedias,
 quedó fija la idea
 de aprovechar la entraña,
 de perforar la roca,
 de engalanar los valles,
 de encadenar los ríos
 y levantar la vida.
 ¡Mas faltaba la fuerza!
 Por ello habló la tierra.

Y dijo:

Yo sufro, hombre de México.
 Sufro de abandono y la pobreza,
 de un triste olvido secular,
 de estar tan sola y lejos.
 Hace mucho llegó el conquistador
 y más tarde la fe.
 Uno me legó el nombre
 y el hombre de la cruz la tradición...
 mas luego solitaria me dejaron.
 Quedó el color del indio
 en la piel de los blancos.
 Nació el moreno de mi tierra;
 tu hermano en las angustias de la Patria.
 ¡Mis hijos son los mismos, mexicano,
 y mi rugosa superficie
 un trazo de tu mapa!
 ¿Por qué olvidada estoy?
 ¿Por qué tan sola?
 ¡Basta ya de dolor y vana espera!
 ¡Quiero también la fuerza!
 ¡Quiero hacer realidad de mi promesa!
 Quiero luchar contigo
 brazo a brazo...

Dame una mano, hermano,
hombre de México.
Es tu mano en mi mano la que quiero
un poco de tu fuerza
y una gota de sangre
que me mate la anemia.
Aquí está la belleza
y la luz.

Tus ojos beberán paisaje tierno.
Aquí tienes mi piel pródiga y rica
esperando los granos;
aquí tienes el agua de mis venas,
mi estructura de plata, cobre y oro;
mis perlas legendarias,
mi entereza y mi fe;
mi mar de nácar con sus peces
y la repetición eterna del milagro
en la cena de Dios
y la del pueblo.
Compartiré contigo mis oasis,
la tierra perfumada del sur,
la llanura infinita
del algodón y el trigo
los puertos de promesa
los huertos de la fruta;
y si después quieres la paz...
yo te la ofrezco en la asoleada Paz
de la bahía.
Oyóla el hombre.
(el hijo de la Patria)
Acercóse a la playa
(a la otra playa);
distendió los pulmones
para abrazar de un grito los espacios
y respondió:

Tierra larga y lejana,
te he escuchado.
Ante tu angustia lloro mi egoísmo
por no haberte sentido;
rompo mi llanto
por no haber conocido
que la Patria es sólo una
y tu cuerpo un pedazo de mi mapa.
Di a tus hijos
¡oh tierra legendaria y olvidada!
que mis hermanos son
y estoy con ellos.
Iré hacia ti por siempre
y no por ambición.
Ni soy conquistador ni conquistado.
¡Soy tu hermano, repito!
Soy tan sólo la fuerza necesaria,
el apoyo que añoras
los brazos que me pides
el amor que te falta.
¡Di a tus hijos oh, tierra,
que mañana es la cita!
Que mañana es la cita
para cruzar de surcos
tu perfumada piel,
para beber el agua en las legumbres
y salpicar los copos la llanura.
que mañana es la cita
para hacer realidad de tu esperanza
y trocar tu tristeza
en alegría.
Que mañana es la cita...
¡y que mañana es hoy,
tierra promesa!

A Fernando Jordán Juárez*

I

Fue mil novecientos veinte,
fecha que recordarán;
nació en la ciudad de México
el gran Fernando Jordán

II

Era un gran periodista;
también fue historiador;
de Chiapas hasta Chihuahua
sin faltarle su valor.

III

En el *Urano*, el velero,
fue en el que se transportó
a la Baja California,
a este puerto de ilusión.

IV

En un *jeep* se trasladaba
por todita la región;
el camino no importaba:
traía doble tracción.

* Corrido (N.E.)

V

El mayor César Abente
casi a escribir lo obligó
lo que después iba a ser
su gloria en esta nación.

VI

Era el día 3 de mayo,
cincuenta y cinco la fecha,
flor natural se ganó,
primer lugar en la lucha.

VII

Calafia, tú bautizaste,
a esa gran inspiración;
lo que tú dices en ella
te salió del corazón.

VIII

En lo angosto del Mogote
San Juan de la Costa está;
escrito en tu nombre estaba
que ahí ibas a terminar.

IX

El otro México, el libro,
te dio popularidad,
y *Biografía de un golfo*
no la pudiste acabar.

X

Aquí quedaron tus restos,
en la tierra que tú amaste;
tanto fue que la quisiste
que la vida le dejaste.

XI

Maldita sea la bala
que tu cráneo destrozó,
se llevó a un gran hombre
y muy triste nos dejó.

XII

Adiós Fernando Jordán,
Tu Calafia te añora,
el Territorio te extraña,
Tu otro México te llora.

Texto: Juan Salido Esquer

Himno a Fernando Jordán

Coro

Con voz vibrante y juvenil
 Hoy vamos a entonar
 A Fernando Jordán
 Un canto que ha de traducir
 Lo que él nos legó
 En su obra inmortal.

Estrofa I

En sus letras describió
 Nuestra tierra sin igual
 En "El Otro México" mostró
 Su grandeza espiritual.

(Coro)

Estrofa II

Con su espíritu indomable
 Al guaycura presentó
 En su hermoso poema *Calafia*
 Su nobleza divulgó.

(Coro)

Estrofa III

Fue su vida un gran ejemplo
De amor y fidelidad
A esta tierra que un día lo vio
Vivir y morir en paz

Coro

Con voz vibrante y juvenil
Hoy vamos a entonar
A Fernando Jordán
Un canto que ha de traducir
Lo que él nos legó
En su obra inmortal.

Letra y música:

Profra. Rosa Luz Pérez Gutierrez

Índice

Prólogo	
Incursión a Jordán	7
<i>Felipe Gálvez</i>	
Introducción	63
Agradecimientos	65
PRIMERA PARTE	
El tiempo pasado	
I. El país imaginario	69
II. El reino inconquistable	75
III. La aventura de Vizcaíno	83
IV. Los hombres sin Dios	95
V. La primera conquista	105
VI. Historias de un siglo sin historia	115
VII. Y aquí termina la historia	129
SEGUNDA PARTE	
Los bastiones de la patria	
VIII. En el que recordamos nuestros principios de geografía	137
IX. En el que se demuestra cómo la perversión trae beneficios	143
X. En el que llegamos a la ciudad después de cruzar el valle	151

XI. En el que se habla de una ciudad sin pasado y con futuro	159
XII. En el que algunos tijuanaenses se van a molestar	161
XIII. En el que veremos una ciudad tan bella y tan humilde que por ello la llamaron “La Cenicienta”	169

Primer intermedio
Una aventura en las islas

XIV. En el que vamos en busca de elefantes marinos	179
XV. En el que vamos en busca de lobos marinos	191

TERCERA PARTE
En busca del otro México

XVI. En el que se bosquejan los caminos de Baja California	199
XVII. En el que iremos de viaje por el filo de la sierra	205
XVIII. En el que se recorre una llanura sembrada de optimismo	213
XIX. En el que ascendemos al techo de la Baja California	221

CUARTA PARTE
La ruta sobre el desierto

XX. En el que se habla de los hombres y distancias del camino	231
XXI. En el que se cruza la Tierra de Nadie	237
XXII. En el que se dice, por fin, lo que hay en la soledad	243
XXIII. En el que encontramos dos misiones jesuitas y buscamos en vano otra que se “perdió”	253

XXIV. En el que arribamos al único pueblo isleño	261
--	-----

Segundo intermedio

Una aventura en el canal

XXV. En el que vamos en busca de ballenas	269
---	-----

QUINTA PARTE

En el País de los Oasis

XXVI. En el que descansamos de tanta aridez	281
XXVII. En el que la injusticia nos obliga a la crítica	287
XXVIII. En el que los dátiles nos quitan la amargura	299
XXIX. En el que llegamos a la bahía más bella	311
XXX. En el que todas las rutas llevan al paraíso	319
XXXI. En el que se comprueba la existencia de Shangri-La	323

SEXTA PARTE

La tierra del futuro

XXXII. En el que nos arrepentimos de haber dejado Comodú	333
XXXIII. En el que llegamos a la bahía más grande	341
XXXIV. En el que un nombre explica la ciudad	349
XXXV. Donde la tierra termina	359

APÉNDICE

La fauna y la flora

Fauna	369
Flora	372

ANEXOS

Calafia (poema)	379
A Fernando Jordán Juárez (corrido)	387
Himno a Fernando Jordán	390

Colección
Baja California: Nuestra Historia

1. *Informe sobre el Distrito Norte de la Baja California.*
Modesto C. Rolland
2. *La revolución del desierto. Baja California, 1911.*
Lowell L. Blaisdell
3. *El otro México. Biografía de Baja California.*
Fernando Jordán
4. *Baja California. Comentarios políticos.*
Braulio Maldonado Sáñez
5. *Memoria administrativa del gobierno del Distrito Norte de la Baja California.*
Abelardo L. Rodríguez
6. *Del Grijalva al Colorado. Recuerdos y vivencias de un político.*
Milton Castellanos Everardo
7. *La frontera misional dominica de Baja California.*
Peveril Meigs
8. *Historia de la colonización de la Baja California y decreto del 10 de marzo de 1857.*
Ulises Urbano Lassèpas
9. *Apuntes de un viaje por los dos océanos, el interior de América y de una guerra civil en el norte de la Baja California.*
Henry Jean-Antoine Alric
10. *Mar Roxo de Cortés. Biografía de un golfo.*
Fernando Jordán

11. *Guillermo Andrade y el desarrollo del delta mexicano del Río Colorado. 1874-1905.*
William O. Hendricks
12. *La controversia acerca de la política de colonización en Baja California.*
Carlos Pacheco y Manuel Sánchez Facio
13. *Digesto constitucional mexicano. La Constitución Política de Baja California.*
Manuel González Oropeza y Aidé Grijalva, compiladores
14. *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822.*
Albert Bertrand Nieser, O.P.
15. *La gente del delta del Río Colorado. Indígenas, colonizadores y ejidatarios.*
José Alfredo Gómez Estrada.
16. *Las aguas divididas. Un siglo de controversia entre México y Estados Unidos.*
Norris Hundley jr.
17. *El valle de Mexicali y la Colorado River Land Company, 1902-1946.*
Dorothy Pierson Kerig
18. *Reconquista y colonización del valle de Mexicali y otros escritos paralelos.*
Pablo Herrera Carrillo
19. *Historia de Baja California. Edición crítica y anotada.*
Pablo L. Martínez

El otro México
Biografía de Baja California

se terminó de imprimir el 18 de noviembre de 2014
en Formas e Imágenes, S.A. de C.V., Av. Universidad 1953
Edif. 2, Loc. E, Col. Copilco el Bajo, Coyoacán, México, D.F.
Teléfonos 5550-1784, 5616-7117 formaseimagenes@gmail.com
La impresión de interiores se realizó en papel Cultural de 90 gr.
Impresión de forros en cartulina Couché de 300 gr.
Su tiraje consta de 500 ejemplares.

Fernando Jordán (1920-1956) no fue uno más entre la legión de enamorados incurables de la Baja California. Él vino a esta tierra dulce y agreste que vio y recorrió por todos los medios –a pie, en *jeep*, a lomo de caballo, por el aire o bajo la vela de frágil betel– y escribió este libro apasionado y estremecedor mediante el cual 44 años atrás redescubrió su existencia al resto de la nación.

Desde entonces los bajacalifornianos estamos en deuda con él, pues el recordado antropólogo y periodista llamó siempre la atención del país respecto del largo e injustificado abandono en que nuestra península vivía desde tiempo inmemorial.

En los últimos meses de su inquieta y corta vida, Fernando Jordán quiso hacer realidad un Edén sobre nuestro suelo. En San Juan de la Costa –de los Jordán le llamaba él– quiso animar el rancho más hermoso y útil de todo el litoral que corre entre Mulegé y La Paz, y soñó que en breve florecería y se transformaría en próspera y pujante urbe. Aquel rancho no se concretó ni Ciudad Jordán existe todavía en los mapas, pero la voz popular dice que por encima del tiempo nuestra gente recuerda sus empeños cuando triste y en son de corrido aún le canta: “Aquí quedaron tus restos/ en la tierra que tú amaste/ tanto fue que la quisiste/ que la vida le dejaste”.

